

# El misterio de las recetas de la señora Jeong

**KIM JIYUN**



La novela coreana  
que enamora al mundo.

# Índice

**Portada**

**Portadilla**

**Cita**

**Prólogo**

**1. Querida Jeongi**

**2. Querido Heungmin**

**3. ¡Querido Mister Eggs!**

**4. Querida Munjeong**

**5. See you again**

**Epílogo**

**Nota de la autora**

**Notas**

**Créditos**

KIM JIYUN

# EL MISTERIO DE LAS RECETAS DE LA SEÑORA JEONG

Traducción de Alicia Botella y Maria Brotons



Entonces, un día, un día mágico, me crucé en su camino. Y mientras hablábamos de muchas cosas, de locos y de reyes, me dijo: «Lo más grande que jamás aprenderás es simplemente a amar y a ser amado».

EDEN AHBEZ

## Prólogo

Una mañana, al amanecer, a la hora en que el cielo se tiñe de violeta porque el sol aún no ha salido, la introducción de *Moon River* resonaba por todo el *hanok*<sup>1</sup> a través de un altavoz Marshall de color beis.

Una mujer tarareaba la melodía y, con su mano arrugada, comenzó a batir huevos en un cuenco de metal. Poco después, sacó una tabla de madera marcada por el paso del tiempo, pero bien conservada, para cortar cebollas al ritmo de la música.

¡Zas, zas, zas!

Luego llegó el turno de los calabacines y las zanahorias, que picó finamente antes de añadirlos a los huevos. Removió la mezcla con unos largos palillos. Los trozos de verdura enseguida se ondularon, atrapados en un remolino, como seres humanos que se dejaron llevar por el curso de la vida.

La cocinera vertió poco a poco la preparación en una sartén caliente para darle forma cuadrada a la tortilla, que enrolló delicadamente sobre sí misma con ayuda de los palillos. Cuando el tiempo de cocción terminó, la pequeña pieza plateada de la tapa de la olla a presión comenzó a bailar mientras emitía un silbido incesante. La cocinera la retiró, y una espesa nube de vapor blanco se elevó sobre los fogones.

En el dosirak, la fiambarrera tradicional, la mujer colocó la tortilla enrollada, hojas de perilla fritas, una ensalada con mayonesa, kimchi fresco y dos gruesas albóndigas de carne de res. Luego sacó de un cajón unas hojas de papel recortadas con gran destreza y escribió con cariño:

*La alimentación es el mejor de los remedios. Come bien para que nunca te duela el estómago ni el corazón.*

*¡Hasta la próxima! «Have a nice day and see you again!».*

*(Las albóndigas están hechas con «hanu»).*<sup>2</sup>

Después de envolver cuidadosamente la nota en papel de aluminio, la colocó dentro del dosirak y la ocultó bajo una porción de arroz cocido muy ligero.

Una sonrisa radiante rodeada de arrugas profundas se dibujó en el rostro de Gumnam.

«¿Pensarán que presumo demasiado si escribo que he usado *hanu*? No, al fin y al cabo, mis clientes deben saber lo que comen. Es lo que les dará fuerzas», se dijo.

Rio con la cabeza cubierta por un pañuelo blanco con margaritas bordadas.

Así fue como, al amanecer, un aroma de arroz caliente y reconfortante escapó por la ventana del pequeño restaurante Manna Dosirak de la señora Jeong y se extendió por todas las callejuelas del barrio.

1

Querida Jeongi

«¡Un día más para lucir mis talentos culinarios!», pensó Gumnam abriendo de golpe la puerta corrediza tipo acordeón. El aire fresco de la mañana penetró al instante en el comedor de Manna Dosirak. Una suave brisa hizo sonar el carrillón de viento decorado con peces de la puerta principal y los primeros rayos de sol se reflejaron en el cristal pulido. Se conectó al altavoz por Bluetooth gracias a los grandes caracteres de la pantalla de su móvil, que le permitían ver fácilmente las opciones sin necesidad de lupa.

—Veamos... Hoy, sí, esto no está mal. ¡Vamos a poner a Meryl Streep! —exclamó.

Las primeras palabras parecían un poema murmurado.

*«The winner takes it all. The loser standing small. Beside the victory!».*

Con paso cautivador, Gumnam comenzó a cantar y bailar la canción de una manera tan ambigua que no se podía saber si se trataba de *pop* o *trot*. Nunca había estudiado inglés ni había ido realmente a la escuela, pero se esforzaba al máximo por aprender de manera autodidacta. Es lo que había estado haciendo durante sus más de setenta años de vida. No había sido fácil y nadie le había enseñado lo básico, pero la anciana era una mujer valiente y resiliente que nunca se rendía. Al igual que Meryl Streep, Audrey Hepburn o Yoon Yeo-jeong, no quería ocultar sus canas. Su cabello inmaculado, como tallos de puerro cuidadosamente cultivados, era para ella un halago, testimonio de la pasión con la que había vivido.

Gumnam no había nacido en una época de abundancia como la nuestra. Como primogénita de una familia pobre, su nacimiento había estado rodeado de miseria. Su nombre había sido elegido en consecuencia. *Gum* significaba «metal» y *nam*, «profusión», para desearle que nunca le faltara el dinero en su vida. Su apellido, Jeong, significaba «amor», algo que sabía dar en abundancia. Sus dosiraks estaban colmados de arroz, acompañados de una buena ración de carne o pescado. Era tan generosa que a menudo le costaba cerrar las fiambreras.

Habiendo vivido diferentes periodos históricos, solo deseaba una cosa: vivir como una mujer sabia y no relegada al papel de vieja que le imponía la sociedad. Quería ser una anciana estilosa. En la era de las madres *millennials* y los abuelos *influencers*, ¿tan difícil era que la llamaran Gumnam y no «señora»? ¿Tan difícil era lograr que la gente recordara su nombre? Si eso podía considerarse ambición, estaba decidida a ser codiciosa.

«¡Seré una anciana elegante! Me pondré unas preciosas gafas de sol negras sobre el pelo blanco y me envolveré el cuello con un chal

de seda los días que pasee por la playa. ¡Así viviré mi vejez!», imaginaba.

—¡Ay, ya me he dejado llevar otra vez! —exclamó de repente en voz alta.

Empezó a caer *sikhye* en la taza transparente en cuyo fondo había granos de arroz blanco. Esa bebida artesanal era la especialidad de la casa. Era refrescante, dulce y exquisita cuando se le añadía hielo picado como finos cristales que se derretían lentamente en la lengua. Después de beberse el líquido, era un verdadero placer comerse los dulces granos de arroz que quedaban en el fondo.

Era hora de decidir qué platos preparar para el dosirak de la mañana. Hacía falta un poco de ensalada. Abrió una caja de patatas de la región de Kangwon y escogió las más duras. Les quitó la tierra, las lavó con agua fresca y las peló con el pelador. Las patatas pronto revelaron su pulpa lisa y brillante.

Tras cocinarlas y machacarlas, añadió jamón, pepino cortado en trozos pequeños, mayonesa, mostaza, azúcar, sal y pimienta y lo mezcló todo. Cortó un panecillo esponjoso por la mitad para rellenarlo con una generosa cucharada de ensalada o dos, de manera que, como solía suceder, se rompió por el otro lado. Completó la fiambarrera con una salsa de huevas y aguacate, así como ternera guisada con salsa de soja. Antes de añadir el arroz, Gumnam sonrió con picardía y escribió en un papel blanco:

*Las patatas crecen hasta en suelos muy pobres. Dejemos de culpar a los demás, al entorno o a nuestras condiciones de vida. ¡Basta de decir que no es culpa nuestra! Tomemos como ejemplo estas patatas para encontrar el coraje y afrontar nuestra vida.*

*¡Venga, «see you again»!*

—¡Gumnam! ¡He venido a comprar un dosirak!

—¿Shinpung? ¿Ya vas al teatro? ¡Es demasiado pronto!

El primer cliente en poner un pie en Manna Dosirak esa mañana no era otro que Shinpung, un joven recién salido del servicio militar y que solo tenía una cosa en mente: hacer realidad su sueño. Había crecido entre algodones y había logrado ingresar en una prestigiosa facultad de Derecho. Sin embargo, al anunciar a su familia su deseo de ser actor, sus padres le habían retirado el sustento económico. Para ellos, era su manera de hacerle entender que no podría hacer nada sin dinero y que, aparte de una pasión trivial, no ganaría nada con el teatro. A pesar de ello, el joven recorría asiduamente las calles de Hyehwa-dong vendiendo entradas a los transeúntes. Con la máxima seriedad, iba asentando los cimientos que algún día le permitirían subir a un escenario.

—Tengo una audición para un papel pequeño en unos días. ¡Me voy a ensayar!

—¡No hay papeles pequeños! No olvides que, si quitas a un solo actor, ya no se puede entender la obra.

—¡Siempre tiene las palabras adecuadas! —dijo levantando los pulgares.

—¿Quieres decir que soy *great*? Toma, prueba el *sikhye*. Lo he preparado esta mañana. ¡Está *delicious*!

Gumnam le dio un dosirak y una botella de *sikhye* que quería regalarle.

Mañana, tarde y noche, las fiambreras preparadas encontraban compradores rápidamente e iban abandonando una tras otra el mostrador. Los ingredientes mezclados con devoción y la generosidad de la cocinera habían logrado fidelizar a muchos clientes. Aquel día, vendió todo el *stock* una vez más. Con el corazón ligero, se metió en la cocina a limpiar.

¿Acaso el vendedor de cámaras de vigilancia que había ido ese día a su local por primera vez le había traído mala suerte? ¿O era culpa suya por haber respondido que no había nada que robar más allá de su don para la cocina? Mientras la anciana frotaba la grasa acumulada alrededor de los fogones, sintió que un escalofrío le recorría la columna. En cuanto la invadió la sensación glacial, se oyeron los llantos de un bebé. ¿O eran maullidos de gatos pidiendo comida? Imposible. Hacía nada que les había llenado el cuenco.

Gumnam se quitó los guantes de goma rosas con motivos de encaje, los dejó en el fregadero y avanzó a pasos cortos. Cruzó por delante de la caja y, cuando llegó a la vitrina refrigerada, unas gotas de sudor frío le bajaron por la espalda. Efectivamente, no eran maullidos. Aun así, era improbable que se tratara de una criatura. Sonrió para liberar la tensión pensando que se había imaginado lo peor. Sin embargo, al rodear el mostrador, le dio un vuelco el corazón. Envuelto en una manta blanca decorada con lunas y estrellas, había un bebé llorando.

Sorprendida, Gumnam tomó a la criatura en brazos y leyó el papel doblado que habían dejado junto a su cuerpecito.

*Nació en el mes de junio de 2023. No tiene nombre. Ni siquiera he registrado su nacimiento. Tampoco está vacunada. De todas formas, no suele ponerse enferma y es bastante resistente. Duerme y sonríe mucho. Es la primera vez que aparece un tesoro así en mi vida en ruínas; sin embargo, solo puede tomar una marca de leche de fórmula; si no, le duele la barriga. Se lo suplico, cuídela. Cuento con usted. Algún día, nos volveremos a ver.*

*¡Ahora me toca a mí decirle «see you again!».*

¿«See you again»? Esa era la prueba de que se trataba de una cliente de Manna Dosirak. Gumnam se sorprendió al darse cuenta de que esa persona ya había probado su comida y salió corriendo fuera,

pero solo la recibió el fresco viento otoñal. En cuanto regresó dentro, la bebé se echó a llorar. La mujer volvió con ella, la miró y habló en voz alta.

—¿De dónde vienes? ¿Dónde está tu mamá? Ma-má.

Respiró hondo, ahogando así todos los demás sonidos. La recién nacida, que tenía apenas cien días, no dejaba de llorar, como si estuviera llamando a la madre que acababa de dejarla, como si lo hubiera entendido todo y se sintiera desgraciada al conocer el abandono antes que el amor.

—No pasa nada, no te preocupes. Volverá. No llores, bebé.

Gumnam levantó a la pequeña, vestida con ropa tradicional, y la meció suavemente tarareando. Como el llanto no cesaba, empezó a cantar más fuerte.

—«Duerme, pequeña. ¡Quiquiriquí! No cacarees, gallo. Vas a despertar a mi bebé. ¡Guau, guau! No ladres, perro. Vas a asustar a mi bebé. No hay que hacerla llorar».

Poco a poco, la recién nacida, que no dejaba de patalear, se calmó.

Abrumada por el pánico, la anciana salió con la niña entre sus brazos. ¿Quién había podido dejarla ahí?

—¡Su madre se merece un buen castigo! —exclamó.

La bebé retomó el llanto y ella intentó calmarla de nuevo.

—No, pequeña, no. No la castigaremos. Me aseguraré de ello, lo prometo. No pasa nada, no llores más, mi bebé.

El sudor perlaba la frente de Gumnam, que se sujetaba el cabello blanco con una pinza. A pesar del fresco del aire, sentía que se asfixiaba.

—Volverá, estoy segura, porque ya ha probado mis platos. Se sentirá culpable y no podrá irse lejos. Ninguna mujer podría estar en

paz después de abandonar a su bebé. Vamos a esperarla las dos juntas.

Abrió la bolsa que venía con la niña. Había un biberón, leche en polvo y ropa para cambiarla. Destapó la lata de leche de fórmula por abrir y se preguntó si la bebé ya habría tomado leche de esa artificial.

Sería una catástrofe que no la digiriera. Rápidamente, llenó un hervidor con agua filtrada para calentarla. Salió vapor caliente por la boquilla. La mujer abrió la tapa para que se enfriara. ¿Cuánta cantidad de polvo debía echar? Leyó las instrucciones escritas en inglés con gran atención.

—Veamos... *Three months...* ¡Aquí! *Six spoons...* Okay!

Gumnam calculó por su tamaño que la bebé ni siquiera tenía cien días. Vertió agua tibia en el biberón, cogió la cuchara de plástico azul atada a la botella para echar el polvo y removi6 la mezcla con cuidado para que no quedara ningún grumo. Al captar el olor de la comida, la recién nacida abrió la boca instintivamente.

—¡Eres una glotona! Tu madre volverá hoy. Estoy segura de que nos está mirando escondida en alguna parte.

Como la mayor de la familia, Gumnam se había ocupado de todos sus numerosos hermanos y hermanas. Se puso a la bebé al hombro con destreza y le dio palmaditas en la espalda hasta que eructó.

—¿Te ha sentado bien?

—¡Agú!

—¿Me respondes? Qué amable por tu parte. Venga, va. Vamos a esperar.

La calle de sentido único situada cerca del Hospital Universitario de Seúl conducía a un callejón bordeado de pinos en el que se

encontraba Manna Dosirak. La luz que salía del establecimiento, ubicado en una casa de estilo tradicional *hanok*, parecía no querer apagarse nunca. Con la bebé en sus brazos, Gumnam caminaba de un lado a otro junto a la puerta, pero no aparecía nadie. La noche se volvió cada vez más oscura. Salió para girar el cartel open y que se leyera closed, y pegó un papel debajo:

*La persona que ha perdido su tesoro  
puede llamarme al 010-0000-0000.*

—¡Eh, la persona de la habitación 201! ¿Cuándo se marcha?

Pum, pum, pum.

—¡Sé que está ahí dentro! No debería quejarme, porque yo también soy mujer, pero se ha pasado de la raya. ¡No soy una hermanita de la caridad! ¡Necesito que mi negocio funcione! Si sigue fingiendo que no está aquí, cogeré las llaves y me llevaré sus pertenencias. ¡Todos los clientes de esta planta se están quejando porque han oído llantos de bebé!

Suspiró para expresar su enfado y continuó:

—¡Tener a un crío llorando en un motel<sup>1</sup> arruina el ambiente! ¡Pronto no me quedarán clientes! Hay uno que me ha dejado hasta una mala reseña en internet. ¡Se lo advierto! Si no paga hoy, derribaré la puerta en mitad de la noche para echarla. ¡Seguro que ni siquiera ha registrado el nacimiento del bebé! ¡Qué vergüenza! En fin, eso es problema suyo, no mío. Si sigue así, llamaré a la policía!

¡Pum, pum, pum!

Cuando la propietaria golpeó la puerta de la habitación, la bebé hizo una mueca. Jeongi le tapó rápidamente la boca a la recién nacida.

«Te lo suplico, no llores. ¡Calla!», pensó.

La bebé sonrió al ver el rostro ansioso de su madre. Levantó una mejilla como si fuera a guiñarle el ojo, lo cual le hizo gracia a Jeongi.

—¿A ti te parece divertido? Tengo tanto sueño...

—¡Agú!

—¡Calla!

Arrepentida por la hostilidad de sus palabras o temerosa de que aquella veinteañera le causara más problemas, la propietaria se rascó las cutículas de las uñas pintadas de rojo con nerviosismo antes de proseguir con un tono más amable:

—Yo tampoco me encuentro en una situación fácil. Compréndame, por favor —dijo antes de dar media vuelta para marcharse.

Jeongi por fin pudo relajar la presión que se le había acumulado en los hombros y suspiró.

—¡Ue!

—Ahora puedes hacer ruido.

La niña dirigió sus pupilas negras hacia Jeongi. Era extraordinario. Hasta cuando estaba en su vientre, la joven iba de un lado a otro. Desde que salió del orfanato, no había llegado a tener casa propia. Debido a las dificultades de su vida, no había tomado los complementos que debería tomar una mujer embarazada y no había asistido a clases de educación prenatal en las que una comadrona podría haberla tranquilizado. Solo había conocido el peso de las miradas de odio y los susurros cargados de veneno de desconocidos que criticaban a esa muchacha que apenas había acabado el instituto por tener la barriga redonda, dando a entender que se había desviado del buen camino por promiscuidad.

A pesar de todo, la bebé había llegado al mundo sin problemas. Sus ojos negros; su naricita, de la que escapaba una respiración tranquila, e incluso su lengua mullida parecían perfectos. A veces, se decía que la criatura no había tenido suerte con la madre que le

había tocado porque estaría condenada a vivir en la pobreza. Cuando miraba sus ojos oscuros como la noche, le caían gruesas lágrimas por las mejillas. ¿Sería capaz de hacerse cargo de un ser tan frágil? Para ella era todo un misterio.

Estaban buscando a Jeongi. El padre de su bebé había cometido varios delitos y había hecho que la culpa recayera en ella. Lo había conocido al salir del orfanato, en un momento en el que, al igual que entonces, no tenía a dónde ir. No era digno de confianza, pero era su única opción disponible, así que terminó obedeciendo cuando él le pidió su número de identidad y que estampara su sello a modo de firma.

Cuando le dijo que estaba embarazada, el hombre le dio unos billetes de cincuenta mil wones y le dijo que con eso bastaría para un aborto. Era de esos hombres que carecen de honor. Eso aumentó su miedo a convertirse en madre soltera y aún más a registrar el nacimiento del bebé, lo cual era un paso obligatorio para ponerle nombre oficialmente. Jeongi temía que su hija fuera estigmatizada y que ella como madre se convirtiera en una carga en su vida.

—Tenemos que irnos. Esa mujer es perfectamente capaz de echar la puerta abajo y entrar en mitad de la noche.

Su sonrisa se transformó en una mueca de tristeza. Jeongi no había comido nada en todo el día, no podía producir leche para su hija. Tampoco tenía dinero para comprarle leche de fórmula. Se acercaba el invierno y no tenía a dónde ir. Hambrienta, la bebé frunció el ceño y se echó a llorar. La madre enrolló la manta, dejó a la recién nacida sobre ella, la abrazó contra su pecho y la acunó.

—¡Brum, brum! Un coche nos lleva hasta las nubes. ¡Brum! Conducimos por el arcoíris —cantó Jeongi inventándose la letra.

Parecía que la bebé se tranquilizaba, pero luego volvió a llorar.

—¡Brum, brum! Un coche nos lleva hasta las nubes. ¡Brum! Conducimos por el arcoíris.

Se le partió el corazón al ver la carita diminuta y demacrada de esa pequeña criatura.

De repente, el hambre se apoderó de ella como si se la hubiera contagiado la bebé. Siguió cantando, pero la niña no dejaba de llorar. Por miedo a que volviera la propietaria, se metió con ella en el baño.

Seguro que el huésped de al lado había estado fumando a escondidas. El olor a cigarrillos rancios mezclado con el de humedad impregnaba el aire. De pie sobre las baldosas blancas con las juntas ennegrecidas, Jeongi se puso a cantar de nuevo.

—¡Brum, brum! Un coche nos lleva hasta las nubes. ¡Brum! Conducimos por el arcoíris.

Se había puesto el sol. La joven estaba ansiosa, convencida de que la dueña del hotel abriría la puerta de su habitación en cualquier momento. ¿A dónde iría si la echaban? No tenía familia ni amigos que pudieran acogerla. Tenía que pasar lo más desapercibida posible. Lamentablemente, la bebé no había dejado de llorar en toda la tarde. No había dormido bien por culpa del dolor que le provocaba el crecimiento de sus huesos. Jeongi le tocó la frente y se dio cuenta de que tenía fiebre.

—No debes ponerte enferma. Sabes que no podemos ir al hospital.

—¡Ue! ¡Ue!

—No llores más. Voy a cogerte en brazos. Cálmate, por favor.

Abrazada contra su madre, se calmó un instante al notar el latido de su corazón, pero no duró demasiado. Cuando se echó a llorar con más fuerza todavía, la propietaria del hotel la emprendió a puñetazos contra la puerta de la habitación.

—¡Voy a entrar! ¡El huésped de la habitación contigua se ha marchado pidiendo un reembolso! Estoy harta. Si no sale, llamaré a la policía.

—¡Ueee! —gritó la bebé como si quisiera responder.

Un sudor frío cubrió a la joven. Le dio palmaditas a su hija en las nalgas para consolarla.

«Todo irá bien», se repetía una y otra vez.

No, decididamente, ese día nada iría bien. Se abrió la puerta. Era la dueña. Había un hombre recio a su lado. ¿Sería su hijo?

Jeongi mantuvo la cabeza gacha mientras la propietaria la fulminaba con la mirada.

—Me marcharé. Lo siento. Mañana por la mañana...

—¿Mañana por la mañana? —se enervó, y le dio una patada al móvil de cuna, del que colgaban unos conejitos blancos y negros.

—¡No toque los juguetes de mi hija!

—Vaya, vaya, parece que sabe cómo proteger a su pequeña. ¡Ya me debe ciento noventa mil wones! No se los reclamaré. Considerémoslo un gesto de caridad. No obstante, debe largarse inmediatamente. Jamás tendría que haber hospedado a una mujer embarazada. ¡Mañana tendré que desinfectarlo todo con lejía!

—No puedo irme así como así. Además, le pagaré lo que le debo. ¿A dónde quiere que vaya?

—Me importa un comino su dinero. ¡Lo que quiero es que se marche!

La dueña le dio otra patada al móvil caído y lo encendió accidentalmente. La dulce melodía de la nana *Papá y los colores* flotó en el aire.

—Será mejor que se marche ahora que estoy siendo amable con usted y, sobre todo, antes de que llame a la policía!

Jeongi perdió la esperanza al oír la palabra *policía*. Al fin y al cabo, era una fugitiva.

Recogió con cuidado todas sus pertenencias. Apenas tenía suficiente para llenar una maleta pequeña. Solo se llevó unos pocos libros ilustrados y los pañales, puesto que el móvil de cuna se había estropeado. Bajó las escaleras bajo la atenta mirada de la propietaria del motel, que esperaba de brazos cruzados. Al pasar por delante del mostrador, pensó que le habría gustado dejar algo de dinero, pero no llevaba nada encima. Se había convertido en una persona sin hogar, completamente desamparada.

Hacía mucho que no salía a respirar aire fresco porque le daba miedo encontrarse con la dueña. Por temor a que su bebé pasara frío, se quitó la chaqueta vaquera y la tapó con ella.

—No podemos ir al hospital. Sabes que no puedes ponerte enferma. Lo has entendido, ¿verdad? Bueno, ¿a dónde vamos ahora?

—¡Ue! ¡Ue!

Atormentada por el hambre, la pequeña se echó a llorar de nuevo. Por la noche, cuando todos dormían, Jeongi lavaba los platos en un restaurante de carne a la parrilla. Cuando fregaba las planchas ardientes con un estropajo metálico para quitar el adobo ennegrecido e incrustado, el olor hacía que le entrara hambre. A veces salivaba al ver un trozo carbonizado en el hierro.

Si no fuera por la bebé, se lo habría comido inmediatamente. Pero así no podía. Se negaba a que su bebé comiera las sobras de otras personas pasándoselas al amamantarla. No quería que viviera así.

En esos momentos, la criatura se agitaba como si comprendiera la angustia de su madre. La joven sumergía la plancha en la palangana roja en la que flotaban los residuos del adobo carbonizado. El hierro

ardiente producía burbujas de aire al entrar en contacto con el agua y el ruido calmaba a la recién nacida.

Su único ingreso provenía de lugares en los que le permitían trabajar con la niña. Por desgracia, la pequeña había empezado a toser. ¿Era por el gas utilizado para hervir el *gomtang*, la sopa de huesos de ternera que se cocinaba a fuego lento durante cuarenta y ocho horas? ¿O por el polvo grasiento que se acumulaba en las cocinas en las que lavaba los platos? Jeongi había cogido miedo y había abandonado el estropajo metálico.

Había pocas profesiones que le permitieran estar con la bebé. Había trabajado en atención al cliente para empresas de reparto, tanto de día como de noche, pero algunos clientes se habían quejado al oír llantos de bebé al teléfono. El problema era que no tenía a nadie con quien dejar a su hija mientras trabajaba. El restaurante de carne a la parrilla era uno de los pocos lugares en los que se sentía bien, a pesar del eccema que sufría por tener las manos constantemente cubiertas de lavavajillas. Ya ni siquiera podía ir allí.

Pasó por varios colmados antes de comprar un *kimbap* triangular por mil seiscientos wones. Jeongi, que no tenía los recursos necesarios para comprar leche de fórmula ni biberón, no tenía más remedio que amamantar, así que no podía comer nada demasiado picante ni demasiado salado. Recorrió los callejones de ladrillo rojo que iban desde la estación de Hyehwa hasta el Hospital Universitario de Seúl. Los rayos escarlata del sol poniente se colaban entre los plataneros y brillaban como fuego. Bajo uno de los árboles, había una anciana asando pasteles de arroz sobre una plancha. El aroma que desprendían le hizo la boca agua. Todavía tenía hambre y tragó

saliva. Mordió el *kimbap* insípido que sostenía en la mano. Con la otra, tiró de su maleta con la bebé a la espalda y siguió adelante. Estuvo a punto de atragantarse con los granos de arroz, que devoró sin una sola gota de agua, pero no podía golpearse el pecho porque la bebé se había dormido finalmente, arrullada por los latidos de su madre.

Gumnam cargaba a la recién nacida y la bolsa de pañales con el mismo brazo. Con el otro, abrió la puerta de su casa. Mil cuatro, un homófono de la palabra coreana para *ángel*, era el sencillo código de acceso que le servía de llave. Esa misma mañana había puesto una lavadora como si esperara recibir a esa pequeña invitada. Extendió la manta gruesa y totalmente seca sobre la cama de su habitación para tumbar a la bebé y el aroma de la colada se mezcló con el de la pequeña, que movió un poco la cabeza antes de dormirse.

—Las habrás pasado de todos los colores para quedarte dormida en cuanto te tumban. Seguro que tu madre está pensando en ti ahora mismo. ¿Quién podría dejar a su bebé en una casa de comidas para llevar hoy día? ¡Existen los buzones de bebés!

Gumnam pensó en lo que iba a hacer a continuación. ¿Debería avisar a la policía aunque no estuviera registrada o esperar a que fuera alguien a buscarla? Algo no cuadraba. Estaba convencida de que la madre regresaría. Sus setenta años de vida y la experiencia que había adquirido durante la guerra y la revolución le habían otorgado una intuición infalible. Una confianza inefable la unía a la madre. «*See you again*». Esa frase la había convencido de esperar un poco más. Quizá sería más preciso decir que había decidido creer.

Miró su reloj. Era la hora a la que normalmente la llamaba su pequeña Munjeong desde Nueva York.

Fue a la cocina; cogió el iPad, que estaba en la mesa cubierta con un mantel a cuadros, y abrió la aplicación de FaceTime. Los caracteres estaban configurados para mostrarse en gran tamaño. El rostro de Gumnam apareció en la pantalla.

—¡Una arruga nueva! —exclamó observándose el contorno de los ojos y la boca cerca de la cámara—. Creo que es hora de ponerme un poco de bótox.

—¿Mamá? —preguntó Munjeong, sorprendida de ver solo su piel.

—¡Ay! *My daughter!* Has contestado. *You get up?*

—Hoy no diría *get up*, sino *wake up*. Me he levantado por voluntad propia. Mamá, ¿te estabas mirando la cara y contando las arrugas otra vez? Es normal tenerlas a los setenta.

—No hace falta que me lo digas, ya lo sé, profesora. A pesar de todo, en el fondo solo soy una chica de *eighteen years* de edad. Ya verás cuando tengas mis años. Supongo que, de aquí a allá, habrá cosméticos que puedan evitar las arrugas.

—¡Me llamas «profesora»! Y ni siquiera has hecho los deberes que te he mandado. ¿Crees que podrás aprobar el examen de ingreso a Estados Unidos? Son muy exigentes. Ya lo sabes, la última vez lo pasaste mal.

—¡Pues claro, *teacher!* Me estoy esforzando al máximo. Esta vez podré hacerlo todo yo sola. Iré al primer Starbucks que se construyó y me pediré un americano. Durante el último viaje, me sentí como un bebé canguro en el bolsillo de su madre. Cuando dejaba de verte, me subía la tensión y perdía la compostura si alguien me dirigía la palabra. Voy a estudiar para no tener más problemas.

—En ese caso, deberías esforzarte un poco más. Deberías ver al menos la estatua de la Libertad. Está en tu lista, ¿no?

—¡Pues claro! Quiero verla como sea antes de morir.

—Antes de venir a Nueva York, debería haberte hecho visitar Los Ángeles. Estuve allí dos años. Aunque parezca que no, me pesa. Lo siento.

—No lo sientas. Mis clientes se enfurecieron la última vez que cerré dos semanas. ¡Me dijeron que se morían de hambre en mi ausencia!

—No te preocupes, pueden comer en otro sitio. No eres la única que tiene un restaurante.

—Tienes razón, pero no me gusta ver que mis pequeños pasan hambre cuando cierro Manna Dosirak. No soy solo un restaurante. Es más bien una casa de comidas, un lugar familiar, puede que sea porque tengo un horario de apertura mucho más amplio.

—Esta vez me gustaría que te quedaras al menos un mes. Te enseñaré todo lo que hay para ver.

—¿Un mes? ¡Eso es demasiado! Aquí se aburrirán sin mí.

—¡Solo un mes! Por favor, mamá.

Gumnam sonrió antes de responder.

—Está bien, *okay* a un mes. ¡Me convertiré en toda una neoyorquina! Iremos a visitar la casa de Carrie de *Sexo en Nueva York* y el instituto de *Gossip Girl*. ¡Prepárate, Nueva York, allá va Gumnam!

—¿Has visto *Gossip Girl*? Creía que te habías quedado en *Prison Break*. ¿Cuándo has tenido tiempo para todo eso?

—¡He pasado unas cuantas noches en vela! Cuando empiezas, cuesta parar. Bueno, en todo caso, te envío XOXO. ¡Besos!

Terminó la conversación telefónica entre Munjeong, que vivía rodeada de pinceles y lienzos, y Gumnam, que vivía sola en su piso de tres habitaciones. La anciana entreabrió la puerta de su

dormitorio, donde descansaba la bebé. Parecía que estaba recuperando el sueño perdido. «¿Dónde habrá pasado sus primeros días para dormir ahora a pierna suelta a pesar de todo el ruido?», se preguntó. Cerró la puerta, convencida de que la madre iría pronto. Solo había que esperar un poco.

«No te ha abandonado. Solo te ha confiado a mí durante un tiempo», pensó.

Como cada mañana, al alba Gumnam se dirigió al pequeño restaurante para preparar sus fiambreras. Se había dejado los pendientes de perlas en casa. Solía ponérselos todos los días porque admiraba a Audrey Hepburn y a Scarlett O'Hara. Eran una especie de símbolo para ella. Sin embargo, ese día temía que la bebé pudiera lastimarse con ellos y los había dejado en su tocador.

La mochila de porteo que le había dejado la madre era muy práctica. Llevaba a la pequeña delante de ella, lo cual le permitía verla y darle calor como una mamá canguro.

Con las manos llenas de víveres, pasó por el camino bordeado de muretes de ladrillo rojo junto al hospital.

—*Hey, miss Garaetteok!*

Una mujer sentada frente a una plancha preparando los famosos *garaetteok*, unos pasteles de arroz largos y cilíndricos, la saludó con la mano.

—¡Gumnam! ¿Vienes del mercado? ¿Quién es este bebé? ¿Munjeong no era estéril? ¿Ha tenido un bebé?

—Nunca ha sido estéril. Solo quiere una familia DINK, ¿cuántas veces tengo que repetírtelo?

—¡Lo mismo es!

La vendedora colocó unos pasteles de arroz largos sobre la plancha para tostarlos.

—¡Pues no! No tiene nada que ver. Ser DINK es una elección. Dos salarios y ningún hijo. Bueno, déjalo. ¡Toma, para ti! —dijo Gumnam sacando una botellita de yogur líquido de la bolsa de plástico. Le puso una pajita amarilla y se la tendió a su amiga.

—¡Ahí tienes! ¡Noventa y nueve años con solo tres días en la cama y, al cuarto, nos vamos! ¡Salud! —exclamó Gumnam con entusiasmo. La bebé sonrió.

—¡Pues sí! ¡Noventa y nueve años con solo tres días en la cama y, al cuarto, nos vamos! —repitió la señorita Garaetteok antes de brindar.

Fue un brindis gracioso y triste al mismo tiempo, típico de las personas mayores. Hablaba de la posibilidad de vivir con una salud envidiable hasta los noventa y nueve y luego ponerse enferma durante tres días para acabar en el cielo el cuarto.

—¡Hasta la próxima! *Have a nice day!*

Cuando Gumnam hablaba, la bebé sonreía. Si hacía ruido, reía a carcajadas.

«¿Cómo ha podido tu madre abandonar a una criaturita tan dulce? Debe de tener graves problemas...».

Jeongi se presentó en la sala de pediatría del Hospital Universitario de Seúl. Algunos niños lloraban, otros estaban tranquilos, sentados en sillas de ruedas con un gran tubo metido por la nariz como si hubieran aceptado su destino con humildad.

Mientras tranquilizaba a su bebé, que parecía incómoda, buscó un lugar para sentarse. Al final del pasillo que llevaba a los servicios,

encontró un microondas y un dispensador de agua potable. Dejó la maleta en la silla, frente a la fuente.

—Vamos a intentar aguantar una semana aquí.

Por desgracia, a pesar de sus esperanzas, los problemas llegaron apenas dos días más tarde. Un empleado de mantenimiento que la había estado observando la denunció en la recepción.

Una enfermera de uniforme rosa y cabello recogido con una redecilla se acercó a Jeongi. En su identificación se leía: JEONG HAEYEONG, SERVICIO DE PEDIATRÍA. A diferencia del empleado de mantenimiento, miró a Jeongi y su bebé con dulzura.

—Buenos días, ¿está esperando su turno?

—Hummm.

—Ya le había dicho que era rara. Lleva unos días aquí. ¿Llamo a la policía? —preguntó el empleado.

—Ah, ¿es la madre de Sangi? ¡Perdón por haber tardado tanto en atenderla! Venga conmigo.

Haeyeong guiñó el ojo a Jeongi para indicarle que había comprendido la situación y le abrió la puerta que llevaba a las escaleras. La enfermera había captado la situación de la joven madre. En general, los visitantes se quedaban cerca de los pacientes, pero Jeongi tenía cuidado de no molestar a nadie. No era lo normal en ese hospital. Haeyeong supuso que no tenía a dónde ir.

Jeongi, de pie ante la enfermera, observaba la luz verde que señalaba la salida de emergencia.

—¿Cómo puedo ayudarla? Tal vez pueda encontrarle un sitio...

—No, está bien. Gracias por lo de hoy.

—Espere. Es solo un momento.

Haeyeong le pidió a la joven, que parecía a punto de huir, que esperara en la escalera. Salió y regresó rápidamente con un chaleco verde en los brazos en el que había escondido varios objetos.

—Tome. Lo he comprado para comer durante mi turno de hoy.

Era un dosirak en un recipiente de plástico transparente. El olor a carne marinada flotaba en el aire.

—Cójalo.

—Gracias.

Jeongi cogió el dosirak y bajó las escaleras. La bebé se despertó y se echó a llorar por el ruido de sus pies, que saltaban rápidamente de un escalón a otro. Por fin había logrado dormirse a pesar del hambre que tenía, pero el ruido que hacía su madre al pisar el hormigón la había asustado.

La joven madre llegó pronto al paso de peatones que había delante del hospital. En cuanto el semáforo se puso verde, lo atravesó corriendo y entró en el parque Marronnier, vacío a esas horas de la noche.

Por la tarde, muchas parejas paseaban y disfrutaban de espectáculos de teatro al aire libre. Las hojas amarillas de los *ginkgos* que rodeaban el parque estaban iluminadas por las farolas y creaban una atmósfera romántica que contrastaba con el olor pestilente de las frutas que Jeongi aplastaba sin querer con sus zapatillas. La joven contuvo la respiración y se sentó en un banco, de espaldas a un árbol gigantesco cuyas ramas se desplegaban en todas direcciones y que, según decían, llevaba ahí desde la época colonial japonesa. Hacía frío, como si el viento también hubiera decidido descansar ahí. Salía música de unos altavoces colocados en los postes altos. Era *Cocktail Love*, del grupo Marronnier. Era una canción alegre y animada. No cuadraba con su situación.

«Cuando tengas el corazón apesadumbrado, sal a pasear y déjate embriagar por este cóctel perfumado», decía la canción.

Había una etiqueta redonda pegada en el plástico transparente en la que ponía MANNA DOSIRAK. Jeongi levantó la tapa de la fiambreira,

aún caliente. La ración de arroz y carne marinada era tan generosa que se pegaba al plástico. También había brotes de soja, anchoas con camarones secos, rábano cortado en finas rodajas y tortitas como acompañamiento. Había cantidad suficiente para dos comidas. Jeongi cogió la cuchara que venía con la fiambreira, mezcló el arroz y la carne y tomó una buena cucharada.

Estaba delicioso. Nunca había probado la comida de su abuela, porque no la conocía, pero pensó que ese era el tipo de comida del que hablaban sus compañeros cuando volvían de vacaciones. A Jeongi se le hizo un nudo en la garganta, pero, hambrienta tras varios días amamantando sin comer, devoró rápidamente la comida. Cuando terminó, parecía que el hambre por fin se había calmado. En ese momento, vio un trozo de papel de aluminio en forma de pósito bajo el arroz.

—¿Un mensaje?

—¡Ue!

—¿Tienes hambre? Espera, me termino esto y te doy leche. Dos minutos.

Jeongi se metió el papel en el bolsillo, se levantó y caminó por el parque hasta llegar a un McDonald's que abría veinticuatro horas. Era su segunda idea después del hospital. Se metió en el baño dispuesta a amamantar, pero oyó que alguien entraba en el de al lado. Olió el humo de un cigarrillo que hizo toser a la bebé.

Intentó ahuyentar el humo con la mano, pero no pudo evitar que se extendiera. ¿Es que su vecina se permitía fumar en el baño porque se trataba de un cigarrillo electrónico? Era difícil saberlo, pero escupía densas bocanadas de humo.

Desesperada, Jeongi salió para calmar a la bebé. Cogió su pequeña maleta y se dirigió de nuevo al parque Marronnier.

«Son servicios públicos, pero seguro que estarán limpios. No... La verdad es que me siento fatal por ti, bebé», se martirizó.

Jeongi era consciente de que cada día las acercaba un poco más a su inminente final. No podía seguir así con una recién nacida a la que todavía no había puesto nombre siquiera.

Saciada, la pequeña se durmió rápidamente en los brazos de su madre, que mantuvo su calor sosteniéndola contra su pecho. «De tal palo, tal astilla», se dijo Jeongi. Sin embargo, no quería que su hija compartiera su mismo destino y se preguntó si su propia madre habría vivido así. Siempre había estado resentida con ella por haberla traído al mundo en esas condiciones, pero, a decir verdad, no era fácil guardarle rencor a alguien cuyo rostro desconocía.

Jeongi no tenía a dónde ir. Esperó al alba sentada en el banco, en ese parque humedecido por el rocío. De repente, la bebé que dormía plácidamente se puso a toser. ¿Era por culpa del cigarrillo? La había mantenido abrazada, pero no había conseguido protegerla del frío aire de la noche. Tenía la nariz tapada y respiraba de manera irregular. Inspiraba por la boca, tosía y gemía. Le goteaba la nariz y su cuerpecito ardía como una bola de fuego. La joven no podía pensar con claridad. Sentía que le iba a estallar la cabeza. Su bebé tenía fiebre. Pese a que necesitaba ir al hospital, ella no podía llevarla.

Jeongi quería pedirle consejo a alguien, pero no había nadie que pudiera responderle. No había farmacias abiertas a esas horas. Con la bebé en brazos, corrió hacia el Hospital Universitario de Seúl. Su pequeña, ardiente, se aferraba a ella con los ojos cerrados.

—¿Jeong Haeyeong está trabajando todavía?

—¡Sí! ¿Me buscaba?

Era Haeyeong, que estaba en el pasillo tras haber terminado su turno. Estaba contenta de ver de nuevo a Jeongi, a quien había dejado marchar con el corazón en un puño. Sin embargo, no parecía un reencuentro feliz.

—Sígame.

Las dos mujeres se reunieron en la escalera en la que se habían separado.

—Ayude a mi bebé, por favor. Tiene mucha fiebre. Le arde el cuerpo. Hemos dormido a la intemperie, aunque la he mantenido abrazada contra mí...

—Cálmese. Empezaremos por tomarle la temperatura.

Haeyeong acercó el termómetro a la oreja de la criatura. En cuanto notó el objeto frío, se puso a llorar y sus gritos resonaron por toda la escalera.

—Hay que hospitalizarla urgentemente —afirmó la enfermera con voz grave.

—¿Qué?

—¿Cuánto hace que tiene fiebre?

—No lo sé. No hace mucho. Una hora, puede que dos.

—No podemos perder el tiempo, hay que llevarla a urgencias.

—Imposible.

—¿Perdón?

—No puedo ir. No la he registrado.

—¿Qué?

—Solo deme algún medicamento. Sé que puede hacerlo.

—No, no puedo hacerlo sin autorización. La farmacia del hospital está siempre abierta. Vaya a por paracetamol. Tiene que darle muy poco y prestar atención a su evolución. Vuelva a la tercera planta si su temperatura sobrepasa de nuevo los cuarenta grados y búsqieme. Llévase esto.

Haeyeong le puso el termómetro en la mano a Jeongi. También le dio a la bebé un jarabe contra la fiebre con sabor a fresa.

Con los hombros siempre caídos, se la veía abatida. Aunque aparentaba calma, a veces se ponía a gesticular y, cuando eso sucedía, Jeongi la estrechaba con fuerza entre sus brazos.

Se subió a un metro. El balanceo calmaba a la recién nacida y, en cada estación, su madre le tomaba la temperatura. La fiebre había bajado levemente, pero no se veía ninguna mejoría. A Jeongi y a su hija solo les quedaba una opción.

Bajaron en la estación de Sillim. Los usuarios de la línea dos miraban de reojo a la joven madre con la bebé y una maleta. Estaba acostumbrada. Le daba la sensación de que esas miradas llenas de piedad, compasión o desprecio le atravesaban el cuerpo. Al final del día, sabía que no las volvería a sufrir.

«No tengo derecho a arrastrar a mi hija en mi caída», se dijo.

Jeongi subió una colina y vio un lugar en el que había escrito en grandes letras blancas: BUZÓN DE BEBÉS. Era uno de esos lugares donde se podía dejar a un recién nacido de forma anónima para que lo cuidaran. Siguió la flecha. De repente, la bebé se echó a llorar a todo pulmón. Jeongi le tomó la temperatura y se dio cuenta de que había bajado. ¿Por qué lloraba? ¿Acaso ese pequeño ser indefenso lo había comprendido? Sus sollozos eran tan fuertes que le impedían respirar bien. Era una catástrofe. Sabía que pronto ya no estaría en los brazos de su madre.

—¡Brum, brum! Un coche nos lleva hasta las nubes. ¡Brum! Conducimos por el arcoíris.

La canción no consiguió calmar a la niña, así que aumentó el volumen.

—¡Brum, brum! Un coche nos lleva hasta las nubes. ¡Brum!  
Conducimos por el arcoíris.

—¡Ueee!

—¿Por qué lloras? ¿Por qué? ¡Haces que se me llenen los ojos de lágrimas!

—¡Ue! ¡Ue!

—¿Cómo esperas que sobrevivamos juntas? ¿Como personas sin hogar cerca de la estación de Seúl? ¡A mí no me importaría, pero nunca podría hacerte algo así a ti! ¿Quieres vivir lo que yo viví? ¿No te parece injusto? ¡Ya tienes más de cien días y ni siquiera tienes nombre! ¡No has hecho nada para merecer esta vida tan desgraciada! ¿Por qué tendrías que soportar algo así?

Jeongi tenía los ojos llorosos y le picaba la nariz. ¿Qué le estaba diciendo a un bebé que ni siquiera era capaz de mantenerse en pie? Se tragó las lágrimas y apoyó la cara en la suave cabecita de su criatura. Era agradable y la reconfortaba. La bebé se le acurrucó en los brazos y aferró sus manitas a las de su madre. Jeongi no podía separarse de ella. Le partía el corazón.

Dio media vuelta, cogió la maleta y bajó por la colina. Cuando la tensión disminuyó, sus piernas ya no tenían fuerzas para avanzar mientras arrastraba la maleta rodante. A Jeongi se le escapó el asa.

Corrió para no perderla y, durante la carrera, cayó de bruces. En la desafortunada caída, hizo todo lo posible por proteger a su hija y la abrazó con fuerza.

¡Bum!

Cuando Jeongi abrió los ojos, estaba en el hospital.

—¡Mi bebé!

La enfermera, que le estaba administrando vitaminas por la vía intravenosa ya colocada, la miró.

—Sufre desnutrición. La han traído aquí porque estaba inconsciente. Tiene unos cuantos rasguños en la cara por culpa de la caída. Aplíquese mucha pomada para ayudar a que cicatricen. En su situación, es imposible que pueda cuidar de un...

—¡Mi bebé! ¿Dónde está?

—Con una enfermera en la sala de espera.

La joven se arrancó la vía del brazo izquierdo, se levantó y salió de la sala de urgencias.

—¡Espere!

Cuando vio a la recién nacida sonreír entre todas las mujeres que la cuidaban, Jeongi se tranquilizó. Su hija estaba riendo.

Tenía miedo de acudir a un centro médico porque la buscaban, pero le dolía todo el cuerpo después de haber parido sola. Cogió a la bebé para hacerle carantoñas. Dio las gracias, se disculpó varias veces con el personal y se marchó corriendo. La enfermera se quedó sin palabras.

Una vez fuera, la joven madre echó a andar frenéticamente. Se le había agotado la batería del móvil y no sabía qué hora era. Podía acabar de anochecer o estar a punto de amanecer. Siguió adelante mirando solo las señales de tráfico. Todo el mundo estaba en casa menos ella, que no tenía techo bajo el que dormir, y se dirigía al parque Marronnier. No debería quedarse allí si bajaban las temperaturas, pero no tenía un lugar más seguro por el momento.

Se había planteado ir a una cafetería que abriera las veinticuatro horas, pero temía revivir la experiencia del hospital universitario. Si llegaba la policía, se vería obligada a huir. ¿Qué sería de la pequeña? Tenía tanto miedo que le parecía que el único lugar adecuado para su situación era ese parque. Cuando llegó a la calle de la

universidad, donde todos los bares y restaurantes habían cerrado, vio su rostro reflejado en un cristal y se apiadó de sí misma. Unos puntos de sutura negros formaban una línea irregular en su frente. Queriendo proteger a su hija, se había golpeado la cabeza contra el suelo y tenía el rostro hinchado y magullado. Pero, mientras su pequeña estuviera sana y salva, no le importaba su propio estado.

Jeongi parecía un globo a punto de reventar al menor contacto. ¿Cuánto tiempo más tendría que seguir caminando en la noche oscura? Inspiró profundamente. Le temblaba el cuerpo, le ardía el estómago vacío. Era como si hubiera alguien exprimiéndole las entrañas. Entre la mochila de porteo y el peso de la bebé sobre sus órganos, apenas podía respirar. Sin embargo, no quería soltarla. No había un lugar adecuado en el que acostar a su niña. Mientras Jeongi caminaba, se le pasaban todo tipo de pensamientos por la cabeza. ¿Qué habría en el extremo de ese camino sin fin? ¿La esperaba alguien? Sonrió. ¿Quién iba a esperar a una huérfana? De repente, el cielo oscuro se iluminó.

En esa calle repleta de pinos, una luz amarilla salía de una tienda rodeada de establecimientos cerrados. Unos preciosos *ginkgos* de hojas doradas protegían la acogedora casita tipo *hanok*. Una anciana con el cabello blanco retirado con una pinza abrió la puerta. Llevaba pendientes de perlas y tenía el contorno de la boca plagado de arrugas que revelaban la cantidad de momentos de alegría que había vivido. Jeongi oyó campanas cuando la vio. Era el destino. El sutil vaivén de la arrocera tintineaba con una delicadeza casi tierna y el eco resonó en la mente de la joven como una suave melodía. La imagen le gustó: la letra de la canción que escapaba por la ventana, el aroma del arroz y el rostro de esa anciana que lucía una sonrisa de oreja a oreja mientras escribía en una hoja. Las manos arrugadas que colocaban unas fiambreras preciosas en el impecable escaparate

despertaron una emoción que Jeongi no había conocido hasta el momento.

Levantó la cabeza para leer el letrero que brillaba bajo la luz de la luna y notó que el calor se le esparcía en el pecho. MANNA DOSIRAK. «¿Esta mujer preparó la fiambarrera que me ha dado esa enfermera?», se preguntó Jeongi. Se rebuscó en el bolsillo y notó el papel de aluminio gris que reflejaba la luz de la luna. Desplegó la nota y leyó el mensaje:

*¡Sí todavía tiene hambre después de una ración de arroz como esta, venga! ¡Le volveré a llenar la fiambarrera! Siempre le daremos la bienvenida.*

*«See you again!».*

«¿También yo seré bienvenida?», se preguntó.

La melodía de *Over the Rainbow* salía flotando desde la puerta de la casa de comidas. ¿Se harían realidad los deseos de Jeongi? ¿Sus problemas se derretirían como pastelitos de limón?

Bajó la cabeza hacia su bebé.

—¡Brum, brum! Un coche nos lleva hasta las nubes. ¡Brum! Conducimos por el arcoíris.

La recién nacida se unió a su canción como si supiera lo que su madre sentía.

—¡Agú!

—Creo que aquí estarás bien.

—Serán siete mil wones. ¡Le deseo un *nice day* y *see you again*!

Tras la encantadora despedida de Gumnam, Shimpung se dirigió al teatro con paso ligero. Cuando todas las fiamberras estuvieron repartidas, la cocinera pudo sentarse por fin, el doble de sudada de lo normal por la pequeña que llevaba a la espalda.

—¿Sabes qué, bebé? No he podido usar pimienta picante por tu culpa. A los coreanos nos encantan los platos especiados. ¿Qué haré si pierdo clientes? No, estoy diciendo tonterías. ¡Es imposible que alguien que haya probado mi comida no vuelva! Bueno, ya va siendo hora de preparar el dosirak del mediodía.

En ese instante, un camión se detuvo delante del local, cuya puerta, iluminada por el sol, estaba abierta.

—¡Han llegado los huevos! ¡Huevos frescos!

Una voz de *mezzosoprano* dulce como la miel salió del altavoz que reproducía una grabación. Alegraba a dueñas de restaurantes de Hyehwa-dong hasta el de Ihwa. Habían apodado al distribuidor «el Lee Young-woong de los huevos», puesto que su hermosa tesitura recordaba a la del joven cantante Lim Young-woong. La gente se preguntaba cómo un simple anuncio podía llegar a ser tan agradable y empezaron a hacerse preguntas sobre la identidad de Eunseok. Su aspecto delicado, que desbordaba inocencia, todavía despertaba aún más curiosidad. Gumnam estaba muy al tanto de la vida del joven, pero no le contaría nada a nadie.

—¡Buenos días, Mister Eggs!

Eunseok, con el cabello rizado y la raya en medio, saludó cálidamente a la anciana.

—Aquí tiene, los huevos antes del mediodía, tal y como me pidió. ¿Quién es esta bebé? ¿Es su nieta?

Gumnam echó un vistazo a la bebé que balbuceaba tras ella.

—Digamos que es un pequeño tesoro que estoy guardando temporalmente.

—Le brillan los ojitos como piedras preciosas.

El joven la observó con atención.

—¿Te gusta? Si no puedes apartar la mirada del bebé, es que ha llegado el momento de que te cases. Venga, date prisa, a traer niños

al mundo.

—¡Ja, ja! ¿Cuántas bandejas quiere hoy? ¿Tres, como de costumbre?

—No me cambies de tema. Pronto cumplirás los treinta, ¿no? ¡Con esa edad antes ya se tenían nietos!

—Hoy la encuentro muy arrogante, señora Hepburn —dijo con un tono burlón antes de sonreír con timidez—. Sabe que odio que me digan esas cosas.

—Solo soy una *servior* mejorada. No una anciana, sino más bien una especie de sabia. Hoy me he pasado de la raya porque no llevo las perlas. Son el secreto de mi elegancia...

Gumnam elegía cuidadosamente las palabras, lo que hizo reír a Eunseok.

—¿Una *servior*?

—Sí, ¿no sabes lo que es? Los jóvenes de hoy en día no sabéis nada. En inglés, quiere decir «adulta».

—Ah, ¿se refiere a *senior*?

—¡Calla! ¡Me he equivocado! No sé dónde tengo la cabeza.

—Mientras no se confunda también con los ingredientes, no pasa nada. ¡Ja, ja!

Eunseok, con sus grandes ojos rasgados, sonrió. Dejó tres bandejas de huevos en la cocina y se subió de nuevo al camión. La suave voz que anunciaba la llegada de los huevos se alejó poco a poco de Manna Dosirak.

—¡Cuídate, Mister Eggs!

En cuanto Gumnam vio la matrícula del camión, se llevó una mano a la frente porque había olvidado servirle un vaso de *sikhye* fresco. A los setenta y pico, una ya no tenía la misma memoria que a los dieciocho. Estaba harta de olvidar cosas tan básicas.

—Seguro que es por culpa de tu madre, pequeña. Tu llegada me ha causado una gran impresión, ya lo sabes —dijo antes de tomarla de nuevo entre sus brazos.

Se sentó en una silla desde la que podía ver la calle flanqueada de pinos a través del ventanal abierto. Se tomó un vaso de *sikhye* contemplando las hojas amarillas de los *ginkgos* caer, los árboles acariciados por los cálidos rayos del sol. La bebida estaba dulce gracias al sirope de cebada.

«Estoy segura de que tu mamá está a punto de llegar. Yo, Gumnam, no me equivoco nunca», pensó.

—Si nos quedamos aquí, tu madre podrá verte. Así no tendrá el corazón tan roto. ¡Contemple su tesoro, señora, y, sobre todo, regrese!

Jeongi se acarició la nuca. Llevaba un collar de catorce quilates, tan fino que apenas brillaba. Sin duda, se lo había dado su madre, puesto que ya lo llevaba cuando llegó al orfanato. Eso no cambiaba el hecho de que estaba sola, pero, sin esa joya, le daba la sensación de que nunca tendría la ocasión de reencontrarse con su madre y lo atesoraba más que nada en el mundo.

Se lo quitó y lo dejó sobre el mostrador de cristal. Dentro, se veían objetos de oro como sapos, cucharas y anillos de nacimiento. El collar de Jeongi no entusiasmó a la propietaria. Era una mancha entre tantos tesoros opulentos. Motivada por la vergüenza, Jeongi acercó la nariz al cráneo de la bebé que sostenía entre sus brazos. Emanaba un dulce perfume.

La joyera, firme y rígida, no sabía cómo decírselo.

—Es bisutería.

—¿Disculpe?

—El revestimiento está muy bien hecho, pero no es oro.

Cada vez que estaba en apuros, Jeongi se tocaba el collar pensando que era una herencia de su madre. ¿Cómo podía tratarse de una baratija sin valor? Esbozó una amarga sonrisa.

—Esta historia me hará perder dinero —murmuró la propietaria antes de darle cuarenta mil wones a Jeongi, una cantidad superior a su valor de mercado.

No importaba que fuera bisutería, Jeongi tuvo la sensación de estar perdiendo el último vínculo con su madre y se sintió traicionada por el apego que le había guardado toda su vida, pero fue incapaz de derramar una lágrima, aliviada por los cuatro billetes de diez mil wones que acababa de recibir.

En la estantería del supermercado había todo tipo de leches infantiles, algunas a base de leche de cabra. Jeongi le pidió a una empleada que le eligiera una de buena calidad. La vendedora cogió una gran lata con la tapa azul en la que había unas instrucciones escritas en inglés. Tras comprar la leche, el arrullo para dormir, pañales y un biberón, ya no le quedaba casi dinero. Le habría gustado pasar un día más con su hija, pero se dijo que tenía que separarse de ella ese mismo día. Con lo que había comprado en la mano, la joven madre se encaminó hacia Manna Dosirak con paso seguro. Se sintió tentada de dar media vuelta en numerosas ocasiones, pero estaba al borde del precipicio y se arriesgaba a caer con la bebé. Su única motivación era imaginarse a su hija con comida caliente y una buena vida. Eso le permitía avanzar.

Durante el camino que llevaba hasta la avenida de la universidad, se encontró un fotomatón. Jeongi nunca se había hecho una foto con su recién nacida y entró sin vacilar. Introdujo cuatro billetes de

mil wones en la máquina y seleccionó la opción de varias tiras con diferentes fotos. Sacó a la pequeña de la mochila para sostenerla entre sus brazos. En un primer momento, se mostró perpleja, pero sonrió al ver sus rostros en la pantalla. En cuanto se activó el *flash*, se echó a reír a carcajadas. Era la primera vez que Jeongi sonreía con ella. A decir verdad, le caían lágrimas por las mejillas.

La joven se metió en el bolsillo las extrañas fotos en las que ella lloraba mientras su bebé reía de alegría. Con los ojos hinchados, retomó el camino hacia la casa de comidas.

¿La anciana estaba limpiando la cocina? A esas horas de la noche, era invisible. La puerta estaba abierta y mostraba el mensaje que había leído antes Jeongi en su dosirak: «Siempre le daremos la bienvenida». Arrulló cuidadosamente a su bebé y escondió el mensaje que había escrito en el parque Marronnier entre las mantas antes de morderse los labios. Levantó la cabeza y vio que caían hojas del *ginkgo*. Cada vez que miraba a su hija, un inmenso dolor le partía el pecho. Le picaba la nariz. Quería separarse de ella antes de echarse a llorar porque sabía que la despedida sería definitiva. De repente, Jeongi pensó que prefería decirle «*See you again*». Atormentada, se dijo que en algún momento la vería de nuevo si su vida se estabilizaba.

Dejó a la recién nacida en el interior de la casa de comidas en silencio. Depositó la bolsa a su lado. La niña sonreía. Se alegraba de estar tumbada por fin en alguna parte. Había llegado el momento de cortar el cordón que las había unido durante nueve meses. La joven madre esbozó una mueca. Hizo un esfuerzo tremendo para sonreír en el momento de despedirse de su hija, pero, en cuanto le

asomaron las lágrimas a los ojos, la bebé se puso a llorar. Temblorosa, Jeongi corrió hacia el exterior sin mirar atrás.

De repente, un camión de huevos se paró en seco delante de ella en mitad de la calle. Eunseok iba al volante. Abrió rápidamente la puerta, salió y se acercó a la joven, que estaba tumbada en el suelo.

—¿Se encuentra bien? ¿Está herida? ¡La llevo al hospital!

—Hummm.

—¿No puede hablar? ¿Respira, al menos? ¡No puede correr así cuando el semáforo está en rojo! Es muy peligroso. Voy a llamar a una ambulancia.

En ese momento, vio el rostro de Jeongi con el cabello despeinado. Tenía la cara cubierta de heridas y moratones cerca de los ojos. Sospechando que algo no iba bien, le cogió el brazo cuando ella intentaba levantarse. La mujer tenía los grandes ojos negros llenos de lágrimas, que acabaron derramándose y cayéndole por las mejillas. Era como un globo recién explotado. Hasta con los ojos cerrados, veía a su hija. Todavía notaba su fino cabello en el cuello. Sorprendido, a Eunseok también se le llenaron los ojos de lágrimas. No pudo contenerlas al verla, a pesar de que no sabía lo que le había sucedido. Levantó el brazo para acariciar la espalda de la desconocida llorosa, pero, abrumado por la emoción, no consiguió hacerlo.

—No parece estar nada bien. La acompaño al hospital. Se ha hecho daño, ¿verdad? Dígame dónde.

Pero Jeongi empujó al joven y echó a correr, huyendo de él. El parque Marronnier era su único refugio. Jadeaba con la respiración entrecortada. Parecía que se le iban a salir las entrañas. Le faltaba algo.

Miró hacia el cielo. Unos pájaros habían anidado en las ramas del árbol.

—¡Qué suerte tienen! Pueden construirse una casa con ramitas — dijo Jeongi en voz alta.

Bajó la cabeza. No dejaban de brotarle lágrimas de los ojos. Tenía los brazos demasiado ligeros. Lloraba de alivio porque ya no le dolían los hombros. Lloraba de tristeza porque la bebé que tenía pegada a la piel había desaparecido.

«¡Ya llorarás cuando tengas tiempo!», se dijo autoflagelándose. Decidida, se tragó las lágrimas.

De repente, notó calor en el tobillo desnudo.

—¡Miau!

Era un gato anaranjado, blanco y marrón oscuro. Tricolor. El animal maullaba frotándose contra Jeongi y pidiéndole comida. Sin duda, tenía gatitos dentro de su enorme vientre. Sus ojos reflejaban la luz en la oscuridad. El animal se sentó y miró a Jeongi directamente a los ojos como si quisiera consolarla.

Hacía ya una semana que Gumnam cuidaba a la bebé. Era una situación complicada. Cada día que pasaba sin que volviera la madre sentía que perdía más el control. Decididamente, las nuevas generaciones eran muy diferentes de la suya, pero no podía hacer nada. El amor materno causaba estragos. Estaba convencida de que la madre las miraba con lágrimas en los ojos.

Acostumbrada ya a la espalda de la anciana, la bebé se miraba la mano que había levantado, maravillada.

—¡Qué manita tan pequeña! ¿Por eso te las miras así? ¿Qué harás después con ellas? Ay, había olvidado los helechos que recibí ayer. ¡Qué tonta estoy!

Gumnam se puso a preparar las fiambreras de la noche. Mientras echaba aceite de sésamo sobre los brotes de helecho, el carrillón de

la puerta tintineó. Salió enseguida de la cocina. No vio a nadie en el local. Fingió volver a preparar los platos, pero se encogió y se escondió detrás del mostrador.

—¡Calla! Mantente en silencio si quieres volver a ver a tu mamá.

Al cabo de diez minutos, la anciana tenía las piernas entumecidas. Un poco más y le entrarían calambres. Ella y la bebé respiraban en el mayor silencio posible. Gumnam levantó la cabeza para inspeccionar la estancia, pero seguía sin ver a nadie. Sin embargo, estaba convencida de que solo la madre de la bebé sería capaz de ir durante la pausa a esas horas del día en las que ya no había dosiraks para vender y de que estaría escondida en alguna parte, dudando mil veces antes de dejarse ver.

«¡Mi intuición no se equivoca nunca!», se dijo.

Pero parecía que esa vez sí. No apareció nadie, ni siquiera una hormiga. Solo el dolor que se apoderó de sus piernas.

—Estoy segura de que era ella.

Cuando el carrillón sonó de nuevo, la mujer salió de su escondite, rápida como un rayo.

—¡Por fin!

—¡Hola! Sí, he venido a traer los huevos.

—Lástima, no es ella.

Decepcionado, Eunseok dejó las bandejas sobre la mesa y le preguntó a Gumnam:

—¿Espera a alguien? ¿La bebé sigue aquí?

Los iris negros bajo el cabello aterciopelado de la recién nacida le resultaron familiares. Le recordaron a alguien.

—Qué raro, tiene los mismos ojos... —murmuró Eunseok.

Gumnam le tendió un vaso de *sikhye*.

—Lo lamento, ayer se me olvidó dártelo.

—¡Gracias!

—¿A quién dices que se parece?

—El otro día tuve un accidente. Una mujer apareció corriendo por el paso de peatones cuando yo conducía el camión. Estuve a punto de atropellarla. Bueno, me da la impresión de que se parece a la pequeña, pero supongo que no tienen nada que ver.

—¿Cómo era?

—Guapa —respondió de manera irrefutable.

—¿Guapa? —repitió Gumnam al ver la sonrisa avergonzada de Eunseok—. ¿Y qué más?

—Estaba muy delgada. Me habría gustado ofrecerle algo de comer.

—¿Y?

—Tenía el rostro lleno de heridas. Tendría que haberla llevado al hospital.

Gumnam sonrió ante la idea de que Eunseok buscara excusas para decir que le habría gustado pasar tiempo con ella. Y, como la anciana no le preguntó nada más, el joven siguió hablando de esa misteriosa mujer.

—Llevaba una chaqueta vaquera vieja e incluso lloró delante de mí como una niña. Me habría gustado consolarla, pero no me atreví a tocarla. Me daba la impresión de que no tenía derecho a meterme en su malestar.

—¡Has tenido un flechazo!

—¿Qué?

—Vendrá. Ten paciencia y volverás a verla.

—¡No, no estoy enamorado! En todo caso, gracias por el *sikhye*. ¡Adiós!

Eunseok se bebió todo el contenido del vaso y se marchó. Tenía la frente perlada de sudor, como si fuera el protagonista de un manga que acaba de caer en el encanto del primer amor.

—Se hace el intelectual, pero en el fondo es un chico más. ¿Tu mamá llevaba una chaqueta vaquera? Dice que se parece a ti, puede que sea ella. Vamos a esperarla —le propuso a la bebé.

Gumnam escribió: «Para Heungmin» con bolígrafo en el dosirak que puso en el escaparate. Heungmin era un estudiante universitario de segundo curso que, por suerte, no tenía el síndrome del adolescente insoportable y se pasaba regularmente por la casa de comidas.

Sobre las seis de la tarde, empezaron a llegar los clientes. Aprovechó la multitud para entrar. Estaba delgada y llevaba una chaqueta vaquera, lo que bastó para que Gumnam no le quitara ojo. ¿Era la madre de la bebé? Sus ojos hinchados delataban que había estado llorando. La prueba indiscutible para la anciana fue que no miraba el escaparate, sino que se fijaba atentamente en la recién nacida. La cocinera mantuvo la calma por miedo a espantarla. La joven hizo la cola hasta el final, sin duda porque echaba de menos a su hija. Cuando Jeongi llegó al mostrador, Gumnam la recibió con naturalidad.

De repente, le agarró la muñeca a su clienta.

—¡Dígame que ha venido a por la pequeña! —exclamó la anciana tirando de ella.

La joven estaba tan delgada que le dolía el brazo cuando alguien la cogía así.

—Lo lamento muchísimo.

—Calle y sígame.

¿Iba a llevarla a comisaría? Jeongi se arriesgaba a recibir una dura sentencia si la pillaban. ¿Qué sería de su bebé? En algunas películas, se ve a los bebés junto a sus madres en la cárcel. ¿Acaso es lugar

para ellos? A Jeongi se le pasaron todo tipo de pensamientos por la cabeza y captó la ira en el agarre de Gumnam.

Atravesaron el parque Marronnier, giraron a la derecha, luego a la izquierda y se adentraron en Ihwa-dong. Había una empinada escalera ante ellas y, al pasar por el lado, Jeongi vio la comisaría.

—¡Lo lamento muchísimo! No puedo ir a la policía. Le prometo que volveré a hacerme cargo de mi bebé. ¡Por favor, perdóneme!

—¡Le he dicho que me siga!

Gumnam continuó tirando del brazo de la mujer.

Se abrió la puerta. Un aroma a leche azucarada y ropa limpia flotaba en el aire. Sobre un zapatero, había un póster enmarcado de la película *Vacaciones en Roma* en el que salía Audrey Hepburn comiéndose un helado.

Lo primero que vio Jeongi al entrar fue el ukelele que había en el sofá beis de ante, como si alguien lo hubiera tocado hacía apenas unos minutos. Sobre la mesa de madera con hermosas nervaduras había una foto de Gumnam y de su hija agarradas del brazo con cariño.

Cuando la anciana dejó a la pequeña, Jeongi la tomó en brazos. Lloraba con tanta fuerza que la anciana se preguntó cómo había podido aguantar una semana sin la criatura y se metió en la cocina con la intención de dejarles tiempo para disfrutar del reencuentro. Dejó correr agua en el fregadero para hidratar unas algas y sacó del congelador huevas de erizo de Jeju que conservaban su frescura intacta.

Gumnam echó un chorrito de aceite de sésamo en una sartén junto con unas pocas láminas de ajo. Luego, añadió las algas para rehogarlo todo antes de incorporar el agua. Cuando empezó a hervir,

agregó una generosa cantidad de huevas de erizo. En cuanto se pegó a la sartén, lo removió y añadió salsa de soja y salsa de pescado para terminar.

Tomó una cucharada para saborearlo.

—*Yummy! This is excellent!*

Mientras se cocía la sopa de algas, Gumnam oyó a Jeongi diciéndole a su hija que nunca volvería a separarse de ella. Eso era lo que esperaba. Era suficiente.

—¡Venga a comer! Siéntese aquí.

En lugar de enfadarse con ella, ofreció comida a su invitada.

Sopa de algas con huevas de erizo, ternera marinada hecha a la sartén, espinacas sazonadas, batata caramelizada... Le dio una cuchara a la joven, que estaba sentada a la mesa con los hombros hundidos y el aspecto abatido. Regañó a su invitada por no tocar la comida.

—Coma. No estará bueno si se enfría. ¿Cómo piensa criar a una niña estando así de flacucha?

Jeongi tomó una cucharada de la sopa de algas, de la que todavía salía humo. Estaba deliciosa. Tenía un sabor que nunca había probado, el de una sopa cocinada con amor. Desconocía su fecha de nacimiento, pero tuvo la sensación de que ese día era su cumpleaños.

—¡Venga! ¡Anda! No debe quedar nada —la animó Gumnam dejando un filete de carne a la parrilla sobre el cuenco de arroz de Jeongi—. Tome un poco de ternera y espinacas. Una mujer que da el pecho debe alimentarse bien. ¿No le gustan las huevas de erizo? Me las envió una amiga de Jeju porque le dije que pronto vendría a verme una joven madre. Dicen que van muy bien después del parto. He tenido que contenerme para no devorarlas... ¿No le apetecen?

—Hummm.

—Debe tomarlas. Aunque sea una cucharada, ¿vale?

Jeongi se encontraba bien, reconfortada y atosigada por esa anciana en un hogar acogedor. Quizá fuera ese el tipo de comida que llevaba toda la vida esperando.

—Lo lamento de veras. Debe de estar muy sorprendida. Jamás hubiera dicho... —empezó la joven, incapaz de tocar la comida que tanto agradecía.

—Está bien, no pasa nada. *Anyway*, coma. Dese prisa, antes de que se enfríe.

Jeongi no necesitó que se lo dijera de nuevo. Sus ojos inyectados en sangre delataban las calamidades que había tenido que soportar.

Jeongi y Gumnam se tumbaron en la cama con la bebé entre ellas. Antes de dormirse, la joven le había contado toda su vida a su anfitriona, desde el orfanato hasta cómo conoció a su exnovio y el hecho de que la buscaba la policía. No olvidó mencionar las noches en el parque Marronnier ni la historia ante el buzón para bebés y el llanto de la pequeña. Mientras hablaba, la anciana le acariciaba el brazo. «¿Cómo ha podido una mujer como ella resistir tantos retos?», se preguntaba.

Gumnam fue la primera en despertarse por la mañana. La recién nacida dormía con los puños cerrados mientras su madre gemía con la frente perlada de sudor. Gumnam le puso la mano encima. Tenía fiebre por culpa de la presión que por fin había dejado escapar. Mojó un paño con agua fría y le secó la frente y el cuello a Jeongi, que se despertó.

—Señora.

—Llámeme Gumnam. Duerma un poco más. No hay mejor remedio que una buena comida seguida de una buena noche de sueño.

—Hummm.

—Quédese aquí hasta que encuentre un lugar al que ir. No huya, pero no se acomode demasiado tampoco. En este mundo, no hay nada gratis. Tendrá que venir al restaurante a ayudarme a cortar ajos y cebollas.

Desconfiada y con una mirada propia de un gato salvaje, Jeongi le dio las gracias a Gumnam antes de dormirse como si hubiera perdido el conocimiento.

Las tres almas que se conocieron a finales de otoño pasaron todo el invierno juntas. Jeongi cogió tres kilos. Trabajaba en Manna Dosirak desde la apertura hasta el cierre. Los chistes que contaba Gumnam mientras quitaba las hojas de los brotes de soja la hacían reír y las notitas que escribía la anciana para animar a sus clientes la conmovían. La joven madre decidió entregarse a la policía y esperar al juicio. Poco a poco, se preparó para afrontar la vida con determinación.

—¡Gumnam! O debería decir... ¡jefa! Se acuerda de que hoy le pedí medio día libre, ¿verdad? —preguntó Jeongi, que llevaba a la bebé a la espalda, delante de la puerta del local, por la que entraba el aire frío del invierno.

—¡Por supuesto! Hoy es el día en el que por fin nuestra pequeña Hwadong tendrá nombre oficialmente.

—Habría estado bien llamarla así. Hwadong de Hyehwa.

—No, en absoluto. Qué anticuado. Nos lo reprocharía toda la vida. Para tener clase, tendría que llamarse Hepburn, Scarlett o algo así.

Hoy en día, hay que ser cosmopolita.

—¡Agú! —rio la bebé.

—¡Mire cómo le gusta! ¡Ja, ja!

—Pero ese barrio es especial para mí, no para nosotras.

Tras tapar a la pequeña con una manta, Jeongi abrió la puerta. Entró el aire fresco. Gumnam se acercó para despedirla, pues se iba al ayuntamiento. En cuanto salió a la calle, llegó el camión de Eunseok a Manna Dosirak.

—¡Mister Eggs! Jeongi acaba de salir a por el bus.

Eunseok, sorprendido, bajó rápidamente del vehículo.

—¿Qué? ¿Se va? ¿A dónde?

—¡Ja, ja! Al ayuntamiento para registrar a la pequeña. ¿Tanto te sorprende? ¿Te da miedo que se vuele con el viento? ¿La has tomado por una ninfa que vive en las nubes? ¡Me encanta ver cómo te derrites por ella! —lo provocó Gumnam, porque no había nada más divertido que el amor no correspondido.

—No, en absoluto. Tome, los huevos.

—¡Madre mía! Me traes huevos todos los días desde que está aquí Jeongi. A veces vienes por la mañana y por la tarde. No soy tonta.

—¡Gumnam!

Sus grandes ojos de gato inofensivo se parecían un poco más a los del actor Jung Hae-in.

—Eres bastante guapo. Proponle salir a cenar. La pequeña duerme profundamente desde las siete de la tarde hasta la mañana siguiente, por norma. Ah, olvidaba que, entre semana, va a clase para aprender a ser manicurista. Será mejor que le propongamos un fin de semana para aprovechar bien el tiempo y disfrutar de una buena cena. Yo cuidaré de la pequeña.

—Eh... Tiene razón. ¿Por qué no llevarla a tomar una sopa de oreja de mar bien acompañada? Eso le dará fuerzas.

—¡Claro que no! ¡Pasta! ¡Un costillar de ternera! ¡Eso es lo que necesita! —Gumnam le dio una palmadita en la espalda al muchacho y continuó—: Mister Eggs, ¿eres sincero con ella? Maldita sea, no sirve de nada tener el rostro de Jung Hae-in y la voz de Lim Young-woong si no te las apañas con las relaciones románticas.

—Tiene mucha fuerza... —balbuceó avergonzado y con los ojos llorosos.

Dejó la bandeja que tenía en las manos y se marchó.

«No me ha dejado la cantidad que necesito, lo cual quiere decir que volverá mañana. ¡Será la ocasión perfecta para meterme un poco más con él!», se alegró Gumnam.

Su risa tan pura como la de una niña traviesa resonó por toda la estancia.

Odeuli. Ese era el nombre elegido para la hija de Jeongi. La pronunciación se parecía a la de Audrey, lo cual le gustó mucho a Gumnam.

—¡Hola, Odeuli! —exclamó tomando a la bebé en brazos, que se divertía empujando con la lengua el dientecito que tenía, más pequeño que un grano de arroz.

Lucía una sonrisa radiante. La anciana le hablaba a la pequeña mientras la bañaba.

—Mi querida y pequeña Odeuli, tu madre ha elegido un nombre muy bonito y, ¿sabes qué?, los nombres determinan nuestro destino. Gracias a él, tendrás una buena vida, mi princesa Odeuli.

La criatura sonrió de placer como si comprendiera la ternura de la mirada arrebatadora de Gumnam.

—Con esa postura le dolerá la espalda. Podría haberla bañado yo.

—Me pregunto si cuidar de los nietos será igual de divertido. Lamentablemente, mi hija es una DINK, así que nunca tendré el placer. Podría pasarme todo el día mirándote, mi pequeña Odeuli.

—Déjeme acabar. ¡Venga! —exclamó Jeongi agachándose junto a ella.

—Aquí no hay sitio, siéntese en otra parte. Además, ¿no tiene clase hoy? Creía que también iba los sábados para repasar para el examen. No hay que confiarse, pero siempre puede descansar un poco en el sofá del salón antes de salir, por ejemplo.

—No hace falta. ¡Estoy en plena forma!

—¿De verdad? Pues no queda más remedio que bañarla juntas.

Gumnam alargó el brazo para echarle un poco de agua caliente a Jeongi a la cara, que la esquivó antes de hacer lo mismo con la anciana. Odeuli sonrió.

—¡Agú!

Gumnam repitió el gesto varias veces y luego Jeongi bajó la cabeza.

—¿Le ha entrado agua en los ojos? Déjeme ver.

—Hummm.

Jeongi tenía los ojos rojos.

—Tengo miedo. Si se descubre, pronto iré a la cárcel. No sé si volverán a separarme de Odeuli. Me da miedo que estos momentos de felicidad no regresen jamás. Me siento como si estuviera viviendo en un sueño.

—¿Por qué tiene tanto miedo?

—Porque no es normal que sea tan feliz y no tenga ningún problema. Y es todo gracias a usted, señora —dijo Jeongi levantando la cara para mirar a Gumnam.

—Deje de llamarme «señora». ¿Cuántas veces tengo que decírselo? Cualquiera diría que la preocupación forma parte de su

naturaleza. La semana pasada la interrogaron y dijo que había firmado sin saber nada. Estoy segura de que los jueces harán un buen trabajo. Y en el caso de que la metieran en la cárcel, lo cual no sucederá, yo estaré ahí para cuidar de la pequeña. No se preocupe. *Don't cry, okay?*

—Odeuli acaba de aprender a sentarse. Me gustaría ver cómo se pone de pie y cómo da sus primeros pasos.

—¡Lo verá! Además, de todas formas, eso no cambia nada, porque estará con ella toda la vida. Un niño necesita más a una madre que le diga dónde no meter los pies que a una madre que lo vea caminar por primera vez. Ha elegido el buen camino. Hizo bien al entregarse a la policía.

Sin poder evitar que le cayeran las lágrimas, Jeongi respondió:

—Odeuli no debe caer nunca. Tengo que ayudarla a ir recta.

—Caer es un modo de aprender. Sin embargo, podemos evitar que se haga daño en la caída y ayudarla a tener el coraje de volver a levantarse. Todo el mundo se ha caído al menos una vez en la vida, es normal. Siempre pasa.

La joven lloraba a mares y su hija hizo una mueca.

—Mire. El rostro de una madre es un espejo para su bebé. Si la madre llora, la niña la imitará. Los niños se parecen a sus padres. Si muestra fuerza de carácter, Odeuli tampoco se dejará pisotear. Téngalo en mente para encontrar el valor. Esperaremos a que llegue el juicio. *Don't worry, okay?*

—Gracias.

Jeongi se secó las lágrimas y se obligó a sonreír. Estaba emocionada.

Jeongi aplicó crema hidratante en el cuerpo de la bebé, tumbada sobre una toalla. Giró los dedos sobre su rodillita, tan pequeña como un hueso de tobillo, y la masajeó. Gumnam sacó leche de fórmula de la cocina.

—¿Ha cambiado la marca de la leche? Creía que a la pequeña le sentaban mal las otras y por eso seguía comprando la misma.

—Era mentira.

—*What?*

—Era un modo de hacerle beber una leche cara —respondió Jeongi con una sonrisa avergonzada en los labios.

«¡Qué morro tiene! ¡Cualquiera diría que la mayor de las dos soy yo!», pensó Gumnam preparando un biberón.

—Voy a darle de comer. Vaya a estudiar.

—Lo lamento. Le prometo que se lo pagaré.

—¡Usted lo ha dicho! ¡Este mes le restaré el precio de la leche de su salario! Por cierto, hoy es día de pagos. Se me había olvidado.

Gumnam abrió el segundo cajón que había junto al lavabo y sacó un sobre.

—Ya me da demasiado. No estoy segura de ser digna de recibir además su dinero, pero gracias.

—Todo trabajo debe ser remunerado. Además, le he restado una parte por el alojamiento y la comida. Si le pagara bien podría agradecerme, pero este salario es tan modesto que ni siquiera puedo ruborizarme.

—¡Gracias!

Jeongi salió por la puerta sin dejar de hacer reverencias para darle las gracias.

Su objetivo era graduarse como manicurista para trabajar haciendo uñas, aunque no tuviera más que un rincón en un salón. Se aferró al sobre que contenía el sueldo que apenas gastaba.

Usaba solo una ínfima parte, para ahorrar y prepararse para vivir independientemente con Odeuli. Sacó doscientos mil wones de lo que acababa de darle Gumnam.

Recorrió la avenida y luego la pequeña calle que llevaba a la Universidad de Sungkyunkwan. Entró en el motel en el que se había quedado con su hija, pero la recepción estaba vacía. Jeongi esperó unos minutos más, pero no vio a la propietaria. Pasó el dinero por el agujerito en forma de medialuna del metacrilato y se sintió aliviada. Era un modo de consolarse, de borrar los insultos de la propietaria, que la había tratado de indigente sin que ella pudiese refutárselo.

Jeongi sonrió sin darse cuenta siquiera. A continuación, se dirigió al establecimiento en el que tenían lugar las clases. Una variedad de tonos anaranjados coloreaba el cielo de esa tarde de invierno.

¡Bip bip!

Eunseok acababa de tocar el claxon con precaución.

La joven se dio la vuelta.

—¡Jeongi! —la llamó Eunseok abriendo la ventanilla de su vehículo.

—Hola.

—Hoy es sábado. ¿También tiene clases? ¿Quiere que la lleve? —le propuso el muchacho hablando de manera apresurada—. Acabo de terminar las entregas del día.

—No hace falta, gracias —respondió ella con un tono extrañamente seco.

—¡Es el camión más cómodo que existe! Suba. También tengo mandarinas —dijo para convencerla.

Cogió una fruta naranja y se la mostró con una tímida sonrisa.

—Prefiero caminar.

—En ese caso... Eh... Cuando termine... Eh... Debo hacer una última entrega esta noche. ¿Quiere que la recoja de camino? Tengo

que pasar por aquí de todos modos, puesto que voy al otro lado.  
¿Qué estoy diciendo?

Él se rascó la cabeza.

—Volveré andando también.

—¿Es que le da vergüenza el camión? Puedo coger otro vehículo...

Jeongi se detuvo en seco y se enfadó con Eunseok.

—¿Está de broma? ¡Es usted quien debería avergonzarse de mí!  
¿O me lo pregunta porque de verdad no lo entiende? ¡Márchese de aquí!

La joven le había contestado con frialdad. Él la observó alejarse murmurando por lo bajini como si estuviera enfadada. ¿Tan inútil era en el amor?

En la escalera de salida del metro de Hongdae, Jeongi subió los escalones uno a uno, empujada por el flujo de gente, y luego giró a la derecha. Había una pareja de ancianos vendiendo flores en un puestecito, como todos los días. Jeongi se fijó en un ramo de rosas Jana de color melocotón lleno de capullos. «Seguro que a Gumnam le encantarían», se dijo. Nunca gastaba dinero en ella misma, pero abrió el monedero sin titubear. Le resultaba imposible comportarse de otro modo porque la emoción que había visto en los ojos de la anciana cuando la había acogido seguía bien viva en su mente.

Con el ramo envuelto en plástico transparente, Jeongi subió los escalones que llevaban a la primera planta de la academia de manicuristas. Antes de que empezara la clase, se sentó para relajar las manos, temblorosas de tanto limpiar. A pesar de sus esfuerzos, le resultó imposible detener los temblores. Se masajeó la mano derecha y se puso manos a la obra. Una gota de esmalte blanco como la nieve cayó sobre una uña transparente. Jeongi extendió una fina capa. Tras repetir varias veces el mismo gesto, sacó un esmalte de purpurina, vertió unas gotas sobre un papel de aluminio y mojó

una esponjita redonda en él. La apoyó sobre la uña para crear copos de nieve plateados.

—¡Genial! Podré hacerle este dibujo a Gumnam —exclamó ella sola, satisfecha con su trabajo.

Una vez terminada la clase, salió del establecimiento y se imaginó cruzándose con el camión de Eunseok en la calle. Pero esa esperanza era un lujo que se negaba a albergar. Así que siguió andando sola.

No le hicieron falta más de diez minutos para obligar a Gumnam a sentarse, a pesar de que esta no estaba contenta con que Jeongi siguiera usando las manos después de haber trabajado todo el día. Pero en cuanto la joven le explicó que el *nail art* estaba de moda, la anciana cedió y dejó de rechistar.

—Nadie me mira los pies. Soy la única que los ve. Pero tiene razón, es buena idea. Al menos, me pondrá de buen humor.

—En efecto. ¡Voy a dibujarle nieve y copos en las uñas!

Gumnam rio al ver lo motivada que estaba la joven y decidió obedecerla.

—¿Sabe? El ramo de flores me ha hecho mucha ilusión. No es necesario que me haga una pedicura. Además, los primeros copos caerán la semana que viene! ¿Qué hará para celebrarlo?

—¿Sí? Pues, en ese caso, me propongo preparar udon en casa para degustarlo con usted, señora, y Odeuli.

—No sé si estaré disponible —respondió Gumnam, que estaba pensando en organizarle una cita con Eunseok.

—¿Por qué lo dice? No probará nada mejor que mi udon al kimchi. Además, no hace mucho que fermentamos la col.

—Podría hacer cualquier cosa más divertida. Además, ideje de llamarme «señora»!

—Perdón. Siempre me cuesta llamarla por su nombre.

Gumnam miró a lo lejos.

—Me pregunto qué hará Mister Eggs. Tras las primeras nieves, llegará la Navidad. Espero que encuentre prometida pronto. Es buen chico. Además, es guapo, muy *handsome*. ¡Y tiene una voz *wonderful*!

—Hummm.

En silencio, Jeongi hizo varios intentos para pintarle las uñas a Gumnam y se detuvo numerosas veces delante del meñique deforme del pie.

—¿Ha perdido muchas uñas?

—¿Qué? Sí, cuando trabajaba en la fábrica. ¿En cuál era? En la de cerámica. Me cayó una vasija en el pie. ¡Me hizo un daño de mil demonios! Lo peor es que me quitaron una parte del sueldo y ese mes no pude enviarle dinero a mi familia. ¿O tal vez fuera en la fábrica de termómetros? Ya no me acuerdo, pero era joven.

—¿Una fábrica de termómetros? ¿Existe algo así?

Jeongi no pudo evitar sentir cierta vergüenza al ver ese pie con la piel áspera y la uña callosa.

—¡Ah, no, espere! Empezó cuando me fui a Seúl para trabajar de criada. Tenía doce años. Fue en Seongbuk-dong. La hija del jefe tenía mi edad. ¡Era tan guapa! No tenía nada que ver con la chica de Chungcheong-do que era yo, de tez morena. Ella tenía la piel blanca como la porcelana. Cuando cogía un lienzo y ponía el pincel encima para pintar, parecía una de esas aristócratas de los cuadros occidentales. En ese momento, decidí que yo también quería pintar.

—¿Quería ser pintora?

—Sí. Esa joven era demasiado guapa. Para mí, ella era como Scarlett O'Hara o Audrey Hepburn. En cuanto cogí un pincel, empezaron los problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—De casualidad, el material de pintura de esa chica desapareció. Era un material muy caro que mi jefe había comprado en Francia durante un viaje de negocios. Sucedió cuando yo mostré interés por pintar, así que me culparon de haberlo robado. Por mucho que les supliqué, me echaron. Tuve que abandonar la casa descalza. Creo que aquella fue la primera vez que perdí la uña al tropezar con una piedra. La uña del meñique. Me quedé delante de la casa toda la noche suplicando que me readmitieran, pero no cambió nada. Aquel día comprendí lo larga que puede llegar a ser la noche. Era invierno. Temblaba de pies a cabeza. Cuando abrieron la puerta al día siguiente fue para echarme mis pertenencias a la cara. Sin embargo, yo no había robado nada. Me pregunto si en algún momento encontraron el material.

Gumnam se pasó la mano por la uña del pie mientras rememoraba su pasado.

Jeongi no comprendía realmente que la generación de Gumnam había sobrevivido a la pobreza extrema. Ella había nacido en un periodo de abundancia en el que los jóvenes se quejaban por costumbre, pero siempre había sufrido desnutrición. Jeongi frotó la uña que Gumnam había acariciado.

—No puede ponerle el esmalte, ¿verdad? Está demasiado rugosa. Está muerta, es por eso. *It died*. No vale la pena pintarla. Ni siquiera recuerdo habérmela cortado. Creo que está pegada a mi piel, pero dejó de latir hace mucho.

Jeongi resopló. La triste historia de Gumnam le ablandó el corazón.

—¡Claro que sí! Podría incluso dibujar flores —afirmó dejando caer una gota de esmalte blanco en esa uña tan negra y dura como la piel de un elefante.

Añadió un toque amarillo para crear una margarita.

—¡Parece un huevo frito! ¡Ja, ja!

—¡Es una margarita! Ahora que lo dice, creo que no me ha salido tan bien como pensaba.

—¡No, es *excellent*! Una flor de huevo en el dedo del pie de la cocinera de Manna Dosirak. ¡No podría ser de otro modo! —exclamó la anciana con una sonrisa porque le había encantado el dibujo.

—¿Le gusta?

—¡Sí, es *good*! Es hora de llamar a Munjeong. ¿Le importa si seguimos después?

—Claro que no. ¡Vuelva cuando acabe!

Cada noche, frente al entusiasmo de Gumnam a la hora de hablar con su hija, Jeongi envidiaba a Munjeong. No la conocía, pero ver a una madre dándole importancia a su hija la ponía celosa.

Aquella noche, Munjeong no contestó. Normalmente, ya habría vuelto del taller y habría empezado a enseñarle inglés a su madre por FaceTime. Gumnam ya la habría reñido por estar demasiado delgada y le habría preguntado qué había comido. La septuagenaria pulsó el botón rojo de su iPad para poner fin a la llamada. Munjeong no había respondido, algo que sucedía cada vez con más frecuencia. ¿Estaba ocupada? Eso no era algo malo, quería decir que estaba inspirada para pintar.

Gumnam hizo una mueca y se sentó de nuevo delante de Jeongi.

—Tiene otra cosa que hacer. Está en *busy mode*.

—Me encantaría conocerla algún día. Parece ser una buena persona.

—Lamentablemente, no viene mucho a Corea. ¡Es toda una estadounidense! —espetó Gumnam, apenada, pero orgullosa porque su hija estuviera cumpliendo su sueño en su lugar.

Tumbada sobre la cama, Gumnam movía los dedos del pie con «flores de huevo» dibujadas. Con un suave roce, sacó un pie de la colcha de algodón, lo que le permitió verse los dedos. Los bonitos dibujos la ponían de buen humor.

En el momento de dormirse, oyó un roce en la habitación de Jeongi y Odeuli. Para sus invitadas, esa habitación se había convertido en un acogedor refugio. Antes, era ahí donde Gumnam tocaba el ukelele, dibujaba con pinturas pastel y estudiaba inglés. Esas actividades eran una especie de reparación que se ofrecía a sí misma porque no había podido estudiar de joven, lo cual había hecho que brotara en ella un sentimiento de injusticia. Así que se prometió dedicar una habitación entera a sus pasatiempos.

Desde que Jeongi vivía con Gumnam, la oía hablar de Munjeong todos los días, pero nunca de su yerno. ¿Quizá fuera tan ignorante como Jeongi? A pesar de la curiosidad, no quería reabrir antiguas heridas y no le hizo ninguna pregunta.

La joven madre giró el cuerpo hacia la pared cubierta de papel blanco en el que Gumnam había dibujado un manzano. A pesar del ruido, Odeuli no se despertó. Jeongi inspiró hondo y cambió de posición de nuevo. El juicio tendría lugar en pocos días y empezaba a ponerse nerviosa. Se decía a sí misma que todavía tenía tiempo de huir, pero Gumnam le había enseñado una lección importante: en la vida había que enfrentarse a los problemas para superarlos. Huir no

servía de nada, puesto que la realidad se repetía sin cesar como un refrán.

Jeongi se puso de cara a Odeuli, tumbada de lado, y se encogió. Le tocó el pecho a su hija, que por fin podía descansar en un colchón, y, con voz débil, habló. O, más bien, rezó.

—Te lo suplico. No dejes que nos separemos nunca —pidió fingiendo que creía en Dios.

Se decía que Dios había creado a las madres porque él no podía estar en todas partes, pero Jeongi no tenía madre y esperaba que, precisamente por ello, el Señor hiciera más caso a sus plegarias. Sumida en sus reflexiones, echó un vistazo hacia la puerta. ¿Le había enviado Dios a Gumnam para reemplazar a la madre que nunca había tenido? Con ese pensamiento, sonrió y se durmió junto a su hija.

Cuando empezaba a sumirse en el sueño profundo, oyó la puerta. Eran las dos pasadas. ¿Se trataba de una alucinación? A esas horas, el mercado todavía no estaba abierto y Gumnam no tenía motivos para salir. Jeongi intentó regresar a los brazos de Morfeo.

Entonces le vibró el móvil.

¿Quién podía escribirle a esas horas tan intempestivas? ¿Eunseok? Cogió el teléfono y se levantó. Era un número desconocido, pero, al leer los mensajes, adivinó enseguida de quién se trataba.

Bueno, Jeongi, ¿se está criando bien mi hija?  
¿Me la enseñas? ¿Dónde estás? Seguro que en  
Hyehwa-dong.

Así que ¿te has entregado? Y sin decirme nada.  
De todos modos, te encontraré pronto. Hyehwa  
es pequeño. Y recuperaré a mi hija.

Escribeme si no quieres que te encierren como a una sucia perra.

Era el padre biológico de Odeuli.

Jeongi se quedó sin aire. El dolor le atravesó las costillas. La fuerza de las manos la abandonó y se le escapó el móvil.

Poco después del parto, como no podía seguir pagando el contrato telefónico, había usado el teléfono del motel para decirle que dejara de usar su sello. En cuanto oyó la voz de Jeongi, él colgó de inmediato.

Recientemente había dejado doscientos mil wones en el motel en el que se había alojado, lo cual le había proporcionado un valioso indicio a su ex: seguía viviendo en el barrio.

Jeongi se echó a temblar. ¿Qué debía responderle? Al notar la ansiedad de su madre, Odeuli gesticuló en la cama. Sus manitas abrigadas se agitaron en el aire. Jeongi las cogió con cariño para ponérselas sobre el pecho.

—¡Brum, brum! Un coche nos lleva hasta las nubes. ¡Brum! Conducimos por el arcoíris.

Era una situación de crisis. El padre biológico de Odeuli había vuelto a las andadas y se enfrentaba a un juicio. Además de su historial lleno de fraudes, que incluían el uso de documentos de identidad y sellos ajenos, Jeongi lo había denunciado, lo cual agravaría su condena. Por eso la había llamado cuando hasta entonces la había evitado a toda costa.

Jeongi respondió en el pasillo. Él le pidió que retirara la denuncia. Si no lo hacía, le robaría a Odeuli, y la amenazó con condenar a la niña a una vida peor que la suya.

Tembló al oír la voz de su ex. No de miedo, sino de ira. Odeuli también era hija suya. ¿Cómo podía decir algo así? Gumnam, al

cruzarse con la mirada glacial de Jeongi, le preguntó qué le pasaba.

—*What's the problem?* ¿Es un tema del banco?

—No —respondió ella fingiendo limpiar el polvo de la vitrina.

—Hoy está usted muy rara. ¿Es por Mister Eggs? ¿Porque no ha venido?

—No, en absoluto.

—Entonces, ¿es por el juicio? He sido una tonta al dudar. *So stupid!* Es normal que solo piense en eso. En cualquier caso, no vale la pena preocuparse por cosas que todavía no han sucedido. No pierda la energía imaginándose lo peor. No importa lo que pase, cuidaré de Odeuli el tiempo que haga falta. Lo sabe, ¿verdad?

—¡Gracias! De verdad, muchas gracias... Pero no se preocupe por mí, estoy bien.

—Odeuli, ¿tu madre de verdad está *okay*? —le preguntó Gumnam a la pequeña, que jugaba con un vasito de cartón sentada en la trona.

La niña sonrió mostrando los incisivos inferiores. Jeongi estaba decidida a no dejar que se fuera nunca con su padre. Sabía que él le haría daño.

Negó con la cabeza bajo la atenta mirada de la anciana, que intentaba comprender de dónde había salido la sombra que se reflejaba en su rostro.

El tiempo pasó muy rápido y la pausa del mediodía se terminó pronto. Las puertas de Manna Dosirak se abrieron para dar paso al servicio de la tarde.

¡Ding!

Sonó el carrillón con forma de pez en vertical.

—¡Bienvenida a Manna Dosirak!

Cuando Jeongi terminó la frase, la propietaria del motel, con las uñas todavía rojas, replicó:

—¿Qué? ¿Usted trabaja aquí?

Jeongi no pudo evitar pensar en su ex, que la estaba buscando.

—Veo que la bebé también está aquí. ¡Ahora ya tiene hasta dientes de leche! Entonces, ¿trabaja aquí? ¿Por eso ha podido pagarme? Personalmente, pensé que habría vendido a su hija. ¡Ja, ja!

—Hummm.

—Lo digo porque ayer vino el padre de la niña. Se enfadó conmigo y me preguntó dónde estaban. Tuvo un ataque, me asusté mucho. ¿Puedo decirle que están aquí?

La propietaria esbozó una sonrisa burlona como dando a entender que había captado el punto débil de la joven.

Jeongi bajó la cabeza un instante para reflexionar. ¿Debía pedirle que fingiera que no la había visto? No quería que Gumnam tuviera problemas por culpa de su ex.

La anciana salió de la cocina en ese momento y lanzó un cuenco de sal gruesa sobre su clienta.

La dueña del motel agitó las manos con las uñas pintadas.

—¿Quién se cree que es esa vieja? ¿Por qué me echa sal? ¡Le recuerdo que soy su clienta! ¡Encima he tenido que desplazarme porque no tienen servicio a domicilio!

—¿«Esa vieja»? No criamos cerdos juntas. Tráteme de «señora». ¿Qué sabe usted del negocio de la restauración? ¿Acaso vende algo? ¿Su carne, tal vez? ¡Mujer estúpida! ¿Por qué molestar a una anciana que solo pretende vivir dignamente?

¡Ding!

La puerta se abrió de nuevo.

Era Eunseok, que llegaba para entregar los huevos como de costumbre.

—¿Todo bien? —preguntó dejando la bandeja en el suelo para correr junto a Gumnam.

—¿Por qué me grita a mí cuando he tenido que soportar la ira y la violencia del padre de la criatura?

Eunseok había entendido la situación y miró instintivamente a Jeongi, pero enseguida desvió la mirada hasta el mostrador. Era un gesto de consideración con la joven, que parecía avergonzada.

—Tuve que aguantarla en el motel después del parto. ¡Los llantos de la criatura espantaron a mis clientes! Venga, admítalo. ¡No se quede callada! Es cierto que me pagó hace unos días, pero accedí a dejarla marchar sin pagar. ¡Soy yo quien debería echarle sal encima! —gritó, lo cual hizo llorar a Odeuli.

Eunseok tomó a la pequeña entre sus brazos.

A Jeongi le resultaba imposible moverse. Tenía los pies anclados al suelo. No dejaba de pensar en su ex. Siempre tenía el pelo plantado gracias a la gomina y apestaba a perfume de Chanel. Jeongi cerró los ojos.

Le daba la sensación de que, dentro de poco, lo vería llegar al restaurante y no estaría nada tranquilo.

Gumnam había acabado de limpiar la cocina y volvió a la estancia principal. Jeongi estaba sacando brillo a la vitrina, donde ya no quedaba ningún dosirak. Cuando terminó, recogió la sal que había caído al suelo. Gumnam había hecho todo lo posible para alimentarla y que se recuperara, pero volvía a estar muy delgada.

—¡Jeongi!

—Lo siento.

—¡Jeongi!

—Si me quedo aquí, me arriesgo a que venga en cualquier momento.

—Llámele y dígame que venga. ¡No me da miedo ese estafador! Dígame que lo espero. Si viene, ¡le echaré sal a la cara!

Era la primera vez que Jeongi veía a Gumnam enfadada. Si Odeuli hubiera estado presente, seguro que se habría echado a llorar. Por suerte, Eunseok se la había llevado a pasear.

Jeongi estaba encantada de ver a la anciana enfadada. Jamás había pensado que tendría a alguien de su lado, dispuesto a defenderla, y eso le resultó reconfortante y conmovedor. Bajó la cabeza, pero volvió a levantarla enseguida. Tenía que dar muestra de coraje.

—¿Sabía que la estaba buscando? ¿Se puso en contacto con usted?

—Hummm.

—Se merece usted una buena lección. ¿Por qué no me había dicho nada? ¡No es bueno darle vueltas a algo así sola en una esquina! —masculó antes de abrazarla.

Se imaginó el momento en el que, sola, se preocupaba en silencio con el corazón en un puño.

—La soledad es cosa de costumbre. Se puede cerrar la puerta con llave y no dejar entrar a nadie, pero, como cualquier otra costumbre, podemos cambiarla.

Sin decir nada, Jeongi apoyó la cara en el rostro de Gumnam.

—Si en algún momento se siente perdida, recuerde qué le diría a su hija. «Hay que alimentarse bien, taparse bien y mirar los coches que vienen por la calle. Pase lo que pase, debes hablar conmigo». Son palabras fáciles de pronunciar. ¿Cree que sería bueno para ella

refugiarse en sí misma cuando tiene un problema? ¡No! No vuelva a hacerlo nunca, *understand*?

Gumnam le acarició la espalda a Jeongi.

La luz amarillenta del local bañaba a las dos mujeres recordando a *Mother and Daughter*, el cuadro de Egon Schiele en el que una madre vestida de rojo abrazaba a su hija desnuda.

Solo quedaba una semana para el juicio. A pesar de las amenazas constantes de su ex, Jeongi no retiró la denuncia. El muy asqueroso era el padre biológico de Odeuli, pero no tenía ningún derecho sobre ella. Por supuesto, Jeongi seguía teniendo miedo porque era un hombre francamente malvado.

Cada vez que sonaba el carrillón del local, la joven se sobresaltaba. Cuando iba a la academia, no dejaba de mirar a su alrededor, y al acabar las clases, antes de bajar las escaleras, comprobaba primero a izquierda y derecha por miedo a que apareciera de repente. Su determinación no cambiaba el hecho de que ese hombre le había pegado durante años y su cuerpo reaccionaba al trauma de manera involuntaria.

Jeongi tenía miedo, a pesar del coraje momentáneo que le infundían el dulce rostro de su hija, los ánimos de Gumnam y las palabras reconfortantes de Eunseok. Oscilaba continuamente entre la esperanza y la angustia.

Aquel día, no la siguió nadie por la calle, pero prefirió quitarse los auriculares que llevaba siempre para permanecer alerta. El sol cada vez se ponía más pronto y los días iban refrescando. Jeongi se envolvió con la gruesa bufanda gris para ocultar su rostro.

Oyó un claxon.

—¡Jeongi!

Era Eunseok. Llevaba una sudadera con capucha del mismo color que la bufanda de Jeongi, que se paró en seco.

—Voy a Hyehwa, ¿la llevo?

Al ir a la academia, había visto el camión azul aparcado en una esquina. Sabía que Eunseok la seguía por si acaso.

—¡Tengo mandarinas y café caliente!

El camión de Eunseok olía bien. Jeongi esperaba que el olor a huevo crudo impregnara el aire, pero no era así, sino que más bien dominaba un perfume cálido a hoguera invernal. El café americano se mantenía templado dentro del vaso térmico de color marfil, como si aguardara pacientemente al muchacho. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí?

—¿Le gusta? Lo he preparado yo mismo.

—Sí, está bueno.

—¿De verdad? Qué alivio. Se lo prepararé más veces. Es un poco diferente del que bebo de costumbre porque lo he filtrado a mano. ¡Ja, ja!

Jeongi vio a Eunseok reír con timidez porque estaba contento. ¿Por qué era tan amable con ella? ¿Acaso le tenía lástima?

—Gracias. Por cierto, también quería agradecerle que se llevara a Odeuli a pasear la última vez, ya sabe que aquel día...

—No hace falta que me lo cuente todo ahora. Me lo explicará la próxima vez.

—¿La próxima vez?

—Es cierto que puede sonar algo incierto como promesa. ¿Y si me cuenta su historia el día de la primera nevada?

Jeongi rio.

—Puede que, en ese momento, me esté pudriendo en una celda.

Se hizo el silencio.

—He pensado mucho en usted desde que nos conocimos. Muchísimo. Diría que cada vez que conduzco en dirección a Hyehwa, Ihwa o Seongbuk y cada vez que hablo por el micro para anunciar las entregas. ¿Cómo pudo pasarle eso? ¿Por qué Dios le dio una vida tan difícil? Creo que, hoy por hoy, puedo decir con seguridad que conozco la respuesta.

El vehículo se detuvo delante de un semáforo en rojo. Jeongi miró fijamente a Eunseok, en cuyos ojos había aparecido un brillo como el de un gato que todavía no ve bien las cosas.

—Si ha tenido una vida difícil y ha conocido a un tipo aterrador es para que pueda reconocer a la gente de buen corazón en su entorno. Dios le ha ofrecido una visión del mundo que le permite diferenciar el bien del mal.

Jeongi no dijo nada.

—Es la conclusión a la que he llegado.

El semáforo se puso en verde.

Con las manos en el volante, Eunseok pisó el acelerador. El camión atravesó el paso de peatones y avanzó. A modo de respuesta, Jeongi giró un botón redondo en el panel para subir el volumen de la música. Era la banda sonora de la película *Una cuestión de tiempo*.

En cuanto el vehículo dobló la esquina que llevaba a la estación de metro de Hyehwa tras pasar por el parque Marronnier, Jeongi rompió el silencio.

—¡A la izquierda!

—¿Quiere pasar por la casa de comidas?

—¡La luz está encendida, pero ya ha cerrado por hoy!

El miedo se reflejaba en la mirada de Jeongi.

El joven giró para adentrarse en la calle rodeada de pinos.

Resonó un grito tan fuerte como para oírse desde el camión. Ella abrió la puerta para bajar y corrió hacia Manna Dosirak.

Lo que vio a través de la puerta la dejó horrorizada.

La vitrina que contenía los dosiraks hechos con tanto amor se había roto. En el mostrador había dinero que había caído de la caja registradora. Gumnam, con el pelo despeinado, intentaba contener a un hombre. Acababa de encontrar la dirección de ese lugar, Manna Dosirak, el paraíso de Jeongi.

Entró corriendo y se enfrentó directamente a su ex.

—¡Vete! —exclamó con los dientes apretados.

—Aquí está mi Jeongi. ¡No le tienes miedo a nada!

—Hablamos fuera. ¡Date prisa!

Odeuli lloró aún más al oír la voz enrabada de su madre. Gumnam, agotada por haber resistido sola ante ese hombre que había ido a robar a la bebé, le cogió la mano a Jeongi.

—Coja a la pequeña y márchese. ¡Está llorando!

La anciana había vuelto brevemente al restaurante porque no estaba segura de haber apagado la arrocera, la principal responsable de su factura de la luz, y había tenido la mala suerte de toparse con ese hombre. En un primer momento, había intentado echarlo con palabras mordaces, pero no sirvieron de nada contra el hombre, que quería usar la fuerza.

—¿Qué está diciendo? ¡Seré yo quien se lleve a su hija! —respondió el hombre—. Y si no te gusta, Jeongi, puedes volver a comisaría y decir que usaste el sello tú misma.

El ex de la joven empujó a Gumnam. En ese instante, se oyó un ruido seco. Jeongi le había dado una bofetada a su ex.

—¿Qué? ¿No quieres volver a ver a tu madre? Sabes que sé dónde está, ¿no? La vi ayer, por cierto.

—Aunque eso fuera verdad, ahora me tocaría a mí abandonarla. ¡No toques a mi abuela! Si le haces algo, te mataré. ¿Comprendido? Te mataré a ti y luego a mí misma.

Jeongi ayudó a Gumnam, que estaba en el suelo, a levantarse. Sacó el móvil para llamar a emergencias. El hombre le dio una patada en la cabeza.

—¡Te había dicho que te calmaras! ¡Mi vida es una mierda por tu culpa! No tendría que haber salido nunca con una pobre huerfanita. ¡Tu madre te abandonó con motivo!

La joven tenía sangre en la frente tras haber rodado por el suelo a causa de la fuerza del impacto. Se había hecho daño justo en la herida que acababa de cicatrizarle.

—¡Jeongi! ¡Gumnam!

Eunseok acababa de entrar en el local con el rostro pálido. El ex pasó la mirada del joven a Jeongi.

—¿Has quedado con un tío? ¿Y pensabas llevarte a mi hija?

El muchacho lo cogió por el cuello.

—¡Mister Eggs! No, sabes que la violencia no es la solución —dijo Gumnam con voz débil.

Eunseok bajó una mano temblorosa. El ex se giró hacia Jeongi para levantarle la barbilla.

—Volveré mañana. Prepárate para ir a comisaría. ¡Y ponte guapa!

La joven se levantó, decidida.

—Venga, vamos ahora los dos.

—¡Jeongi!

—Jeongi...

Gumnam y Eunseok la interpellaron con la misma voz. Una sonrisa de satisfacción se dibujó en los labios del hombre, pero pronto crispó el rostro.

—Añadiré a mi declaración todo lo que has roto en el local. Tengo en el móvil todas las pruebas de la violencia que me has infligido. Sí, lo grabé todo. La mitad de mis álbumes de fotos solo muestran magulladuras. Cuando el móvil me muestra los recuerdos de hace un año, solo hay moratones y sangre. ¡Tenía el cuerpo tan rojo que ya no sabía si era un ser humano o un guante de goma carmesí a punto de explotar de lo hinchada que estaba!

—Te pegué porque te lo merecías.

—Me pregunto cuánto te caerá por eso. Yo estoy preparada. Podemos ir a ver a la policía cuando quieras, si es lo que deseas.

La joven lo agarró por la muñeca para llevarlo a la salida. Empezaba a estar pálido.

—¿Qué? ¿Creías que seguía siendo la Jeongi que se echaba a temblar cuando te veía? Ahora soy, por encima de todo, la madre de Odeuli y debo protegerla. ¡Jamás conseguirás separarme de ella!

La promesa de Jeongi cubrió el sonido de las sirenas que se acercaban. Mientras su ex estaba concentrado en la joven, Gumnam había llamado a la policía. En cuanto oyó las sirenas, el hombre huyó al comprender que su ex no lo dejaría salirse con la suya.

Cuando se fue la policía, Jeongi, agotada, se sentó en el suelo para recoger los cristales rotos de la vitrina. Hecha un ovillo, empezó por los más grandes. Eunseok se acercó a ella en silencio para quitarle los cristales afilados de las manos.

—Se hará daño si le cortan la piel. Podría sangrar.

—A estas alturas, eso no sería para tanto.

Jeongi bajó la cabeza. Le temblaban los hombros. Lloraba a mares, como si intentara rebajar la presión.

Estalló en sollozos al recordar el día que había abandonado a Odeuli en Manna Dosirak y un camión había estado a punto de atropellarla. Lloraba tan fuerte que nadie podía interrumpirla. A Eunseok se le pusieron los ojos rojos. Ella observó sus ojos llorosos como si se tratara de un espejismo. Una lágrima cayó al suelo.

Aquel día, lloraron juntos.

Gumnam, intentando calmar a la bebé, se secó las lágrimas con un resoplido. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por hablar con voz alegre.

—Jeongi, creo que necesita unas gafas. ¡Ese hombre era muy feo!

Los tres rieron al unísono.

El ex de Jeongi le envió un último mensaje para decirle que volvería y desapareció.

La víspera del juicio, Gumnam decidió cerrar la casa de comidas durante unos días. Era algo excepcional. Los años que había pasado trabajando duro se le habían quedado grabados en el corazón, tanto que había elegido no trabajar los fines de semana. A cambio, nunca descansaba entre semana. Era una promesa implícita a sus clientes.

Sentada en el sofá, cubierto de cojines con estampados florales, la anciana tocaba el ukelele. Sus únicas espectadoras eran Odeuli, que empezaba a reptar, y Jeongi, con la cicatriz de la frente aún visible.

—*Ladies and gentlemen!* Les doy la bienvenida al concierto privado de Jeong Gumnam. Hoy les haré un favor y aceptaré tocar sus peticiones.

Con una bata de color morado oscuro, estaba iluminada por los rayos de sol que entraban en la estancia entre las cortinas de algodón.

—¡Me gustaría oír una canción de Audrey Hepburn, ya que tenemos a una Odeuli entre nosotros! —exclamó Jeongi intentando mostrarse radiante para que no se notara que le daba miedo que llegara el día siguiente.

Desde que fijaron la fecha del juicio, la joven no sabía si pronto estaría durmiendo en una celda fría o si podría continuar viviendo con Gumnam. Devolvía la ropa que se había comprado porque ya no tendría ocasión de ponérsela y anulaba las citas con una fecha posterior al juicio.

Gumnam golpeó varias veces el cuerpo del ukelele, más pequeño que una guitarra.

—*Moon River, wilder than a mile...*

Su forma de tocar seguía siendo algo torpe y se equivocaba en alguna nota, a pesar de que llevaba un año yendo a clases en el centro cultural, pero era magnífico. Marcaba el ritmo dando golpecitos con el pie de dedos floridos. Cada vez que sus manos arrugadas, que eran la prueba de que había envejecido con ternura, golpeaban las cuerdas, emanaba de ellas un sonido hermoso.

Cuando terminó la canción, Jeongi aplaudió y Odeuli sonrió.

—¿Por qué le gusta tanto Audrey Hepburn? Hace tiempo que quería preguntárselo.

—¡Porque es guapísima! Y, además, envejeció bien. Nací en una época complicada. Como nunca tuve la oportunidad de estudiar, me vi obligada a hacerme pequeña allá donde iba, pero, cada vez que veía su tierna sonrisa, tenía la sensación de que era para mí. Quería vivir como ella y envejecer con una sonrisa en los labios.

—¡Gumnam! ¿Puede enseñarme cómo hacerlo? Yo la veo radiante. Podríamos empezar este mismo finde... Ah, no, quizá no —agregó al recordar que tal vez ya no estuviera en la casa en ese momento.

—¿No tiene hambre? ¿Qué le gustaría comer? Le prepararé lo que le apetezca.

—Me gustaría comer pasteles de arroz especiados.

—¿Eso es todo? Tengo ternera para prepararle costillas estofadas.

—La verdad es que me apetecen los pasteles de arroz. ¿O quizá *kimbap*? En la escuela, cuando salíamos de excursión, siempre me entraban celos de los niños que traían *kimbap* preparado por sus madres. Algunos incluso invitaban a sus amigos cuando preparaban pasteles de arroz especiados para que los probaran.

—¿Está segura? ¡Es algo muy sencillo! Pero está bien. Hoy prepararemos pasteles de arroz especiados y, la próxima vez, *kimbap*.

Gumnam se levantó con una gran sonrisa para demostrar que todo iba bien.

Avanzó hacia la cocina a paso ligero y abrió la ventana, cubierta por una cortina de encaje blanco. El viento frío se coló en el interior y agitó la tela. Abrió la puerta del armario que había sobre el fregadero para sacar una sartén. ¿Dónde había dejado los pasteles de arroz que había comprado el día anterior? No los encontraba en la nevera. ¿Tal vez en el microondas? En efecto, los había dejado dentro para calentarlos y comérselos. «*My mistake!*», se dijo. Los sacó y los cortó en grandes trozos del tamaño de un dedo. Dio forma triangular a la pasta de pez y cortó los puerros. Todos los ingredientes para los *tteokbokki* estaban listos. «¿Cómo hacerlos tan deliciosos para que todo el mundo hable de ellos?», se preguntó.

Tres vasos de agua, tres cucharadas de pimienta picante y un sirope transparente bien espeso era todo lo que hacía falta en la sartén para preparar la salsa. La cocinera removió la pasta con una cuchara de madera para disolverla. Apareció un delicioso color rojizo al mismo tiempo que el aroma dulce del pimienta. Mientras hervía,

echó cinco pasteles de arroz junto con las rodajas de pasta de pescado, dejó que redujera hasta que todos los ingredientes quedaron bien cubiertos y finalmente añadió los puerros.

En otro fogón estaba preparando sopa de *eomuk*. Cogió un cucharón para verterla sobre los *tteokbokki* y ajustar el aderezo. A continuación, redujo el fuego al mínimo hasta que solo quedó una minúscula llama bajo la sartén y añadió un vaso de *sikhye* casero. El aroma azucarado de la malta impregnó el aire.

Jeongi observó el plato blanco sobre el que había dispuesto los *tteokbokki*. Jamás se habría imaginado que alguien cocinaría para ella algún día y mucho menos que sería un plato tan bonito. Comer pasteles de arroz especiados caseros era para ella un sueño de la infancia que no le había confesado a nadie. Representaba la nostalgia que sentía hacia la madre que no había llegado a conocer, pero también una parte indiscutible de cotidianidad que siempre había deseado. Con una cuchara de madera, cortó uno de los pasteles para metérselo en la boca. La salsa roja le manchó la tez blanca. También cogió un poco de puerro y saboreó el caldo. Era una delicia.

Gumnam miró a Jeongi como si esperara un comentario para saber si le había gustado. La joven se frotó los ojos con la manga de su vestido gris y la cocinera, pensando que el plato estaba demasiado condimentado, le acercó a la joven un vaso de *sikhye*.

—Comerme uno de sus dosiraks y encontrar ese mensaje en el fondo del arroz es lo mejor que me ha pasado nunca. No se imagina ya lo que supuso conocerla. Me la envió el cielo. Nos salvó a Odeuli y a mí.

Gumnam estaba al borde de las lágrimas. Llevaban unos meses viviendo juntas y Jeongi siempre se levantaba temprano, al alba, para cortar las cebollas, los puerros y todos los ingredientes que escocían los ojos. Era joven, pero muy madura. «Si me hubiera topado con ella antes de que conociera a ese asqueroso o si, al menos, se hubiera cruzado con un hombre de bien... La vida puede llegar a ser muy cruel», se dijo.

Llegó el día del juicio. El resplandor del sol era cegador. Jeongi salió pronto de casa para reunir el coraje para afrontar el día. Tomó a su hija en brazos y le susurró unas pocas palabras antes de estrecharle la mano a Gumnam y dejarla con ella. Tal y como se lo había pedido, la anciana se quedó en casa con Odeuli. Jeongi se negaba a que su hija la viera en el banquillo de los acusados y no podía hacerse a la idea de que volvieran a casa sin ella si la arrestaban. La joven fingió no ver el camión azul aparcado delante del coche y se fue sola al juzgado.

Tras pasar el pórtico de seguridad, esperó delante de la sala de audiencias sentada en un banco. Un poco antes de que empezara el juicio, llegó el abogado de oficio. Hojeó una pila de papeles y le preguntó si se había preparado bien el alegato final. Jeongi asintió con el corazón en un puño. Cuando solo quedaban cinco minutos para el juicio, le vibró el móvil.

Hace un viento glacial. La espero delante.  
Eunseok.

Jeongi se había imaginado varias veces cómo sería el futuro con Eunseok y deseó responderle con sinceridad.

Se lo agradezco mucho todo.

Empezó el juicio. El sello de Jeongi había sido usado indebidamente por alguien que se hacía pasar por agente inmobiliario. Catorce víctimas se quejaban de fraude de finanzas. La cantidad estafada sobrepasaba los quinientos millones de wones. El abogado insistió en que ninguna de las víctimas había conocido a Jeongi en persona y en que le habían robado el sello. El juez encendió el micro y le preguntó a Jeongi, sentada en el banquillo de los acusados, si tenía algo que añadir. El abogado le indicó que se levantara y ella echó la silla atrás para ponerse de pie. Se tocó las largas mangas grises por costumbre antes de empezar.

—Pues... Debe saber que, cuando termina el invierno y los rayos de sol primaveral me rozan la piel, siento que ardo. Me duele tanto que ni siquiera puedo salir al exterior. El calor me da miedo. Así que no sé gran cosa sobre el mundo. No sabía que, si daba mi sello, daba también mi nombre, y que eso es algo que no hay que hacer. Gracias a esto, me he enterado de que debo tenerlo conmigo a toda costa. Y no lo digo a la ligera. Acabo de conocer a una mujer que me ha cambiado la vida y me ha enseñado que los rayos del sol no queman, sino que calientan.

Caían copos de nieve al otro lado de la ventana situada detrás de Jeongi, que hablaba con la voz clara a pesar del nudo que tenía en la garganta. Era una nieve ligera que volaba con el viento, pero era la primera del año.

—Mi objetivo es parecerme a ella. Haré todo lo posible por seguir existiendo, como la uña de su meñique del pie. Y espero vivir en paz.

Un silencio solemne se apoderó de la sala. Las pruebas habían demostrado que le habían robado el sello con violencia y amenazas en cuanto lo adquirió. Jeongi dejó escapar un profundo suspiro. Le temblaban las piernas y se sentó. El abogado de oficio le acarició la

espalda. Le caían gruesas lágrimas por las mejillas y se acordó de Manna Dosirak, ese lugar que parecía un paraíso. Si no hubiera conocido a Gumnam, todavía estaría vagando por el parque Marronnier o en una estación de metro con Odeuli... o sin ella.

Jeongi había estado ahorrando para conseguir una hipoteca. Sus ahorros aumentaron de manera considerable gracias a la bonificación que le dio Gumnam cuando dejó de trabajar para ella. Había encontrado un piso pequeño de dos habitaciones en Gyeonggi-do. No era muy grande, pero para la joven madre era la más acogedora de las viviendas. Era especialmente soleado.

Jeongi se había encariñado con Gumnam. En su cocina puso las mismas cortinas de encaje, que normalmente jamás habría considerado. Dejó sobre la mesa la fiambreira de tres bandejas de plástico rosa que le había regalado la anciana. Se subió las mangas grises como de costumbre para frotarse los ojos.

—¿Cuándo ha tenido tiempo de prepararlo? He salido muy temprano —se preguntó Jeongi en voz alta.

Con el corazón latiendo con fuerza por la emoción, abrió la primera bandeja con cuidado.

Era un *kimbap* de atún y mayonesa con perilla fresca enrollado con mucho cariño.

En la segunda bandeja había un *kimbap* enrollado con una tortilla fina.

En la última bandeja también había un *kimbap* que dejaba ver el arroz blanco por fuera, espolvoreado con algas.

Gumnam se había quedado con la historia del *kimbap*. Había mantenido su promesa cocinando suficiente para un día entero de excursión entre amigos. Jeongi notó un picor en la nariz. Abrió la

boca para saborearlo. Tras vaciar una bandeja entera, vio un trozo de papel de aluminio plegado en cuatro. Jeongi sonrió con la boca llena. «¡No podía ser otra que Gumnam!». Estaba decidida a hacer felices a quienes se alimentaran con su comida.

Cuando se lo comió todo, abrió con cuidado el papel con la dulce caligrafía de Gumnam.

*Gracias a usted, he recuperado recuerdos olvidados. He vuelto a ver a mi pequeña Munjeong y los «kimbap» de atún con mayonesa que le preparaba cuando era pequeña, aquellos envueltos de tortilla que se llevaba a la escuela y los espolvoreados con algas que tanto le gustaban en el instituto. Si la hubiera conocido por aquel entonces, le habría preparado varios para todas las excursiones de la escuela. Esta pequeña nota solo es un extra, por diversión. Le he preparado todos los «kimbap» posibles para compensar el retraso porque hoy se marcha a una gran excursión. ¡Esta vez, cámbiese de ropa y póngase algo de color! ¿No le parece? No esté triste, siempre será bienvenida en mi casa. «See you again!».*

Your grandmother

«Grandmother». ¿Abuela?

Esas palabras que alguien le decía por primera vez eran demasiado valiosas para ser silenciadas. Era imposible que Jeongi no las repitiera en voz alta. Guardó el papel y estrechó el envoltorio de aluminio brillante entre las manos, una contra otra, como si rezara con humildad, y cerró los ojos. Tenía grabada en la mente la noche en la que conoció a Gumnam. Aquella noche, estaba sumida en una oscuridad tan intensa que no se atrevía a avanzar. En aquel instante, había visto una cálida luz en una pequeña casa de comidas que vendía dosiraks. Recordó el rostro de la anciana cuando le abrió la puerta y las tiernas arrugas que le rodeaban los labios...

2

Querido Heungmin

—¡Qué orgullo sentimos cada vez que vemos a Son Heungmin con el brazalete de capitán! ¡Es el orgullo de los surcoreanos! ¡Nuestro tesoro nacional! Hasta podríamos inscribir su pie izquierdo en el patrimonio mundial de la Unesco. Mientras les hablo, está entrando en el área Sonnie.<sup>1</sup> ¡Mírenlo! ¡Regatea sin pestañear y ya no hay vuelta atrás! Dispara. ¡Y goooooool!

El gol decisivo que Son Heungmin marcó con la punta del pie selló la victoria en el partido de la liga inglesa entre el Tottenham y el Leicester City. Fue el mejor gol de toda la temporada. Orgulloso de su disparo, dio una vuelta al estadio corriendo bajo una lluvia de *flashes* cuando, de repente, la televisión se apagó.

—¡Otra vez el maldito Son Heungmin! —murmuró el estudiante de segundo de secundaria, delgado como un palo, que vivía en una zona pobre de Ihwa y que también se llamaba Son Heungmin.

Lo único que tenían en común era el nombre. Al joven no se le daba bien el fútbol y carecía tanto de sentido del humor como de confianza en sí mismo. Por eso no le gustaba el futbolista. Cuanto más frecuentes eran sus apariciones en televisión, más se apagaba la voz del estudiante. Odiaba las miradas persistentes de los profesores que descubrían su nombre en la lista de alumnos y se aseguraban de decir en voz alta que había un Son Heungmin en la clase. En esos momentos, le hubiera gustado transformarse en un cangrejo ermitaño para esconderse en el fondo de su caparazón.

—¡Eh! ¡Heungmin! ¡Pásame el balón! ¡Aquí! —exclamó Minsu, su amigo, mientras le hacía una señal con la mano.

En ese partido, cada equipo se jugaba su honor. El orgullo de Heungmin se encontraba todavía más a prueba porque Yejeong, la joven de la que estaba enamorado, lo estaba mirando.

Heungmin extendió la pierna para hacer un pase..., pero no a Minsu, sino al equipo contrario.

—¡Jolines! ¡No haces honor a tu nombre! —exclamó su amigo con mala cara.

«Si fuera digno de mi nombre, estaría en el Tottenham ganando millones. ¡No viviría en este barrio marginal!», pensó Heungmin mientras se lanzaba a perseguir el balón. El ego de los chicos de la clase número dos se hizo añicos cuando él dejó pasar el último gol a pesar de ser defensa. Fue un duro revés para el equipo, que perdió cruelmente uno a tres.

—Ese Son Heungmin no les sirve para nada. Son demasiado malos, deberíamos dejar de jugar contra ellos. ¡Ja, ja! —se rio a carcajadas uno de los chicos de la clase número tres antes de volver al instituto.

Todas las miradas se dirigieron hacia Heungmin. ¿De qué le servía llevar ese nombre si lo convertía en el hazmerreír de todos? Oyó los susurros a su espalda. El grupo de chicas que se había reunido se llevó a Yejeong, que le lanzó una mirada despectiva al joven. Ese día, una vez más, odiaba al futbolista que era un orgullo nacional y su propia mediocridad, que no hacía honor a su nombre.

Mientras el chico regresaba a casa después de la clase de refuerzo, Minsu lo llamó.

—¡Eh, Heungmin! ¡Espérame!

De nuevo, las miradas de la multitud de estudiantes vestidos con uniforme se volvieron hacia él.

—¡Deja de llamarme por mi nombre!

—¿Qué quieres que diga? ¿Heungmin no es tu nombre? —gritó Minsu para burlarse de él.

—Tengo que irme a trabajar. Adiós. ¡Y no me llames por mi nombre cuando haya gente delante!

—Deberías hablar ante los demás con la misma fuerza con la que me gritas a mí. Durante las presentaciones, por ejemplo, estaría bien. Por algo te llaman «Son el Mediocre».

Su amigo le dio un consejo que no había pedido como si se estuviera dirigiendo a alguien más joven que él. El apodo hacía referencia al hecho de que Heungmin no tenía talento, a diferencia de su homónimo.

—A mí también me gustaría hablar más alto, pero siempre me tiemblan las manos y el sonido no me sale bien. ¡Me vuelve loco! Voy a llegar tarde, tengo que irme.

—¿Cómo puedes trabajar siendo tan tímido?

Desconcertado, Minsu vio como su amigo aceleraba el paso.

—Hola, aquí tiene —dijo Heungmin mientras entregaba un folleto con la mano temblorosa.

Los transeúntes miraban la pantalla de su móvil, fingían no verlo y salían de la estación de metro de Hyehwa.

—Hola...

Por mucho que el chico se esforzara por hablar más alto, lo único que oía era el crujido del papel al rozar la ropa de la gente que lo rechazaba. Los temblores de su mano no cesaban, como si los folletos fueran tóxicos. Aún vestido con el uniforme escolar, el joven repartía folletos a la entrada de un gimnasio que acababa de abrir. Aunque el tímido y flacucho estudiante repartía menos de un centenar al día, el jefe le decía que no pasaba nada con una sonrisa. No se enfadaba porque pagaba una miseria a un menor sin haber obtenido antes el consentimiento de sus padres.

Desde que entró en el instituto, Heungmin quería cambiar ese carácter del que no conseguía deshacerse, pero le resultaba difícil subir el volumen de su voz. Entonces, en un momento dado, se dijo a sí mismo que era mejor dejarlo estar, que formaba parte de su naturaleza y que no podía hacer nada al respecto. Pero ese día tenía demasiados folletos en las manos y pensó que al menos debería repartir una decena.

Se aclaró la garganta y estiró el brazo.

—El gimnasio acaba de abrir. Coja un folleto.

—¿Me puedes dar uno, por favor? —dijo una mujer muy sonriente que se acercó antes de terminar la frase.

—Aquí tiene.

—¡Gracias! Justo estaba pensando en retomar el deporte. ¡Hay ofertas buenísimas!

El entusiasmo de la mujer, con un moño cuidadosamente peinado y sujeto con una redecilla negra, atrajo las miradas. Algunos

transeúntes la observaron y cogieron un folleto.

—Yo también quiero uno de esos folletos.

Gumnam se acercó a Heungmin.

—¡Gracias, señora! —respondió encantado mientras le entregaba un folleto.

—¡Ya te he dicho que me llames Gumnam! Con la edad, algunas mujeres se convierten en «*mamillennials*» o «*abufluencers*»; sin embargo, nos siguen tomando por viejas solo porque tenemos canas. ¡Es ofensivo!

—Lo siento.

—No hace falta que te disculpes. Hummm... ¿Full Power Gym? ¡Qué nombre más curioso! Heungmin, ¿crees que debería hacerme un *bopro*?

—¿Un qué?

—¡Un *body profile*! Me encantaría hacerme fotos en bikini antes de cumplir los ochenta. ¡Je, je!

Gumnam se ajustó el pañuelo de seda, adornado con un carruaje, y se marchó.

Heungmin iba a Manna Dosirak desde antes de que falleciese su abuelo. Le resultaba extraño llamar a aquella anciana por su nombre de pila, pero gracias a su generosidad comía bien, aunque tuviera que compartir las fiambreras con su abuelo.

También era de los pocos restaurantes que aceptaba sin rechistar los pagos con la tarjeta de ayuda alimentaria para niños desfavorecidos. En la mayoría de los locales, en cuanto mostraba la tarjeta, sentía que no era bienvenido. Ni siquiera se atrevía a pedir agua o servirse más guarnición cuando se le acababa.

También le gustaba Manna Dosirak por otra razón. Gracias a Gumnam, que alimentaba a los gatos callejeros, había podido conocer a su mejor amiga, Tree. Al animal le costaba masticar el pienso y necesitaba un tratamiento dental. Heungmin trabajaba para pagárselo.

Al ver a Gumnam le apeteció un *sikhye* tradicional con granos de arroz blanco tal y como ella sabía prepararlos, azucarados y helados. Se le hizo la boca agua. ¿Qué llevaría el dosirak del día? Imaginarlo le dio fuerzas, y continuó repartiendo folletos. La mayoría de los transeúntes siguieron ignorándolo.

—¡Hola! —exclamó Gumnam, peinada con una redecilla en la que había unas margaritas dibujadas, cuando Heungmin empujó la puerta de cristal del restaurante.

Cogió el último vaso de *sikhye* que quedaba en la vitrina. Todas las fiambreras ya se habían vendido. El joven suspiró.

—No suspires tan fuerte, que me vas a despeinar.

—¿No le quedan más dosiraks, señora?

—No, están *sold out*. ¿Cuántas veces tengo que decirte que me llames por mi nombre?

—Perdón, Gumnam.

—¿Has repartido todos los folletos?

Heungmin le mostró los infinitos papeles que todavía tenía en la mano.

—Volveré otro día.

—¿Qué? ¡No te oigo! —gritó ella fingiendo estar sorda.

El chico alzó la voz.

—¡VOLVERÉ OTRO DÍA!

—¡Te he engañado! He guardado una fiambarrera para ti. Es cerdo guisado con salsa de soja. ¡También hay que darle de comer a la pequeña Tree! ¿Sigue sin poder comer pienso?

—¡Es la mejor! ¡La adoro!

—Dile eso a la gente que pasa por aquí cuando estás repartiendo folletos. Se llevarán varios.

—No lo consigo. En cuanto a Tree, masticará mejor cuando la lleve al veterinario.

En ese momento se abrió la puerta. Era la mujer que había cogido uno de los folletos del estudiante. Llevaba el uniforme de enfermera del Hospital Universitario de Seúl. Su tarjeta, cuidadosamente colgada, decía: JEONG HAEYEONG, SERVICIO DE PEDIATRÍA.

—Lo siento, hoy ya no me queda nada. Todo está *sold out*.

Haeyeong, que había entrado con una sonrisa radiante en los labios, parecía estar decepcionada.

—He llegado demasiado tarde. La comida del hospital no está demasiado buena. No podía dejar de pensar en la suya.

Haeyeong se alegró de volver a ver a Heungmin, pero este era tan tímido que no se atrevió a mostrarle que la había reconocido.

—¿Qué podemos hacer? *Wait a minute*. Voy a ver si me queda algo con lo que preparar un buen platito.

—¿De verdad? Es adorable. Me comeré lo que haga falta. Hasta una simple ternera a la plancha está deliciosa cuando la mezcla con arroz y salsa picante. No hay nada mejor que Manna Dosirak.

—Mi mano se llama Michelin. ¿Puedes esperar un momento, Heungmin? Os serviré a los dos a la vez —propuso la anciana con una sonrisa.

Durante ese rato de espera silenciosa, el joven cruzó una mirada con la enfermera. Sin ella, nunca se habría podido deshacer de ni un solo folleto.

Le estaba muy agradecido y quería decírselo, pero no conseguía abrir la boca.

—Antes... —empezó con una voz más débil que la de una hormiga.

Como no lo había oído, Haeyeong le habló primero.

—¿Tú no estabas delante del gimnasio?

—Sí, era yo. Hola —la saludó mientras se rascaba la nuca avergonzado.

—La comida de este sitio está deliciosa, ¿no te parece?

Haeyeong rebosaba energía, al contrario que Heungmin, que se hacía lo más pequeño posible, incluso en sus respuestas.

—Sí.

Apenas unos minutos después, Gumnam regresó con unas bandejas de comida. Repartió los platos dispuestos en cajas de plástico blancas y esbozó una sonrisa juguetona.

El chico, avergonzado, quería esperar a que Haeyeong se fuera para pagar, pero Gumnam se le adelantó diciendo alto y claro:

—Heungmin primero.

Como de costumbre, le tendió la tarjeta de ayuda alimentaria, pero se quedó con una parte en la mano para ocultarla. Asintió ligeramente con la cabeza cuando pasó por delante de Haeyeong para despedirse, salió del local y se puso a caminar por la calle bordeada de pinos en dirección a Ihwa. La bolsa de plástico en la que se encontraba la fiambarrera se balanceaba en su brazo.

De repente, Heungmin tropezó con una piedra. Entonces se dispuso a hacerla rodar hasta su casa y consiguió mantener el ritmo hasta el paso de peatones, pero se topó con un obstáculo: los escalones de la escalera construida entre los murales. Tenía que subir ciento diez para llegar a su casa.

«¡Jolín, voy a tener que parar aquí! Es una pena. Regateo muy bien cuando estoy solo», pensó.

De pronto, sintió que estaba siendo observado. Giró la cabeza lentamente y vio a Son Heungmin a su lado.

Algunas pinturas antiguas del mural de Ihwa-dong se habían borrado y varios dibujos nuevos habían hecho su aparición. Son Heungmin estaba pintado junto a la escalera. Formaba un recuadro con las manos, como si quisiera tomar una foto, y tenía un ojo guiñado.

—¿Otra vez él? —gritó el joven. Se enfadó con ese hombre que no le había hecho nada—. ¡Te veo por todas partes! En el instituto y ahora incluso en el camino a casa. ¡Ya estoy harto!

Heungmin se desahogaba con el dibujo inmóvil de un hombre al que ni siquiera se atrevería a pisar la sombra en la vida real. Cada día subía esos escalones como un monje en busca de la iluminación. Al menos los alpinistas se sentían realizados cuando alcanzaban una cima, pero lo único que esperaba al joven eran casas viejas con tejados hechos de losas de pizarra. Además, últimamente su primo andaba al acecho de la más mínima oportunidad de burlarse de él y se reía de su tarjeta de ayuda alimentaria. Sin embargo, era la única familia que tenía y ya seguía los pasos de Goni, el personaje principal de la película *Tajja: sineui son*, cuyo nombre significaba «cisne».

Cisne o simio, eso no era problema de Heungmin. Hubo una época en que el muchacho creía que, una vez alcanzada la mayoría de edad, los jóvenes se iban a la universidad para convertirse en adultos dignos de dicho calificativo. Gracias a su primo, había aprendido que el hecho de tener la edad legal para beber no tenía por qué significar tener la madurez suficiente. Cuidar de sí mismo no

era tarea fácil. Impedir que su primo le robara la tarjeta de ayuda alimentaria era la única forma que tenía de alimentarse.

En lo alto de las escaleras, había que girar hacia la derecha para encontrar la puerta de entrada situada en una esquina de la pared. Una vez abierta, se entraba en la cocina alicatada seguida de una pequeña habitación. Heungmin agarró el pomo y Tree, al percibir el regreso de su amigo, se colocó delante de la puerta y esperó pacientemente.

Cuando entró con la bolsa de plástico en la mano, la gata se frotó contra sus piernas como si quisiera decirle que tenía hambre. Al principio Gumnam le había puesto el nombre Three porque su pelaje era de tres colores, pero con el paso del tiempo la pronunciación se había ido deformando hasta convertirse en Tree. En cuanto Heungmin la vio, sintió el deseo de adoptarla para cuidar de ella. Ya habían pasado dos años de aquel momento, y no habían estado nada mal, ya que Tree se había convertido en la única razón por la que el joven volvía a casa.

Quizá la gata era demasiado mayor. Desde hacía un tiempo le costaba masticar su pienso. El joven la había llevado al veterinario, donde le habían dicho que padecía una periodontitis grave. Ese problema dental también le había provocado un principio de ictericia. Tree, que estaba tan gorda que parecía estar embarazada, había adelgazado y, debido al estrés, su pelaje se había vuelto más ralo. Y cuando Heungmin la acariciaba, perdía todavía más pelo. El veterinario le había dicho que, a ese ritmo, pronto sufriría anemia y podía tener los días contados. El tratamiento para curarla incluía una operación bastante onerosa. Conociendo la situación del joven, el médico le había prometido dejársela a buen precio, pero para un joven que se alimentaba gracias a una tarjeta de ayuda alimentaria seguía siendo una suma imposible de reunir. Así fue como empezó a

repartir folletos, aunque le costara y le pagaran menos que el salario mínimo por hora.

En la cocina, Heungmin sacó su dosirak de la bolsa de plástico. Al despegar la pegatina con forma de media luna, se dio cuenta de que no era el suyo. Solo podía pertenecer a la mujer a la que había visto en el restaurante. Desconcertado, examinó la ternera sazonada con pasta picante. El color rojo vivo lo disuadía de tocarla, ya que no soportaba la comida picante. «¡Qué le vamos a hacer!», se dijo. «Pero ¿y Tree? ¡Su comida está en la otra bolsa!».

—Voy a buscar a la señora para intercambiar las bolsas y vuelvo. Espérame, ¿vale? Vas a tener que aguantar un poco el hambre. ¡Me daré prisa! —le dijo a su gata antes de coger sus cosas.

En ese momento, se oyó la puerta. Era su primo.

—¡Heungmin! ¡Mi pequeña estrella internacional! Tu primo ha vuelto.

Al mismo tiempo, Haeyeong regresó a Manna Dosirak.

—¡Jefa! Creo que ha confundido la fiambarrera del joven con la mía.

Gumnam se tocó las perlas que llevaba en las orejas fingiendo haberse equivocado.

—¡Ups! *My mistake*. ¿Qué hacemos? La cena de Tree está en su bolsa. No podemos dejar que Heungmin y Tree mueran de hambre.

—¿Tree?

—Sí, es una gata que estaba abandonada. Solía venir a comer con el resto de los gatos callejeros a los que alimento, pero Heungmin le ha dado un hogar. No soportaba verla temblando de frío en la calle.

—Ah, veo que comparten una historia similar.

—El problema es que le duelen las encías y no puede morder. Así que he desmechado un poco de carne para ella. Tiene la bolsa en

las manos. Maldita sea. Seguramente Heungmin esté en su casa, y, como la gata está enferma, tampoco saldrá.

—¿Por qué? ¿Suele salir?

—Tree no es un animal ordinario. Es una gata romántica. Echa de menos la calle. Cuando hace buen tiempo, se pasea. A veces, hasta viene aquí a pedirme comida. Sin embargo, siempre duerme con Heungmin. Hoy no la he visto. Un poco más y corre el riesgo de morir de hambre, literalmente.

Haeyeong, que ya conocía toda la historia, parecía preocupada.

—¿Me podría dar su dirección? Se la dejaré en la puerta. No quiero que pasen la noche sin comer.

—Vive en las colinas. ¿Le va bien? —Gumnam esbozó una discreta sonrisa, contenta de que las cosas hubieran salido como ella había previsto.

Haeyeong se puso en marcha en dirección al parque Naksan. No hacía más que subir escalones, una y otra vez. Había tantas escaleras que era difícil llamar a ese trayecto «camino». Por algo solo vivían allí familias desfavorecidas y se apodaba a esos lugares «barrios de la luna». Bastaba con alargar el brazo hacia el cielo para tener la impresión de tocar los astros. En las esquinas de los escalones, la nieve que había caído unas horas antes se había endurecido hasta convertirse en hielo. Un solo paso en falso y sería el fin.

La mujer contrajo las piernas y se esforzó por evitar que la bolsa de plástico se moviera. La fiambarrera estaba tan generosamente llena como siempre. No quería que el caldo se derramara y se saliera de la bolsa. Pensó en Heungmin, que se ocupaba de una gata muy enferma, y sintió pena por ese joven al que solo había visto dos

veces. Pero, poco a poco, la compasión se fue transformando en ganas de rendirse frente a esas interminables escaleras.

Sacudió la cabeza de izquierda a derecha.

—Debes hacerlo, si no, el chico se morirá de hambre. ¡Ánimo! Vamos, Haeyeong, aunque no estés muy en forma, puedes hacerlo. ¡Venga! —dijo en voz alta para darse fuerzas.

Cuando puso el pie sobre el último escalón entre jadeos, la enfermera soltó un grito de alegría.

—¡Por fin!

Se sentía tan ligera como un excursionista en lo alto de una montaña. Una vez vencidos los cientos de escalones, le entraron ganas de gritar «iyuju!» frente al paisaje escarpado que se extendía ante sus ojos.

—Gumnam ha dicho que había que girar directamente a la derecha para encontrar su casa.

Mientras Haeyeong repetía lo que la anciana le había dicho, giró en la dirección correcta y la puerta se abrió. Heungmin salió con un gato blanco, naranja y marrón entre los brazos.

—Oh. ¿Es Tree? Nos hemos intercambiado los dosiraks.

—Hummm...

Apresurado, el joven se calzó las zapatillas a toda velocidad y salió corriendo. Haeyeong no tenía ni idea de por qué actuaba así, pero lo siguió, aún sin aliento tras su hazaña. El corazón le iba a estallar. Curiosamente, Haeyeong se sentía bien. Quizá porque tenía la sensación de poder tocar las nubes, o quizá porque, por una vez, había dejado de pensar en la clínica donde intentaba con desesperación tener un hijo y donde cada avance podía ser presagio de malas noticias. Era como si todo el estrés que había acumulado se hubiera disipado de repente. Esa misma mañana, había enterrado en lo más profundo de su ser el nuevo fracaso de la fecundación *in*

*vitro*. Lo único que quería era mezclar arroz con pasta de chile bien picante, un gesto que le proporcionaba cierto consuelo.

Heungmin se detuvo frente al parque Naksan. El aire frío del invierno convertía su aliento en un humo blanco que le salía de la boca. El chico había hecho tal esfuerzo físico que estaba sudando. Al verlo, a Haeyeong le entró la risa. Sin saber muy bien por qué reía, él la imitó. Juntos, no podían parar de reír.

—¿Goni? ¿Te refieres al número uno de los ludópatas?

Haeyeong y Heungmin compartían el dosirak de Heungmin sentados en un banco desde donde se divisaba el monte Bukhan y, a sus pies, Jong-ro, el centro de Seúl.

—Sí, es el sueño de mi primo. ¡Pero ya se está pasando! Intentar quitarme mi tarjeta de ayuda alimentaria es asqueroso —exclamó el joven con un sentimiento de injusticia y los labios llenos de salsa de soja.

—Lo siento mucho, no debería reírme, pero es ridículo. Debería hacérselo mirar, ¿no?

—Yo qué sé. No deja de decir que soy frío con él, que le clavo puñales por la espalda, cosas así, ya sabes.

Heungmin nunca había visto la película *Tajja: sineui son* porque no era apta para menores, pero la echaban en la tele y su primo la veía tan a menudo que Heungmin se sabía los diálogos casi de memoria. Ya no soportaba la voz de su primo cuando imitaba mal al detective.

—Existen centros de desintoxicación para los adictos al juego. Si los buscas en internet, encontrarás la lista de los organismos que pueden ayudarlo...

—Sale de casa a primera hora de la mañana para pegar carteles y cuando termina se va a jugar. No entiendo por qué continúa cuando

siempre pierde todo su dinero. Antes, volvía de cuando en cuando a casa; ahora, viene máximo una vez por semana.

A Heungmin le costaba creer que le estuviera contando todos esos detalles íntimos a una desconocida cuando normalmente era tímido y reservado. Delante de Haeyeong, las palabras le salían solas. Sin duda se debía a la amabilidad de aquella mujer de treinta y tantos años, que se reflejaba incluso en su cabello alborotado por el viento.

El muchacho abrió la bolsa en la que Gumnam había metido carne para Tree. En cuanto la colocó sobre la tapa del vaso donde estaba el caldo, la gata maulló y empezó a lamer la comida con su pequeña lengua. Le costaba masticar —la gata olía el delicioso aroma sin poder comérselo—, así que cortó la carne en trozos aún más pequeños.

—Así que esta es Tree —dijo Haeyeong mientras acariciaba la cabeza del animal.

—Sí, es muy simpática. A veces sale a dar una vuelta, aunque hay que decir que suele ser para evitar a mi primo. A menudo salimos los dos juntos por la noche. Cuando ronca, parece que la casa se va a derrumbar.

—¡Ja, ja! Eres muy gracioso. Deberías ser así de abierto cuando repartes folletos, te ayudaría. ¿Tienes muchos complejos?

Con la mano delante de la boca, Haeyeong miró al chico. Al verlo bajar la cabeza, soltó los palillos. Hasta ese momento, ella había estado comiendo con ese utensilio, mientras que él usaba una cuchara.

—Si te hablo de mi complejo, ¿estamos en paz? Hace diez años que intento tener un bebé, y no lo consigo. Las fecundaciones *in vitro* han fracasado varias veces. En este momento, siento remordimientos. Cuando mis amigas se quedan embarazadas, siempre soy la última en enterarse. Lo hacen por mí, pero, aunque lo

sé, me hace sentir mal. ¿Acaso, a sus ojos, parezco una especie de anciana amargada que ni siquiera es capaz de alegrarse por sus amigas? Me molesta.

Haeyeong también bajó la cabeza y volvió a acariciar al gato. Él tragó saliva mientras Tree ronroneaba. No sabía qué responder y asintió con la cabeza para indicar que se contentaba con escuchar. Así que Haeyeong continuó:

—En las noticias, a veces hablan de delincuentes que cometen atrocidades contra los niños. Se comportan como animales. ¿Sabes de qué hablo? En ocasiones, cuando oigo hablar de esos casos, me pregunto por qué yo no tengo hijos. Si tuviera uno, lo cuidaría de maravilla. Lo querría y lo apreciaría durante toda mi vida. Alguien me dijo que la diosa de la fertilidad, la Abuela Samshin, hace todo lo posible para poner obstáculos en el camino de aquellos que desean demasiado un embarazo. Por el contrario, enviar un bebé a quienes no lo quieren es una forma de castigarlos por lo que hicieron en una vida anterior. Así que he decidido odiar a los niños a partir de hoy.

Con los ojos llorosos, Haeyeong se levantó y juntó las manos mientras hablaba en voz alta.

—¡Abuela Samshin! ¡No me des un bebé, por favor! ¡Los odio! ¿Me oyes?

—Estoy seguro... de que hará lo correcto —dijo tímidamente Heungmin, como lo habría hecho cualquier joven ante una conversación como esa.

Aunque su voz era tan débil como la de una hormiga, la enfermera entendió su intención. Se sentó y se metió en la boca un buen puñado de arroz. Con ayuda de los palillos, alternó entre el arroz y los brotes de soja marinados. El muchacho intentó cortar los trozos de cerdo cocinados en salsa de soja antes de llevárselos a la boca.

La carne se cayó varias veces de la cuchara. Ella la cogió con los palillos para colocarla en la cuchara del chico.

Heungmin se tragó el trozo. Inmediatamente, la mujer cogió unos brotes de soja y un rollito de huevo y los volvió a poner en la cuchara, ya que al joven le resultaba difícil cogerlos de otra manera. Cada vez que lo hacía, él asentía con la cabeza para darle las gracias. Ambos intercambiaron una sonrisa.

Cuando se terminaron todo el arroz, apareció un trocito de papel envuelto en papel de aluminio. Como siempre, lo había escrito Gumnam.

—¿Qué crees que pondrá? Aunque no tenga hambre, siempre me acabo el arroz para poder leerlo —exclamó Haeyeong, llena de entusiasmo.

—Yo también. ¡Es muy divertido!

—Además, siempre es muy ingenioso. Léelo, al fin y al cabo, era tu dosirak —le dijo ella sin dejar de mirar el papel de aluminio.

*No hay mejor comida que la que se comparte con un amigo.  
«See you again!».*

Los dos se miraron. A continuación, alzaron la vista hacia el cielo pensando en Gumnam. El invierno era duro porque el sol se ponía temprano, pero también era una oportunidad para pasar más tiempo observando las estrellas. Todas ellas estaban tan cerca como las nubes hacía un rato.

Las casas situadas al pie de la muralla que bordeaba el parque resplandecían. Los faros encendidos de los coches iluminaban las carreteras a su paso. Desde arriba, las luces parecían piedras preciosas resplandecientes.

A partir de ese momento, Haeyeong y Heungmin empezaron a compartir un dosirak todos los miércoles, a veces en el parque Marronnier, a veces en Naksan. De cuando en cuando, Tree también se unía a ellos. Gracias a ella, el joven acostumbró su paladar al picante. Una vez que se terminaban el arroz, leían juntos el mensaje de Gumnam y decidían qué lección extraer de él. Así fue como la mujer casi cuádragenaria y el chico de quince años se hicieron amigos. Juntos hablaban de todo. Aquel día, el adolescente le habló de su amor no correspondido por Yejeong, y añadió que le gustaría poder ser su amigo, pero que siempre querría algo más. Desde hacía un tiempo se sentaba a su lado en clase y, por miedo a que Yejeong oyera cómo se le aceleraba el corazón en su presencia, mantenía la mirada fija en la pizarra. Tampoco se atrevía a levantarse para ir al baño, tenía miedo de oler mal y que ella lo notara. Cada vez que lo oía hablar, Haeyeong, que había crecido sin hermanos ni hermanas, tenía la sensación de haber ganado un sobrino.

Al haber estado siempre sola, soñaba con tener una familia próspera y numerosa. Por desgracia, ese día tampoco había recibido buenas noticias de la clínica sobre su fecundación *in vitro*. La fecundación había fracasado en la segunda fase. Hasta el año anterior, siempre acudía acompañada de su marido, pero para entonces prefería digerir la información sola. Detestaba ver a su marido desolado y no saber qué hacer al enterarse de que, una vez más, nada había salido bien. Estaba convencida de que debía mantener una actitud positiva para que la suerte le sonriera. Con los ojos redondos como los de un gato y el cabello ondulado recogido en un moño con una redecilla adornada con un lazo, Haeyeong había sonreído. Aunque eso no había impedido que se le enrojecieran los ojos. Le picaba la nariz y se le había formado un nudo en la garganta. Deseaba deshacerse de esa tristeza.

Por suerte, aún le quedaba algo de tiempo antes de entrar a trabajar. A esa hora, la mayor parte del personal del hospital solía sentarse en los bancos de fuera con sus fiambreras para comer *kimbap* y tomar café. Hacía frío, pero a nadie le importaba. Haeyeong sollozó y sacó de su bolso rosa, tejido por ella misma, el dosirak de la mañana y una botella de *sikhye*. Aún no era la hora de comer, pero tenía hambre.

En cuanto abrió la caja, el olor a ternera estofada con salsa picante y cebolla inundó el aire. Primero inhaló ese aroma ligeramente dulce y especiado y luego puso la carne sobre el arroz para mezclarlo todo y comerse un bocado generoso.

«¡Ya me siento mejor!», se dijo.

Su estómago dejó de rugir en cuanto se tragó la comida caliente y picante. Todos sus fracasos la habían llevado de manera inevitable a prestar atención durante años a todo lo que comía y bebía, e incluso a dónde ponía los pies. Empezaba a pensar que quizá su angelito llegaría el día que se relajara. Haeyeong se tragó las lágrimas y comió a grandes bocados. Necesitaba leer las palabras escritas por Gumnam, una mujer con experiencia que sabía mantener la sonrisa en cualquier circunstancia.

*Cocinar con chile es doloroso para las manos. La piel puede picar hasta varias horas después de haber estado en contacto con el chile en polvo. Hoy yo me encargo del sufrimiento con este plato picante, así que a ti te toca ser feliz. «Have a nice day!».*

Una lágrima se deslizó por su mejilla. Echaba de menos a su padre. Fue él quien le preparó el dosirak a Haeyeong cuando se presentó al examen de acceso a la universidad, en lugar de su madre, fallecida demasiado pronto. Pero, si lo llamara en ese momento, le preguntaría por qué tenía la voz tan débil y por qué

lloraba. Se preocuparía, pensaría que quizá sus compañeros del hospital la acosaban. Escuchar su voz le habría venido bien; sin embargo, Haeyeong se contuvo. En lugar de marcar su número, dio un sorbo al *sikhye*, sobre el que flotaban trocitos de arroz machacado. Esa bebida reflejaba toda la destreza de Gumnam. Era dulce, fresca y ligera. Era un sabor imposible de imitar, que poco a poco disipó la tristeza de la enfermera.

La mujer dejó de lado sus sentimientos negativos y se dirigió al servicio de pediatría. Sonrió con valentía. Cuando, como de costumbre, saludó cordialmente a sus compañeros, la recibieron por todo lo alto. Se formó una nube de polen en el aire. Haeyeong, que acababa de entrar, se llevó una gran sorpresa. Las otras dos enfermeras presentes en la habitación tenían en las manos una tarta con velas amarillas decoradas con un emoticono sonriente. Haeyeong había ganado una vez más el premio a la enfermera más simpática y todo su equipo había recibido una recompensa.

—¡Hemos recibido una prima gracias a ti! ¡No pierdas nunca la sonrisa, por favor! ¡Ja, ja! —dijo la enfermera jefa.

Si sonreír podía hacer feliz a todo el mundo, Haeyeong estaba dispuesta a mostrar su alegría tanto como pudiera. De todos modos, no le costaba nada.

—¡Podrías sonreír, al menos! —le dijo Minsu a Heungmin cuando Yejeong se fue a comer al otro lado del comedor con sus amigas.

—Ojalá pudiera.

—También es una forma de reaccionar cuando alguien cuenta algo.

—Lo sé, pero me da miedo tener un trozo de chile entre los dientes...

Minsu se levantó exasperado.

—Déjalo, ya voy yo.

—¿A dónde?

Heungmin alzó la cabeza para mirar a Minsu.

—A hablar con nuestro profesor. Le voy a decir que a mi compañero Heungmin le va a acabar dando un infarto de tanto estar sentado al lado de Yejeong y que tiene que cambiarlo de sitio. ¿Por qué te comportas de esta forma? Ya no comes, no te mueves ni un centímetro y ni siquiera vas al baño a hacer caca.

Un silencio invadió el aula ante la palabra *caca*. Los alumnos que estaban comiendo se volvieron hacia ellos quejándose de que la conversación estaba tomando un rumbo desagradable.

—¡Cállate! ¡Me estás avergonzando!

Incluso cuando se enfadaba, Heungmin lo hacía en voz baja y se tapaba la boca con la mano. Al verlo comportarse así, Yejeong se rio. Era una alumna modelo de piel radiante, pelo corto y a quien el uniforme escolar le quedaba especialmente bien. Avergonzado, Heungmin esquivó su mirada y removió la ternera guisada que había en su bandeja.

La carne le recordó a Tree.  Habr a comido? Su periodontitis se había agravado en los últimos días. Tenía la piel amarillenta y las encías blanquecinas, como si la anemia se hubiera hecho con ella. Decidió que debía llevarla al veterinario. Para ello, primero tenía que repartir el máximo de folletos posible. Incluso pens  en buscar un segundo trabajo. Cuando un menor recibía la autorización de sus padres, se le pagaba el salario mínimo por hora, pero Heungmin no tenía tutor legal desde la muerte de su abuelo, un año antes. Todos los documentos de la escuela los firmaba su primo, adicto al juego. Por eso no podía decirle que ganaba dinero.

—¿Tree sigue sin poder comer? —le preguntó Minsu, como si hubiera leído los pensamientos de su amigo.

Dejó el guiso de ternera que tenía en su bandeja sobre la de Heungmin.

—No.

—En ese caso, deberías comer por los dos. Serás más eficaz en tu reparto de folletos. ¿Quieres que te ayude? Te recuerdo que soy mayor que tú.

—Deja de jugar al hermano mayor. Tienes que ir a tus clases de la tarde.

—Qué más da si voy o no, voy a ser el primero de la clase de todas formas. No me sirven de nada.

Minsu tenía razón. Había tenido la suerte de nacer con una capacidad intelectual excepcional.

—Me estás sacando de quicio.

—Eso es lo que siempre se dice de los genios. Por eso nuestro profe insiste en que estudiemos juntos. Yo soy el primero, y tú, el último.

—La verdad duele.

—Tienes razón, ya paro. Que aproveche. Vamos a jugar un partido contra la clase de al lado. ¡Recarga energías, mi pequeño Son Heungmin!

—¡Para ya!

Minsu inició el partido dándole una patada al balón. Su orgullo estaba en juego. Unos días antes, su equipo había perdido por un error de Heungmin, y había llegado la hora de la revancha. Era una cuestión de vida o muerte, ya que Yejeong seguía entre el público.

Por desgracia, el resultado volvió a ser decepcionante: perdieron uno a cuatro. Una vez más, la culpa de la derrota recayó sobre Heungmin. Sus rivales se burlaban de él, lo que le enfurecía, pero su timidez le impedía enfrentarse a ellos. En su lugar, fue Minsu quien gritó:

—¡Heungmin no estaba en su mejor momento! ¿Y qué? ¿Eso significa que Cha Eun-woo no tiene derecho a tener un mal día? ¡Nadie es perfecto!

—Basta, Minsu. Estás empeorando la situación.

Mientras se refrescaba la cara en una fuente, Yejeong se acercó a él. Las orejas de Heungmin se pusieron rojas. Continuó echándose agua en la cara porque no quería cruzarse con la mirada de Yejeong, pero Minsu le dio un codazo en el costado.

—¿Quieres ahogarte o qué? No vale la pena, te has defendido bien.

Como si estuviera esperando a Heungmin, Yejeong dejó correr el agua del grifo durante un buen rato para lavarse las manos. Entonces llegó el capitán del equipo contrario, que había marcado tres de los cuatro goles.

—¿Tú eres el que reparte folletos? Por lo que parece, también tienes una tarjeta de ayuda alimentaria. Son el Mediocre. Sinceramente, haces honor a tu nombre —concluyó antes de marcharse.

A Heungmin le resultaba imposible levantar la cabeza. No había nada de falso en lo que acababa de decir el capitán. En el momento en que Heungmin se enderezó, Minsu ya estaba corriendo hacia el capitán. En ese instante, cruzó una mirada con Yejeong antes de volver a bajar los ojos. Había conseguido detener a Minsu, pero el capitán, furioso, le dio un puñetazo en la cara.

Aquel día, los dos amigos salieron juntos del instituto con moratones alrededor de los ojos porque se habían defendido mutuamente de su acosador.

Maldiciendo el despiadado sistema escolar que informaba a los padres en tiempo real por SMS ante el más mínimo problema, Minsu no pudo faltar a las clases de la tarde y se presentó en el instituto privado mientras Heungmin iba a repartir folletos cerca de la estación de Hyehwa. Gracias a sus moratones, se ganó la simpatía de los transeúntes, que cogieron más folletos de lo habitual. Tenía la terrible sensación de estar mendigando. «Intervengo para impedir que se meta en una pelea y soy yo quien recibe los golpes. Minsu me las pagará», se dijo. Curiosamente, la gente hacía cola delante de él para coger folletos. ¿Qué estaba pasando? ¿Era por la época? ¿Había más clientes a principios de año por los nuevos propósitos? ¿Pensaban adelantarse un poco este año? El muchacho estaba teniendo un golpe de suerte. El moratón que le rodeaba el ojo izquierdo le dolía, pero estaba contento. Ese día no le daría vergüenza enfrentarse a su jefe. Esa energía le dio fuerzas para hablar más alto. Le dolía la garganta, pero no se detuvo.

—¡Gracias! ¡No olviden apuntarse al Full Power Gym!

Por primera vez, había repartido los trescientos folletos que le habían dado, y se dirigió a Manna Dosirak con el corazón tranquilo.

Mientras repartía los folletos de presentación de su obra de teatro, Shinpung vio a Heungmin.

—¡Jefa! ¡Tiene un cliente!

Gumnam estaba cocinando frente a los fogones, donde los azulejos pentagonales formaban un mosaico.

—¡Ya voy! Heungmin, ¿eres tú?

Shinpung, que había oído la voz de la cocinera, soltó una carcajada.

—¿Y tu nombre es Son?

—Sí —respondió Heungmin con aire molesto.

Shinpung soltó una carcajada.

—Lo siento, no pensaba que de verdad te llamaras Son Heungmin.  
¿Juegas bien al fútbol?

—Estoy harto, todo el mundo me pregunta lo mismo.

Le sorprendió no haber sentido vergüenza al responder, sobre todo porque era la primera vez que veía a ese chico. Bueno, le parecía haberlo visto antes repartir los folletos. Estaba haciendo publicidad de su obra de teatro. Cada fin de semana, la gente hacía cola delante de él para conseguir entradas. Para Heungmin, Shinpung era un maestro del reparto.

—A veces la vida no tiene nada de divertido. De hecho, a menudo yo estoy harto de la mía. Pero también hay momentos emocionantes, como este.

—Oye, tú eres...

—¿De qué hablas?

Los dos jóvenes podían oír a Gumnam cocinar: la espátula de madera golpeaba la sartén.

—Tú eres el que vende entradas en la puerta del parque Marronnier, ¿no? Siempre hay cola.

Shinpung se echó el pelo hacia atrás, como si estuviera orgulloso de que alguien lo hubiera reconocido, y adoptó una expresión teatral.

—¡Pues sí, soy yo!

—¡Eres una leyenda viva! Todos los que reparten folletos te conocen. ¿Cuál es tu secreto?

—No hay ninguno. Tengo una cara bonita, eso es todo.

—¿Una cara bonita?

—Sí, soy un tipo guapo.

—No lo creo, no —dijo Heungmin, que había aprovechado la oportunidad perfecta para vengarse.

Shinpung carraspeó.

—Venga, te voy a dar una clase particular. Escucha bien. ¿Ves a la gente que pasa por delante de ti? Háblales como si ya los conocieras. Lo más importante es mirarlos a los ojos. Si lo haces, se detienen. Piensan que, tal vez, ya te conocen, o que ya te han visto en algún sitio. Es instintivo. En ese momento, les hago un cumplido, y así ya los tengo casi conquistados. Luego, poco a poco, les pregunto si ya tienen sus entradas. Empezamos a hablar de la obra. La gente viene a Daehak-no por el teatro. Así que, si se topan con alguien a quien creen conocer y es simpático con ellos y aún no tienen entradas, me compran las mías y ya está. ¿Lo has entendido?

Heungmin pensó que Shinpung se parecía a Minsu. Fanfarroneaban de forma similar. Sus cejas también eran casi idénticas a las de su amigo. Sin embargo, Minsu le había contado que su hermano mayor había sido admitido en la Facultad de Derecho, por lo que era imposible que vendiera entradas para el teatro en la calle.

—Hummm...

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Ya llegan los dosiraks.

Gumnam salió de la cocina con las fiambreras llenas de comida.

—¡Me has dado un susto!

Shinpung fingió enfadarse por la payasada de Heungmin, que sonreía.

Pensó que le gustaría pasar más tiempo con él.

—Bueno, muchas gracias por tus consejos.

Heungmin estaba entusiasmado gracias a los secretos que le había revelado la leyenda viva de la distribución de entradas. La comida de hoy consistía en el plato favorito del joven: cerdo guisado con salsa de soja y setas enoki, que crujían al morderlas. Incluso había una guarnición de carne para Tree.

El adolescente se dirigió alegremente hacia Ihwa-dong mientras daba patadas a una piedrecita. La fue desplazando sin que lo detuviera ningún semáforo en rojo. Por una vez, no sintió ningún resentimiento contra el Son Heungmin dibujado en la pared junto a las escaleras. Dejó la piedrecita y subió los escalones uno a uno. Ni siquiera esas escaleras de las que siempre se quejaba le resultaron tan pesadas aquel día. Le era imposible agarrarse a la barandilla, ya que estaba helada por culpa del frío, pero subió los escalones con determinación. Una vez en casa, tenía pensado encender la manta térmica que usaba su abuelo antes de morir y comerse el dosirak sentado sobre ella. Con Tree, por supuesto. Heungmin estaba tan feliz que tarareaba. Un poco más tarde, tenía una cita con Haeyeong, que debía llevarle mandarinas.

Introdujo la llave en la cerradura situada junto al pomo, pero no la giró. Solo tuvo que empujar la puerta. Su primo, ese famoso holgazán, estaba en casa.

—¡Mi pequeño Heungmin! ¡Mi estrella internacional!

Le tomaba el pelo todos los días, pero Heungmin no podía renegar de él, ya que era su única familia.

—Hola. ¿Dónde está Tree?

—Está durmiendo.

Mientras cruzaba la cocina para llegar al dormitorio, vio, tumbado sobre la manta de su abuelo, a su primo, a quien se le hizo la boca agua con solo ver la bolsa de plástico con la comida. Heungmin, por su parte, buscaba a Tree con la mirada. A la gata le gustaba el calor

y se tumbaba sobre la manta siempre que tenía la ocasión, estuviera encendida o no. Pero esta vez no la encontraba por ninguna parte.

—¿Dónde está Tree?

—Ya te he dicho que está durmiendo. Seguro que se ha escondido en algún rincón. Quizá haya salido. Ya sabes que suele hacerlo.

El primo de Heungmin se acercó para quitarle la bolsa de plástico que llevaba en la mano. Sacó la parte destinada a Tree, quitó la tapa y empezó a comer la ternera marinada con los dedos.

—Esta cocinera es una bendición. Su comida está buena y no escatima en cantidad. ¿Cuánto te queda en la tarjeta de ayuda alimentaria?

Heungmin detestaba a su primo cuando intentaba quedarse con su tarjeta, así que ni siquiera le contestó. Abrió el armario de tela, pero Tree tampoco estaba ahí.

—¡Tree! ¿Dónde estás? —preguntó con voz suave.

—Deja de creerte importante. No te voy a quitar la tarjeta. A mí también me molesta que necesites eso para comer, ¿qué te crees?

Heungmin no le hacía caso. Tree, que siempre estaba frente a la puerta incluso antes de que él tuviera tiempo de llamarla, hoy no aparecía por ninguna parte. Un sudor frío le recorrió la espalda. Le había dado la vuelta a la manta térmica y había sacado la ropa del armario, que olía a naftalina, los únicos lugares donde podría haberse escondido, pero había sido en vano. La gata tricolor había desaparecido.

El chico se dirigió a la cocina. Abrió las puertas de los armarios situados junto al fregadero por si acaso, pero Tree tampoco estaba ahí. Se hizo un ovillo en el suelo mojado y por fin la vio debajo de la nevera. Bolas de pelo blanco cubrían el suelo y la gata yacía estirada de espaldas. Con los ojos cerrados.

Heungmin la cogió enseguida. La nevera, apuntalada de cualquier forma con una tarjeta de visita de una empresa de transporte, se tambaleó, pero eso no tenía ninguna importancia. Las patas traseras de la gata se deslizaron de un extremo a otro. Se le caía el pelo allí donde Heungmin le tocara. Mechones de su fino pelaje blanco se desprendían. El estudiante tomó al animal en brazos y le acarició la cabeza en vano. No se movía. Heungmin se asustó. Sentía que el cuerpo de la gata estaba cada vez más frío. Lo envolvió entre su ropa.

—¿Qué le pasa? ¿La vas a llevar al hospital? Por cierto, Heungmin, ¿me prestas tu tarjeta? Tengo que ir a Jeonju esta noche. Probablemente me quede allí nueve días. Es para cambiar el papel pintado de un motel.

Heungmin no escuchó nada de lo que su primo decía a su espalda.

—Esta vez te prometo que te lo devolveré todo. Siento que puedo recomponerme. ¡Te lo juro! Solo nos tenemos el uno al otro. Confías en mí, ¿verdad?

A Heungmin no le gustó ver a su primo rebuscando entre sus cosas para encontrar su tarjeta de ayuda alimentaria, pero no tenía tiempo para eso. Con Tree en brazos, dio una patada a la puerta para abrirla y bajó las escaleras a toda velocidad.

—Tree, te lo suplico. ¡Aguanta! Me van a pagar al final de esta semana. Podré curarte, solo tienes que aguantar un poco —le dijo.

Después de saltar unos escalones, vio a Haeyeong subiendo. Ella se sobresaltó al ver al chico llorando a lágrima viva, asustado.

—¡Heungmin! ¿Es Tree? Date prisa, pero ten mucho cuidado con dónde pones los pies. ¡El suelo resbala!

Heungmin, que era un joven de segundo curso de secundaria, corría más rápido que Son Heungmin, la estrella del balón, en un

campo de fútbol. Tree le daba la fuerza necesaria para descender las escaleras de ese barrio humilde a una velocidad récord. Era un movimiento tan exagerado que sus pies ya no se distinguían.

Haeyeong, sin aliento, lo seguía a duras penas. Las mandarinas se le cayeron de la bolsa de punto. Se agachó para recoger algunas, pero se rindió rápidamente para no perder a Heungmin.

La anemia había provocado que Tree colapsara.

Ese fue el diagnóstico del veterinario. Debía quedarse varios días hospitalizada para recibir una transfusión de sangre. Haeyeong había oído hablar de que las clínicas veterinarias también tenían bancos de sangre para poder hacer transfusiones en caso de emergencia, pero no estaba muy familiarizada con ese ámbito. El servicio que se encargaba de los perros se encontraba en Kangwon-do, y el de los gatos estaba en Daegu. Era imposible recibir el preciado líquido ese mismo día. El médico llamó apresuradamente a todas las clínicas de los alrededores para encontrar una solución. Una hora más tarde, les entregaron una bolsa de sangre de un color rojo burdeos. Heungmin no podía estarse quieto; iba y venía por el pasillo. Para poder tratar a la gata, le colocaron una vía en la pata delantera izquierda. Se oyó el sonido de una máquina y la transfusión por fin pudo comenzar. Necesitaban al menos dos bolsas, pero el veterinario solo había podido conseguir una. Así que volvió a llamar por teléfono a sus compañeros.

—He repartido demasiado rápido todos los folletos, me han traído mala suerte —murmuró Heungmin.

—No te preocupes, ahora está en buenas manos...

—¡No puedo más! Pensaba llevarla a la clínica a finales de semana, en cuanto cobrara mi sueldo...

—Hummm.

—Si lo hubiera sabido, habría intentado pedir dinero prestado. Pero preferí hacer el idiota. Le debería haber pedido dinero a Minsu o a la dueña de Manna Dosirak. Si Tree muere, no...

—No has hecho el idiota. Has querido protegerla por ti mismo con todas tus fuerzas.

—Pero no lo he conseguido. Puede que se muera. Siempre me he avergonzado de no tener dinero porque los demás se burlan constantemente de mi tarjeta de ayuda alimentaria. Me daba demasiada vergüenza pedir prestado algo para curarla. Todo esto es culpa de mi orgullo.

Al mismo tiempo, la televisión de la sala de espera estaba emitiendo el telediario.

«En el vídeo del día, pueden ver el excepcional gol del jugador Son Heungmin. Les deseamos que pasen una noche emocionante mientras disfrutan de nuevo de esta magnífica escena que provoca escalofríos de placer».

Haeyeong experimentó un sentimiento de amargura al escuchar esa voz rebosante de alegría. Heungmin levantó la cabeza, echó un vistazo a la televisión y volvió a bajarla. Tenía el corazón encogido y estaba al borde del desvanecimiento. Mantenía los puños cerrados y la nariz arrugada para evitar llorar, pero solo era un niño. De repente, estalló entre sollozos, como si le diera absolutamente igual lo que pensarán los demás. Porque su gata se estaba muriendo. Porque ese pequeño ser era su única familia. Se sentía más impotente que nunca y sentía que el mote «Son el Mediocre» le venía como anillo al dedo.

Haeyeong le acarició la espalda. Cuando el ritmo de su respiración se calmó un poco, le dijo con delicadeza:

—Tengo hambre, ¿tú no?

Haeyeong pagó la hospitalización. Heungmin ya no tenía absolutamente nada, pues su primo le había robado la tarjeta de ayuda alimentaria.

—Te lo devolveré, te lo prometo.

—Por supuesto, sé que lo harás. Sin embargo, me gustaría que te tomaras tu tiempo. Yo decidiré la fecha límite —respondió ella mientras le tiraba de la manga—. Ven, vamos a comer algo. ¿Crees que Manna Dosirak estará abierto a estas horas?

Eran las nueve de la noche pasadas. En condiciones normales, la casa de comidas habría estado cerrada. Las luces de la fachada y de la sala deberían haber estado apagadas. Pero esa noche la cocina seguía encendida. Gumnam aún no se había ido a su casa. Aliviada, Haeyeong llamó a la puerta de vidrio pensando que era mejor no entrar directamente para no asustar a la dueña.

—Heungmin, ¿te apetece un arroz frito con kimchi? Le añadiré jamón. Sé que te gusta. ¡Y lo haré menos picante! —se apresuró a decir al ver al muchacho con una cara tan descompuesta como una alubia roja hervida en agua.

Gumnam encendió los fogones y vertió aceite en la sartén. En cuanto este empezó a calentarse, añadió el kimchi finamente picado y una cucharada de azúcar, luego lo removió con una espátula de madera. Después de unos minutos, incorporó el jamón cortado en dados y, cuando estuvo dorado, llenó la sartén de arroz blanco. Removió todo de nuevo y omitió la pimienta por el bien de Heungmin. Dejó reposar el plato mientras buscaba otro utensilio para hacer huevos fritos. Al ver la yema justo en medio de la clara, pensó en las margaritas que Jeongi le había dibujado en las uñas. ¿Odeuli estaría profundamente dormida? La madre y su hija se

habían marchado apenas dos semanas antes, pero Gumnam ya las echaba de menos. Sin dejar de sonreír, colocó los huevos poco hechos sobre el arroz salteado. El plato estaba listo.

—Coged una cuchara —ordenó la anciana.

Heungmin y Haeyeong las levantaron de inmediato. Incluso antes de que la sartén estuviera completamente apoyada sobre la mesa, ambos ya se habían abalanzado sobre ella y devoraban su primer bocado. A pesar de una condimentación minimalista, el plato estaba delicioso. Ya fuera en sopa, salteado o al vapor, el kimchi hacía el ochenta por ciento del trabajo.

El joven había roto la yema de huevo y, al comer, se había manchado de aceite la comisura de los labios. Gumnam cogió una servilleta de papel y lo limpió. Bebió un trago de *sikhye* bien fresco antes de comenzar un largo discurso.

—Hay que ser valiente para pedir ayuda cuando uno recibe un golpe duro. Los jóvenes de hoy en día trabajan para pagarse un iPhone, pero tú, tú eres excepcional. Tú repartes folletos temblando porque eres tímido para salvar a Tree. Lo has dado todo para proteger lo más valioso que tenías. Así que yo he esperado. Me he preguntado muchas veces cuándo me hablarías por fin de los gastos veterinarios. Heungmin, espero que hoy hayas aprendido esta lección: pedir ayuda es de valientes. Cuando no aceptamos una mano tendida, perdemos muchas cosas, y a veces las podemos perder para siempre.

—Yo... Tenía miedo de que me odiara si le pedía dinero cuando además pago con una tarjeta de ayuda alimentaria —respondió con la boca llena.

Gumnam le dio al muchacho un golpe en la frente con una cuchara.

—¿Desde cuándo ser pobre es un delito? Además, ¿cómo va a ser tu culpa cuando tienes quince años?

—¡Au!

—A veces la vida es cruel, pero también hay muchos adultos buenos. Como nos tienes frente a tus ojos, quizá no te des cuenta. Pero tú no eres más que un *teenager*, Heungmin.

Haeyeong asintió con la cabeza para mostrar su acuerdo.

—¡Eso es totalmente cierto!

—En momentos como este, me decepcionas y pienso que no mereces tu nombre. Habría que cambiarlo. ¿Qué te parece *kaettong*?

—¿«Caca de Perro»? ¡Oye, Gumnam! ¡Está exagerando!

—Tienes razón. Debes conservar tu nombre. Al fin y al cabo, fue tu *grandfather* quien te lo puso, ¿no?

Gumnam y Haeyeong intercambiaron una mirada antes de estallar en carcajadas. Por fin, una sonrisa se dibujó en los labios del muchacho.

Gumnam seguía estudiando inglés en la cocina porque deseaba visitar a Munjeong, que se encontraba en Nueva York, al año siguiente. Ese día tenía una prueba oral con su hija para comprobar sus conocimientos. Por eso solamente había cortado el repollo de la ensalada del día siguiente, para dedicarse después a memorizar vocabulario. No había nada de malo en ello, al contrario, Gumnam estaba encantada con la situación.

Antes de su muerte, el abuelo de Heungmin iba a Manna Dosirak para recoger los desechos de cartón. Los otros recolectores sacudían los cartones de las espinacas o los repollos llenos de tierra y ensuciaban el camino frente al local, pero el abuelo de Heungmin

era diferente. Él limpiaba la suciedad con la ayuda de pañuelos que había preparado de antemano y no los abandonaba tras de sí. Tenía más o menos la misma edad que Gumnam; vivía una vida muy difícil, pero seguía siendo amable. La señora Garaetteok, la vendedora de pasteles de arroz, le hablaba a menudo de él. Solo tenía un hijo, que estaba desaparecido, y su nuera se había largado. En pocas palabras, ninguno de los dos vivía con él. Se ocupaba de Heungmin desde que el pequeño tenía diez años, pero nunca se había portado mal con él. Cada invierno, incluso cuando caían grandes copos de nieve, su carretilla dejaba trazas sobre el suelo. Era muy trabajador.

Gumnam sentía respeto por él, pero también compasión. Además, tenía la impresión de que eran compañeros, de alguna manera. Cuando, durante la noche, las tormentas de nieve hacían estragos, él llegaba a primera hora de la mañana para despejar el camino y que los clientes del pequeño restaurante pudieran pasar. En definitiva, era un hombre muy atento y esa era una de las razones por las que Gumnam también sentía un afecto especial por Heungmin.

Estaba observando al joven mientras este comía plácidamente cuando, de repente, le sonó el teléfono. Una burbuja azul apareció en la pantalla de su iPhone.

Jeong Gumnam, no eres muy aplicada como estudiante. Te perdono esta ausencia, pero te advierto que mañana te haré una prueba más difícil.

Gumnam rio. «¡Menuda venganza! De todos modos, no serán más que garabatos», se dijo a sí misma.

Volvió a sonar un teléfono. Esta vez era el de Heungmin. Había recibido una llamada de la clínica veterinaria. Tree había recuperado

el conocimiento. El estudiante de secundaria dejó la cuchara, se tragó rápidamente un último bocado de kimchi y corrió hacia la salida.

Haeyeong y Gumnam se quedaron solas. La enfermera se estaba atiborrando de arroz de nuevo y, mirando el fondo de la sartén, soltó:

—No veo su mensaje. Es muy triste, me encanta leerlos y reflexionar sobre lo que escribe. ¡Me dan fuerzas! ¿Sabe qué? A veces la imagino pronunciándolos.

—Ah, ¿sí? En ese caso, hoy puedo hacerlo en vivo y en directo.

Haeyeong juntó las manos y sonrió de oreja a oreja.

—*Your smile is like sunshine.* Se parece al hada Florence Nightingale. Pero ¿sabe qué?

Haeyeong sonrió todavía más mientras esperaba la continuación. Con unos brillantes ojos amables, Gumnam prosiguió:

—Me duele en el alma verla sonreír así. No tiene por qué fingir.

De repente, un río de lágrimas brotó de los ojos redondos de la enfermera. Era como si la tristeza le hubiera invadido el cuerpo entero. Se le pusieron los ojos rojos y le empezó a picar la nariz. Haeyeong tuvo la impresión de que la anciana había lanzado una flecha directa a una herida que escondía en lo más profundo del corazón. Cerró los párpados y le temblaron por culpa de la emoción. Su boca los siguió. Gumnam no dijo ni una palabra. Solo escuchaba su tristeza silenciosa y al mismo tiempo más ruidosa que el viento invernal que soplaba en el exterior.

En ese instante, Haeyeong se decidió a hablar:

—Me daba miedo derrumbarme si aceptaba la tristeza enterrada en mi interior. Dicen que todo va bien cuando uno se mantiene positivo. Eso es lo que siempre veo en los libros y en la televisión. No sé qué hacer aparte de sonreír. Después de oírla, siento que

estoy haciendo el tonto. Soy una idiota que no sabe enfrentarse a la pena y al dolor. Si al menos me hubieran apuñalado y estuviera sangrando, sabría que hay que desinfectar, poner puntos de sutura o vendar. Pero estoy perdida.

Gumnam le tomó la mano.

—Basta con mantenerse viva, tal y como lo está haciendo ahora mismo.

Haeyeong, que siempre era prudente en sus gestos, terminó por romper en sollozos.

—Piense siempre en usted y en sus sentimientos primero. Reflexione. ¿Necesita Betadine, puntos de sutura o un vendaje? Las heridas invisibles son las más difíciles de curar.

Las manos de Gumnam estaban arrugadas, pero para Haeyeong tuvieron el efecto de una pomada suave que le sanaba el corazón.

Congelada por culpa del frío extremo, la puerta no cerraba bien. El viento que entraba potente le ponía las cosas aún más difíciles a Heungmin, que tuvo que empujar con fuerza el pomo, en el que habían crecido estalactitas, para conseguir cerrar la puerta de su casa.

A las tres de la madrugada, el frío era aún más mordaz de lo que había imaginado. Estaba tiritando y no podía hacer nada al respecto. Sin embargo, debía salir a repartir periódicos, su nuevo trabajo a tiempo parcial desde hacía unos días. Sí, lo necesitaba para la pequeña Tree, que día tras día luchaba por mantenerse con vida en la clínica veterinaria.

Heungmin se puso la capucha del plumífero y tiró de los cordones para hacer un nudo. Había pedido hacer su turno en Ihwa-dong, pero lo habían destinado a Seongbuk-dong, donde había más

abonados. Como no tenía permiso de conducir, le tocaba desplazarse en bicicleta. Sin embargo, le gustaba mucho el trabajo, porque su jefe le pagaba el sueldo reglamentario.

El primer día, había empezado a las dos de la madrugada. Su perímetro consistía en una colina, pero, al contrario que en su barrio, las casas eran majestuosas y hasta tenían pórticos de entrada. Se detuvo delante de uno de ellos. Era al menos tres veces más alto que Heungmin. ¿Quién podía vivir ahí? El joven se quedó boquiabierto. Realizó la entrega con facilidad porque una placa mostraba de forma clara la dirección, como si los propietarios quisieran presumir de vivir allí. En solo unos días le cogió el truco al trabajo, y ya sabía cómo lanzar el periódico para que pasara directamente por debajo de la puerta. La clave estaba en el movimiento de la muñeca. Era como cuando lanzaba piedras con su abuelo para hacerlas rebotar en uno de los ríos del monte Bukhan, a donde había ido una vez en su vida. Había que quitar toda tensión del brazo. Entonces, el periódico se colaba por la rendija y chocaba en algún lugar del otro lado.

Heungmin gritaba mensajes de ánimo para darse fuerzas. «¡Por Tree!». Lo repitió un poco más fuerte. «¡Por Tree!». Su voz parecía un poco más segura que el día anterior. ¿Se debía a su estado de ánimo? El complejo de inferioridad que lo volvía tan negativo se había derretido como la nieve al sol tras haber comido arroz frito con kimchi en Manna Dosirak. Un chico de quince años no podía hacer nada contra la pobreza, Gumnam tenía razón.

En el barrio residencial de Seongbuk, donde vivía gente rica, incluso la nieve se derretía sin dejar rastro para no molestar a nadie. ¿Tal vez alguien despejaba la carretera en cuanto empezaba a nevar? Quizá ese alguien era un mayordomo, como los que se veían en las películas, y también arrojaba sal sobre el asfalto. Ese

impresionante espectáculo siempre dejaba a Heungmin estupefacto. Le habría gustado que hicieran lo mismo en Ihwa.

Seongbuk se había construido nivelando las laderas de la montaña. Ir hasta la última casa de la urbanización era como ir de excursión. Pedaleaba como un loco desde abajo. En ocasiones, soltaba una mano del manillar para lanzar un periódico y luego seguía pedaleando. Hoy, una vez más, había logrado terminar su misión sin contratiempos. Por mucho que el frío viniera de Siberia, ir en bici a ese ritmo durante varias horas le hacía entrar en calor, y acababa con la frente y la espalda sudadas. Cuando llegaba a la cima, la bici le parecía ligera. Lo invadía un sentimiento de libertad. El viento que sentía al descender a toda velocidad sin tocar el freno era un placer indescriptible. ¡Qué regalo para Heungmin! El alba aún no se había impuesto a la noche oscura. Antes de iniciar el descenso, ató firmemente los pocos periódicos de sobra que su jefe le había dado por si acaso. Al estudiante de secundaria le gustaba leerlos en la escuela o dejarlos en su casa. A veces, su primo extendía papel de periódico en el suelo antes de colocar el hornillo para cocinar panceta de cerdo. Eran útiles en muchos sentidos.

Heungmin respiró hondo. El aire glacial entró en sus pulmones. En invierno, cuando hacía tanto frío que la puerta de su casa ya no se abría, solían caerle estalactitas de hielo sobre la cabeza mientras subía los escalones para regresar a casa. No le gustaba esa estación fría, mordaz y dura, pero se sentía feliz de tener esa vieja manta térmica que le había dejado su abuelo. También apreciaba el aire puro del invierno. Respiró profundamente una vez más antes de levantar el pie derecho del suelo para ponerlo en el pedal y empujar con todas sus fuerzas.

Las ruedas de la bici cogieron velocidad. Cuando empezó el descenso, avanzó sin volver a detenerse. El muchacho soltó los

pedales y estiró las piernas como si estuviera volando. ¡Cómo le gustaba esa sensación! Al pasar por delante de un majestuoso pórtico negro, vio a una persona poco abrigada.

—¿Gumnam?

Pero iba demasiado rápido y ya había pasado de largo. Heungmin intentó girar la cabeza, pero no consiguió atisbar lo que ya estaba fuera de su campo de visión.

—Seguro que es otra persona. ¿Qué iba a estar haciendo aquí a esta hora? —se dijo en voz alta.

Sacudió la cabeza con las manos todavía en el manillar y siguió descendiendo hasta que la carretera volvió a ser plana.

Cuando llegó a la escuela, se puso el uniforme en el baño. Heungmin seguía sentándose al lado de Yejeong. Su amigo Minsu le dejó una colonia para que se la pusiera.

—La colonia no es lo mismo que el perfume. ¿Quieres que te compre una? —preguntó Minsu jugando al hermano mayor.

—No, la que me diste la última vez me daba dolor de cabeza. Me mareo solo de pensarlo. Qué horror.

—No tienes ni idea. Era un perfume francés. Además, era de mi hermano. Pasé miedo cuando se lo robé.

—¿Cuándo nos van a cambiar de compañeros de pupitre? Espero que no tarden mucho.

—Quizá esta semana. Ya hace casi un mes de la última vez, ¿no? Por cierto, estás bastante fuerte. ¿Crees que debería empezar a repartir periódicos también?

Minsu hablaba solo mientras Heungmin se ponía la chaqueta cuando, de repente, lo cogió por los hombros.

—¿Crees que he crecido?

—Sí. De hecho, te prohíbo que seas más alto que yo.

—Ya soy más alto que tú.

Los chicos pusieron una mano sobre la cabeza del otro para comparar su altura. Resultaba obvio que Heungmin era ligeramente más alto que su amigo. Sin embargo, nadie sabía que Minsu se había puesto taloneras el día que había ido a hacerse los documentos de identidad. Como resultado, oficialmente era un poco más alto que Heungmin.

Sentado detrás de su pupitre, este abrió un periódico. Lo dobló de manera que no invadiera el espacio de su vecina. Heungmin no era muy fan de la lectura, pero disfrutaba de leer las noticias, era divertido. A su lado, Yejeong giró la cabeza para leer junto a él. El adolescente estaba tan concentrado que no se dio cuenta. Al menos hasta que Yejeong estiró el brazo para pasar de página y su mano rozó la de su compañero. Este la retiró de inmediato, como si su piel hubiera entrado en contacto con un utensilio ardiente.

Yejeong, también sorprendida, esbozó una sonrisa tímida.

Las orejas de Heungmin se sonrojaron. Se le pusieron los pelos de punta y se le aceleraron los latidos del corazón. Temió que ella se hubiera dado cuenta.

—Ten, puedes leerlo —propuso él mientras le acercaba el periódico a su vecina.

Ella lo cogió sin inmutarse y pasó de página antes de sonreír satisfecha.

El corazón del joven le dio un vuelco en el pecho. Latía con tanta fuerza que parecía estar a punto de explotar. Al ver la escena, Minsu, que estaba sentado detrás de su amigo, también sonrió distraído.

—¡No se vaya sin su folleto!

Sorprendentemente, Heungmin estaba repartiendo los folletos con una voz mucho más segura de lo habitual. A pesar de tener los ojos

clavados en la publicidad de Full Power Gym, solo podía ver la sonrisa de Yejeong. De repente, volvió a sonrojarse. Sin lugar a dudas, los periódicos eran útiles en muchos sentidos.

No obstante, no muchos viandantes cogían un folleto. Hacía tanto frío que nadie quería sacar la mano del bolsillo. Solo los pocos temerarios que miraban el móvil al salir del metro se atrevían.

Era la tarde de un miércoles. Como siempre, Heungmin había quedado con Haeyeong para comerse un plato copioso en Manna Dosirak. Al principio, nada más empezar con el reparto de periódicos, le costaba mantenerse despierto hasta la hora de cenar, pero ahora que se había acostumbrado le resultaba más fácil. Tenía la sensación de estar más en forma y de haber crecido porque desde hacía un tiempo se acostaba pronto, aunque los periódicos también le servían de excusa para no estudiar más de lo necesario.

En ese instante, vio a Haeyeong saliendo de la estación de metro Hyehwa con una sonrisa radiante en los labios. Ella agitó en el aire una tarjeta rosa de mujer embarazada<sup>2</sup> para enseñársela a Heungmin.

—¡Mira! —exclamó mientras se acariciaba el vientre. Su rostro brillaba de alegría—. ¡Estoy oficialmente embarazada!

—¡Guau! —gritó él sin darse cuenta.

Heungmin también sonrió y, de repente, recordó el momento en el que su mano había tocado la de Yejeong y se sonrojó. «Recomponete, Heungmin, deja de pensar en ella», se dijo.

—¡Nooo! —gritó alguien.

A continuación, se oyeron unos gritos penetrantes.

—¡Aaah!

Mientras Haeyeong miraba a su alrededor para comprender qué estaba pasando, la gente la empujó. Una marea humana salió de la boca del metro. Haeyeong se cayó por culpa de la multitud y perdió

la tarjeta rosa. Estiró el brazo, pero no logró recuperarla. La masa de gente que huía no dejaba de pisotearla.

Los gritos resonaban en todas las direcciones. Heungmin tiró los folletos y corrió a ayudar a Haeyeong. Detrás de ella había un hombre de unos veinte años con los ojos vidriosos que llevaba unas botas de estilo militar y avanzaba a grandes pasos. Sus vaqueros ajustados estaban manchados de sangre. Sostenía un arma en la mano. Heungmin se detuvo en seco. Haeyeong, todavía en el suelo, giró la cabeza y lo vio.

—¡Heungmin, no te acerques! —gritó con todas sus fuerzas.

Se hizo un ovillo para protegerse el vientre.

Los pies del joven estaban pegados al suelo, como si estuviera paralizado. Sintió que se volvía a convertir en Son el Mediocre, que no lograba moverse ni siquiera ante un pase decisivo delante de la portería. Recordó el dosirak compartido con Haeyeong en el parque Naksan, que se habían comido uno con cuchara y el otro con palillos. También volvió a ver la sonrisa de Haeyeong cuando había llevado a Tree al veterinario. A pesar de la multitud de recuerdos que emergieron a la superficie, los gritos de la gente no cesaban. Heungmin se frotó la cara con las manos. Un destello le iluminó el cerebro. Se golpeó varias veces la cabeza. «Si no hago algo ahora, ya no seré Son Heungmin, sino más bien Caca de Perro», pensó.

Levantó un pie en dirección al hombre que acababa de escupir al suelo y se acercaba a su amiga. Se protegió el pecho con los antebrazos y, como si se hubiera convertido en el héroe de la película *Black Panther*, tomó impulso y corrió a toda velocidad. Echando todo su peso hacia delante, esperaba que su deseo ardiente se transformara en un arma capaz de vencer al cuchillo que tenía enfrente. Tenía la complexión poco intimidante de un adolescente, pero sus hombros mostraban toda su determinación.

Solo había unos metros de distancia entre ellos, aunque tenía la impresión de que estaba en la otra punta del mundo.

Recordó a Tree, tumbada en la clínica; a Yejeong tocándole la mano; a Minsu, que había robado el perfume de su hermano para él; a su abuelo, que había comprado una manta térmica en una tienda de artículos de segunda mano, así como a Gumnam, que siempre le decía «*See you again*» con la esperanza de verlo al día siguiente. Cerró los ojos y se esforzó más por aumentar su velocidad. Soltó un grito potente, como el de un bebé que acaba de llegar al mundo. De hecho, era sin duda la primera vez que gritaba desde entonces.

—¡Ven a por mí!

¡Pum! ¡Zas!

Resonaron ruidos de choques seguidos de un estruendo. Tras caer, Heungmin abrió los ojos. El delincuente también se había caído, y su cuchillo brillaba en el suelo. Una mujer que vendía yogures se hizo con el arma inmediatamente. Todo el mundo saltó sobre el hombre, pero no se sabía muy bien quién se había abalanzado sobre él primero. Algunos le sujetaron el brazo, otros la pierna, y otra persona llamó a emergencias. El agitador se movía como un pescado siendo vaciado sobre una tabla de madera, pero la multitud no pensaba rendirse. El delincuente gritó que los mataría a todos.

Heungmin se apresuró a levantarse para ir a ver a Haeyeong. Ella temblaba de pies a cabeza, todavía acurrucada para protegerse el vientre. El estudiante de secundaria recogió la tarjeta rosa, la limpió y se sacudió la tierra de la ropa. En un abrir y cerrar de ojos, volvía a estar limpio y le tendió la tarjeta a Haeyeong.

—Ya estás a salvo.

La enfermera abrió por fin los ojos. Se levantó y cogió la tarjeta, pero le fallaron las piernas.

—Ha faltado poco. Has estado a punto de morir, Heungmin. ¡No vuelvas a hacer eso jamás! —lo reprendió.

Para tranquilizarla, él respondió:

—Por algo me llamo Son Heungmin.

Heungmin y Haeyeong estaban sentados a una de las mesas redondas del Manna Dosirak. Orgulloso, el joven comía arroz salteado con kimchi acompañado de jamón. La mujer también se estaba dando un festín. Gumnam dejó una taza de *sikhye* caliente delante de ellos.

—Nos hemos librado de una desgracia —dijo inquieta.

—Ya le he dicho a Heungmin que más le vale no volver a hacerlo.

—Pensé que, si no le hacía honor a mi nombre, terminaríais llamándome «Caca de Perro» de verdad —refunfuñó él amablemente, como si los reproches no le molestaran tanto después de todo.

—Ya veo que no te gusta nada la idea de que te llamemos así, pero aun así...

Heungmin la interrumpió:

—¿Qué se suponía que debía hacer, entonces? Reviví todos los mejores momentos que había pasado con Haeyeong. Pensé en Tree y en el abuelo. E incluso en ti, Gumnam. ¿Cómo iba a quedarme de brazos cruzados? Cuando uno está motivado, ocurre la magia, eso es todo.

La anciana se sentó al lado del adolescente y le dio un golpe en la frente con su espátula de madera.

—Cuando más valor necesitas, o cuando estás más «motivado», como tú dices, no es la magia la que actúa, sino la fuerza que te han dado tus seres queridos y que recuerdas gracias a todos los buenos

momentos que has compartido con ellos. Eso es lo que te ayuda a levantarte. Podemos entenderlo como una especie de milagro... y por tanto de magia, sí, tal vez. Pero viene de ti.

—Los buenos momentos compartidos... —repitió él.

—La próxima vez, no corras con los ojos cerrados. Si no, no vivirás para contarlo.

—¡Pero, Gumnam, por algo me llamo Son Heungmin!

«Qué bribón», pensó la anciana. Sin embargo, su risita burlona no la molestaba lo más mínimo. Había sufrido por él y estaba feliz de verlo sano y salvo. Esta vez, posó la espátula sobre los labios del joven.

Al poco tiempo, un grupo de periodistas llegó a Manna Dosirak. Habían ido a entrevistar al joven héroe que había detenido al delincuente. Heungmin respondió a las preguntas tímidamente, con la boca llena de arroz. Repitió las palabras de Gumnam sobre los recuerdos que daban fuerza, lo que se convirtió en un tema de conversación viral en la sociedad. Esa misma noche, Tree por fin se puso en pie. Logró comer pienso y ya no necesitaba una vía. Al día siguiente, jugando al fútbol, Heungmin anotó un gol increíble contra el equipo contrario. A partir de ese día, nadie volvió a llamarlo «Son el Mediocre».

Una vez en Ihwa-dong, donde la nieve acumulada se había transformado en hielo, el joven observó las escaleras que debía subir para volver a su casa como si se tratara de un rito de iniciación. Había que levantar la mirada hacia el cielo para ver el final. Ciento diez escalones, nada más y nada menos. Giró la cabeza y vio el mural del jugador de fútbol tomando una foto con los dedos. Con las manos en los bolsillos, imitó su gesto. Avergonzado, se acarició la nuca y esbozó una sonrisa incómoda, luego subió las escaleras con energía.

3

iQuerido Mister Eggs!

Eunseok metió las bandejas de huevos en el maletero de su camión azul. Iban destinadas a tres barrios: Hyehwa-dong, Ihwa-dong y Seongbuk-dong. Tuvo mucho cuidado al apilarlas para no romper los huevos, y luego cerró la puerta. Una vez sentado en el asiento del conductor, encendió el altavoz instalado en la puerta. Sonó una voz grabada. Era la voz tierna y dulce del propio Eunseok.

—¡Han llegado los huevos! ¡Huevos frescos! ¡Aprovechen, están deliciosos!

En Hyehwa-dong, Manna Dosirak era el primer local en abrir por la mañana, y el camión de Eunseok, el primero en hacer ruido. A veces, cuando Gumnam y miss Garaetteok lo veían pasar, se reían y lo llamaban «Quiquiriquí», porque era como un gallo que cantaba al alba, a la hora en que el cielo se iluminaba poco a poco y se vestía de azul oscuro, morado y rosa. El camión azul recorría a menudo

Seongbuk-dong, Ihwa-dong y Hyehwa-dong con el maletero cargado de preciosos huevos.

Sentado en el asiento del conductor, Eunseok tomó el micrófono cuadrado. Tragó saliva y formó un círculo con los labios para silbar una canción de Elvis Presley: *Can't Help Falling in Love*.

Las notas y el ritmo eran tan acertados que parecía que estaba siguiendo una partitura. Muchos clientes le decían que, gracias a él, se habían dado cuenta de la dulzura que podía contener un silbido. Su voz era tan impresionante que era una lástima limitarla a los altavoces del camión. Antes de arrancar, Eunseok sacó su teléfono para enviar un mensaje. Sus labios se movían para pronunciar lo que escribía.

Hoy hace muchísimo frío. No olvide ponerse  
una bufanda para salir.

Sonrió con timidez. Envío el mensaje a Jeongi y puso una cinta pregrabada. Su voz suave inundó la calle.

—¡Han llegado los huevos frescos! ¡Aprovechen, están deliciosos!

Había odiado pronunciar esas frases la primera vez. Su rostro se enrojecía siempre que pensaba en aquella época. Sentía vergüenza y su ego se veía afectado. Nadie lo había obligado a ayudar a su padre en el trabajo, pero esa decisión había sido el mejor remedio para él: sufría de un insomnio que, a decir verdad, era tan grave que merecía una hospitalización. No había tenido otra idea. Antes de eso, Eunseok había llevado una vida de Pavarotti. Las numerosas distinciones que había recibido en concursos le habían permitido obtener una licenciatura en canto por convalidación de experiencia. Sin embargo, había desarrollado nódulos en las cuerdas vocales. ¿Qué le quedaba a un cantante que había perdido a sus patrocinadores? Su éxito fulgurante seguido de una caída igual de

repentina y de un frío rechazo por parte de todos los que lo habían apoyado había sido una auténtica conmoción. Ya no conseguía dormir. En cuanto cerraba los ojos, se imaginaba en el escenario, cegado por las luces de los proyectores. Esa pesadilla le impedía dormir, pero tampoco se pasaba todas las noches en vela. Cuando se levantaba al amanecer para repartir huevos y se veía obligado a utilizar la fuerza, volvía a casa agotado y terminaba durmiendo bien por la noche.

Hacía ya más de un año que había tomado el relevo de su padre. Además, ese trabajo le resultaba divertido. Incluso estaba agradecido de haber desarrollado los nódulos desde que se había convencido de que ese contratiempo le había permitido conocer a cierta persona, porque sí, estaba enamorado.

Una mañana, muy temprano, sonó la campanilla de Manna Dosirak. El pez suspendido mirando hacia el cielo siempre ponía a Gumnam de buen humor.

—¿Mister Eggs? —preguntó con un pañuelo blanco decorado con margaritas en la cabeza.

Como de costumbre, llevaba perlas en las orejas. Siempre era fiel a sí misma.

—¡Buenos días! ¿Cinco bandejas van bien para hoy?

—¿Me las das todas de golpe? ¡Y pensar que cuando Jeongi estaba aquí venías tres veces al día! —lo provocó.

—Es que...

—¿Qué? ¡Era para verla tres veces al día! ¿Pensabas que no lo sabía?

El color rojo que tiñó las mejillas del repartidor al oír el nombre de Jeongi era la prueba de que por fin había conocido a su primer amor.

¿Por qué los hombres de ese barrio eran tan tímidos? Todos parecían muy ingenuos.

—Los dejo dentro —propuso Eunseok mientras entraba en la cocina.

Gumnam lo adelantó.

—Ten cuidado, el trípode se puede caer.

—¿El trípode? —repitió él, desconcertado al ver el objeto colocado sobre el fregadero.

Justo al lado había una luz digna de ser utilizada por los *influencers* y demás profesionales de la comunicación digital.

—Sí, he pensado que estaría bien intentarlo.

—¿Intentar el qué?

—Convertirme en *influencer*, ¿no es evidente? Una compañera de noventa y tres años que vive en Japón graba videoblogs todos los días. Muestra lo que come y lo que hace para divertirse. Es su forma de comunicarse con personas del mundo entero. ¿Por qué no iba a poder hacer algo parecido? Cuando vaya a Nueva York, donde vive mi pequeña Munjeong, grabaré la estatua de la Libertad y subiré el vídeo a YouTube.

—Es admirable. Me parece increíble que siga proponiéndose retos a su edad. Debería tomar ejemplo.

—¿Te gusta la idea? En ese caso, ¿por qué no te apuntas a *Mr. Trot* o a *Mask Singer*? Tienes mucho donde elegir entre todos los programas musicales que buscan prodigios de la canción.

Eunseok esbozó una sonrisa amarga mientras dejaba los huevos al lado de la nevera.

—Tienes que volver a cantar. No me digas que piensas echarte a perder frente a esa especie de dictáfono del camión. ¡Necesitas un micrófono de verdad!

—Los cantantes como Pavarotti no usan micrófono.

¡Zas!

Gumnam golpeó la espalda del joven.

—¡Eso no cambia nada! Lo que quiero decir es que es una lástima no aprovechar tu don. A mí me encanta oír tu voz todas las mañanas, pero es un desperdicio inmenso para este país. Y para ti también. Al parecer, los cantantes hasta pueden librarse del servicio militar.

Eunseok se pasó la mano por la nuca avergonzado. Cada vez que Gumnam lo veía vestido con unos vaqueros y una sudadera con capucha gris, encontraba su destino lamentable. ¿Realmente le era imposible aspirar a algo mejor? Su nariz era tan fina que podría hacer palidecer al actor Jung Hae-in, y las comisuras de sus labios siempre sonrientes eran preciosas.

—Tienes que ver un poco más la tele. Ofrecen trescientos millones a quien quede primero. Trescientos millones. Piénsalo. Yo, si tuviera tu edad, ya me habría aventurado al menos tres veces. Espera, quizá yo también debería intentarlo. El *trot* no está nada mal. Canto superbién una de las canciones de Shim Soo-bong.

Con una espátula de madera en la mano, la anciana se aclaró la garganta. Empezó a cantar *Million Roses* sin quitarle la vista de encima a Eunseok para ver qué pensaba de sus capacidades vocales, pero él tenía los ojos fijos en su teléfono porque acababa de recibir un mensaje de Jeongi. Una sonrisa se le había dibujado en el rostro.

Lo mismo digo, Eunseok. No olvide los guantes.

No querría que le salieran sabañones.

—¿Es Jeongi?

—¿P-perdón?

—Te lo veo en la cara. ¡Ja, ja! Toma, llévate esto para refrescarte mientras haces la ronda —le dijo mientras sacaba *sikhye* de una

cazuela de acero.

El repartidor salió de la casa de comidas con un vaso en la mano. Cuando se sentó en el asiento del conductor y abrió la ventana, vio a Gumnam esperando fuera del local con una enorme sonrisa, a pesar de que había decidido mantenerse inexpresiva para que no le salieran más arrugas.

—Entre, hace frío. Gracias por la bebida —le dijo.

—Ten cuidado al volante y piensa en lo que te he dicho. Bueno, *see you again*. ¡Hasta luego!

Eunseok dejó atrás a Gumnam y su delantal beis decorado con flores silvestres para dirigirse hacia Seongbuk-dong.

Normalmente, terminaba de trabajar un poco antes de la hora de comer. Empezaba el reparto por los restaurantes al amanecer y luego iba a Seongbuk-dong y a Pyeongchang-gun, donde las casas de lujo hasta tenían ascensor, para repartir huevos frescos ese mismo día a particulares. Con eso terminaba su jornada.

Al principio no le resultaba nada fácil, pero ahora el cuerpo se le había acostumbrado. Podría haber aceptado un segundo trabajo por la tarde o por la noche, pero no le apetecía pensar en ello. ¿Qué iba a hacer si solo tenía una habilidad: utilizar sus cuerdas vocales para cantar? Habría podido aprovechar su gloria pasada para publicitarse y dar clases a estudiantes de musicología o a apasionados de la música. Sin embargo, no tenía ganas de hacerlo. Tampoco deseaba reincorporarse a una escuela cualquiera porque hacía ya mucho tiempo que lo había abandonado todo.

Durante los primeros años, se esforzó mucho por curarse, pero a medio camino cambió de opinión. El médico le dijo que debía superar esa depresión pasajera. Por desgracia, Eunseok ya no estaba de humor para cantar. Perder concursos fue para él como ver un árbol de Navidad justo antes de encender las luces. Uno

rememora el tiempo de espera hasta la llegada de la Navidad. Decora las ramas con campanillas, bolas, calcetines y guirnaldas de bombillas brillantes. Basta con encenderlas para que el árbol quede magnífico, pero, si el botón está roto, permanecerán apagadas, y de repente, el tiempo pasa. La Navidad más extravagante ha terminado. No solo ese instante no volverá, sino que además queda un árbol que se está muriendo con decoraciones que uno no sabe dónde meter. Para los patrocinadores, Eunseok se había convertido en una molestia, una preocupación que habían decidido ignorar. Para sustituirlo, le habían ofrecido dinero al cantante que había ganado un premio.

Sus padres le habían pedido que se centrara en su tratamiento, a pesar de que la situación era complicada para ellos. Su familia no tenía dinero. Vender algunas decenas o centenares de huevos no permitía pagar los billetes de avión cada vez que Eunseok debía viajar al extranjero para un concurso. Sus padres habían apostado por creer en su éxito. Sin embargo, él sabía que tendría que movilizar a todos sus contactos y todos sus apoyos para obtener aunque fuera un puesto de profesor en una universidad, y que no sería fácil para un chico cuya familia criaba gallinas desde hacía generaciones. Un día, simplemente dejó de ir al hospital para el tratamiento. Ya no leía partituras.

¿Y ahora Gumnam le hablaba de *Mr. Trot*? ¿De *Mask Singer*? Eunseok no quería nada más, ni nada menos, que silbar y tararear en el micrófono de su camión.

Observó una bandeja de huevos bien blancos colocada en el asiento del acompañante. Eran para Jeongi. Odeuli había empezado a comer alimentos aptos para bebés, por lo que había elegido los más frescos para ella. Sonrió. Le envió un SMS a Jeongi.

Voy a hacer las entregas a particulares. Creo que llegaré sobre las tres. ¿Le apetecería un café bien caliente?

Poco después de haber pulsado el botón «Enviar», recibió una respuesta.

Gracias, como siempre. Echo de menos el *sikhye* y la comida de Gumnam... ¿Ya no está con ella?  
Yo le invitaré a café. Luego nos vemos.

Jeongi era cariñosa y distante al mismo tiempo, pero Eunseok era feliz. Antes de dejar su trabajo en Manna Dosirak, le había dicho que no se quería a sí misma, por lo que no lograba distinguir si la gente la quería o simplemente sentía lástima por ella. Había añadido que, el día que se quisiera, podría mirar al pasado para entender mejor los sentimientos de Eunseok. Él le había respondido que siempre estaría ahí, que respetaba sus límites y que esperaría. Jeongi había asentido con la cabeza. En ese instante, solo deseaba una cosa: darle la mano. Sin embargo, lo había disimulado.

Al leer el mensaje de Jeongi, se arrepintió de haberse bebido solo el *sikhye* que Gumnam le había dado. Sabía que Jeongi adoraba esa bebida, pero no se le había ocurrido regalársela. Definitivamente, la anciana tenía razón: Eunseok estaba tonto.

Con el corazón lleno de esperanza, puso en marcha el vehículo. De repente, oyó un ruido similar a una alarma de incendios. Era una alerta en su teléfono.

El Gobierno había enviado un mensaje para advertir de abundantes nevadas. Con las manos en el volante, inclinó el cuerpo y echó un vistazo al cielo. Estaba cubierto, pero eso no suponía un problema para el joven. Nada podía interponerse en el camino de sus sentimientos.

Condujo hacia Manna Dosirak esperando que aún quedaran fiambreras. Consultó la hora. Por lo general, Gumnam cerraba a mediodía. La llamó.

—¿Diga? ¿Mister Eggs?

—Siento llamarla de repente. ¿Puedo encargarle un dosirak y un *sikhye*? Hoy voy a entregarle huevos a Jeongi.

—¡Tendrías que habérmelo dicho antes! Podrías haberlos recogido antes cuando has pasado por aquí. Voy a adelantar las cenas. ¡No tardes mucho! Aunque está nevando una barbaridad, ¿estás seguro de que es buena idea?

—¡Por supuesto! Llego enseguida.

Gumnam preparó a toda prisa un *bulgogi*, una sopa de algas, un *sikhye* y carne de *hanu* cortada fina para Odeuli, que empezaba a masticar. Últimamente, había estado investigando para encontrar la mejor receta de los *yakgwa*, unos pastelitos a base de miel, y decidió incluir unos pocos en la fiambarrera para Jeongi. Un olor dulce salía de la bolsa donde los había guardado.

—¡Vaya, los *yakgwa* tienen forma de flor!

—¿Te gustan? ¿También se los quieres llevar a Jeongi? —lo provocó, aunque sabía que ya los había metido en su fiambarrera.

—Quiero ofrecerle todas las cosas más bellas.

Gumnam le dio una palmadita en la espalda a Eunseok.

—¡El amor te vuelve tonto!

Se subió al camión con un poco más de ánimo gracias a los *yakgwa*. Gumnam le pidió que le dijera a Jeongi que podía pasarse la semana siguiente para probar unos acompañamientos.

Eunseok agarró el volante, feliz. El cielo se llenaba poco a poco de grandes copos, pero él no estaba preocupado. Introdujo en el GPS la

dirección del salón de uñas en el que trabajaba Jeongi, situado en la región de Gyeonggi-do que rodeaba Seúl. Eligió la ruta más rápida porque Jeongi debía recoger a Odeuli de la escuela infantil a las seis. El tiempo corría. Cada segundo le parecía una eternidad. Debía salir lo antes posible para llegar cuando Jeongi terminara de trabajar, a las cinco, y dedicarle el máximo tiempo posible.

El GPS indicaba que llegaría poco después de las cinco. Normalmente, Eunseok conducía con calma, pero ese día pisó más el acelerador. No quería hacerla esperar con ese frío. ¿Y si se le paralizaban las manos por culpa del viento glacial? ¡Ni hablar! Debía llegar a tiempo al lugar donde habían quedado y darle la sorpresa de tener, además, un vaso de *sikhye*.

—¿A qué se debe este atasco? —exclamó en voz alta.

Suspiró, destensó la mandíbula, se miró en el retrovisor y se peinó el flequillo. Siempre se distraía en los semáforos en rojo, pero últimamente lo hacía aún más. ¿Era lo normal cuando uno estaba enamorado? El joven ladeó la cabeza, pensativo. Le gustaba permitirse esa emoción. De pronto, sonrió.

De un momento a otro, la nieve empezó a caer en fuertes ráfagas. No tenía tiempo de derretirse en el suelo y se acumulaba en capas. Apenas cinco minutos más tarde, el mundo se había cubierto de blanco. Cuando las ruedas de los coches se abrían paso, dejaban tras de sí una carretera ennegrecida por el lodo oscuro. El camión azul destacaba en el paisaje. Incluso con los limpiaparabrisas a máxima velocidad, el parabrisas estaba constantemente lleno de copos. Por suerte, solo tres kilómetros lo separaban de Jeongi. Pronto llegaría, pero ya eran las cinco. Inquieto, empezó a hablar solo y le pidió a Jeongi que lo esperara a cobijo.

Desde hacía un tiempo, Jeongi se ponía tensa cuando le sonaba el móvil. La invadía una deliciosa angustia amorosa.

—¿Diga?

—Lo siento, voy a llegar tarde. Hay atasco por culpa de la nieve. Espéreme a cobijo, no quiero que se le enfríen las manos por mi culpa.

—No se preocupe, esperaré viendo la nieve caer. Tenga cuidado en la carretera.

—Me doy prisa. En diez..., no, en cinco minutos debería estar ahí. He pasado por Manna Dosirak antes de venir y llevo *sikhye*.

Jeongi podía parecer fría, pero no era más que una forma de mostrarse prudente. Después de oír su voz, Eunseok tenía todavía más ganas de verla. Sin embargo, el asfalto ya estaba cubierto de escarcha y le resultaba imposible pisar más el acelerador. Obligado a frenar continuamente, iba a paso de tortuga.

Tras todas estas peripecias, mientras avanzaba por un cruce de calles pequeñas y sinuosas, una de las ruedas traseras patinó. Un sudor frío le empapó la frente. No se había llevado a cabo ninguna labor de limpieza de nieve y hasta un camión de una tonelada y media patinaba con facilidad. Maniobró para salir del cruce, pero su vehículo no respondió de la manera que él deseaba. Solo tenía que cruzar unas cuantas calles para llegar a su destino. Bastaba con subir unos metros más. Pero las ruedas estaban fuera de control. El mundo se había vuelto blanco. Los edificios y las tiendas que se encontraban en las plantas bajas también estaban cubiertos de nieve. Eunseok se preocupó por Jeongi, que lo esperaba frente al salón de uñas. Giró la cabeza hacia el asiento del acompañante y vio los huevos, la fiambarrera de Gumnam y su *sikhye*.

«Frío, ya nada tendrá sabor», se dijo.

Eunseok pisó el acelerador con todas sus fuerzas, pero las ruedas volvieron a patinar. Podía oír los enormes copos caer sobre el suelo. Poner una bandeja de huevos bajo la rueda le pareció una buena idea para salir de esa situación. En el momento en que iba a bajar, después de haber puesto el freno de mano, el camión empezó a retroceder. Pisó inmediatamente el pedal del freno con el pie derecho. Por desgracia, no había oído que el vehículo patinaba. De repente, este ganó velocidad y bajó la colina marcha atrás tan rápido que Eunseok no tuvo tiempo de hacer nada. Su único reflejo fue tocar el claxon para que la gente de los alrededores se apartara. Luego, con un estrépito ensordecedor, el vehículo chocó contra un muro y se volcó de lado.

La ventanilla del conductor quedó contra el suelo, al igual que la mejilla de Eunseok. Su cinturón de seguridad estaba desabrochado, y su cuerpo, hecho un ovillo. Un crujido seco se propagó por el parabrisas, que estalló a causa del frío. Fragmentos afilados saltaron por todas partes e impactaron en los hermosos ojos del joven. Este los cerró y, a pesar de todo, volvió a ver a Jeongi, que lo esperaba fuera demasiado poco abrigada para esta estación. Pronunció unas palabras y perdió el conocimiento.

—Me está esperando...

—¿Qué ha sido eso? —dijo Jeongi mientras soplaba sobre sus manos para hacerlas entrar en calor.

Acababa de oír un ruido sordo y empezó a dar golpecitos en el suelo con el pie. «No, no puede ser Eunseok —pensó—. Tengo que esperar un poco más». Jeongi miró su móvil, pero no entró ninguna llamada. Sus malos presentimientos siempre se hacían realidad y,

como siempre había vivido en la inestabilidad, Jeongi prefirió evitar una decepción más. No se inmutó. Terminó por llamar a Eunseok. Nadie cogió el teléfono.

Eunseok había dicho que tardaría menos de diez minutos en llegar. A Jeongi le habría gustado esperarlo un poco más, pero se acercaba la hora de ir a recoger a su hija. Sentía no poder ofrecerle una relación sentimental normal. Le habría gustado quererlo con un amor absoluto, de ese que permite esperar indefinidamente aun sin noticias. Cuando conoció a Eunseok, que era de una bondad excesiva, se sintió culpable por la vida que había llevado hasta entonces. Sin embargo, amaba su calidez. Sus ojos siempre se posaban sobre ella con dulzura.

Jeongi recibió por fin una llamada cuando llegó a la escuela infantil de Odeuli. Era de un hospital. Jeong Eunseok había tenido un accidente de tráfico a causa de la nieve en el cruce situado cerca del salón de uñas.

Jeongi tuvo la impresión de que definitivamente todos aquellos que se cruzaban en su camino terminaban sufriendo. Las lágrimas le subieron a los ojos. Recogió a su hija y se apresuró a buscar un taxi.

Había nevado tanto que era difícil encontrar un conductor disponible entre los coches detenidos con las luces de emergencia encendidas. Con su bebé en un brazo, agitó el otro, pero nadie se detuvo.

—¡Taxi! ¡Taxi!

Sus gritos no surtieron efecto. ¿Conseguiría llegar andando hasta el hospital con Odeuli en brazos? No, era imposible. La bebé había cogido la gripe unos días antes, y se negaba a hacerla sufrir más. Era una catástrofe. Llegó el momento que tanto había temido. Jeongi llamó a la enfermera que la había informado del accidente de Eunseok y le pidió que avisara al contacto de emergencia del joven,

ya que ella no podía desplazarse. De repente, Odeuli se puso a llorar. Jeongi emprendió el camino hacia su apartamento aguantándose las lágrimas.

Si solo hubiera dependido de ella, Jeongi estaría corriendo a toda velocidad hacia el quirófano donde se encontraba Eunseok, pero no tenía a nadie con quien dejar a Odeuli. No podía pedirle a Gumnam que caminara bajo el frío para ir a ocuparse de ella.

Jeongi arropó a su hija y luego abrió la ventana. La tormenta de nieve estaba causando estragos. La ciudad se había vestido de blanco; sin embargo, su futuro desprendía una oscuridad insuperable. Sintió vértigo ante esa aterradora blancura inmaculada. Le daba miedo que Eunseok acabara sepultado para siempre bajo esa masa de color ópalo. Nada valía la pena. Ni los huevos ni el *sikhye*, y mucho menos ella. Se le encogió el corazón. Tenía tanto frío como si se hubiera revolcado desnuda en un campo cubierto de nieve. Era insoportable.

Pasó la noche mirando la luna por la ventana. Rezaba por la vida de Eunseok. Impaciente por saber si la operación había salido bien, no podía hablar con el contacto de emergencia del hombre al que amaba porque no conocía su número. Una vez más, no se veía capaz de dejar sola a Odeuli para correr al hospital y conseguir información.

Lamentablemente, la nieve no paró. Jeongi ya no podía esperar más. Poco después de medianoche, terminó por desmoronarse y llamó por teléfono a Gumnam.

—¿Y bien? ¿Qué tal la *date*? ¿Ha ido bien? —preguntó la anciana con voz alegre.

*Moon River*, de Audrey Hepburn, se oía a través del teléfono.

—Gumnam.

—¿Qué pasa? Eunseok se ha enfrentado a las carreteras nevadas para llevarle *sikhye* y carne de res marinada, como le gusta. Sin embargo, oigo en su voz que algo no va bien. ¿Han discutido? ¿Ha habido una *fight*? ¿Es eso?

—Gumnam... —repitió Jeongi.

La voz de la septuagenaria hizo que la joven madre se ahogara en lágrimas. Una profunda tristeza la sumergió. Una vez puesta al corriente, Gumnam declaró que cogería un taxi de inmediato. Jeongi temía por ella y le pidió que se quedara en su casa; no quería perder a más seres queridos. Pero Gumnam no la escuchó y llegó rápidamente a su casa vestida con unos vaqueros, una camiseta de rayas negras y un abrigo azul marino. Todavía no eran las dos de la madrugada. Caía tanta nieve que, en lo que tardó en bajar del vehículo y entrar en el edificio, se le empapó el pelo.

Jeongi salió corriendo y ni siquiera se molestó en ponerse unos calcetines. La tormenta estaba en su apogeo. Los copos de nieve aterrizaban sobre su pelo. Se preguntó cómo el cielo podía contener tantos. Los coches circulaban a velocidad reducida. El brillo naranja de las luces de emergencia que parpadeaban en todas las direcciones angustió a Jeongi. Levantó la mano para parar un taxi, desesperada, pero no sirvió de nada. Tampoco pudo utilizar ninguna de las aplicaciones de su teléfono, no había ni un solo vehículo libre. Empezó a correr, calzada con unas zapatillas de deporte que le dejaban al descubierto los tobillos, en dirección al hospital donde se encontraba Eunseok.

Jeongi llegó a urgencias sin aliento. En el mostrador, pronunció el nombre de Eunseok y preguntó dónde estaba el paciente que había

tenido un accidente de tráfico cerca del cruce. Le respondieron que todavía estaba en el quirófano. Ya llevaba nueve horas ahí.

Al llegar a la sala de espera, vio a una pareja de cierta edad sentada. Sin duda, se trataba de los padres de Eunseok. Ambos llevaban una chaqueta negra acolchada con el nombre de un criadero de aves impreso. Estaban cogidos de la mano para rezar con todas sus fuerzas, ya que no soportaban la idea de perder a su único hijo. Su madre, con un recogido hecho a toda prisa, se levantó en cuanto vio a Jeongi correr hacia ellos. Se acercó a ella con los ojos hinchados por las lágrimas y el rostro pálido. Estaba más blanca que una hoja de papel.

Jeongi cerró los ojos instintivamente, esperando recibir una bofetada. Era evidente que la iba a increpar, que la madre de Eunseok le guardaría rencor porque su hijo se hallara en semejante estado a causa de una chica miserable como ella. Para sorpresa de Jeongi, la mujer la tomó entre sus brazos. Le escocieron los ojos de la emoción ante tanta calidez humana. ¿Cómo podía una madre abrazar a la responsable de un accidente de tráfico que había dejado a su hijo en estado crítico?

—¿Es usted Jeongi? Eunseok seleccionaba cada semana los mejores huevos del gallinero para usted, ¿no es así? Nuestro hijo, Eunseok... No... No dejaba de pronunciar su nombre. Dijo que lo estaba esperando. Cuando recuperaba momentáneamente el conocimiento, hablaba de usted. Decía que lo esperaba bajo el frío.

Jeongi se derrumbó. Fue como si toda la angustia acumulada durante las últimas horas se hubiera disuelto en esa ternura desarmante.

—Lo siento, lo siento mucho. Todo esto es culpa mía. Todo porque quise que me amara. Me pasé de la raya. Abusé de su amabilidad. Por mi culpa, Eunseok...

La madre del joven le acarició la espalda a Jeongi, que lloraba a lágrima viva.

—No tiene por qué disculparse. No ha hecho nada malo. Yo soy la culpable de que hayamos acabado aquí. Nunca he tenido el dinero suficiente para enviarlo a estudiar al extranjero. Nunca debió subirse a ese maldito camión. Es un error mío. ¿Hasta cuándo pensaba seguir trabajando? Me niego a que continúe, tiene demasiado talento para repartir huevos durante toda su vida. Sin embargo, ¿sabe qué? En el fondo me sentía aliviada de que hubiera abandonado sus estudios porque ya no tenía que gastar más dinero. Eunseok ha sido castigado por culpa de sus padres —dijo con firmeza antes de ponerse a llorar, con la joven entre sus brazos.

Jeongi sintió los sollozos de la madre y tomó una decisión: no volvería a acercarse a Eunseok nunca más. No era digna de esa familia tan amable. En ese instante, Gumnam también le vino a la memoria. Se la imaginó sonriendo de oreja a oreja, feliz porque la flor de huevo aún no se le había borrado de la uña del dedo meñique del pie.

«¿Y si Gumnam también se volviera infeliz por mi culpa?», se preguntó Jeongi, que tenía la mala costumbre de creer que todos los acontecimientos negativos eran culpa suya. Era sin duda el resultado de una soledad grabada en lo más profundo de sus huesos.

Sintió miedo al ver el letrero de neón que indicaba una operación en curso, convencida de que nunca se apagaría. Mantuvo los ojos clavados en el suelo con la esperanza de que el alba no tardara en llegar. Pero, al día siguiente, el cielo estaba tan brumoso que era difícil distinguir si había amanecido o no.

El padre de Eunseok se acercó a Jeongi, que estaba mirando por la ventana sumida en sus pensamientos. Llevaba gafas de media

montura negra y su agitación era perceptible a través de los cristales. Una tristeza imposible de ocultar se leía en sus ojos.

—Váyase a casa. Ya es de día. Mi mujer y yo nos vamos a quedar. Usted necesita descansar.

Su voz era dulce y bondadosa. Sin duda, Eunseok había heredado la voz de su padre.

—Me gustaría esperar un poco más —susurró ella tan bajo que el padre no la oyó.

—Váyase. La nieve no va a parar —respondió él con el rostro pálido y los ojos dirigidos hacia la ventana.

Jeongi se despidió de la madre de Eunseok, que tenía las manos entrelazadas con tanta fuerza que habían perdido su color, y abandonó el hospital. Le costó marcharse. Cuando subió al ascensor, se dirigió a la planta baja y salió del edificio, pero no dejó de mirar atrás. Le habría gustado ver a Eunseok. Ni siquiera la nieve la molestaba. Sus tobillos descubiertos estaban empapados, pero no sentía el frío. Ya no sentía nada, y caminó paso a paso en dirección a su apartamento. Una vez más, ningún taxi se detuvo. Conseguir uno era tan complejo como sus sentimientos. Marcharse o quedarse, todo le parecía difícil.

Cuando Eunseok era niño, un perro callejero solía merodear por su barrio para conseguir algo de comer. Era blanco y más bien pequeño. No era lo suficientemente grande para ser un jindo coreano y tenía las orejas caídas. La gente llamaba a estos perros *shigoru jabujong*, que significa «bastardo de campo». Eunseok estaba soñando que paseaba con él cuando, de pronto, se despertó. A pesar de que sus ojos estaban abiertos, no veía más que oscuridad. No había nada más. Oyó a su madre y le pidió que

encendiera la luz, pero seguía sin ver nada. Se lo repitió varias veces, pero fue en vano. La luz del techo había estado encendida desde el principio.

Eunseok frunció el ceño impaciente porque tenía la impresión de no haber salido del todo de su sueño. Había pasado de un tranquilo paseo con un perro encantador a una pesadilla aterradora que lo angustiaba. Apretó el puño y se golpeó las caderas con insistencia, hasta comprender que estaba bien despierto.

—Unos fragmentos de vidrio te alcanzaron los ojos. Dicho de forma sencilla, tu córnea está dañada. La operación ha salido bien, pero ahora necesitas un milagro.

Eunseok pudo oler a su padre. Era un aroma a detergente mezclado con un ligero olor a cigarrillo frío. Su mujer no dejaba de insistirle en que dejara de fumar y él le hacía caso, pero a veces se encendía algún cigarrillo a escondidas detrás del gallinero. Eunseok habría reconocido ese olor entre un millón. Había perdido la vista, pero sus otros sentidos se habían agudizado. Era capaz de imaginar su entorno con la ayuda de su nariz.

En cambio, para notar la presencia de su madre, había utilizado más bien los oídos. Oyó una respiración jadeante y triste, y se la imaginó llorando mientras lo miraba. Al mismo tiempo, sintió que se estaba conteniendo. Con una voz cargada de emoción, repitió varias veces que los milagros existían. Si hubiera podido verla, le habría secado las lágrimas. Habría podido darle la mano.

Poco después percibió otro olor. No se trataba del de su madre, que había pasado toda su vida recogiendo huevos en el gallinero, no. Era un aroma potente que se parecía al de la pintura. Lo había olido al entrar en el salón de uñas donde trabajaba Jeongi para ofrecerle un

café. También captó una fragancia dulce y sutil de leche en polvo. Era ella.

La joven, que estaba frente a él, tomó la palabra:

—Dios mío, pero ¿ha visto en qué estado se encuentra? ¿Cómo ha acabado así? Bueno, no debería preguntar, conozco la respuesta. Es por mi culpa —confesó en voz muy baja, con el rostro paralizado.

Eunseok quiso responderle, pero guardó silencio. Prefirió fingir que dormía. Al fin y al cabo, nadie le veía los ojos, que estaban ocultos bajo un vendaje.

—A partir de hoy, seré sus ojos. Soy bastante mala en todo, pero tengo buena vista. Nunca he necesitado llevar gafas ni lentillas. A veces soy un poco despistada, pero de verdad que veo muy bien. —Sollozó y continuó—: Mire. Hasta puedo leer el número de teléfono que está escrito en el cartel de allá a lo lejos. Le leeré todo lo que haga falta sin equivocarme nunca de letra. Y además, prometo que no pediré nada a cambio.

—¿De verdad?

—¿Eh? ¿Qué? —se sobresaltó Jeongi—. ¿No estaba durmiendo?

—No, estaba despierto.

Si bien los ojos de Eunseok estaban cubiertos por un vendaje, Jeongi también cerró los suyos para evitar sentirse más culpable.

—En ese caso, no soy invidente. Tengo a alguien que ve por mí. Con eso me basta.

Ese accidente había cambiado el carácter antes tímido del joven. Vestido con su bata de hospital, conservaba un aire inocente, y metió la mano bajo la manta para alcanzar uno de sus bolsillos. Sacó algo emitiendo un sonido de roce. Mantuvo una mano firmemente oculta y, con la otra, buscó a tientas la de Jeongi. La tomó. Ella temblaba. Eunseok depositó el objeto sobre su palma y le cerró los dedos.

—Tenía pensado dárselo el día en que ocurrió el accidente.

Jeongi abrió la mano. Era un *yakgwa* con forma de flor. Era como si hubiera florecido en su mano llena de eccemas a causa de la acetona. Hizo una mueca. Lloró sin hacer ruido, pero su nariz taponada la delató rápidamente.

—No llore. Soy feliz.

—¡Qué tontería! Yo también soy feliz, yo...

—¿Está llorando?

—Lloro y sonrío al mismo tiempo. ¿Le parece bien?

Una sonrisa se dibujó en los labios de Eunseok. Después, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Tenía miedo de esa oscuridad, de esos abismos que nunca había visto. Hizo todo lo posible por no mostrar su pavor ante esa noche sin fin.

Eunseok llevaba diez días hospitalizado. La recuperación era lenta, pero por suerte estaba mejorando. En ese lapso de tiempo, se había unido mucho a Jeongi. Y, sobre todo, eran mucho más honestos el uno con el otro, a pesar de que en realidad el repartidor ya se veía en pareja con ella mucho antes del accidente. Eunseok había ganado en madurez, y Jeongi, en valentía. Gracias a Gumnam, que cuidaba de Odeuli todas las noches hasta que Eunseok recibiera el alta, los dos enamorados habían tenido numerosas citas románticas en el hospital. Quizá era eso lo que le había dado fuerzas al joven.

La Nochebuena por fin había llegado. En la entrada del hospital se había instalado un árbol de Navidad decorado con guirnaldas. Era tan bonito que les recordaba a los pacientes los momentos felices de sus últimas celebraciones. Todo el mundo tenía recuerdos ligados a la Navidad. En cambio, Jeongi fue incapaz de rememorar absolutamente nada. Pensó en Odeuli. Era su primera Navidad, por

lo que la joven deseaba crear recuerdos bonitos con ella. Pasaría el 25 de diciembre a su lado. Hacía ya unos días que Gumnam cuidaba de su hija, y Jeongi se sentía culpable cada vez que salía del apartamento. La anciana la tranquilizaba diciéndole que ese era el destino de todas las madres. Jeongi estaba agradecida de que le cantara nanas a su hija antes de quedarse dormida a su lado, y al mismo tiempo le daba pena.

Como madre, Jeongi se sentía ridícula por sentir atracción hacia un hombre. Era como regalarse un abrigo carísimo que solo se puede pagar a plazos. La ropa nunca impedía que llegara el frío. Se gastaba y terminaba en la basura. Lo mismo ocurría con el amor. Ella lo sabía. Ya había vivido un amor hiriente y pensó que no era momento de repetir los errores del pasado. No se sentía digna del lugar que Eunseok le otorgaba. Varias veces al día, se decía a sí misma que sería mejor seguir siendo una simple amiga. Como los seres humanos están llenos de contradicciones, una inquietud repentina la invadía de cuando en cuando. ¿Podría Eunseok, que probablemente sería ciego toda su vida, cuidar de Odeuli si se convirtiera en su padre? A Jeongi le asombraba su propia mezquindad. Se consideraba abyecta e insultaba su reflejo cuando se cruzaba con un espejo.

Mientras todo tipo de pensamientos atravesaban su mente ante el árbol de Navidad, recibió un SMS de Gumnam, quien le había prestado su iPad y le había dado una fiambarrera, así como un vaso de *sikhye*.

Presas del pánico ante la idea de que su hija pudiera estar enferma, abrió el mensaje lo más rápido posible.

Vuelva temprano mañana. Yo también quiero disfrutar de la Navidad. Voy a irme de fiesta. En

el itinerario: concierto de ukelele y copas de vino con *my friends*. Dicho esto, tampoco se agobie.

Jeongi soltó una risita. Otro mensaje apareció en su pantalla:

Cuide bien de mi iPad, lo necesitaré para el FaceTime con Munjeong. Últimamente lo utilizo también para aprender caligrafía.

Los SMS llegaron en el momento justo, como si Gumnam supiera exactamente cuándo enviarlos para consolar a Jeongi, que empezaba a divagar a causa de la angustia. Esa noche, no comería la comida del hospital. Gumnam le había dado un dosirak para que lo compartiera en secreto con Eunseok. Jeongi sentía curiosidad por saber qué plato contenía.

Se peinó el flequillo recto que se había cortado la semana anterior y entró en la habitación de Eunseok vestida con unos vaqueros y un jersey rojo de punto grueso y trenzado. Era una forma de dar vida a la Navidad, aunque Eunseok no pudiera verla.

Postrado en la cama cerca de la ventana de aquella habitación que podía albergar a cuatro enfermos, el joven aún no había notado la presencia de Jeongi. Sus ojos seguían envueltos por varias capas de vendaje. Las enfermeras solo se lo quitaban en el momento de las curas, ya que había que evitar en la medida de lo posible que sus pupilas estuvieran expuestas a bacterias y virus. Todavía conservaba los ojos, pero tenía la córnea dañada. Esperaba con todo su corazón que se desarrollaran nuevas células en las zonas afectadas por los fragmentos de vidrio.

Nadie sabía lo que Eunseok pensaba en realidad. En lo más profundo de su ser, unas sombras aterradoras y crueles le recorrían la mente. Al final, un día se dijo que ya no le molestaba tanto llevar

esos vendajes. Así no mostraba su miedo ni a sus padres ni a Gumnam, y por supuesto tampoco a Jeongi.

—¿No hueles algo? —preguntó Jeongi con picardía.

Eunseok se incorporó al oír su voz. Como no había hecho uso de sus músculos desde hacía mucho tiempo, había perdido peso. Estaba tan delgado que su cuerpo flotaba dentro del pijama.

—¡Anda, es verdad! Huele a quemado. Es el olor de mi corazón, que arde por ti. ¿Te referías a eso? —bromeó.

Jeongi se sentó frente a él y le puso la mano en el hombro.

—¿Cómo voy a decir algo tan cursi? No, en serio. Olfatea un poco mejor. ¿No hueles nada?

La bolsa de plástico que contenía el dosirak emitió un crujido.

—¡Ah! ¿Una fiambra?

—¡No grites! Si los enfermeros se enteran, nos la quitarán. Gumnam me ha dicho que es un plato especial por Nochebuena.

—¡Genial! ¿También hay *sikhye*?

—Por supuesto. Te gusta frío, ¿no? Bueno, eso es lo que Gumnam me ha dicho.

—¿También se puede beber caliente?

—Sí, pero está mejor frío, con muchos hielos flotando en el interior.

Jeongi volvió a darle golpecitos en la espalda. Curiosamente, Eunseok disfrutó del gesto y sonrió como si todo fuera bien.

A las seis de la tarde, las ruedas del carro sobre el cual los auxiliares de enfermería colocaban las bandejas que distribuían resonaron en el pasillo. La comida que se servía en el hospital no estaba mala, pero para los dos enamorados, que vivían alimentándose de los dosiraks de Gumnam, no tenía sabor. Eunseok siempre fruncía los

labios con pesar cuando le daban su bandeja. Para él, los platos caldosos tenían un sabor mucho más exquisito. Era la mejor forma de potenciar el delicioso sabor de las verduras y de la carne. Desgraciadamente, la comida de los pacientes siempre era mucho más insípida. A veces se sentía como un niño mimado de tanto quejarse, porque Jeongi nunca lo reprendía. Eunseok se limitó a remover la cuchara sobre su plato antes de que alguien viniera a retirarlo. Después, esperaron hasta la hora del apagado de las luces.

Dos horas más tarde, se apagaron las luces de las habitaciones, los pasillos y la entrada, y solo unas pocas lamparillas permanecieron encendidas. El hospital se sumió en la oscuridad. Los dos enamorados habían contenido su entusiasmo hasta ese momento que tanto esperaban. A las ocho, hora en la que *Noche de Paz* resonaba en las casas y apartamentos cada Nochebuena, en el hospital había llegado el momento de apagar las luces.

Eunseok comenzó a moverse lentamente. Por fin, no tenía nada que hacer. Jeongi estiró la manta con el logo del centro médico que cubría las rodillas de su amado. Luego le puso el jersey gris oscuro que su madre le había llevado y se acercó a su oído para susurrar.

—Tendrás frío con tan poco abrigo. ¿Seguro que estarás bien?

—Si no estoy bien, ¿me darás un abrazo?

Jeongi siempre se sorprendía cuando oía a Eunseok coquetear con ella, pero no le desagradaba y sabía qué responder.

—¿Solo un abrazo? ¿Eso es todo?

—¡Vaya!

Eunseok ya no sabía qué decir. Se aclaró la garganta para evitar que se le sonrojara el rostro.

—¡Miedoso! Deja de provocarme si no es más que palabrería.

Esa frase puso a Eunseok en su lugar. Jeongi era mucho más hábil que él en ese jueguito. Le parecía increíble.

Con manos vacilantes, Eunseok agarró las empuñaduras de la silla de ruedas. Se negaba a que siempre lo ayudara Jeongi, y había entrenado para lograr levantarse y sentarse completamente solo. Así que lo hizo con total naturalidad. Sin embargo, no era nada sencillo posar el trasero sobre un asiento que no podía ver, pero estaba decidido a no ser una carga para Jeongi y a no dejarse devorar por el miedo.

No era fácil salir del hospital después del horario de visitas. Realmente no podría decirse que los dos cómplices hubieran establecido una estrategia, pero tenían un guion en mente. El enfermero del mostrador de control era el actor principal. Había establecidas unas franjas horarias específicas para las visitas, pero todo el mundo hacía la vista gorda si venía algún familiar antes o después. Todo el mundo, excepto él, que siempre encontraba algo que objetar. Seguía las normas al pie de la letra sin hacer jamás la menor excepción.

Jeongi llevaba en el bolso el iPad que les permitiría ver una película. También cogió su bufanda y colgó en una de las empuñaduras de la silla de ruedas la bolsa de plástico con la comida de Gumnam. Por suerte, los demás pacientes de la habitación habían corrido las cortinas que los separaban. Nerviosa, Jeongi deslizó la puerta corredera en silencio.

En el pasillo, empujó la silla de ruedas. A Jeongi y a Eunseok les latía el corazón a mil por hora.

Se detuvieron un instante contra la pared para esconderse y observaron al enfermero en su puesto de trabajo, que tecleaba delante de un ordenador para introducir los datos recogidos ese mismo día. De pronto se dio la vuelta y entró en la farmacia. Era entonces o nunca.

—No hagas ruido, voy a ir rápido —le susurró Jeongi a Eunseok al oído.

Él asintió con la cabeza.

—¡Corre!

Eunseok no había gritado, pero esa palabra bastó para darle impulso a Jeongi, quien inmediatamente empujó la silla de ruedas a toda velocidad. Eunseok intentó ayudarla haciendo avanzar las ruedas. Hizo fuerza con las piernas, como si los dos estuvieran corriendo juntos. Jeongi no se detuvo hasta que llegaron al ascensor que llevaba a la entrada y, una vez abajo, cuando la puerta se abrió, siguió corriendo hasta la salida. Los dos enamorados respiraron por fin el aire fresco de la Nochebuena.

Gracias a la nieve que no había dejado de caer desde el accidente, la temperatura era bastante suave. Incluso en el exterior, Jeongi continuó corriendo. Pero estaba en los huesos, así que acabó agotada de empujar la silla de ruedas, en la que iba un hombre de un metro ochenta. Esperaba que Eunseok experimentara la felicidad que podía proporcionar el correr.

El joven se sintió menos asfixiado al notar el viento en las mejillas, y la sensación se multiplicó gracias a la velocidad. Unas notas musicales aparecieron bajo sus párpados cerrados. Estaba confundido. ¿Por qué se mostraban ante él si para entonces odiaba las partituras más que nada en el mundo?

Sin aliento, Jeongi subió la colina que ofrecía vistas a la entrada del hospital universitario y detuvo la silla de ruedas junto a un abeto. Dejó el dosirak sobre un banco, sacó su bufanda de color rosa claro y la enrolló alrededor del cuello de Eunseok.

Pudo olerlo. Un aroma dulce y sutil.

—Le tengo mucho aprecio. No la ensucies al comer —le ordenó con frialdad.

Era verdad que valoraba esa bufanda con todo su corazón porque Gumnam se la había regalado.

—Ni siquiera sé de qué color es. Es rosa, ¿verdad?

—Tienes buena memoria —respondió mientras quitaba la tapa de la fiambarrera, en la cual todavía quedaban granos de arroz pegados—. Intenta adivinar a qué plato corresponde este olor. Si lo consigues, tendrás un regalo.

—Hummm...

De repente, el iPad empezó a sonar. Era una llamada de FaceTime de Munjeong, que estaba en Nueva York. Jeongi se apresuró a pulsar la tecla para contestar. Una luz parpadeaba en la pantalla. Oyó un objeto caer y la llamada se cortó. Munjeong volvió a llamar. Jeongi pulsó de nuevo la tecla verde, pero, una vez más, la pantalla parecía encenderse y apagarse hasta que la comunicación volvió a cortarse. No entró ninguna llamada más.

Preocupada, Jeongi llamó a Munjeong en varias ocasiones, pero esta no respondió. ¿Había sido un error? Decidió enviarle un mensaje a Gumnam para decirle que su hija había llamado dos veces sin decir ni una palabra y que no había contestado cuando ella le había devuelto la llamada. Gumnam envió rápidamente una respuesta. Su gato a veces pisaba la pantalla por error. El dispositivo reconocía sus almohadillas como si se tratara de un ser humano. No había motivos para preocuparse. Gumnam le deseó una feliz Nochebuena.

Aliviada, Jeongi sopló aire caliente para calentarse las manos congeladas y luego cogió los palillos.

—¿Tienes las manos frías? ¿No te has abrigado bien?

—Sí. Bueno, entonces, ¿no has adivinado qué es? Peor para ti, no tendrás recompensa.

—¡Iba a decir el nombre del plato!

—Es *japchae*. Lleva champiñones, tiras de zanahoria, espinacas e incluso carne. Hay semillas de sésamo espolvoreadas sobre los fideos de batata.

Eunseok puso una cara larga, como si encontrara la situación injusta, lo que hizo reír a Jeongi. Por más que fuera mayor que ella, tenía algo de infantil. A Jeongi le encantaba burlarse de él.

Cada vez que ella le acercaba la comida a los labios, Eunseok abría la boca. Así fue como, poco a poco, se terminaron el dosirak.

—¿Leemos el mensaje secreto? —preguntó Jeongi.

—Me pregunto qué habrá escrito hoy. ¿Puedes leerlo en voz alta?

—En ese caso, primero tienes que comerte un último bocado —le ordenó ella, metiéndole una enorme cucharada de arroz entre los labios.

Como de costumbre, una especie de sobre hecho de papel de aluminio descansaba en el fondo de la fiambreira. Jeongi lo desplegó y vio un papel blanco que contenía un mensaje escrito por Gumnam.

*«Solo con el corazón se puede ver bien, lo esencial es invisible a los ojos». Esto es lo que dice el Príncipe. Hoy, os recomiendo a los dos mirar con el corazón para encontrar lo que es invisible a los ojos: lo esencial. Okay?*

Era la voz de Jeongi; sin embargo, Eunseok tuvo la impresión de escuchar a Gumnam de lo mucho que el mensaje le recordaba a ella. La anciana sabía reconfortar con amabilidad. Ese era el poder mágico de Gumnam.

Recordó todos los momentos en los que lo había ayudado. Cuando sus cuerdas vocales se habían dañado, cuando había comprendido que ya no volvería a cantar. Siempre lo llamaba «Mister Eggs», y aunque al principio no le gustaba, había terminado por acostumbrarse a esa manera de crear un vínculo que lo había mantenido en pie. Era consciente de que ella era sin duda el motivo

por el que lograba levantarse cada mañana. Ya no veía, pero había decidido creer que era momentáneo. Que pronto recuperaría la vista. Que toda esa historia tenía como objetivo mostrarle lo que era invisible a los ojos.

Con un nudo en la garganta y voz temblorosa, pronunció unas palabras.

—¿Qué tenemos delante?

Jeongi advirtió las silenciosas olas de angustia que nacían en el corazón de Eunseok y comenzó a describir el paisaje.

—Hay sombras. Las nuestras.

—¿Las nuestras?

—Sí, la de Eunseok y la de Jeongi.

—Así que de verdad tenemos sombras.

—¿Qué crees que están haciendo?

—La de la mujer mira hacia el frente y la del hombre...

Eunseok giró el rostro en dirección a Jeongi.

—La del hombre mira a la mujer.

—¿Cómo?

—Con una mirada tierna. Una mirada tierna y afectuosa.

—¿Y la mujer? ¿Qué cara crees que pone?

—Se derrite bajo esa mirada tan intensa, ya que nunca había visto nada igual.

Eunseok acercó su cuerpo al de Jeongi. Se inclinó hacia ella hasta que sus labios se tocaron.

El árbol de Navidad con las luces rotas volvió a encenderse en el corazón del joven. La estrella colgada en su copa brilló suavemente mientras las bombillas multicolores resplandecían a su alrededor. El futuro, que le había parecido tan oscuro, se había iluminado de repente. Eunseok percibió ese destello único que solo aparece una vez en la vida.

Jeongi sufrió un escalofrío y se le aceleraron los latidos del corazón. Eunseok sintió que el cuerpo le temblaba. Entonces Jeongi cerró los ojos.

Con los párpados cerrados, se veían mejor. A pesar de la oscuridad, se distinguían claramente. Eunseok vio las pestañas de Jeongi temblar y cada mechón de su pelo agitarse bajo el viento. Jeongi vio el corazón de Eunseok latir a toda velocidad, así como su mano cerrada. Lo esencial les era por fin visible.

¿Era un milagro de Navidad? La recuperación de Eunseok tenía algo de anormal. Los ojos, al principio doloridos, empezaban a picarle. A veces sentía un líquido espeso deslizarse por sus mejillas, como lágrimas. El médico le indicó que se trataba de señales positivas, que quizá era un regalo de Dios. El joven no le dijo ni una palabra a Jeongi. No quería decepcionarla si nada mejoraba. Temía que un día se diera cuenta de que era complicado vivir con un ciego y lo dejara.

Durante su convalecencia, Jeongi le había contado muchas cosas, especialmente sobre su vida en el orfanato. Estaban tan unidos que incluso había confesado haber abandonado a su hija en Manna Dosirak. Jeongi, a quien le costaba abrirse, también había hablado de que su madre le había dejado un collar de oro, y de su decepción cuando se enteró de que se trataba de una falsificación. Para cuando esto ocurrió, a Gumnam ya no le cupo duda de que tenían una relación íntima. Eso animó a Eunseok. Estaba convencido de que algún día volvería a ver a Jeongi y a Odeuli. Le rezaba a Dios. Era la primera vez en su vida que lo hacía. Nunca lo había intentado, ni siquiera cuando había perdido la voz. Pero en ese momento una pasión inexplicable lo consumía mucho más que en aquella época. No sabía por qué Jeongi, pero quería permanecer a su lado,

acompañarla en los momentos de alegría. Lo había sabido desde que la vio llorar desconsoladamente, como una niña abandonada, desplomada delante de su camión.

Los altavoces emitieron un anuncio que invitaba a los pacientes a asistir al concierto de un coro de voluntarios que había ido a cantar frente al hospital por Año Nuevo. Jeongi, que acababa de llegar tras dejar a Odeuli con Gumnam, dijo:

—¿Te apetece?

El rostro de Eunseok, vuelto hacia la ventana, se iluminó.

—¿Ya estás aquí? ¿No has pasado frío por el camino?

—Todavía no hace tanto frío.

—¿Bajamos?

—¿Te apetece escuchar al coro?

—No mucho, además, la música clásica no me interesa —murmuró, ya que había desarrollado una aversión hacia su antigua pasión.

Al comprender cómo se sentía, Jeongi le respondió con indiferencia que no era para tanto. Eunseok se rascó la cabeza, le daba pena saber que había dicho eso para no hacerle daño.

—De acuerdo, en ese caso, vamos a hacer otra cosa. No vamos a ir al concierto, sino a lavarte el pelo —exclamó sentada junto a Eunseok mientras daba palmaditas en la silla de ruedas.

Él agitó la mano.

—¡Ese no es el motivo por el que me estaba rascando la cabeza! Te aseguro que estoy limpio y, si no fuera el caso, podría ducharme yo solo.

—¡Siéntate! Nunca estarás solo.

—Estoy bien, no necesito ayuda —gruñó en el pasillo después de que Jeongi lo sentara a la fuerza en la silla de ruedas.

Llegaron al fondo del pasillo, donde se encontraba el salón de peluquería destinado a los pacientes, al lado de la sala de espera. La habitación todavía estaba llena de vapor. Alguien acababa de usarla. Un aroma a jabón flotaba en el aire.

Eunseok temblaba. No solo detestaba la idea de molestarla, sino que, además, se negaba a que viera caspa o suciedad anidada en su cráneo. Lamentaba amargamente haberse rascado el cuero cabelludo.

Jeongi empujó la silla de ruedas hacia el interior. Con el fin de ayudar lo mejor posible a los pacientes que encontraban difícil ducharse o lavarse el pelo, las duchas y los lavabos se habían instalado a la altura de una silla de ruedas. Detuvo la silla de ruedas cerca de un lavacabezas blanco y le colocó la cabeza sobre él. Cuando Eunseok la oyó comprobar la temperatura del agua, agitó la mano. «¡Oh, no, eso no! Por favor, Jeongi, no me gusta que estés tan pendiente de mí», pensó, pero no logró decírselo.

Jeongi intentó calmar a Eunseok como lo hacía con su hija cuando era la hora del baño.

—Todo va a ir bien, mi pequeñín. No te preocupes. ¿Quieres un besito?

Eunseok soltó un profundo suspiro resignado.

—No me gusta que estés tan pendiente de mí. Me recuerda que no soy más que un hombre incapaz de cuidar de sí mismo —admitió.

—Pero estás en esta situación por mi culpa —susurró ella con un suspiro.

El corazón se le encogió. Temía que su amada viviera con esa culpa toda su vida, lo cual, por otra parte, lo motivaba para multiplicar sus esfuerzos por recuperar la vista. Le debía el salir adelante.

Jeongi acercó el cabezal de la ducha a la cabeza de Eunseok. El agua estaba un poco más caliente que templada. Durante el mes transcurrido en el hospital, su pelo, por lo general bien peinado, había crecido como la maleza tanto por delante como por los lados.

La joven hizo correr el agua por el cuero cabelludo de su amado con destreza y colocó el canto de la mano izquierda sobre su frente para no mojarle la cara. Luego le dobló las orejas para ocuparse de los lados y sacó una bolsa de plástico de la *tote bag* que había colgado en la empuñadura de la silla de ruedas. En el interior había champú, una maquinilla y espuma de afeitar. Había pensado en todo. Primero cogió el champú, abrió la botella blanca y se vertió una gran cantidad de líquido en la mano. Se frotó las manos para hacer espuma y luego se la aplicó por el cabello húmedo. Un aroma a lavanda se esparció por el aire. Distribuyó lentamente el producto, acariciándole con ternura la cabeza. Después lo enjuagó y lo secó con la ayuda de una toalla. Eunseok se incorporó.

—Esto aún no ha terminado —anunció Jeongi.

Inclinó el torso para acercarse al rostro de Eunseok, que seguía sentado. Esta vez, le cubrió la parte inferior del rostro con una untuosa espuma de afeitar. Un olor a manteca con dulces notas de madera flotó entre ellos. Jeongi cogió la maquinilla de afeitar, de cuchillas bien afiladas, así como el mentón de Eunseok, para arrastrarle la herramienta por la piel. El corazón del joven latía con fuerza. Lo mismo le ocurría a ella.

—Deja de temblar —ordenó Jeongi con la mano trémula.

—Más bien eres tú la que tiembla, ¿no? —replicó Eunseok con voz suave.

—Si te mueves, corro el riesgo de cortarte —respondió algo intranquila.

En la sala solo se oían sus corazones latiendo al unísono. Al cabo de unos minutos, Jeongi se sintió más segura con las cuchillas y decidió entablar conversación.

—¿Sigues odiando la música? Normalmente, cuando uno está enfermo, piensa en lo que más le gusta, ¿no? Y para ti, eso siempre ha sido cantar.

—La música siempre me ha asustado. Nunca me ha gustado.

—¿Sabes qué? Al parecer, cuando uno ama demasiado algo, termina por tenerle miedo. Yo, por ejemplo, temo a mi madre. Y eso que nunca la he visto y jamás me ha regañado. Imagina que se decepcionara al verme. ¿Y si me abandonara de nuevo? Si te soy sincera, aunque me propusieran verla, creo que me negaría. Simplemente me da miedo. Sin embargo, sigo buscándola por todas partes, por si acaso, con la esperanza de encontrarla algún día. Lo he sacrificado todo: mi dinero, mi nombre e incluso mi identidad. ¡Qué idiota! A veces siento miedo cuando regreso por la noche y veo a Odeuli dormida con placidez al lado de Gumnam. Y tú también me causas el mismo efecto cuando me hablas con ternura.

Eunseok sonrió a modo de respuesta. Su sonrisa conmovió a Jeongi, quien le limpió el rostro con una toalla. El joven estaba perfectamente afeitado. Luego le colocó una toalla blanca sobre los hombros, justo donde la bata del hospital le quedaba demasiado grande, ya que había adelgazado muchísimo durante el ingreso.

—Parece ser que te quiero mucho, Eunseok —continuó ella en voz baja.

Eunseok se sintió tan feliz que la impaciencia se apoderó de él. Quería volver a verla. Se preguntaba qué brillo habría brotado de sus ojos al pronunciar esa frase y qué expresión se habría dibujado en su rostro. Por el momento, solo contaba con sus palabras y su voz

tranquila y segura para imaginarse el resto. Ese momento quedaría grabado para siempre en el olor a manteca de su espuma de afeitar.

Se sentía deslumbrado. Le habían quitado la venda para vestirlo y le dolían los ojos. Distinguía una luz anaranjada. En cuanto se lo comunicó a una enfermera, esta corrió a llamar a un médico. Cuando este llegó, le dijo a Eunseok que podía abrir los ojos despacio. Invadidos por la tensión, los padres de Eunseok tragaron saliva. Una vez más, su madre juntó las manos para rezar con tanta fuerza que perdieron su color.

El doctor repitió que podía abrir los ojos. Los párpados de Eunseok temblaron y luego, poco a poco, los levantó como quien sube unas persianas mecánicas. Por fin. Estaban abiertos. Vio borroso por un instante, ya que a sus iris les costaba enfocar, pero de repente distinguió las pupilas negras del médico.

—¡Ve!

—¡Eunseok! —exclamó su madre.

Su padre le agarró los hombros con fuerza, luego lo abrazó.

—¡Gracias, hijo mío! ¡Gracias! ¡Has luchado mucho!

Su madre le cogió las manos.

—¡Estoy tan agradecida de que vuelvas a ver!

El doctor y la enfermera que se encontraban en la habitación se alegraron tanto como la familia. Exclamaron que era un verdadero milagro.

Eunseok estiró la mano para secar las lágrimas que corrían por las mejillas de su madre. Pensó en Jeongi. Entre que Gumnam llegaba a su apartamento para encargarse de Odeuli y ella iba hasta el hospital, se harían las ocho. ¿Cómo iba a darle la buena noticia? ¿Cómo iba a decirle que podía volver a verle el rostro? Un torrente

de emoción le inundó el corazón. ¿Qué cara pondría cuando comprendiera que podía volver a perderse en su mirada? Estaba impaciente. ¿Se quedaría quieta? ¿Gritaría de alegría? ¿Esbozaría una sonrisa con sus hermosos labios? Se imaginó varios escenarios. Solo deseaba una cosa: verla de nuevo.

Mucho antes de las ocho, Eunseok caminaba de un lado a otro con impaciencia. Susurraba solo frente al espejo colocado junto a la puerta de su habitación.

—Jeongi, ha ocurrido un milagro. Eres tú. Eres el milagro de mi vida. ¡No! Eso suena demasiado cursi.

Pensaba en la manera de darle la noticia.

De repente, la puerta se abrió. Se encontró cara a cara con Jeongi, que sostenía una bolsa de plástico negra llena de mandarinas.

—¿Eunseok?

Jeongi soltó la bolsa. Las frutas naranjas cayeron y salieron rodando al pasillo. Eunseok tomó la palabra.

—Ha ocurrido una vida. Eres tú. Tú eres la vida de mi milagro. Pero ¿qué digo? Eso no tiene ningún sentido. ¡Es un auténtico milagro! Te veo, Jeongi.

Eunseok la contemplaba en silencio. La examinaba detalladamente mientras ella permanecía de pie al otro lado de la puerta. Jeongi también lo observaba. Se perdieron en la mirada del otro sin decir palabra. De repente, ríos de lágrimas brotaron de los ojos de Jeongi.

—No llores. Ahora veo bien —dijo Eunseok con un nudo en la garganta.

Jeongi sollozó.

—¿Ves? ¿Es verdad? ¿De verdad me ves? ¿Eh?

—¡Sí!

—Entonces, ¿los milagros existen? —respondió con la cabeza hundida entre sus hombros temblorosos.

—¡Sí!

Eunseok le acarició la espalda. Unas gotas cayeron al suelo. La culpa que Jeongi había sentido durante el último mes se estaba desvaneciendo igual que la lluvia abandona las nubes pesadas.

—¿No me estás mintiendo? ¿Vas a seguir viendo? No es solo hoy, ¿verdad?

Eunseok le levantó el rostro con manos afectuosas y la miró directamente a los ojos.

—Puedo mirarte durante mucho tiempo, incluso toda la vida.

A pesar de su expresión deformada por el llanto, Jeongi estaba preciosa.

Se tragó las lágrimas y se armó de valor para hablar.

—Ve a recoger las mandarinas. Al fin y al cabo, la bolsa me ha costado cinco mil wones. No deberíamos dejar que se echen a perder.

«¡La adoro!», se dijo Eunseok mientras caminaba a grandes zancadas por el pasillo para recoger los cítricos. Cuando Jeongi entró en la habitación, los pacientes que estaban acostados la miraron con exasperación, como si se preguntaran: «¿Ya está? ¿Ya habéis acabado con vuestro drama?». Jeongi se sonrojó. Sentía vergüenza, pero estaba feliz. Muy feliz.

La noche oscura cayó sobre el hospital. Después de un paseo nocturno con Jeongi, Eunseok se durmió plácidamente. La joven contempló sus párpados cerrados. Se alegraba de poder verle el rostro completo. Durante un mes, solo había visto la venda que lo

ocultaba. Sus pestañas eran largas y oscuras. El puente de su nariz era recto y sus bonitos labios solo sabían decir palabras amables. Sintió un alivio muy sincero. Sin embargo, de tanto mirarlo, notó que la angustia crecía en su interior. Si Eunseok permanecía a su lado, ¿no corría el riesgo de volver a encontrarse en situaciones peligrosas? Recordó los brazos de la madre de Eunseok, que la habían abrazado con ternura el día del accidente. ¿No era egoísta por su parte querer vivir junto a personas tan bondadosas?

Muy viejos recuerdos, que en otras ocasiones se habían reducido a simples reminiscencias, también salieron de nuevo a la superficie. Antes de ser abandonada en el orfanato, Jeongi había sido testigo de discusiones. Las palabras pronunciadas en aquellos momentos resonaron en su mente: «¡Tu vida se irá a la mierda si te quedas con esta cría!», «Ya veremos si eres capaz de lograrlo. Yo, cada vez que le veo la cara, pienso en ese cabrón», «¿A qué viene esa cara de psicópata? ¿A quién se parece?», «No parece una niña. Tiene algo aterrador», «¡Esta cría trae mala suerte, estoy seguro! Si te quedas con ella, seguro que te ocurre una desgracia. Ya verás como tengo razón». Jeongi bajó la cabeza. No sabía si eran sus padres o sus abuelos quienes hablaban así. Sus recuerdos eran borrosos, porque, a partir de los cuatro años, no había hecho más que mudarse, por lo que le costaba ubicarlos en el tiempo y el espacio. En cambio, aquellas palabras sí que eran claras. Estaban grabadas en cada una de sus células.

Por temor a que cogiera una rabieta y se aferrara a ella llorando, su madre le había puesto un collar alrededor del cuello, raquíptico para una niña de cuatro años, y le había dicho que volvería más tarde a buscarla. Una madre. Suele decirse que Dios creó a las madres porque él no puede estar en todas partes. La primera vez que Jeongi oyó esta expresión, comprendió que Dios no existía.

Cogió aire. Sintió náuseas. Salió de la habitación y recorrió el pasillo corriendo hacia los baños.

La mujer de la limpieza había pasado por ahí hacía poco tiempo. Jeongi se aferró al retrete, que todavía olía a lejía, y vomitó un líquido anaranjado compuesto de trozos de mandarina. Quería deshacerse de esa sensación desagradable y repugnante. Se metió el dedo índice en la boca para raspase la garganta hasta el esófago. Ya no le quedaba nada en el estómago. Empezó a vomitar una bilis verde pálido que se había mezclado con los jugos gástricos.

Ya frente al lavabo, se refrescó el rostro. La cabeza le daba vueltas, como si se hubiera tomado un medicamento demasiado fuerte, así que decidió salir del edificio para tomar el aire. De tanto caminar sin rumbo, llegó hasta la colina desde donde se veía perfectamente la entrada del hospital universitario. Era en ese lugar donde, sentados, se habían besado por primera vez. Unas voces no dejaban de atormentarla. Eran las mismas que habían humillado a la pequeña Jeongi. Acurrucada en el banco, se abrazó las rodillas y se tapó los oídos. Los ojos le temblaban bajo las cejas fruncidas. «¡Esta cría trae mala suerte, estoy seguro! Si te quedas con ella, seguro que te ocurre una desgracia. Ya verás como tengo razón». Odiaba esas voces. Por culpa suya temía por Eunseok. Estaba convencida de que tenían razón. A Jeongi le aterraba su propia existencia. Extrañaba muchísimo a Gumnam y a Odeuli. De repente, alguien le tocó el hombro. Era Eunseok, vestido con una sudadera gris. La miraba asombrado.

—¿Te duele algo? Tienes la cara...

—Hummm...

—Tranquila. Estoy aquí.

Eunseok le acarició la espalda. Jeongi no dijo ni una palabra. Se levantó, lo tomó entre sus brazos y lo abrazó muy fuerte. Desprendía

un dulce olor a manteca.

Eunseok volvió a ponerse al volante del camión. Afirmaba estar recuperado y, aunque a sus padres no les gustaba que actuara así, cedieron rápidamente ante la sonrisa pícaro de su hijo, que ya no aguantaba más sin hacer nada en todo el día. Eso no impedía que se preocuparan, por lo que lo llamaban con regularidad para saber si todo iba bien. Insistían en decirle que detuviera el vehículo en cuanto pudiera si sentía síntomas de estrés o si los recuerdos del accidente afloraban de forma repentina mientras conducía. Eunseok siempre respondía que tendría cuidado.

En esa ocasión, arrancó para dirigirse hacia Manna Dosirak. Hacía dos semanas que había recibido el alta. Era un día precioso. No había podido ver a Jeongi desde entonces. No había ido a visitarlo el día de su salida del hospital. Cuando le enviaba mensajes, respondía con frialdad. Estaba convencido de que le había pasado algo. Sin embargo, ella no quería decirle nada. Entonces, un día, simplemente dejó de responderle. Era extraño. Eunseok sabía cuál era su dirección, pero no fue a verla ni una sola vez. No quería incomodarla. Pensaba que, en los momentos difíciles, el más mínimo paso en falso podía hacer que alguien te odiara. Tampoco quería encontrarse en una posición de vulnerabilidad si le demostraba demasiado su amor. Le resultaba imposible quitarse de la cabeza todos esos pensamientos enredados. Cada uno de sus gestos le parecía demasiado o insuficiente, y temía parecer patético a ojos de su amada.

Detenido en un semáforo en rojo, trasteó con el móvil. Encendió los altavoces de su camión azul mientras se dirigía hacia Hyehwadong. Con las manos apoyadas con firmeza en el volante, contempló

la luna, todavía visible al amanecer, bella como una pintura. Unas semanas antes, no habría creído que podría volver a disfrutar de un paisaje semejante. El cielo se había vestido de azul, violeta y rosa. Pasó de largo el camino bordeado de pinos. Cuanto más se acercaba al pequeño restaurante, más percibía un espeso resplandor amarillo que inundaba el mundo. Los neones estaban encendidos. Un olor a comida se coló por la ventanilla del vehículo. Escuchó *Moon River*, la canción que Gumnam ponía por las mañanas. La septuagenaria era increíblemente delicada. Lo puso de buen humor.

Eunseok sollozó. Los ojos se le llenaron de lágrimas ante aquella espléndida escena que pensó que jamás volvería a ver. Como respuesta, empezó a silbar una canción a través del micrófono de sus altavoces. Pensó en su encuentro con Jeongi. La extrañaba a pesar de que hubiera estado jugando a hacerse la ausente desde su salida del hospital.

—¡Mister Eggs! ¡Mi pequeño Eunseok!

Con el cabello blanco recogido en un moño, Gumnam esbozó una sonrisa radiante al abrir la puerta.

—¡Buenos días!

—Me alegro de oírte silbar. *Good morning!*

—Gracias por todo, de verdad —dijo él mientras llevaba cinco bandejas de huevos a la cocina.

La anciana se asombró al notar que Eunseok había adelgazado aún más. Cuando regresó al comedor, le preguntó:

—Últimamente ya no me pide que cuide a la pequeña. ¿Ha pasado algo? ¿Os habéis peleado?

—No, nunca. Jeongi ya no me responde. Creo que me está evitando —respondió él con aire abatido.

—¡Lo sabía! Jeongi no sabe disfrutar de la felicidad. Vive convencida de que no merece ser feliz. Seguro que está acurrucada

en un rincón de su habitación, lamentándose. Pero ¿sabes qué, Mister Eggs? La gente es así. Tarda en recuperarse de sus heridas. Jeongi fue abandonada por su madre. Tú y yo no sabemos lo que se siente. ¡Debe de ser tan doloroso! En realidad, es una miedosa. Se hace la dura, pero solo es palabrería. Me rompe el corazón —explicó Gumnam mientras le estrechaba la mano a Eunseok.

Las manos de la abuela del barrio todavía estaban húmedas, porque acababa de lavar el arroz.

—Prefiero ser paciente y esperar.

—Me hacéis reír. ¡Si os amáis, tenéis que veros! ¡Tenéis que abrazaros! Hay que hacer algo. El tiempo que tenéis disponible ya es limitado, así que ¿por qué esperar? ¿Quieres que regañe a Jeongi? A mí me escuchará, ya lo verás.

Eunseok, de nuevo al borde de las lágrimas, respondió con un nudo en la garganta:

—No lo haga. Es frágil y, además, usted es su único apoyo. No le diga nada, por favor.

Gumnam le puso las manos sobre los hombros y señaló la pancarta colgada de los álamos que divisaban a través de la ventana.

—¿Ves eso?

—¿Concurso de canto de artesanos y comerciantes? ¿Qué es eso?

Eunseok negó con la cabeza para expresar su rechazo.

—Espera. Llévate un dosirak, hace mucho que no te veo. También te voy a dar un vaso de *sikhye* bien frío.

Gumnam, que llevaba un delantal blanco con volantes, regresó a la cocina.

Desde el comedor, la oyó cortar algo sobre una tabla de madera. Un olor delicioso llenó el aire. Era imposible saber qué estaba cocinando a fuego lento, pero no podía ser otra cosa que algo

increíblemente bueno. Eunseok distinguió el ruido del fogón al encenderse y de los ingredientes al chisporrotear en la sartén. Era el sonido exquisito que Gumnam producía cuando preparaba una fiambarrera.

«A Jeongi le encantan mis platos, es una lástima», pensó de repente.

Mientras esperaba, Eunseok observó la pancarta. Las inscripciones estaban abiertas hasta ese mismo día, y el concurso se celebraba dos días después. Su pasado como cantante le parecía tan lejano que ni siquiera recordaba la última vez que se había subido a un escenario. No sabía con certeza si su voz brotaría de las cuerdas vocales ante el público. Desanimado, cogió el dosirak y salió del local. Gumnam lo acompañó hasta el camión y le pidió que tuviera mucho cuidado en la carretera.

Después de su ronda de repartos, sintió la necesidad de tomar el aire, así que se dirigió al parque situado a lo largo del río Han. Una vez en el aparcamiento, puso el freno de mano y apoyó el torso sobre el volante. La superficie del agua estaba congelada. Al igual que su corazón.

Abrió la tapa del dosirak que le había regalado Gumnam. La comida desprendía un olor suave y dulce a un tiempo. Filetes, patatas marinadas en soja y chile en polvo, una tortita de calabaza, así como ternera confitada. De eso estaba compuesta la fiambarrera del día. También había, como siempre, demasiado arroz, hasta el punto de que se pegaba a la tapa de plástico. Eunseok tomó una cucharada. Cuanto más comía, más pensaba en Jeongi. A esa hora, seguramente estaría dejando a su hija en la escuela infantil. Siguió comiendo.

Cuando terminó, descubrió la pequeña nota que la anciana le había dejado y desdobló el trozo de papel de aluminio.

*Canta para desahogarte. Grita el nombre de la mujer a la que extrañas. ¿Quién sabe? Tal vez te escuche. Escuchará tu voz, pero también tu corazón. Ten cuidado al volante. Bueno, «see you again!».*

«¿Cantar para desahogarme?», repitió en su mente. Vio un destello ante sus ojos. Tenía ganas de hacerlo. Quería gritar el nombre de Jeongi.

Había una pancarta que anunciaba el concurso de canto de los artesanos y comerciantes colgada en la pequeña plaza al lado del parque Marronnier. La acompañaban unas luces chillonas rojas, amarillas y azules. Se parecían a las luces psicodélicas de los locales de karaoke. Eunseok, que miraba el escenario con el corazón acelerado, soltó un leve suspiro. Llevaba colgada al cuello la credencial que les daban a los participantes. Así es. Se había decidido a desahogarse con todas sus fuerzas.

A medida que pasaba el tiempo, los espectadores iban llegando. Sentado en una silla de plástico gris, sacó su móvil. El presentador era un habitual de los eventos populares y sabía cómo ganarse al público para animar el ambiente. Se hacían sorteos a intervalos regulares para despertar el entusiasmo de la multitud ofreciendo premios. Por fin, el concurso de canto comenzó. El ganador se llevaría un televisor de setenta y cinco pulgadas, y cada uno de los participantes tendría derecho a una caja llena de ramen instantáneo. ¿Qué se llevaría Eunseok a casa?

Unos instantes más tarde, llegó su turno de subir al escenario. El presentador lo llamó por el nombre de «Mister Eggs». Al escuchar

ese apodo, el público soltó una carcajada. Eunseok escudriñó a los espectadores, pero no la vio. Habría sido fácil distinguirla, con su hermoso cabello blanco siempre cuidadosamente recogido en un moño. Gumnam se burlaba de las tendencias actuales que apostaban por los tintes de colores. Tal vez no había conseguido convencer a Jeongi para que viniera. Eunseok estaba nervioso.

—¿Qué le ha empujado a participar, Mister Eggs? —le preguntó el presentador.

—Me llamo Jeong Eunseok, también conocido como «Mister Eggs» porque reparto huevos a los restauradores del barrio. Hoy voy a cantar porque me mueve el deseo profundo de cuidar a una persona que me importa.

Ante este romántico comentario, el público soltó un «ioh!» unánime.

—¿Una persona?

En ese instante, Jeongi, que no había logrado vencer la obstinación de Gumnam, se sentó en una silla con Odeuli en brazos. Llevaba su jersey de Navidad rojo de punto grueso. Gumnam, vestida con una cazadora de aviador caqui y unos vaqueros anchos, parecía una adolescente de la generación Z. Le dio una palmadita en la espalda a la muchacha.

La joven madre fingió no haberla sentido y se limitó a mirar a su hija. Tras mucho buscar entre el público, Eunseok la divisó.

—En realidad, son dos.

—Hummm... ¿Un triángulo amoroso? ¡Ja, ja! —rio el presentador.

—Hablo de la mujer a la que amo y su hija. Ellas son las dos personas a las que quiero cuidar.

De nuevo, un murmullo se apoderó del público. Jeongi se levantó. Era demasiado para ella. Estaba segura de que no podría evitar

derretirse por él si se quedaba. Gumnam la tomó del brazo. De repente, Eunseok se puso a cantar.

—*'O sole mio! 'O sole mio!*

La canción, que había empezado a capela, fue rápidamente seguida por la pista de audio. Cuando era cantante, jamás habría imaginado que un día actuaría en un escenario como ese. La potente voz de Eunseok atravesaba los chirridos de los altavoces baratos. Era romántico. Jeongi volvió a sentarse.

Cantó con todo su corazón, con los ojos cerrados y el ceño fruncido, como alguien que se está desahogando. Su voz, ronca y a veces metálica, ya no tenía la nobleza de antes, pero aun así cantó con todo su ser, como si ya no tuviera nada que perder. «Mi sol, eres tan radiante que no puedo apartar la mirada de ti», decía la letra. Al final, Jeongi aplaudió.

Gumnam observó la escena con una sonrisa. «Bravo, Mister Eggs», pensó.

Con su premio en los brazos, Eunseok llegó a duras penas a casa de Jeongi, quien se había adelantado para acostar a Odeuli. Él solo deseaba una cosa: correr para alcanzarla. Una vez que llegó, recuperó el aliento y llamó al timbre. Se oyó el piar de un pájaro y luego se encendió el *flash* de la cámara de seguridad que apuntaba a su rostro. Eunseok sonrió con torpeza. Jeongi, que acababa de arropar a su hija, entreabrió la puerta. Con una caja de cartón de ramen en los brazos, él esbozó una amplia sonrisa.

—Toma, Jeongi, esto es para ti —dijo mientras le acercaba la caja.

—No es gran cosa para alguien a quien apodaban Pavarotti.

Jeongi recorrió a Eunseok con la mirada, desconfiada.

—Más que un Pavarot-ti, esto es un penal-ti.

—Gracias por el ramen. Adiós. Cuídate —pronunció Jeongi mientras cogía la caja de cartón antes de cerrar la puerta.

Decepcionado, Eunseok no fue capaz de marcharse. Se quedó delante de su casa. Entonces, al cabo de un rato, la puerta se volvió a entreabrir.

—¿Eunseok?

—¿Sí? —preguntó él, muy tímido, pero sonriente.

—¿Te apetece comer un ramen antes de irte?

Asintió con la cabeza.

Ese día, Eunseok cruzó el umbral, el límite que nunca había logrado superar. Su corazón se iluminó. Gumnam tenía razón. A los enamorados les faltaba tiempo para amarse, así que decidió no volver a hacer otra cosa que amar lo que era invisible a los ojos. Por siempre. Con pasión.

4

Querida Munjeong

No se había posado ni una mota de polvo en el tocadiscos. Gumnam colocó un vinilo. Cuando la aguja, parecida a la rama de un árbol, se acomodó a mitad de la pista, la melodía de una guitarra flotó en el aire. Pronto, la voz de Audrey Hepburn se mezcló con los instrumentos. Con las manos cogidas con alegría, tarareó el ritmo. Se lo había pensado mucho antes de comprar el tocadiscos. El sonido podía cambiar en función de la aguja, así que había visto un vídeo en YouTube para instalar una nueva. Podía apreciar una nueva cualidad sonora. El grano viejo que crepitaba ligeramente como si fuera una hoguera le daba la impresión de que estaba en la joyería Tiffany's de Nueva York, aunque en realidad estaba a mil leguas de aquel barrio. ¿Qué estaría haciendo su hija, que sí que vivía en esa ciudad gigantesca? Una vez más, había olvidado llamar a su madre, quien pensó que estaría pintando sin ser consciente de la hora.

Con un pantalón de chándal de color marfil y una sudadera de color menta, Gumnam se acercó a la ventana del salón y abrió la cortina plisada. Era la época en la que las ranas salían de su letargo. El aire primaveral acarició el rostro de la septuagenaria, que cerró los ojos para disfrutar de los cálidos rayos del sol.

Siguió tarareando la canción y marcando el ritmo con el pie. Gracias a Jeongi, siempre tenía una flor de huevo pintada en el meñique. Al mirarse el pie, sonrió y pensó en la joven, que vivía una preciosa historia de amor con Eunseok. Le emocionaba ver cómo la muchacha aprendía a amarse poco a poco. Era como ver una flor brotar en mitad de un campo pedregoso.

La anciana fue a la cocina y cogió el café de civeta que le había regalado la señora Hwang, del curso de caligrafía, cuando había vuelto de Vietnam. Quería subirse el ánimo con el aroma de avellana que emanaba esa bebida. Con la mayor simplicidad, colocó un filtro de papel adornado con la silueta del animal sobre una taza blanca y abrió la bolsita cortando por la línea de puntos hasta que vio aparecer el polvo marrón intenso. Cogió el hervidor que había hecho un pequeño clic para anunciar que había terminado y echó agua hirviendo sobre el café. El polvo se hinchó como un bizcocho y pronto empezaron a caer gotas en el fondo de la taza. El aroma era irresistible.

«¡Este olor podría hacer que un oso saliera de la hibernación!», se dijo con una sonrisa.

En ese momento, dos rebanadas de pan doradas y crujientes saltaron en la tostadora. Gumnam sacó la mermelada casera de fresa de la nevera y un aguacate maduro que había estado esperando a que le llegara la hora delante de la ventana. Con la ayuda de un cuchillo, lo partió por la mitad. Era tan perfecto que el hueso se podía retirar de forma fácil con la mano. Cortó la pulpa,

que pasaba alegremente de un tono amarillo al verde claro, echó aceite de oliva y lo sazonó con sal y pimienta.

«¿Cuál es el plato más bonito para servir este delicioso desayuno?», se preguntó.

Estaba ante la vitrina del aparador. Había colocado los platos en una balda por orden de belleza. Cogió el asidero titubeando y seleccionó un plato rosa tan bonito que parecía estar decorado con la imagen de Afrodita. Puso el aguacate a un lado y las rebanadas de pan al otro. A continuación, sacó unos cubiertos rosas del cajón. Cuando estuvo todo dispuesto sobre la mesa, Gumnam se sintió satisfecha.

«¡El rosa es perfecto!», pensó.

Se sentó y encendió el iPad. Tras desbloquearlo gracias al reconocimiento facial, tocó el icono de la aplicación FaceTime para llamar a Munjeong. En Nueva York eran las seis de la tarde. Por lo general, aunque estuviera ocupada, solía cenar a esas horas. Gumnam la admiraba por hacer realidad su sueño de pintar en su lugar, pero a veces le sabía mal por ella. ¿Cómo podía una niña tener el mismo sueño que su madre?

Cuando le dio un mordisco a la tostada en la que había untado mermelada, se dio cuenta de que se le había olvidado hacer una foto. «¡Qué boba!», pensó. No era la primera vez que se le olvidaba sacar fotos, a pesar de que se había prometido a sí misma trabajar en su carrera de «abufluencer».

«Ahora hay migas por todas partes. Ya haré fotos a la hora de la cena», se dijo.

Munjeong contestó por fin cuando su madre tomaba un trago de café.

Tenía el rostro tan delgado que estaba irreconocible. ¿Se podía adelgazar tanto en tan pocos días con la excusa de estar preparando

una exposición?

—Ay, *my daughter*, casi me olvido de tu cara. Últimamente, nunca respondes a mis llamadas. ¡Hoy he tenido suerte!

—Estaba ocupada. No tengo tiempo para pensar en otra cosa.

—¿Eres tú, Munjeong? ¿Alguien te ha secuestrado y te ha matado de hambre? ¡Has perdido mucho peso!

Se le veían los ojos hundidos, y el rostro, pálido y demacrado. Tenía las mejillas tan chupadas que se le marcaba el hueso cigomático y el flequillo oscuro que le caía sobre las cejas hacía que su piel pareciera aún más lívida.

—Sabes que siempre me pongo muy nerviosa antes de una exposición. Está en juego mi reputación. Volveré a engordar cuando termine.

—¡Todo irá bien! ¿Haces tres comidas al día? Por la mañana es imprescindible que comas arroz. Nada de pan, eso no llena el estómago, ¿entendido? ¿Y tu marido?

—¡Ja, ja, ja! ¿Y me dices eso mientras comes pan?

Al ver reír a su hija, Gumnam también soltó una carcajada. Como la había pillado desprevenida, respondió avergonzada.

—*My mistake!* Tendría que haberte llamado después de comer. Bueno, ¿y tu marido?

Munjeong desvió la mirada.

—Todavía no ha vuelto de trabajar. Se me está acabando la batería. ¡Ya te llamaré!

—Vale. ¡Pero que no se te olvide! Llámame al menos mientras cenas. Si te saltas comidas, te pondrás enferma.

—¡Hasta otra!

—*Have a nice day!*

Munjeong ya había colgado. Gumnam estaba preocupada por su hija, había adelgazado demasiado. Cuando decidió estudiar arte, ella

se alegró, pero, por otra parte, le desasosegaba que hubiera elegido ese camino únicamente por ella.

«Tiene la cara demacrada. Parece un pastel de arroz... ¡Ay! Se me ha olvidado contactar con miss Garaetteok. Le había prometido que le vendería chile en polvo de Hongseong. ¡No puedo seguir así!», se acordó Gumnam.

Esa última frase era el pensamiento más recurrente de la septuagenaria. Por primera vez en los veinte años que llevaba al mando de la casa de comidas, había recibido una queja. Le habían dicho que sus brotes de soja marinados estaban tan salados como el mar. De las cien fiambreras que había servido ese mediodía, solo una persona se lo había comentado y era un cliente nuevo. Todos los clientes habituales habían dado por sentado que se trataba de una broma por parte de Gumnam. Al pensarlo, un sudor frío le cubrió la frente porque eso quería decir que había noventa y nueve personas que se habían comido una guarnición demasiado salada sin decirle nada. Esto le dio ganas de trabajar más concienzudamente todavía para proteger Manna Dosirak.

Gumnam metió los pies en sus botas UGG forradas de pelo que esperaban pacientemente en la entrada. Esos zapatos, que habían estado de moda hacía veinte años, estaban causando furor de nuevo. «¡Está claro que las modas vuelven!», pensó, orgullosa, saliendo por la puerta. Llevaba unos vaqueros pitillo que no le ceñían demasiado y un abrigo beis de cachemira. Con su gorro azul cobalto, que alegraba su atuendo por lo demás sencillo, se paseaba por las calles de Hyehwa-dong. Por supuesto, no se le habían olvidado sus pendientes de perlas. También llevaba una mochila con pinceles y papel de arroz. Con el moño bajo y el gorro, de espaldas

parecía una universitaria de veintisiete años con el cabello decolorado. De repente, alguien le dio un golpecito en el hombro.

—Disculpa, me parece que eres mi tipo...

Shinpung se llevó una mano a la boca, sorprendido, al comprender que acababa de abordar a Gumnam.

—Señora, ¿es usted?

—¿Shinpung?

—¡No podía ser otra!

Con los ojos entornados, Gumnam sonrió.

—Continúa la frase. Dices que soy tu tipo, ¿y qué más? ¡Anda! ¡Ja, ja!

—¡Se ha pasado! ¡Sabe que, de espaldas, parece una joven de veinte años!

—¿Qué? ¿Acaso no puedo ponerme un gorro por tener setenta años? ¿Tampoco puedo ponerme pitillos? ¿Ni UGG?

—No me refería a eso...

Gracias a las clases de yoga, de pilates y de ballet, Gumnam tenía una silueta esbelta. Era capaz de mantener una postura que les costaba hasta a las jóvenes de veinte años. Era completamente normal que Shinpung se hubiera equivocado.

—¿Vas a vender entradas para el teatro? ¿Has comido ya?

—No, todavía no. Hoy es su día de descanso. Por lo general, paso hambre. No puedo comer en otro sitio. Por su culpa, me he vuelto demasiado exquisito. ¡Usted es culpable de esta situación!

El joven bromista era muy gracioso. Gumnam le dio un puñetazo cariñoso en el hombro.

—¡Déjate de tonterías! Tienes que llenarte el estómago para empezar bien el día.

—¿Y usted? ¿Qué hace aquí?

—Voy a Apgujeong-dong, al centro cultural. Cojo el bus 301 delante del hospital universitario.

—¡Que vaya bien la clase!

—¡Gracias, *have a nice day*, Shinpung!

Encontrarse de camino con el alegre joven la había puesto de buen humor. Se dirigió a la parada del autobús con paso ligero.

Ese sábado, la avenida de la universidad estaba abarrotada. Hacia el mediodía, había estudiantes haciendo cola delante de los restaurantes mientras que otros estaban sentados junto a las ventanas en las cafeterías. El paisaje desbordaba juventud, pero Gumnam no sentía envidia de ellos.

Su cabellera blanca era la prueba de cada día que había pasado esforzándose al máximo por sobrevivir y no tenía ganas de volver atrás. No se sentía vieja, sino adulta. De repente, se detuvo delante de una tienda de *dalgona*, donde había una sombrilla amarilla abierta. Desde el éxito de *El juego del calamar*, había muchos clientes haciendo cola para comprar esos dulces, mientras que antes estaban desapareciendo poco a poco. Sombrillas, corazones, figuras humanas y estrellas se habían dibujado sobre el azúcar moreno que, una vez solidificado, se había introducido en una bolsita transparente. El aroma dulce llamó a Gumnam.

—*Hi!* ¡Lo tiene lleno, señora Shin! Su establecimiento es un *hot place*.

La señora Shin, que removía con unas varillas de madera el azúcar fundido en una olla colocada sobre unas llamas azules, levantó la cabeza y sonrió al verla.

—¡Gumnam! Hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

—Entre semana tengo que ocuparme del negocio y, por las tardes, voy a casa de Jeongi. La conoce, ¿verdad? Aunque ahora está mejor y ya no necesita que vaya tanto a su casa.

Cuando el azúcar se transformó en un jarabe espeso, la señora Shin introdujo las varillas en bicarbonato blanco para que se integrase bien y empezó a remover la sustancia a toda velocidad. A continuación, vertió la mezcla sobre una placa en la que había espolvoreado azúcar. Con una prensa para pasta, aplastó el *dalgona* y le estampó un paraguas. La pareja sentada en un banco con un palillo en la mano parecía entusiasmada.

—Es un sello muy bonito —murmuró Gumnam para sí misma.

La señora Shin echó tres cucharadas de azúcar en la olla.

—Los que comen sus dosiraks disfrutan de la buena vida. De hecho, todos los habitantes del barrio los han probado ya.

—No exagere. ¿Me enseñará a preparar *dalgona* algún día? Subiré el vídeo a YouTube. ¡Será un tutorial para hacer K-snacks!

—¡Es verdad! Se ha abierto un canal. Estoy suscrita, que lo sepa. ¿Es «SeeYouAgainGumnam»?

—Sí. Y le agradecería mucho que me hiciera algo de publicidad. ¡Que vaya bien el día!

—Igualmente.

Ver a tanta gente haciendo cola para comprar *dalgona* puso a Gumnam de buen humor. De joven, se había visto obligada a trabajar duro, así que se alegraba de saber que una serie de televisión había funcionado tan bien. ¿Cuánta gente hacía falta para lograr que un episodio fuera un éxito? El poder de los medios y de las redes sociales era admirable. Estaba decidida a grabar su día para montar un videoblog.

Las UGG de Gumnam se detuvieron de nuevo delante de una tienda roja, dentro de la cual había una tarotista instalada.

—¿Ha salido? —le preguntó la señora Kim.

Era una mujer de unos cuarenta años con unas gafas de montura roja. Tenía más o menos la edad de Munjeong, así que Gumnam se había encariñado con ella y le llevaba un vaso de *sikhye* de vez en cuando.

—Sí, voy al centro cultural. ¿Ya está trabajando?

—Sí, los fines de semana es cuando más ingreso, así que he venido temprano. Si no está demasiado ocupada, ¿le apetece que le eche las cartas? Nunca me ha preguntado nada, ni siquiera las predicciones para el próximo año.

—¿De verdad?

—Sí, además, usted siempre me trae *sikhye*. Siéntese. Tranquila, es rápido.

La señora Kim cogió el mazo, mezcló las cartas con preciosos motivos barrocos y las extendió sobre la mesa.

—Esta tirada es para leer el próximo año. Elija tres cartas con la mano izquierda —indicó la señora Kim subiéndose las gafas.

—¿Con la izquierda?

—Sí. No pierda la concentración.

Algo nerviosa porque era la primera vez que elegía cartas en toda su vida, Gumnam seleccionó una de la izquierda, una del centro y una de la derecha.

La señora Kim respiró hondo y les dio la vuelta con un gesto enérgico. Un león encogido con el cuello torcido, un emperador sentado en un trono deslumbrante con una balanza en la mano y un reloj de arena cuyo tiempo ya se había agotado. Eso es lo que vio ante ella.

Gumnam se puso más nerviosa aún al ver que la señora Kim frunció el ceño.

—El tiempo... del que dispone está llegando a su fin.

—¿Qué quiere decir eso?

—Es lo que dicen las cartas. Puede ver que ya no queda arena en la parte de arriba del reloj. No tendría que haber elegido esta.

La señora Kim evitaba la mirada de Gumnam y escogía sus palabras con cuidado. La septuagenaria se enfadó. ¿Cómo podía decirle a una anciana que se le había acabado el tiempo como si estuviera en su lecho de muerte?

—¡Eso me da igual! ¿Cómo se atreve a soltarme eso cuando ha sido usted quien me ha propuesto echarme las cartas? Eso significa que voy a morir, ¿no? ¿Es lo que pretende decirme? ¿Yo, Jeong Gumnam, voy a morir? ¿Sabe qué edad tengo según las pruebas médicas que me hicieron la semana pasada? ¡Sesenta años!

Al contrario de lo que solía suceder, Gumnam había perdido los estribos. Roja de rabia, le gritó a la señora Kim, quien guardó silencio. Si Heungmin o Shinpung hubieran estado ahí, alguno le habría hecho señales a la señora Kim parpadeando repetidamente para que parara, pero ella seguía insistiendo.

—Pero usted también ve las cartas, ¿no? La arena se ha agotado...

Gumnam le dio la vuelta a la carta en cuestión.

—¿Y si la ponemos así? ¡Así está lleno de arena!

—Eso no tiene ningún sentido. El mar de detrás queda en la parte de arriba y el mundo no corresponde a la realidad...

—¿La realidad? ¡La realidad es que la arena no se agota nunca para los que viven su vida plenamente! ¡Es lo que he aprendido en mis más de setenta años! ¡No son los jóvenes quienes deben dar lecciones de vida a los viejos!

Se levantó de un salto y derribó la silla de plástico azul en la que se había sentado. Abrió de golpe la cortina de la tienda roja. Se alejó furiosa, a paso rápido. ¿Cómo podía la tarotista parar a alguien que

iba tan alegre por la calle y soltarle una predicción negativa? ¿Por qué estaba Gumnam tan enfadada? ¿No tendría que haberlo dejado pasar? Hacía años que había pasado la menopausia, pero últimamente se enfadaba a menudo y sentía picos de tristeza repentinos que no lograba comprender. ¿Era una crisis senil? Se dijo que el mejor modo de calmarse sería deslizándose tinta en clase de caligrafía.

—¡Gumnam! —la llamó miss Garaetteok al verla avanzando hacia la parada del bus a grandes zancadas.

—¡Ah, miss!

—¿Tienes el chile en polvo?

—¡Casi se me olvida! No puedo seguir así. —Se sacó de la mochila una bolsita transparente con el polvo rojo—. Envíame el dinero por Kakao Bank.

—No sé cómo funciona eso.

—Pero si ya te lo he enseñado varias veces. Cuando sepas utilizar Kakao Pay, podrás vender más mercancía. La gente ya no lleva efectivo encima. Me dijiste que alguien te había prometido que te haría una transferencia y no lo había hecho, ¿verdad? Se dio cuenta de que no sabías cómo funcionan los bancos en línea.

—¿Por qué te enfadas?

—Cualquier cosa me saca de quicio. Ya me lo pagarás, tengo que irme. ¡Se me hace tarde!

La vendedora de pasteles de arroz inclinó la cabeza, desconcertada. Nunca había visto a Gumnam así.

La septuagenaria subió por fin al bus 301. Solo quedaban disponibles los lugares reservados para personas mayores, pero Gumnam se negó a sentarse en ellos. Desde que le habían dicho

que se le había acabado el tiempo, todavía tenía menos ganas de que la trataran de vieja. Se cogió a una barra de apoyo amarilla y no se liberó ningún asiento hasta muchas paradas después, en el parque del Museo de Historia y Cultura de Dongdaemun. Se sentó a la derecha, junto a la ventana. Cuando el bus pasaba por el puente Dongho, que atravesaba el río Han, notó que empezaba a calmarse. Pero, al ver al metro ir más rápido que el bus en el mismo puente, se alteró de nuevo. Era como una señal de que el tiempo no se detenía, sino que, al contrario, iba cada vez más rápido cuando una tenía setenta años.

Gumnam bajó delante de la tienda Hyundai de Apgujeong-dong. Atravesó dos pasos de cebr a toda prisa para llegar al centro cultural que había en un edificio contiguo. Esperó delante del aula, pero no acudió nadie. Normalmente, las señoras Kim, Park y Song llegaban antes que ella y conversaban mientras esperaban. ¿Por qué no las veía? Unos cinco minutos después del inicio de la clase, le escribió un mensaje a la señora Kim.

¿Hoy no viene a clase de caligrafía?

Es a usted a quien deberíamos preguntárselo.

Estamos todas en la clase. ¿No viene hoy?

«¿Qué dice?», se preguntó Gumnam contemplando el aula vacía. En ese momento, se dio cuenta de que no estaba en el lugar al que acudía cada semana. Se trataba de la sala I, tal y como indicaba la puerta. «¿He confundido una I con una H? ¿Yo? ¿Qué me está pasando?».

La septuagenaria se apresuró a recoger sus hojas, sus pinceles y su tintero para ir al aula adecuada. Abrió la puerta, cubierta de sudor. Las señoras Kim, Park y Song, que ya habían empezado a frotar la tinta contra la piedra, le dieron una cálida bienvenida,

contentas de verla. Las señoras Lee y Jang, con quienes había celebrado la Navidad junto a una buena botella de vino, también la saludaron con la mirada.

Era una clase destinada a personas mayores, pero había algunas jóvenes repartidas. Eran sobre todo madres que no podían aguantar los gritos de sus hijos todo el día. Oír solo el susurro de la tinta contra la piedra y el del pincel acariciando el papel durante dos horas a la semana les permitía desconectar y calmarse. No habían podido quedarse a celebrar la Navidad, pero Gumnam les había ofrecido vino caliente que había preparado ella misma con una botella de tinto de Chile.

Solo había una consigna en la pizarra: «Utilicen cuatro caracteres para describir algo que les remueva el corazón». Gumnam cogió la tinta con precaución y la frotó contra la piedra. Cerró los ojos. Cuando la tinta se asentó, los sinogramas florecieron en su mente.

«*Cheon-saeng-bae-pil*».

*Cheon* quería decir «cielo»; *saeng*, «nacer»; *bae*, «compañero»; y *pil*, «cónyuge». La expresión entera significaba «compañía enviada por el cielo», equivalente a «alma gemela».

Gumnam mojó la punta del pincel en la tinta líquida. Lo afinó e hizo un trazo sobre el papel. Tenía talento y su caligrafía era de gran calidad. Plasmar sinogramas sobre el papel le daba fuerzas. Le gustó tanto el resultado que quiso enmarcarlo para colgarlo en su salón, junto al retrato de Audrey Hepburn.

Cuando terminó la clase, las señoras Jeong, Kim, Park y Song se dirigieron a los grandes almacenes. Las señoras Lee y Jang tenían reserva en el simulador de golf y no pudieron acompañarlas a desayunar. Las mujeres subieron hasta la quinta planta, donde había

restaurantes coreanos, japoneses y occidentales y siguieron hasta la cafetería especializada en *brunch* a la que iban siempre. Gumnam y la señora Kim dejaron el bolso en el banco.

Frente a ellas, las señoras Song y Park se sentaron en sillas. Le pidieron al camarero una ensalada de ricota con granada, otra de pollo a la parrilla y una pizza con rúcula. Todo para compartir.

—¿Hoy solo comemos ensalada? —preguntó Gumnam, quien se lo había pasado de maravilla en la clase de caligrafía.

—Conforme nos hacemos mayores cogemos peso más rápido. Por mucho que haga ejercicio, la grasa no desaparece. Tampoco como muchas verduras, me da pereza lavarlas —respondió la señora Song alisándose la falda negra.

Las señoras Park y Kim asintieron.

—Hay que sumergir la fruta y la verdura en agua con vinagre y, después, enjuagarla con agua bicarbonatada. Es cierto que lleva tiempo. ¡Pero es bueno para el cuerpo y la salud! —afirmó Gumnam.

—Además, cuando vienen mis nietos el finde, compro una caja de fresas, pero solo se comen una cada uno. Bueno, mejor eso que nada.

Gumnam dio una palmada contra la mesa cuando la señora Song se puso a hablar una vez más de sus nietos.

—¡Debe poner dinero en el fondo común cada vez que hable de ellos! —exclamó.

—Eso es cierto. Dijimos que ya no hablaríamos de los nietos porque Gumnam no tiene —espetó la señora Park sin ningún miramiento.

—¡Sí, estoy celosa! A mí también me gustaría que mi pequeña Munjeong tuviera un hijo que se le pareciera. ¡Llevo al menos diez años pensándolo! ¿Y bien? Mi hija es una DINK. Respeto su elección.

¡No puedo pedirle que tenga un hijo y sufra una vida que no quiere solo porque a mí me gustaría hacerle carantoñas a su bebé!

—Munjeong tiene cuarenta y dos años, ¿no? Sigue siendo posible tener hijos. Intente convencerla. Sabemos que la vida sin niños es muy triste, lo hemos vivido. Además, lo normal es ofrecer nietos a los padres para darles las gracias por habernos criado. ¿No se lo parece, señora Kim? —respondió la señora Song.

—No debería decir eso. La vida de nuestros hijos no nos pertenece. ¿Acaso sigue viviendo en la época Joseon? ¡Haga sus necesidades en una bacinilla, ya que estamos!

—No me tome por una mujer anticuada. ¡Soy una suegra muy moderna! Cuando preparo kimchi en invierno, no espero que me ayude nadie. Lo hago sola y luego invito a mis hijos.

—¡Una suegra moderna no se jacta enviando fotos de su kimchi al grupo de chat! ¿No ha cocinado nunca en su vida? Sé que les pide a sus nueras que vayan cuando lo prepara. Y usted también, señora Kim. Se la lleva a la casa de sus padres en Yeosu, donde la explota para convertir cien cabezas de col en kimchi.

La señora Kim tosió como si quisiera atenuar el golpe. La señora Park, que se había mantenido callada, se contentó con observarlas discutir con los ojos desorbitados. El camarero llegó con los platos y la señora Song aprovechó para meterse con Gumnam.

—¿Su menopausia empeoró porque vive sola sin marido?

Lo preguntó en un tono tranquilo y refinado, pero hiriente de todos modos.

—¿Cómo? —exclamó la aludida antes de resoplar.

—Nunca nos ha hablado de su esposo. ¿Falleció? ¿O es que se divorció? —preguntó la señora Song con indiscreción.

—¿De verdad quiere que lleguemos a las manos? —replicó Gumnam adelantando los brazos.

—No, solo tengo curiosidad —respondió la señora Song, y tomó un trago de agua.

Sonrió porque, en esa ronda, se había hecho con una victoria aplastante. Una rabia incontrolable ardía en el fondo de Gumnam. Desde la historia con el tarot, sabía que iba a tener un mal día. La clase de caligrafía solo había sido un breve respiro. La rabia se apoderó de ella de nuevo. Sus emociones estaban descontroladas.

Cogió su mochila y se levantó. Las señoras Kim y Park le dijeron que comiera antes de irse, pero ella salió del restaurante asegurando que pagaría su parte de la cuenta por Kakao Pay.

«¡La señora Song es una zorra! ¡No quiero volver a verla!», exclamó Gumnam para sí misma. Era cierto que, cuando estaban con sus maridos, la señora Song no decía ni una palabra fuera de lugar. Se contentaba con reír y secarse las comisuras de la boca fingiendo ser una señora educada. En cambio, cuando ellos se iban, intentaba meter el dedo en la llaga siempre que podía. «Esa mujer es *so ugly*», se dijo.

Gumnam fue hasta la parada del bus para coger el 301, pero no consiguió calmarse. A veces hablaba sola insultando en voz alta para desahogarse, pero no encontró alivio. Sentía que se estaba volviendo loca y le daba la impresión de haberse convertido en un erizo espinoso. ¿Era un efecto secundario de la menopausia? ¿Era posible pasarla dos veces? Estaba tan alterada que sentía que ya no podía contenerse.

La temperatura era ideal, como si la primavera se hubiera adelantado. Costaba creer que era la primera semana de febrero, teniendo en cuenta el buen tiempo que hacía. Casi había llegado el momento de guardar las UGG en el armario. Gumnam salió con la

bufanda rosa de cachemira alrededor del cuello, igual que la de Jeongi. Recorrió la calle rodeada de pinos que había detrás de la salida número cuatro de la estación de metro de Hyehwa-dong. A pesar de que era invierno, con ese ambiente tan agradable daba la sensación de que el sol salía más temprano. El cielo lucía sus mejores tonos de violeta, rosa y azul claro. A Gumnam le resultaba placentero el aire fresco de la mañana cuando iba de camino a Manna Dosirak. Como cada día, estaba decidida a preparar los platos más deliciosos.

Desde hacía un tiempo, ya no escribía en el chat grupal que compartía con la señora Song. De repente, se preguntó qué le pasaba. Últimamente no se reconocía y estaba extremadamente susceptible, así que decidió llamar a la señora Song para proponerle hacer las paces como buenas adultas, a pesar de que hubiera preferido frotarla con un estropajo para librarla de la malicia que tenía dentro. La señora Song se disculpó y admitió que había ido demasiado lejos. Las dos mujeres se reconciliaron y dejaron a un lado el rencor que llevaba acumulándose desde su último encuentro.

Gumnam pasó por delante de los *escape games* y los fotomatones que había en la calle, lo cual le recordó a la tarotista. Ese tema era como una espina de pescado atascada en su garganta. Normalmente, le habría dado *sikhye* ese día y se sintió obligada a continuar. Aceleró el paso.

Como siempre, la dueña fue la primera en llegar a la puerta de Manna Dosirak. El carrillón tintineó alegremente. La anciana había cogido la costumbre de colocarse delante del espejo para dedicarse palabras bonitas con ternura.

—*iHave a nice day*, bonita mía!

Ese era el lema que se repetía para empezar el día. Las perlas radiantes que le colgaban de las orejas atrajeron su mirada. Dejó el abrigo y la bufanda en el perchero y prendió la luz. Unos rayos amarillos iluminaron la sala de la casa de comidas. Se puso un delantal amarillo con estampado de fresas y una bandana blanca en la cabeza. Luego, entró en la cocina para ocuparse del arroz de gran calidad proveniente de Icheon. Echó una buena cantidad en una olla enorme que llenó de agua para lavarlo. Lo removi6 con las manos, cambi6 el agua varias veces y, cuando los cereales ya se habían librado de sus impurezas, volvió a echar agua ajustando las proporciones y agregó aceite de cocción. A continuación, fue a por las cajas de verduras que le había dejado el repartidor en la puerta. Había espinacas, calabacines y zanahorias.

—Las espinacas tienen buena pinta. Y las zanahorias y los calabacines también. *Excellent!* —exclamó en voz alta.

Tras comprobar el contenido de la caja, la llevó hasta la cocina. De repente, se cayó.

—¡Ups! Eso es porque hace un tiempo que no hago pilates. Mis piernas ya no me sostienen. ¿Debería apuntarme a Full Power Gym?

En el local, Gumnam hablaba sola a menudo para contrarrestar la soledad.

Recogió las verduras que habían caído al suelo.

¡Ding, ding!

Se abrió la puerta. Era Eunseok con los huevos.

—¡Buenos días, Gumnam!

—¡Mister Eggs! —exclamó ella levantándose para saludar.

—¡Le dejo los huevos en la cocina!

—¿Viste a Jeongi y a Odeuli ayer? —preguntó con una cálida sonrisa en los labios.

Eunseok se ruborizó.

—Sí. Y también me inscribí a las audiciones de un concurso de canto para la televisión.

Gumnam apoyó las manos en los hombros del joven.

—*Amazing!* ¡Has hecho bien! No te arrepentirás, te lo aseguro.

Eunseok se subió de nuevo al camión con una sonrisa tímida en los labios y se alejó poco a poco del pequeño restaurante.

Gumnam sacó la nervadura central de las espinacas, cortó los calabacines en rodajas y las zanahorias en dados. Mientras se ocupaba de las verduras, la puerta se abrió de nuevo. Era Saemal, un cuarentón sin domicilio fijo que llevaba un año rondando por el barrio. Farfullaba algo con inseguridad, vestido con una parka de color caqui que había encontrado en un viejo contenedor de ropa y con un sombrero de pescador en la cabeza.

—¿Puedo pedirle las sobras de ayer? —preguntó.

Gumnam se lavó las manos, se las secó en el delantal y salió de la cocina.

—Mi casa de comidas tiene mucho éxito. ¿De verdad crees que queda algo? Ya es hora de que pienses en comer arroz de hoy y no el de ayer. ¡Y para eso debes trabajar! Mírate, tienes buena salud —lo regañó.

—Para eso necesitaría un empleo...

Gumnam frunció el ceño.

—¡Basta con encontrar uno! Hay muchas empresas buscando personal. Podrían incluso formarte en la obra. Siempre hace falta gente para poner ladrillos y cemento.

—Me duele mucho la espalda desde que duermo en la calle, no puedo levantar cosas pesadas.

—¡Un indigente no puede ponerse exigente, Saemal!

La tristeza se reflejó en el rostro del hombre.

—Piense en cómo puede sentirse el indigente que la escucha.

—Deja de mendigar. Intenta conseguir las cosas por ti mismo. Ya te lo dije la primera vez que nos vimos. Si quieres uno de mis dosiraks, te lo venderé por quinientos wones. No es nada caro. Sal y gánate ese dinero. No me hagas perder el tiempo, tengo que preparar el *sikhye*.

A Saemal se le hizo la boca agua al pensar en el *sikhye* casero.

—¿Podría darme un poco?

—¡Uf! Siéntate.

Cada vez que Gumnam veía a Saemal, la invadía la lástima. ¿Cómo podía haber acabado en esa situación si no tenía ningún problema físico? No comprendía por qué seguía conformándose con mendigar comida en los restaurantes del barrio. Para ella, era importante poder cuidar de uno mismo. Curiosa por su pasado, dudó si preguntarle cómo había llegado hasta ahí, pero todo el mundo tenía su historia y se dijo que más valía no hacer demasiadas preguntas.

Salió de la cocina con un vaso transparente lleno hasta el borde en una mano y se lo tendió a Saemal.

—¡Muchas gracias!

—Quinientos wones. Ni más ni menos. ¿De acuerdo?

—Haré todo lo que pueda.

Saemal cogió el vaso con las dos manos y salió del local. Al verlo de espaldas, Gumnam suspiró y le dijo:

—*iHave a nice day* tú también, Saemal! *See you again!*

Volvió a la cocina y terminó los preparativos sin dejar de pensar en Saemal.

—¿Tendría que haberle dado algo de comer? No. Debo ayudarlo a valerse por sí mismo. Sí, esa es la respuesta adecuada.

La fiambarrera del día se componía de espinacas marinadas, tortitas de calabacín y kimchi sin especias. El plato principal era pechuga de pollo al curri. Antes de colocar el arroz, fue al cajón a sacar los papelitos para escribir el mensaje del día con un estilo caligráfico particular.

*He vuelto a poner mi creatividad al servicio de mis queridos clientes.*

*¡Hoy invito yo!*

*«Have a nice day & see you again!».*

Cuando los tuvo listos, colocó los dosiraks en la vitrina de exposición. Poco después de las siete y media, se abrió la puerta. Entró una mujer con una maleta gris en la mano. Llevaba un abrigo azul marino y el cabello castaño ondulado hasta los hombros. Era Munjeong.

—Bienvenida a Manna...

Gumnam dio una palmada de sorpresa al ver a su hija.

—¿Munjeong? ¿Eres tú de verdad?

—¡Dame un abrazo, que hace dos años que no nos vemos!

Munjeong soltó la maleta y se acercó al mostrador para darle un abrazo a su madre. Gumnam le acarició la espalda a su hija.

—¿Qué haces tú aquí? No me habías avisado.

—He venido en cuanto se ha terminado la exposición. Tenía muchas ganas de volver a Corea. Cuesta creer que lo añore —dijo Munjeong dejando el abrigo sobre una de las mesas redondas del pequeño restaurante.

Llevaba los dos primeros botones del jersey azul marino desatados, lo cual dejaba al descubierto sus omóplatos raquíuticos y su cuello delgado.

—¿Por qué has adelgazado tanto? ¡Estás demasiado *skinny*! ¿Seguro que va todo bien? ¡Abultas lo mismo que un brote de sorgo!

—Ya te dije que me cuesta comer antes de una exposición. Estoy todo el día sentada pintando, si como demasiado, me siento hinchada. Y si me pongo a andar para encontrarme mejor, no trabajo.

Gumnam le acarició la cara a su hija, a quien seguía encontrando demasiado delgada.

—Eres mi primera clienta de hoy. *I am so happy!* Deja que te sirva un dosirak. Empieza por el arroz. Supongo que tendrás hambre después de las raciones tan pequeñas que sirven en el avión.

—No, estoy bien. He repetido. Ahora que ya te he visto, puedo ir a casa —dijo evitando la mirada de su madre.

—Es cierto, estarás cansada después del viaje. También tienes que acostumbrarte a la diferencia horaria. Hoy me has hecho un bonito regalo. Últimamente estaba siendo algo difícil.

—¿Qué? ¿Alguien te molesta? ¿Quién es? Iré a cantarle las cuarenta.

—¡Era por ti, Munjeong!

Munjeong levantó la mano.

—Reconozco mis defectos y he venido a disculparme.

—Vas a tener que coger peso mientras estés aquí.

—Voy a casa a descansar, pero volveré a ayudarte durante la pausa.

—Creía que ni siquiera podías tocar las orejas marinas porque te daban asco. Tus manos están hechas para sujetar delicados pinceles. Tú descansa, hija mía. Cuidado con la carretera. ¿Te acuerdas del código de acceso?

Agotada, Munjeong cogió la maleta y salió del local.

Gumnam estaba muy contenta. Era cierto que Munjeong no tenía buena cara, pero por fin había vuelto a ver a su hija tras dos años de ausencia. El carrillón de la entrada sonó de nuevo. Era ella otra

vez. Abrió una de sus bolsas y sacó una crema de manos Jo Malone que le dio a su madre.

—La compré para ti en un centro comercial. Casi se me olvida.

—Podrías habérmela dado en casa. No hacía falta cansarte aún más volviendo.

—Quería dártela cuanto antes. Bueno, ahora me voy de verdad.

Gumnam observó a su hija marchándose con unas botas negras que le llegaban hasta las rodillas. ¿Cuándo había crecido tanto? El tiempo pasaba muy rápido... ¡Qué tristeza!

Hacía mucho que Munjeong no abría la puerta de la casa de Hyehwa-dong. Pasó por delante de las botas UGG de Gumnam sobre el zapatero y corrió al baño. Se arrodilló en el suelo y vomitó todo lo que tenía en el estómago. Sin embargo, no había gran cosa porque no había comido nada en el avión, más allá de un paquete de cacahuetes y dos latas de cerveza. Los jugos gástricos le quemaron el esófago. No podía más. Dejó escapar un profundo suspiro.

Avanzó hasta el salón casi arrastrando la maleta y la abrió para sacar unas cajas de medicamentos enrolladas en una fina camisa. Se tragó cinco pastillas blancas sin una gota de agua por temor a que el líquido la hiciera vomitar de nuevo. Tras guardar de nuevo los medicamentos en la camisa, se tumbó en el suelo en mitad de la estancia con las botas todavía puestas. Miró el techo. La lámpara colgada que reflejaba la luz anaranjada que tanto le gustaba a Gumnam parecía girar a toda velocidad.

En dos años, no había cambiado nada. Había un cuadro viejo digno de la película *Vacaciones en Roma* colgado de la pared. Dentro, había un retrato de la elegante Audrey Hepburn con una

sonrisa. La única novedad era un papel caligrafiado donde se leía «*Cheon-saeng-bae-pil*».

—*Cheon-saeng-bae-pil*... —murmuró Munjeong.

Cerró los ojos lentamente. Unas escenas más nítidas, como extractos de películas mal montadas, salieron a la superficie. Luego, se durmió.

Cuando terminó de hacer las tareas en la casa de comidas, Gumnam volvió a entrar y se sorprendió por el espectáculo que descubrió ante ella. ¿Tan cansada estaba su hija para dormirse en el salón con los zapatos aún puestos? Por otra parte, ¿estaba dormida? Preocupada porque su hija no se hubiera despertado con el ruido de la puerta, le sacudió los hombros levemente.

—¿Mamá?

—El vuelo te ha dejado agotada. Y con lo delgada que estás... Acuéstate en la cama. Debes descansar hasta que te acostumbres al desfase horario.

Munjeong se levantó y rio al ver las botas que llevaba en los pies.

—¿Me he dormido así?

—Sí, date una buena ducha, ponte el pijama y ve a dormir como es debido.

—¿Puedo dejar mis cosas en la habitación de allí? —preguntó señalando el dormitorio que había ocupado hasta que se casó.

Ahora la habitación estaba llena de los pasatiempos de Gumnam. En el escritorio había un cuaderno de notas para caligrafía, partituras de ukelele, libros de recetas de cocina occidental y otro sinfín de tesoros.

—¡No tendrías suficiente con cien años para almacenar toda la información que contienen esos libros!

—Espera, voy a pasar la mopa por la habitación —dijo Gumnam.

—Ya está limpia, me basta así.

Tumbó la maleta en el suelo y la abrió para elegir ropa que ponerse por casa. Ante todo, tenía que ocultar bien su cuerpo. Munjeong había perdido diecisiete kilos en dos años. Gumnam se hundiría si se enterara de que su hija, que medía un metro setenta, pesaba poco más de cuarenta kilos. ¿Qué le había pasado a Munjeong?

Con una camiseta blanca holgada a juego con su pantalón de chándal, se presentó en el salón. Gumnam estaba ocupada cortando ingredientes en la cocina. Sin darse cuenta, Munjeong frunció el ceño.

—Los vuelos de larga distancia provocan náuseas. Voy a preparar una sopa de pescado picante. ¿O prefieres ramen? —le propuso a su hija mientras sacaba bacalao de una bolsa negra.

—No tengo nada de hambre. Llevas todo el día cocinando, descansa. Ya comeré mañana.

—No deberías acostarte con el estómago vacío. Cuando te he abrazado antes, me he dado cuenta de que estás esquelética. Debes recuperar peso.

—No pasa nada. Sinceramente, prefiero que guardes el bacalao para mañana.

Gumnam añadió unos puñados de sal gruesa a la bolsa y la dejó de nuevo en el congelador. A continuación, se sentó junto a su hija en el sofá del salón.

—¿Qué te ha hecho venir de forma tan inesperada? ¡Me ha sorprendido mucho verte esta mañana! ¿Has discutido con tu marido?

—En absoluto. ¿Nos has visto pelear alguna vez?

—No, por eso lo pregunto. Me ha preocupado que vinieras así como así. He estado a punto de llamarlo, pero me he contenido.

—Solo estaba muy nostálgica después de la exposición, no podía guardarme tanta emoción. Además, ¿por qué debería hacerlo? Era más fácil comprar un billete y venir.

—Tienes razón. Si echas de menos Corea, solo tienes que venir. Has hecho bien. Me parece admirable. En efecto, no sirve de nada contenerse.

Gumnam miró a su hija como se mira a un perro enfermo.

—¿Qué series están teniendo éxito ahora aquí? —preguntó Munjeong cogiendo el mando de la tele.

—Como de costumbre, diría que las que tienen giros argumentales. ¡Ja, ja! Echan una un poco más tarde en KBS.

—¿Qué es eso exactamente?

—Es un género nuevo. Mezcla drama y humanidad con un escenario siempre exagerado. Es fascinante.

Munjeong sonrió, al igual que su madre.

Mientras ella navegaba entre los canales de la tele, Gumnam volvió a la cocina para cortar un pepino a rodajas finas. Las colocó en un plato que llevó al salón y se sentó de nuevo en el sofá. Las puso una a una en el rostro de su hija. El pepino traslúcido se adhirió a su piel con facilidad.

—Si no quieres comer, al menos tienes que nutrir tu piel. Siempre se sufre de deshidratación después de un vuelo tan largo.

El aroma de la verdura debajo de la nariz hizo que le entraran náuseas, pero se esforzó por disimularlo.

—¿Sí? Pues ponme mucho.

—Estoy haciendo todo lo posible para que no quede ni un centímetro sin cubrir.

Las relaciones madre e hija eran extraordinarias. Incluso después de dos años sin verse, no había nada raro en estar pegadas la una a la otra. Un poco como con una mejor amiga.

Empezó un nuevo capítulo de una serie que echaban todos los días. Gumnam le presentó a los personajes. Uno era un cabrón que engañaba a su mujer y, la otra, una mujer casada que le tiraba los tejos al amigo de su marido. En el capítulo de hoy, el personaje principal iba a descubrirlo todo.

Aunque Gumnam hacía todo lo posible por ser tan elegante como Audrey Hepburn, Meryl Streep o Yoon Yeo-jeong, cuando veía una serie coreana participaba en las discusiones de los protagonistas gritándoles «idiota», «zorra» o cualquier otro insulto. Ver a su madre así le hizo gracia a Munjeong.

—¿Cómo quieres que me contenga cuando veo a un tipo que va de gran señor engañando a su mujer? ¡Es imposible! —replicó Gumnam.

Cuando terminó, la anciana estaba totalmente metida en la historia y observó con atención los avances del capítulo siguiente. Munjeong se levantó, se estiró y se acercó a la pared.

—Mamá, ¿qué es esta caligrafía? ¿La has hecho tú en el centro cultural?

—Sí. *Cheon-saeng-bae-pil*. Quiere decir «aquel que está destinado a mí».

—¿Aquel que está destinado a mí?

—Sí.

—No existe.

—Claro que sí. No tiene por qué ser en el sentido romántico. Puede tratarse de una madre y una hija, como tú y yo.

De repente, a Munjeong se le llenaron los ojos de lágrimas. Pronto, se le puso la nariz roja.

—Tú y yo, Munjeong... Es como si el cielo hubiera decidido que íbamos a conocernos, ¿no te lo parece? En cualquier caso, eso es lo que siento. Si no, ¿cómo sería posible que te quisiera tanto?

Munjeong le dio la espalda a Gumnam, quien la miraba con intensidad.

La joven era incapaz de girarse. Si su madre le veía las lágrimas, también se entristecería. Se quitó las rodajas de pepino una a una.

—¡Tienes que dejártelas diez minutos más!

Esas palabras consiguieron que se le dibujara una sonrisa a Munjeong.

Antes de ir a Manna Dosirak a trabajar, Gumnam arrancó su coche, que llevaba bastante tiempo aparcado en el garaje. Era un pequeño Mercedes SUV rojo. Conectó el móvil para activar el CarPlay. Tras varios minutos buscando una canción, acabó preguntándole a Munjeong:

—¿Cuál era mi contraseña? Era tu cumpleaños, pero...

Gumnam nunca había olvidado el cumpleaños de su hija y esta la miró, desconcertada.

—¿No te acuerdas?

—¡Sí! ¡Es el 30 de junio! Como ahora hay que añadir una mayúscula y un carácter especial, no me cuadraba.

—A mí también se me olvidan las contraseñas —dijo Munjeong, aliviada—. Así que ahora utilizo la misma para todo.

—¿No te da miedo que te pirateen?

—Tampoco tengo dinero que puedan robarme. Solo soy una artista sin sueldo.

—Cambia al menos una cifra por si acaso. Veamos la ruta. Gyeonggi-do...

Munjeong puso el GPS. Con el maletero lleno de guarniciones, empezando por anchoas asadas y carne de ternera sazonada, las dos mujeres fueron a casa de Jeongi.

—Qué locura que le lleves guarniciones antes incluso de abrir la tienda. Debió de ser muy amable contigo.

—¡Más que amable, es adorable! Y su hija también.

El coche, de un rojo tan llamativo como la personalidad de Gumnam, arrancó. A esas horas, había pocos coches en la carretera, así que apenas tardaron treinta minutos en llegar a su destino. Gumnam aparcó delante del edificio de Jeongi y abrió el maletero. Munjeong se cubrió la nariz con una mano para evitar que el olor de la comida le diera náuseas. Luego giró la cabeza. A Gumnam le pareció muy extraño.

—¿Qué te pasa?

—Todavía tengo ganas de vomitar. Se me hace muy duro volar. Es la vejez —respondió mirando a su madre.

—¿Es que...?

—¿Es que qué?

—¿Estás embarazada? *You have a baby?*

—¡Uf! —resopló.

—Ya lo sabes, sigas siendo una DINK o tengas un hijo, nunca diré nada. Tu vida, tu decisión.

—¿La gente se mete contigo porque no tengo hijos?

—Bueno, a la gente le gusta hablar. Algunos creen que eres estéril y me toca explicarles lo que quiere decir *DINK*. Y, a veces, tengo que repetírselo a menudo, como a esa vendedora de pasteles de arroz.

—Pues diles que soy estéril. Será más cómodo para ti, ¿no? En el peor de los casos, te mirarán cinco minutos con pena y ya está. Pero, si empiezas a explicarles por qué soy una DINK, tardarás horas. Eres demasiado mayor para esas tonterías.

—Lo más importante es que es tu vida y tus decisiones.

A decir verdad, a Gumnam le preocupaba dejar algún día a su hija sola sin hijos, únicamente con su marido. Sin embargo, siempre se había mordido la lengua para no decírselo. Un hijo le vendría bien, pero no quería presionarla.

Jeongi abrió la puerta vestida con un pijama amarillo. Hablaba en voz baja para no despertar a Odeuli, dormida en su habitación. Sin embargo, la chispa de su mirada revelaba su alegría. Jeongi se mostró algo tímida delante de Munjeong porque no la conocía todavía y la saludó.

Sin darse cuenta, la examinó de arriba abajo. Su mirada se detuvo en los largos y finos dedos de Munjeong. ¿Pintaba tan bien gracias a ellos? ¡Gumnam estaba muy orgullosa del trabajo de su hija!

La anciana abrió la puerta de la habitación con cuidado para ver dormir a Odeuli. Su cabello de bebé había desaparecido y había sido sustituido por unos adorables rizos. En unos meses, celebraría su primer cumpleaños. En la tradición coreana, los niños debían elegir un objeto entre muchos para determinar su profesión futura. Gumnam se imaginó a la pequeña en su fiesta. ¿Qué escogería? Cuando terminó su ensoñación, se dirigió en silencio a la cocina.

—Tengan, es té de yuja —anunció Jeongi dejando una taza sobre la mesa.

Gumnam le sonrió.

—La última vez que vine solo tenías una taza. ¡Ahora hay dos! ¿Es la de Mister Eggs? ¡Ja, ja!

Jeongi se puso roja y Munjeong le dio un golpecito a su madre en el hombro.

—¡Mamá!

—¿Qué? De todas formas, ya estás al corriente.

—No me lo podía perder. Me lo contaste todo en tiempo real por FaceTime. ¡Sé que le cantó '*O sole mio*'!

Jeongi rio observándolas y Gumnam y Munjeong se unieron a sus risas.

Jeongi siempre había envidiado a Munjeong y ahora todavía más. Por ningún motivo en particular. Giró la cabeza hacia la habitación en la que dormía su hija.

Las dos mujeres se subieron de nuevo al coche. En esa ocasión se puso Munjeong al volante. A esas horas no había coches pasando en todos los sentidos, pero, a fuerza de mirar el GPS con concentración, Munjeong sintió que la invadía la fatiga. Gumnam le indicó a su hija el nombre del mercado y se hundió en el asiento.

—Mamá, ¿no te cansa mantener el restaurante? Llevo pocos días aquí y ya he visto la cantidad de tiempo que le dedicas. No solo trabajas mientras está abierto. Haces muchas cosas desde que amanece, como si fuera tu casa. Me gustaría que descansaras un poco. Ya no eres tan joven —afirmó con delicadeza.

Con la cabeza apoyada en el reposacabezas y los ojos cerrados, Gumnam le respondió en voz baja:

—¿Me has visto alguna vez cerrar el restaurante entre semana? No. Además, ya te has dado cuenta de que, en parte, es mi casa.

Girando el volante para salir de un callejón, Munjeong esbozó una sonrisa.

—Es cierto. Puede que pases más tiempo ahí que en casa.

—Abriré todo lo que pueda. Todo el mundo es *welcome* y seguiré diciendo *see you again* a mis clientes. Es lo mínimo que puedo hacer por la gente que se come lo que cocino.

—Por cierto, ¿a dónde fuiste anoche?

—¿Anoche?

—Estoy segura de que te oí.

—¡En tus sueños! Estoy cansada. Voy a dormir un poco. ¡Conduce bien!

Gumnam bostezó y Munjeong bajó el volumen de la música enseguida.

Cuando llegaron al mercado, Munjeong sacó el carro de la compra y siguió a su madre. Gumnam quería preparar pasteles de arroz dulces con judías rojas y calabaza para merendar. Entró en una tienda de la que era clienta habitual para comprar guisantes y alubias negras y rojas. Luego eligió una vieja calabaza que sería perfecta para láminas secas. Iba tan rápido que a Munjeong le costaba seguirle el paso. Arrastrando el carrito, fue hasta una vendedora de pasteles de arroz.

La propietaria y su hijo le dieron una cálida bienvenida a Gumnam y le ofrecieron café, pero ella lo rechazó porque no quería molestar. «¡Menos mal!», se dijo Munjeong, quien no habría podido aguantar el aroma. Mientras compraban, los olores de la comida habían empeorado sus náuseas y el olor de la harina de arroz la incomodaba demasiado. Mientras su madre encargaba las rodajas de calabaza, estuvo a punto de vomitar, pero logró contenerse. Miró la lámpara cubierta de harina para despejarse, pero, en cuanto la dependienta abrió la vaporera con los pasteles calientes y humeantes, el olor le dio arcadas y echó a correr en busca del baño.

Se cubría la boca con la mano. Avanzó todo lo que pudo por el camino mal asfaltado. Como le había indicado la dependienta, vio el cartel de «Servicios» al subir las escaleras. Eran tan viejos que tenían cal incrustada en el fondo, pero no podía ponerse exquisita.

En cuanto retiró la mano, el líquido le subió desde el estómago. Sacó enseguida los medicamentos de su bolso Saint Laurent y se los tragó con fuerza para que bajaran. Entonces pudo respirar de nuevo.

El semblante de Gumnam, que esperaba al pie de la escalera con el carrito, se había ensombrecido. Su madre todavía no la había visto comer nada desde que había llegado. Los últimos años, su hija siempre le insistía para que le preparara *kimbap*. Esta vez, no le había pedido ninguno de sus platos preferidos: ni *kimbap* ni *ragú* de kimchi ni *bulgogi*. Y mucho menos *bibimbap*. Rechazaba hasta las algas saladas que le permitían pasar las náuseas. Cuando Gumnam había preparado ramen, había saboreado el caldo, pero no había tragado nada.

—¡Iba a subir a acariciarte la espalda!

—No hace falta, estoy mejor. No creía que el desfase horario me afectara tanto.

Pero Gumnam no era tonta y, cuando Munjeong se disponía a coger el carrito, le preguntó:

—¿Qué te pasa? Dime la verdad.

—Ya te lo he dicho. Es por el desfase horario.

—¡Y un cuerno! No me has pedido ni un solo *kimbap* y no has probado ni una cucharada de arroz desde que llegaste.

—Cuando me acostumbre, comeré mucho más. Vamos a Manna Dosirak o llegarás tarde —dijo Munjeong cogiéndole la mano a su madre, todavía inquieta.

Gumnam y Munjeong entraron juntas en la casa de comidas. Como todos los días, la septuagenaria se colocó frente al espejo para pronunciar su mantra.

—*Have a nice day!*

—¿Te lo dices a ti misma? —preguntó Munjeong, divertida.

—Yes! Me prometo que el día irá bien.

—Te pega. *Good!*

Gumnam se echó a reír al ver que su hija la imitaba. Sin embargo, no conseguía quitarse de encima la preocupante sensación de que algo le pasaba.

Junto al mostrador, la anciana se colocó el delantal blanco con una rosa roja y se puso la bandana de margaritas en el pelo. Conectó el iPhone al altavoz por Bluetooth y puso música. *New York, New York* sonó por todo el local. Era una canción alegre, animada por el sonido del saxofón.

—¡Ahora me encanta esta canción! ¡Es muy emocionante!

Munjeong sonrió al ver tan entusiasmada a su madre, que cogió el delantal de las fresas y se lo puso a su hija en la cintura.

—¿Podrás preparar brotes de soja adobados?

Gumnam esbozó una sonrisa radiante. Su hija la imitó. El olor terroso de las espinacas le resultaba desagradable, pero no hasta el punto de provocarle náuseas, así que empezó a preparar las verduras que le daba su madre. Mientras tanto, la cocinera cantaba echando sirope en una olla de acero inoxidable para endulzar el *sikhye*. Articulaba todo lo posible arrastrando la lengua, lo cual le hacía mucha gracia a su hija, que, de vez en cuando, corregía su pronunciación de las palabras en inglés. Cuando la anciana vio que todavía tenía las espinacas entre las manos, la regañó.

—¿Qué? ¿Todavía no has acabado con las espinacas? Hay que pasar ya a los brotes de soja. Se nota que normalmente solo sostienes un pincel. Los cuchillos no son lo tuyo. ¡No avanzas nada!

—Estoy yendo rápido. ¡Ay!

Retirando la nervadura de las espinacas, Munjeong se cortó el dedo. Una gota de sangre brotó de la yema.

—¡Ups! Espera aquí, voy a por una tirita.

—No hace falta. Si hago presión, dejará de sangrar.

Gumnam abrió enseguida el armario que había bajo el mostrador y sacó lo necesario para curar a su hija. Le pegó una tirita en el dedo.

—Ay, qué lástima verte la mano herida. Pobrecilla. ¿Ahora cómo vas a pintar?

Al oír la palabra *pintar*, a Munjeong le entraron de nuevo náuseas. El corazón le había dado un vuelco en el pecho. Últimamente, le bastaba con ver un cuadro para notar que el cuerpo se le hundía en el suelo. Notó que se mareaba y cerró los ojos. Hacía todo lo posible por que Gumnam no se enterara. En su cabeza, no dejaba de repetirse que todo iría bien. De repente, se abrió la puerta del restaurante. Era Saemal. Munjeong se sobresaltó al verlo, pero su madre la tranquilizó poniéndole las manos en los hombros.

—¿Tienes quinientos wones?

La dueña sabía que acudía a la hora de apertura cuando estaba sola por temor a molestar a los demás clientes. Saemal se sacó algo de la parka de color caqui. Era la cantidad que le había pedido.

—¡Vaya! ¿Por fin has ganado dinero? ¿Cómo lo has hecho?

Saemal vio una chispa de entusiasmo en los ojos de la septuagenaria. Abrió la boca dejando ver unos dientes amarillentos.

—Estaba en el suelo.

Saemal le dio el dinero. Todavía estaba caliente. Gumnam no pudo evitar sentir lástima por él. Seguro que llevaba los quinientos wones sujetos en la mano dentro del bolsillo por miedo a que alguien se los robara.

—Bueno... ¡Fingiremos que ha sido por trabajar! Espera aquí, voy a prepararte un dosirak. Ah, esta es mi hija. Es pintora en Nueva York.

—Buenos días —la saludó Saemal, avergonzado.

La mujer se contentó con responderle con un asentimiento. Gumnam se metió en la cocina y los dejó solos. Munjeong, aún con la tirita en el dedo, fue la primera en romper el silencio.

—¿Conoce *Big Issue*?

—¿*Big* qué?

—Es un periódico de servicio público. Es para las personas sin hogar. De hecho, ellos tienen el monopolio de venta con el objetivo de ayudarlos a recuperar su autonomía. Recibí una propuesta suya. Me pidieron que pintara una portada. Me he acordado al verle. ¿No le gustaría probar?

—¿Podría hacerlo?

—Sí. Un solo periódico le proporcionaría más de quinientos wones.

Gumnam plantó la oreja en la cocina mientras cogía aluminio y papel. ¿Por qué no se le había ocurrido antes? Su hija tenía respuesta para todo.

—Nadie querrá comprarme nada.

—¿Por qué? Inténtelo y ya verá.

Gumnam salió con una fiambra en las manos para dársela a Saemal.

—Tiene razón. Además, no cuesta nada. ¡Estoy segura de que puedes hacerlo!

Saemal no sabía cuál era la guarnición del día, pero el dosirak olía mucho a arroz. A Munjeong le volvieron las náuseas. Ya había vomitado en el mercado y, si volvía a pasarle, su madre acabaría sospechando algo. Tenía vértigo. Mientras estaba sumida en sus pensamientos, Saemal salió repitiendo en voz baja:

—*Big Issue*.

De vuelta en la cocina, Gumnam gritó:

—¡Ups!

Había olvidado darle un *sikhye* gratuito a Saemal. Munjeong aprovechó para cogerlo y salir a la calle.

Corrió hasta el final de la calle rodeada de pinos para sacar lo poco que tenía en el estómago. No podía quedarse más tiempo en el local. Cualquier olor a comida le provocaba náuseas. A ese ritmo, no tendría suficiente con los medicamentos que había llevado.

Alguien le dio un golpecito en la espalda. Se giró. Era Saemal.

—¿Ha bebido demasiado? Sé lo que es ese líquido verde. Aparece cuando alguien ha bebido tanto que le explota el estómago.

—No le diga nada a mi madre, por favor. Tome. El *sikhye* es para usted. A mi madre se le ha olvidado dárselo. ¡Y no olvide mirar lo de *Big Issue*!

Munjeong se incorporó limpiándose la boca con la manga y volvió a Manna Dosirak. Saemal parecía inquieto. De nuevo, repitió para sí mismo:

—*Big Issue*.

Munjeong volvió a casa con la excusa de que tenía que terminar la portada del número siguiente del periódico. Sintió que renacía. Como salía el olor de la comida que había en la nevera, abrió la ventana de par en par. Hacía frío, pero por fin estaba cómoda. Se tumbó en el suelo del salón. La lámpara parecía girar de nuevo sobre su cabeza, al igual que el día de su llegada. Cerró los ojos. Los recuerdos surgieron a la superficie.

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritó.

Las lágrimas le cayeron por las sienes y se le metieron en las orejas. Estaba mojada. Un sudor frío le cubría la columna vertebral. Fuera ya era de noche. Se había puesto el sol.

En ese instante, oyó que se abría la puerta. Era su madre. Llevaba una bolsa llena de pollo frito. Una vez más, tuvo que obligarse a soportar el olor.

—*I am back!* ¿Qué? ¿Otra vez has dormido aquí? Sí que tienes que estar cansada. Estaba segura de que no te apetecería sopa, así que he traído pollo frito. Necesitas carne para revitalizarte.

Gumnam fue hacia el armario perfectamente ordenado para dejar su chaqueta de aviador en el *styler*<sup>1</sup> y lo activó. Fue al salón vestida con unas mallas, una camiseta blanca de algodón y un delicado chaleco de flores.

Munjeong se refugió en el baño para recuperar el aliento y oyó decir a su madre:

—¿Has dormido con las ventanas abiertas? ¿Tan dormida estabas que no te has dado cuenta? Fuera hace frío, podrías ponerte enferma. ¡Este mes pagarás tú la factura del gas! ¡La calefacción sigue encendida!

Escupió en el inodoro y tiró de la cadena. El agua fue succionada con un ruido estrepitoso y volvió a ascender poco a poco. Deseó que alguien le sacara del mismo modo lo que tenía en el vientre. Se cogió la cabeza. No se oía nada fuera desde que Gumnam había sacado el pollo frito. Oyó unos pocos pasos y luego, nada. Desconcertada, abrió la puerta lentamente.

Entonces la vio con su caja de medicamentos en la mano y el rostro pálido.

—¿Qué es esto? —preguntó su madre, temblorosa.

—Nada.

—¡Deja de burlarte de mí! ¡Hay muchos medicamentos!

—Te aseguro que no es nada.

Al ver que su hija flaqueaba, insistió.

—Cuéntamelo todo. Sabes que puedes contarme cualquier cosa.

—Mi riñón y mi hígado... no están bien. Me dijeron que había desarrollado problemas de alimentación porque bebía demasiado sin comer bien. ¿Querías saber por qué no respondía a tus llamadas? Era porque estaba borracha o vomitando en el baño.

En ese instante, el olor del pollo le llegó a las fosas nasales. Le entraron arcadas de nuevo. No pudo más y devolvió ahí mismo.

—¡Munjeong!

Gumnam se sorprendió al ver el jugo gástrico verde que le salía por la boca.

—¡No te acerques! —le gritó.

Siguió vomitando todo lo que tenía, aunque no era gran cosa, aparte de los trozos de yuja del té que se había tomado al amanecer en casa de Jeongi.

—¡Munjeong!

—¡No te acerques, por favor!

La mujer juntó el líquido como si quisiera limpiarlo. Gumnam se apresuró a coger una toalla para secarle las manos a su hija, quien volvió a vomitar. El líquido le manchó la ropa, pero no se inmutó y siguió limpiando a Munjeong. Esta última intentaba empujarla gritándole que se apartara. La anciana le dio un abrazo a su hija.

—Hija mía, por Dios. Dime qué te pasa. Te escucho.

—Echaba mucho de menos a mi madre, mamá —sollozó la delgada Munjeong.

—Estoy aquí. Todo va bien. Voy a curarte, ya lo verás. Una madre puede curar todas las enfermedades de sus hijos.

Úlcera gástrica, cáncer de estómago, cáncer de hígado... Toda una retahíla de enfermedades se le pasaron a Gumnam por la cabeza, pero Munjeong negó con la cabeza.

—Tenía muchas ganas de ver a mi madre. Sé que no tendría que decirte esto y que te pondrás muy triste, pero no puedo más.

Necesito ver a mi verdadera madre. Ya no quiero pintar. ¡Detesto los pinceles y el olor de la pintura! ¡Me dan náuseas!

A Gumnam le dio un vuelco el corazón en el pecho. «Su verdadera madre». Esas palabras la destrozaron, pero no dijo nada porque, efectivamente, Munjeong no había pasado nueve meses en su vientre antes de nacer rodeada de dolor. No era su madre biológica. Munjeong se convirtió en su hija cuando ya tenía trece años.

—Tienes suerte. Tu hija es muy guapa, amable y buena en los estudios. Nadie puede competir con Munjeong —dijo Gumnam intentando servir comida para llevar en un centro comercial.

—¡Vaya si lo es! Para cubrir sus necesidades, tengo que trabajar duro. Me ha dicho que quiere ir a la universidad —se enorgulleció Sunyeong, la madre de Munjeong, que llevaba el mismo atuendo que Gumnam.

—Tienes que hacer todo lo posible por pagar los gastos de la matrícula. Hay que apoyar a los niños que quieren estudiar. Para mí fue muy complicado, como solo terminé la escuela elemental... Conseguí el graduado, pero hoy en día no tiene nada que ver. Ahora los estudios están muy bien. Si no hubiera perdido tanto tiempo en esa fábrica de termómetros, podría haber tenido una niña tan buena como la tuya.

—Puedes considerarla hija tuya, también. Te agradezco mucho todo lo que haces por ella. Le das dinero, le compras libros... Francamente, no tienes por qué.

—¿Y entonces qué hago? ¿Es mi sobrina o no? Por cierto, ¿cómo se dice *sobrina* en inglés? Siempre está repasando su vocabulario, hasta cuando espera a que el semáforo se ponga verde delante del

centro comercial. Es adorable que venga a buscarte cuando terminas de trabajar.

—Espero que tenga una buena vida, no como la mía —añadió Sunyeong echando col fermentada en una caja.

—¿Munjeong no se marcha de excursión escolar pasado mañana? Deberías acompañarla. Luego estarás varios días sin verla.

—Es cierto, pero trabajo por la mañana el día que se va.

—¿Y qué problema hay? —preguntó Gumnam encogiéndose de hombros—. Puedo cambiarte el turno, es mi día de descanso.

—¿No te importa? En ese caso, mañana te sustituyo y así aprovechas el día.

—¡Genial! Iré a ver una exposición en el museo que hay junto al palacio Deoksugung. ¡Me muero de ganas!

Al día siguiente, 29 de junio de 1995, el centro comercial se derrumbó. Sunyeong y su marido, con quien se llevaba tan bien que la acompañaba al trabajo, fueron aplastados por los escombros. No recuperaron su cuerpo hasta dos semanas más tarde. Munjeong nunca volvió a ver a su madre. Gumnam, que era compañera de Sunyeong, adoptó a la huérfana, que no tenía a dónde ir.

Eso hizo que rompiera con su novio de aquel entonces. Él había aceptado que Gumnam se hubiera quedado estéril por culpa de los productos químicos que manipulaba en la fábrica, pero le era imposible considerar adoptar una hija ya adolescente, así que ella le propuso romper. La consumía la culpa de haberle cambiado el día libre a Sunyeong y no podía abandonar a su hija. Ella tendría que haber estado en el edificio cuando se derrumbó. Incluso décadas después, el recuerdo seguía resultándole tremendamente doloroso.

Era uno de los motivos por los que había decidido criar a la niña como si fuera su propia hija, con mayor cariño aún que una madre.

Gumnam, quien solo mostraba su expresión radiante a Munjeong, decía por todas partes que tenía una hija preciosa y que no tenía celos de nadie. La niña sabía muy bien lo que sentía su madre adoptiva, así que abandonó su sueño de convertirse en arquitecta para evitar que los edificios se derrumbaran y cogió un pincel como Gumnam soñaba. Era una manera de agradecersele, lo mejor que podía hacer por esa mujer que la había adoptado y que siempre le estaba preparando *kimbap*.

Munjeong pintaba con furia. Exponía sus obras en Estados Unidos, un país que Gumnam admiraba, y llegó a casarse con un estadounidense medio. Era su modo de devolverle lo que le debía. Llevó a cabo su sueño, que consistía en acabar de pasar sus días en Estados Unidos, a costa de su propia vida.

Pero, un día, el sueño salió mal. El corazón empezó a pesarle tanto como una piedra en el estómago y le dolía tanto que no podía dormir por las noches. Al principio, el alcohol la ayudaba a dormir, pero luego su cuerpo se acostumbró. Necesitaba más. Cada vez que tenía que preparar una nueva exposición, se le aceleraba el ritmo cardíaco. Bebía una copa y luego otra hasta perder el conocimiento en la cama. Pronto, pasó a necesitar una botella entera para conseguir el mismo efecto. El médico le dio un diagnóstico: tenía los riñones y el hígado destrozados.

Por suerte, desde ese día, Munjeong aprendió a controlarse, pero seguía sufriendo de insomnio severo. Su cuerpo empezó a adelgazar poco a poco. Cuando tenía que preparar una exposición, se sentaba delante de un lienzo en blanco y trazaba líneas con gestos enérgicos, sin pensar. Era casi un desperdicio de material. Se decía que el público analizaría su obra como quisiera. ¿Acaso no era eso el arte?

Expresaba en el lienzo todo lo que no lograba decir y todo lo que prefería ocultar por miedo a que descubrieran que odiaba la pintura.

En ese estado mental, era normal que los colores estuvieran desordenados, que la armonía, el equilibrio y la uniformidad fueran un caos. El estilo de Munjeong había cambiado drásticamente. Tuvieron que anular la exposición porque no había pintado lienzos suficientes. También tuvo que indemnizar a la galería. Su marido, que siempre había sido su mayor apoyo, empezó a cansarse de sus desengaños físicos y mentales. La artista decidió huir de su vida y regresar a Corea del Sur. Se había convertido en un despojo devastado por un trastorno alimentario.

Gumnam lloraba. Se lamentaba con Munjeong en sus brazos. Las lágrimas le empapaban las mejillas.

—Tendrías que habérmelo dicho. ¡Nadie te pidió que vivieras la vida que a mí me habría gustado tener! —exclamó, desolada, al descubrir lo mucho que sufría Munjeong, que llevaba treinta años siendo su hija.

Esta sacó por fin todo lo que llevaba dentro.

—¡Nunca volveré a sentarme delante de un lienzo! Ya no quiero hacer nada, y menos sostener un pincel.

—Eso está muy bien. No te fuerces.

Munjeong negó con la cabeza para alejar a Gumnam, pero esta la abrazó con todas sus fuerzas.

—Vayamos a ver a tu madre. Vayamos juntas —murmuró acariciándole la espalda a su hija adoptiva.

La mujer acabó calmándose poco a poco.

—Lo siento —le dijo a Gumnam.

Era consciente de que soltar de repente todo lo que llevaba años acumulando le haría daño a su madre, pero esta estaba más preocupada por ella, como de costumbre.

—No tienes que disculparte por nada. Es culpa mía. No vuelvas a Estados Unidos si no quieres. Puedes vivir aquí, conmigo.

—Tendría que haber hecho realidad tu sueño, pero no puedo más. Lamento no ser capaz de sostener esta vida, lo lamento mucho, mamá. Además, por mi culpa, vives sola.

La piedra fría y enormemente pesada que tenía en el estómago había acabado cayendo y le había dado a Gumnam de paso. Había hundido a la septuagenaria en las profundidades del subsuelo. Ya no tenía energía, ni física ni mental. ¿Qué carga había depositado sobre los hombros de Munjeong sin ser consciente de ello? De repente, odiaba Nueva York y se le pasaron las ganas de ver la estatua de la Libertad. Por momentos, su cerebro parecía confundido, como si le hubiera fallado.

El coche rojo iba a toda velocidad por Chuncheon en dirección a Kangwon-do. Madre e hija llevaban gafas de sol con los cristales negros. Gumnam había colgado un cartel en la puerta de Manna Dosirak indicando que el pequeño restaurante estaba cerrado de manera excepcional y que regresaría pronto. A cambio, había dejado una caja bien decorada llena de pasteles de arroz dulces con calabaza y les proponía a sus clientes que se sirvieran libremente.

—¿Seguro que puedes cerrar el local? ¿Y si tus clientes se mueren de hambre?

—¿Cómo? ¡No puedo dejar a mi hija atrapada en una enfermedad que le impide alimentarse! Primero tengo que ocuparme de ti.

Gumnam pisó el acelerador cuando pasaron por delante de la gasolinera de Kapyeong. Conducía en dirección al mar, al lugar en el que Munjeong se había despedido de sus padres cuando tenía trece años.

Tras recorrer la autopista de Chuncheon, la conductora llegó a la de Yangyang y atravesó varios túneles. En la salida, cada paisaje que recorrían era más invernal que el anterior. A pesar de que era principios de primavera, la nieve permanecía intacta en las cimas de las montañas. La anciana ya llevaba tres horas conduciendo sin descansar. Le dolía la espalda, pero no se detuvo. Quería llegar al mar cuanto antes, al lugar en el que reposaban los padres de Munjeong, donde rompían las olas sin cesar.

Los limpiaparabrisas se activaron de manera automática. Había empezado a llover. A pesar de que el cielo estaba despejado, caía una fina lluvia. Un arcoíris se dibujó a lo largo de la costa justo antes de que el vehículo saliera a Seorak-ro.

Gumnam tomó la palabra.

—¡Mira, Munjeong! ¡Un arcoíris!

Su hija, con la cabeza apoyada en la ventana, se fijó. Sonrió.

—¡Solo tenemos que intentar alcanzarlo! ¡Vamos!

Estaba muy agradecida con su madre adoptiva porque se comportaba como si no hubiera sucedido nada el día anterior. Pasara lo que pasara, sabía que seguiría amándola con todo su corazón. Dijera lo que dijera, al día siguiente, estaría ahí para prepararle una comida caliente y añadirle guarnición mientras comía. Ella era su familia. A Munjeong se le acumularon las lágrimas en los ojos. Se sentía culpable y se arrepentía de haberle confesado lo que le oprimía el corazón.

—Solo queda media hora. Hemos llegado pronto. ¿Tienes ham...? Eh... Pensemos qué comer —propuso Gumnam con las manos en el

volante, vestida con un abrigo beis y un pañuelo de seda.

Por culpa del dolor de espalda, se sentaba aún más erguida que de costumbre. Unos minutos después, vio un cartel que decía: «Playa Hwajinpo». Era un día de entre semana de temporada baja, así que el aparcamiento estaba vacío. Solo había una autocaravana. Las dos mujeres salieron del coche.

Atravesaron una densa pineda y recorrieron un camino lleno de piñas dejando sus huellas marcadas en la arena hasta que vieron la playa. Se trataba de un punto situado en el extremo norte de la costa este. Los granos de arena blanca y fina, acumulada durante milenios gracias al roce de las conchas contra las rocas, eran tan delicados y ligeros que se los llevaba el viento. El olor a mar les invadió las fosas nasales. Tras unos pasos más, oyeron las olas que rompían contra la costa.

—Ve. Llámalos. Diles que has venido a verlos —la animó Gumnam.

Munjeong corrió hacia el agua con sus botas beis acolchadas. Cuando llegó a la arena mojada, se puso las manos delante de la cara y gritó:

—¡Mamá!

Silencio.

—¡Mamá!

No hubo respuesta. Solo se oía el murmullo incansable de las olas. Daba lo mismo, se sentía aliviada. Llamar a su madre con todas sus fuerzas ante el inmenso mar azul, cuyo color se confundía con el del cielo, le había sentado bien. Tenía la impresión de dirigirse al mismo tiempo a la madre que descansaba en el cielo y a Gumnam, que esperaba a su lado.

Munjeong gritó de todo a pleno pulmón. Lloraba con lágrimas ardientes llamando a los padres de los que se había despedido

esparciendo sus cenizas en ese mismo lugar, treinta años antes. Las olas se llevaban sus lamentaciones.

Cuando era pequeña, solía acudir a ese lugar con su madre biológica y se tumbaban en la arena a contemplar las estrellas. Aspiraban el olor de la tierra natal de su madre mezclado con un aroma a quemado que no sabían si era de leña o de residuos incinerados. Recuerdos olvidados flotaron hasta la superficie. Su madre había insistido en que esparcieran sus cenizas por la costa después de su muerte. ¿Por qué quería disfrutar del descanso eterno en el lugar en el que Munjeong había vivido sus mejores momentos con ella? A veces, le guardaba rencor por ese motivo. Pero acababa de comprender que era un modo de decirle que la visitara a menudo, que llorara si tenía ganas, que lavara su dolor y rememorara los mejores momentos. Su madre había hecho que ese lugar se convirtiera en un refugio para ella.

Gumnam, que se había quedado atrás, juntó las manos, cerró los ojos y rezó por que Munjeong fuera feliz. Se acordó de todos los momentos que a partir de entonces le harían sentir culpa: del día que la había felicitado por ganar un concurso de pintura, de la vez que le había comprado unos pinceles muy caros, de cada ocasión en la que le había insistido en que no dudara en pedirle material cuando lo necesitara, del viaje a Los Ángeles en el que había llorado delante de los cuadros de su hija... Lamentaba mucho pensar en todos esos instantes que habían conseguido aumentar el resentimiento de su hija. Quería llorar, pero se tragó las lágrimas.

—Sunyeong... Perdóname —murmuró.

Munjeong regresó al cabo de un largo rato. Con el rostro relajado, cogió a Gumnam del brazo. Madre e hija pasearon juntas por la

arena mojada con las gafas de sol en la cabeza. Gumnam se quitó las zapatillas y las cogió con la mano. El agua se le metía entre los dedos de los pies y se retiraba acariciando la costa. En el meñique, la flor de huevo aguantaba. El pañuelo de seda de color naranja con motivos dorados se alzó con el viento.

—Qué bonito que lleves pintado el meñique del pie. ¿Sabes? Cada vez que te lo veía, me daba lástima —confesó Munjeong.

—Sí que es bonito, sí —respondió Gumnam recolocándole el cabello despeinado a su hija.

Al rato, condujeron en dirección a Sokcho, donde habían reservado una habitación para pasar la noche en la zona. Al acercarse a la playa, una enorme noria apareció en el parabrisas. Giraba de arriba abajo, del mar hacia el cielo.

—¡Venga, vamos a subir! —exclamó Munjeong señalando la atracción con el dedo.

Como conducía ella, aparcó el coche cerca de la taquilla.

El vendedor le preguntó si estaba segura de subir a la noria con su edad, pero la anciana estaba decidida y no le daban miedo las alturas. De todas formas, lo único que hacía esa máquina era subir y bajar. La edad no cambiaría nada. Ayudada por Munjeong, subió a una de las cabinas y su hija se sentó a su lado. Una vez dentro, la atracción daba la sensación de girar más rápido de lo que parecía desde fuera.

Salía música clásica de los altavoces. Gumnam presumió de saber lo que estaba escuchando.

—Es el *Canon* de Pachelbel —reconoció Munjeong.

—¿Habrías preferido estudiar música en lugar de artes plásticas? —preguntó Gumnam con precaución.

Negó con la cabeza.

—Quería convertirme en arquitecta para construir edificios sólidos y no como esa chatarra gigante que mató a mamá y papá.

—Aún estás a tiempo.

—Sí, pero...

—Pero ¿qué?

Gumnam le cogió la mano a su hija, que se había quedado callada.

—Creo que todo eso eran excusas. De repente, me han entrado ganas de pintar el mar que se extiende bajo nuestros pies.

Munjeong miró por la ventana de la cabina. La línea del horizonte era casi invisible y daba la sensación de que el mar se fundía con el cielo. Sin decir nada, Gumnam le sostuvo la mano con firmeza.

—No hace falta que te fuerces. Una vida es demasiado poco tiempo para amarse. También es demasiado corta para hacer y comer todo lo que queremos.

—No me fuerzo. Solo he cambiado de opinión.

Munjeong, que soltó una risilla, vio que su madre derramaba lágrimas. Una de ellas le resbaló por la mejilla y le cayó en la mano.

—Mamá, tengo hambre —afirmó apoyando la cabeza en el hombro de la que se había convertido en su madre.

La anciana por fin dejó escapar un suspiro de alivio.

Compraron varios ingredientes en el mercado central de la ciudad y se dirigieron al albergue. Gracias al ventanal, oían las olas perfectamente. La habitación estaba equipada con todo tipo de utensilios de cocina. Gumnam preparó un *bibimbap* para su hija, que decía que le apetecía. Cocinó las lonchas de ternera en la sartén, blanqueó las espinacas y los helechos e hirvió los brotes de soja solo

unos segundos para que no dejaran de estar crujientes. Lamentó no tener su aceite de sésamo salado y la pasta de chile casera a base de ternera, pero el aroma era igualmente sabroso, al mismo tiempo dulce, especiado y umami. Sirvió las espinacas, los helechos y los champiñones en aceite con los brotes de soja y las rodajas de calabacín sobre el arroz condimentado con piñones. Colocó encima la carne, así como un huevo frito con la yema todavía líquida.

Sonrió, porque le hizo pensar en el que tenía en el dedo. Añadió una cucharada de pasta de chile y aceite de sésamo y lo removi6 todo. Unas pocas semillas de sésamo para el toque final y estuvo terminado. Munjeong se sentó a la mesa con una cuchara en la mano y esbozó una sonrisa. Gumnam se sintió aliviada y suspiró de nuevo porque le daba miedo que su hija se obligara a comer sin apetito.

Con ayuda del cubierto, Munjeong explotó la yema del huevo, la mezcló y tomó una cucharada. Masticó lentamente y tragó.

—¡Está bueno!

—Pues claro, lo he hecho yo. Nunca fallo ningún plato, lo sabes mejor que nadie.

Esta vez, Gumnam se tranquilizó por completo. Las dos mujeres sonreían radiantes de felicidad. O, más bien, lloraban de felicidad.

Por la noche, a la hora en la que una delgada media luna se elevaba en el cielo, llegaron los clientes a Manna Dosirak. Al ver el cartel que indicaba que estaba cerrado temporalmente, dieron media vuelta. Por supuesto, todos cogieron un pastel de arroz antes de marcharse. Era propio de Gumnam ocuparse tan bien de sus clientes incluso cuando tenía el establecimiento cerrado. Todos notaron la calidez de esa mujer que temía obligarlos a marcharse con el est6mago vacío.

Cuando solo quedaban unos pocos pasteles, llegó Haeyeong a la puerta con la barriga redonda y no se sirvió ninguno para que los clientes que llegaran después pudieran comer. Shinpung hizo lo mismo. A la hora de marcharse, vio a Heungmin, quien esperaba tan recto y orgulloso como él.

—¡Heungmin! Coge pasteles de arroz. Ya te los comerás en casa.

El adolescente se negó.

—Toma, cógelos.

—No pasa nada, puedo comer ramen instantáneo en el teatro —dijo Shinpung, como si quisiera hacerle un favor.

—He quedado con Minsu dentro de un rato, comeré con él.

—¿Minsu?

—Sí, es mi mejor amigo.

Sorprendido, Shinpung le puso las manos en los hombros al muchacho, visiblemente contento.

—¿Vas al instituto de Hyehwa-dong?

—Sí, ¿por?

—Bueno, el Minsu del que hablas es mi hermano pequeño. ¿Tu amigo es todos los años el mejor de su promoción?

—Eso quiere decir que tú eres el hermano al que sus padres echaron de casa porque abandonó la Facultad de Derecho para convertirse en actor.

—No me echaron, me fui yo con mucho gusto. Es lo que se llama «independizarse», ¿entendido?

Shinpung fanfarroneaba tanto como Minsu. Heungmin se dijo que en algo se tenía que notar que eran hermanos.

—¡Veo que tenéis una buena amistad a mis espaldas! Toma, cómprate algo para comer. Es la paga —añadió Shinpung con un tono que no tenía nada que envidiar a un personaje de anime.

Se sacó el dinero del bolsillo, se lo entregó a Heungmin, le dio una palmadita en el hombro y se marchó.

El joven abrió la mano. Había dos billetes de mil wones. Estaba confuso, había muy poco dinero para comprar nada. De repente, apareció Haeyeong con cajas de mandarinas en ambos brazos.

—Le ayudo, pesará mucho. ¿Vuelve a su casa?

—¡Heungmin! Puedes dejarlas aquí. No tenía pensado llevármelas.

La enfermera había comprado la fruta para darle las gracias a Gumnam y compartirla con los clientes. Abundaba la comida en la puerta.

—Los pasteles de arroz dan sed. Es mejor comérselos con mandarinas, ¿no te lo parece? Además, tienen mucha vitamina C —añadió con una sonrisa tendiéndole dos piezas de fruta a Heungmin.

El chico se las guardó en el bolsillo del pantalón y pensó en darle una a Minsu cuando lo viera. Por supuesto, comprarían también algo para compartir. Cuando los dos se marcharon, Jeongi bajó del camión de Eunseok con Odeuli en los brazos.

—Está cerrado. ¿Se habrá puesto enferma Gumnam?

—¡Nam! ¡Nam! —balbuceó la bebé.

Jeongi rio a carcajadas al ver que su hija intentaba pronunciar el nombre de su abuela adoptiva. Eunseok la imitó. Al ver los pasteles de arroz y las frutas, Jeongi no pudo quedarse quieta. Fue al supermercado más cercano para comprar yogur líquido, sin olvidar las pajitas amarillas. Mientras tanto, Eunseok fue al gallinero a por una caja de huevos.

Pasteles de arroz hechos por Gumnam, tres kilos de mandarinas, decenas de yogures líquidos y huevos duros. Gracias a los generosos clientes de la casa de comidas, Manna Dosirak se había convertido en un lugar aún más acogedor de lo que ya era.

Gumnam y Munjeong, tumbadas en la cama bajo la colcha, miraban el techo.

—¿Crees que habrán comido? Espero que no les ruja el estómago toda la noche porque el local estaba cerrado.

Gumnam suspiró.

—Me gustaría saber algo.

—¿El qué?

—¿Por qué llamaste al negocio Manna Dosirak? Ahora que lo pienso, no te lo he preguntado nunca.

—Porque *manna* tiene dos significados. Pronuncia la palabra dos veces para comprenderlo.

—«Manna», «manna» —repitió Munjeong mirando al techo, donde se dibujaban sombras bajo la luz amarilla de la lámpara.

—¿Y bien? Se puede decir *manna* en el sentido de «reunirse» o *manna* en el sentido de «delicioso». Para mí, significa reunirse para comer.

—«Manna...». Está bien elegido.

Gumnam se giró de lado hacia Munjeong.

—¿Crees que se habrán quedado sin cenar?

—Mamá, no eres la única que prepara fiambreras. ¡Las venden hasta en los supermercados! Y no solo están buenas, sino que son baratas, permiten acumular puntos de fidelidad e incluso aplicar descuentos. La última vez probé uno de tus platos porque me lo pediste, pero estaba algo salado. A este ritmo, perderás clientes. Deberías contenerte. Por cierto, también me han hablado de Hyeja Dosirak. Al parecer, las raciones son muy generosas y está muy bien.

—Munjeong rio.

—¿De verdad tienes que hablar de Hyeja? Es mi rival en estos momentos. Me dan igual las ventajas, nadie puede igualar el sabor

de mis platos. Además, me niego a que mis clientes se mueran de hambre. Tendría que haber preparado más pasteles de arroz.

Gumnam apartó la colcha, inquieta.

—De hecho, en cuanto a Saemal...

—¡Pobre! Siempre está buscando quinientos wones por el suelo, a pesar de que hace un frío de mil demonios.

Gumnam solo había cerrado un día, pero no dejaba de pensar en sus clientes cada vez que se daba la vuelta en la cama.

—Le iría bien si intentara vender periódicos.

Gumnam la abrazó y le dijo:

—Yo creo que a ti te iría bien si hicieras con tu vida lo que realmente quieres.

Munjeong sintió que el viento se colaba entre los brazos de Gumnam. No la brisa primaveral, sino un frío intenso, un viento tan helado que dolía. Se pegó contra ella para calentarla. Al acurrucarse a su lado, recordó el mar sin horizonte que se fundía con el cielo. El paisaje se le había quedado grabado en la cabeza. Durante todos esos años, había vagado entre su madre biológica y su madre adoptiva igual que Saemal vagaba por las calles sin domicilio fijo. De repente, le entraron ganas de pintar, de poner azul cobalto en una paleta. Añadiría una gota de agua y la mezclaría con blanco. Soñaba con extender ese magnífico color todavía desconocido por el mundo sobre un lienzo.

5

See you again

Al amanecer, la campanilla colgada en la puerta de Manna Dosirak sonó. Gumnam solo había estado ausente dos días, pero sentía que se encontraba en un lugar desconocido. ¿Cómo se le podían haber hecho tan largos dos días? La temperatura había bajado bruscamente. Si bien la semana anterior parecía que el invierno iba a dar paso a la primavera, ese día había regresado. Las temperaturas habían descendido bajo cero, por lo que había que tener cuidado con las placas de hielo.

La anciana permaneció de pie frente al espejo. Se colocó el cabello blanco detrás de las orejas y se vio con claridad las arrugas cerca de la boca. Giró la cabeza para mirarse las mejillas. Sorprendentemente, estaban igual. Sonrió con tristeza. ¿Cuándo había llegado la vejez? ¿Cuándo el tiempo le había robado su juventud? Sin embargo, por dentro, seguía siendo la misma mujer

joven. Entrecerró los ojos brillantes. Estaban llorosos. Sonrió de nuevo para darse fuerza.

—*Have a nice day*, Gumnam.

Una vez terminado el saludo, entró en la cocina.

Como siempre, lavó el arroz escuchando *Moon River*. Lo frotaba con las anchas palmas de sus manos. Lavó la col, la lechuga, las zanahorias y los brotes para la ensalada. Las minúsculas hojas, del tamaño de la uña de un recién nacido, tenían algo tierno y conmovedor. Le recordaron a Odeuli. ¡Sus manos eran tan pequeñas! ¿Qué objeto agarraría el día de su primer cumpleaños? Sonrió, sacó la tabla de madera y colocó en ella las zanahorias, que partió en dos antes de picarlas finamente. De repente, se acordó del rostro de Heungmin cuando decía que no le gustaban esas verduras naranjas.

—Los trozos son demasiado grandes para él. No, en cualquier caso, las quiera o no, tiene que comérselas. ¡Son buenas para los ojos! —afirmó en voz alta.

Soltó una carcajada. Los brotes le recordaban a Odeuli, las zanahorias a Heungmin y la col a Haeyeong, que no podía comer nada por culpa de las náuseas, salvo las tortitas de kimchi de Gumnam.

—Los echo de menos a todos. ¿Vendrán esta noche?

Sus pupilas oscuras brillaron con un destello intenso.

Saemal, de pie ante la puerta de Manna Dosirak, manoseaba algo en su bolsillo. Su parka verde y desgastada estaba pasada de moda, pero le tenía cariño porque lo había acompañado durante todo el tiempo que había pasado viviendo en la calle. No sabía si abrir la puerta, y terminó por sacar el papel que tenía en el bolsillo. Se

trataba del mensaje escrito por Gumnam que había encontrado en el interior de la fiambarrera que le había dado a cambio de quinientos wones.

*He vivido lo suficiente para saber que hay un montón de puertas en el mundo. La diferencia entre todos nosotros es que cada uno decide abrir unas y mantener otras cerradas. Nada más. Pero ¿sabes qué? Estoy segura de que no hay puertas automáticas. Hay que empujarlas todas. Intenta abrir la tuya. ¡Ánimo! «See you again!».*

Saemal recuperó la calma al leer el mensaje y sintió que oía la voz de Gumnam. Llevaba un año durmiendo en la estación de metro de Hyehwa-dong y conocía Manna Dosirak desde entonces. Por lo general, pasaba por el pequeño restaurante una vez cada dos días, pero ese día estaba especialmente estresado. Quizá porque había tomado nuevas decisiones.

Empujó la puerta con convicción. El ruido hizo salir a Gumnam de la cocina. Llevaba un vestido de algodón con un precioso estampado de flores, como siempre. La mano le temblaba mientras el muchacho balbuceaba.

—Señora, voy a intentar abrir mi propia puerta. He decidido lanzarme... a vender periódicos.

Había cerrado los ojos, pero volvió a abrirlos para observar la reacción de su interlocutora. Estaba impaciente, como un niño que espera un cumplido. Gumnam lo miró de arriba abajo, y cuando sus miradas se cruzaron, Saemal sintió un escalofrío.

—¿Quién es usted? —preguntó ella, como si lo estuviera viendo por primera vez.

Saemal no consiguió articular las palabras.

—Aún no he abierto. Apenas estoy lavando el arroz, así que no tengo nada a la venta.

—Pero...

—¿No me diga que viene a pedir limosna?

Saemal quedó desconcertado al escuchar a Gumnam hablar de una manera tan incomprensible.

—¡Señora!

Gumnam observó de nuevo el atuendo de Saemal.

—Escuche, soy la dueña de este lugar, pero no regalo nada. Deme quinientos wones y le daré un dosirak. Trabaje para ganar ese dinero, ¿de acuerdo? *Have a nice day!* —le dijo, tal y como la primera vez que se habían conocido.

Lo despidió con un gesto de la mano y regresó a la cocina.

—¡Pero..., señora!

La mano de Saemal temblaba. El papel que sostenía hasta entonces cayó al suelo. Se agachó para recogerlo y metérselo en el bolsillo antes de salir del local.

¿Con quién debía hablar de lo que acababa de vivir? Gumnam ya no se acordaba de él, a pesar de que se habían visto unos días antes. Esto no era normal. La anciana tenía los mismos síntomas que su madre, quien había desarrollado demencia tras colapsar porque su empresa había quebrado. Después de aquello, los agentes judiciales habían ido a pegar numerosos papeles rojos por toda la casa para indicar los objetos que serían embargados. ¿A quién podía avisar? Saemal no tenía la menor idea. Además, con ese aspecto, todo el mundo lo evitaba como si no fuera más que una paloma sucia. De repente, se acordó de Munjeong. Tenía que contárselo, pero ¿dónde podía encontrarla? Saemal no paraba de dar vueltas frente a la casa de comidas para mirar a través de la puerta acristalada, pero Gumnam no se movía de la cocina. Era su oportunidad.

Inquieto, se prometió avisar a su hija en cuanto la viera y se marchó recorriendo los callejones del barrio.

El escaparate se vació de sus dosiraks antes de las nueve de la mañana. Todas las fiambreras provistas de pato ahumado, verduras diversas y una salsa de miel y mostaza se habían vendido. Gumnam respiró hondo y fue a sentarse en el comedor para descansar un breve instante antes de empezar a preparar los platos del mediodía. Sintió que el sueño la vencía. ¿Por qué estaba tan somnolienta? Bostezó, sacudió la cabeza y abrió mucho los ojos para despertarse. En ese momento, Munjeong entró.

—Mamá. Soy yo. Vaya, ¿ya no te queda nada?

—No, lo he vendido todo. Es porque mis dosiraks están buenos. ¿Tu reunión ha ido bien?

—Sí, hemos acordado unas pinturas que representen el mar. ¿Ha pasado ya Saemal?

Cuando Gumnam vio a Munjeong toda sonriente y con una bufanda de cachemira rosa alrededor del cuello, pensó instintivamente en Sunyeong. Cuantos más años cumplía, más se le parecía.

—No, no se ha dejado ver. ¿Tenía que venir?

—Quería saber si se había decidido a vender periódicos.

—¿Te apetece un café? —preguntó Gumnam, bostezando de nuevo.

—¿Quieres que vaya a comprar unos americanos?

—No, hoy me apetece más un café con leche para mojar una galleta.

—¿Qué te pasa? Creía que solo tomabas cafés largos.

—Digamos que... Nada, olvídalo.

Gumnam estuvo a punto de evocar los momentos en que se tomaba un microdescanso con Sunyeong en los grandes almacenes para beber café soluble, pero se contuvo.

—Venga, dímelo. Sabes que detesto que hagas eso.

—¿Y si lo que iba a decir no te gustara? Además, ini siquiera pagas alquiler a pesar de que duermes en mi casa!

Munjeong abrió los ojos de par en par.

—¡Pero si solo me voy a quedar un mes! Te prometo que seré una excelente guía cuando vengas a verme a Nueva York. Podemos decir que es una forma de compensártelo, ¿no?

—De acuerdo. Pero ¿qué haré con el negocio si voy? ¿De verdad puedo cerrar durante un mes? Mis clientes se morirán de hambre.

—¡Mamá! Ya te he dicho que no eres la única que vende dosiraks.

—¡Y yo ya te he dicho que nadie puede igualar mi talento culinario! Quédate aquí, voy a comprar café soluble y galletas. Me apetecen mucho.

Gumnam dejó su delantal y su bandana sobre la mesa, cogió dos billetes de cinco mil wones y se dispuso a salir sin siquiera ponerse el abrigo. Munjeong la detuvo.

—¡Te vas a resfriar! Abrígate más.

—Es justo aquí al lado. No me voy a resfriar por caminar unos metros. *No problem.*

Gumnam, que había salido con la certeza de que todo iría bien, todavía no había regresado al cabo de una hora, ni tampoco después de dos.

Munjeong fue al supermercado, pero la anciana no estaba allí. Por si acaso, fue a todas las verdulerías, supermercados y tiendas del barrio, pero nadie había visto a su madre. ¿A dónde había podido ir? Se angustió aún más porque el teléfono de Gumnam se había

quedado sobre el mostrador del local. Por lo general, nunca se lo dejaba con el pretexto de tomar fotos y vídeos para su videoblog.

Dos horas después, Munjeong decidió que debía informar a la policía de la desaparición.

De pronto, Saemal entró en Manna Dosirak.

—Me alegro de que esté aquí —dijo antes de que la mujer tuviera tiempo de saludarlo.

—¿Me estaba buscando?

—¿Su madre no está aquí? —le preguntó a Munjeong, que apretó los puños nerviosa.

—No, me ha dicho que se iba a comprar café soluble, pero todavía no ha vuelto. Me vuelve loca, hasta se ha dejado el móvil aquí —respondió peinándose el flequillo hacia atrás.

—Tiene que avisar a la policía.

—¿Perdón?

—Creo que padece demencia. Tiene los mismos síntomas que mi madre. No...

—¿Quiere decir que olvida cosas? ¿Mi madre?

Munjeong sentía que acababa de recibir un balazo en el pecho. ¿Cómo era posible que ya se hubiera vuelto senil? Miró de reojo a Saemal, que tenía la mirada perdida.

—Cuando he venido esta mañana, no me ha reconocido. Me ha hablado como si no nos conociéramos.

Al escuchar estas palabras, tuvo la sensación de recibir un puñetazo. Una niebla le invadió la mente. ¿Estaba Gumnam de verdad enferma? ¿Hasta qué punto? ¿Desde cuándo? ¿Por qué no se había dado cuenta? ¿Dónde podía estar?

Sin esperar más, llamó a emergencias. En el momento en que iba a pulsar la tecla verde para llamar, la puerta se abrió. Era Jeongi, acompañada de Odeuli y de Eunseok.

—¡Hola! ¿Está Gumnam? —preguntó la joven, con el cabello alborotado.

Instintivamente, supo que algo había sucedido. Al percibir la tensión en el aire, apoyó la cabeza en el rostro de su hija. Gumnam, que siempre estaba sonriente detrás de su mostrador lleno a reventar de dosiraks, no estaba. La música pop que salía de los altavoces también había cesado. Lo peor era que no salía olor a comida de la cocina.

Eunseok sintió de inmediato la ansiedad de Jeongi, y Odeuli se puso a llorar como para pedir que encontraran a la abuela perdida.

—¿Dónde está Gumnam? —terminó por preguntar Jeongi con voz temblorosa.

—Esperad, primero debo avisar a la policía.

Munjeong presionó la tecla verde del móvil para llamar y denunciar la desaparición de su madre.

—Nombre: Jeong Gumnam. Edad: setenta y tres años. Ropa: vestido blanco con estampado de flores. Particularidades: cabello blanco recogido en un moño. Suele llevar pequeñas perlas en las orejas. Probablemente ha desaparecido en Hyehwa-dong.

Al escuchar al policía repetir las indicaciones, Jeongi se sintió mareada. Eunseok le hizo otra pregunta a Munjeong:

—¿La jefa se ha perdido en el barrio?

—Creo que padece demencia. Esta mañana no me ha reconocido, a pesar de que vengo desde hace un año —le explicó Saemal.

—Imposible. Me escribió ayer para decirme que la flor que le había dibujado en el dedo meñique del pie se estaba borrando y que tenía que venir hoy para volvérsela a hacer.

—A mí también. Me llamó para decirme que no hacía falta que le trajera huevos. ¿Está seguro de que no lo reconoció?

—Es normal. La demencia va y viene. A veces uno se acuerda, a veces no. Aunque, si ya está al nivel de no saber quién soy, estoy seguro de que esto no es algo nuevo. ¿Nunca habéis visto nada extraño? ¿Tiene lagunas de memoria? ¿Pasea por la noche?

Jeongi no podía quedarse callada. Así que ¿eso era lo que se sentía cuando todo se desmoronaba? Con los ojos rojos, afirmó con franqueza:

—Cuando estaba en su casa, a veces se iba a pasear. Pensaba que se iba a rezar, porque oía abrirse la puerta principal. Un día me la crucé cuando volvía de una oración matutina, así que creía que era su rutina.

—Yo también la he oído salir alguna vez desde que estoy en su casa —añadió Munjeong con la mano temblorosa.

—Voy a intentar encontrarla. Quedaos aquí, quizá regrese por sí misma —propuso Eunseok mientras salía del pequeño restaurante seguido por Saemal.

—No es posible. ¿Cómo va a padecer demencia? ¡Mi madre no se merece esto! ¿Y qué pasa con Nueva York, entonces? ¿No verá la estatua de la Libertad? —preguntó con una sonrisa amarga en los labios mientras ríos de lágrimas le brotaban de los ojos.

—Estoy segura de que está bien. No hay anciana más increíble que ella. No es nada. Quizá le haya surgido una urgencia. Por eso no ha vuelto aún —intentó tranquilizarla Jeongi, que también tenía los ojos llorosos.

—Todo es culpa mía. Yo soy la culpable.

Munjeong golpeó el suelo con el puño mientras sollozaba. Su cuerpo, ya de por sí frágil, parecía desvanecerse cada vez más. Jeongi, con su bebé en brazos, le acarició la espalda mientras contenía las lágrimas para que no la viera llorar.

Gumnam no regresó. La policía no volvió a llamar a Munjeong. Ni Saemal ni Eunseok daban noticias.

Al atardecer llegaron algunos clientes, pero al ver el escaparate vacío dieron media vuelta. Heungmin apareció después de sus clases de refuerzo acompañado de Haeyeong. Al ver el miedo que se había apoderado del rostro de las dos mujeres, ambos comprendieron que algo no iba bien. El joven abrió la puerta de golpe y se precipitó hacia el exterior al enterarse de la desaparición de su abuela adoptiva. A pesar de que solía ser muy tímido, ahora gritaba el nombre de Gumnam por todo el barrio.

—¡Gumnam! ¡Gumnam!

Haeyeong también salió. Aceleró el paso sosteniéndose el vientre para hablar con la vendedora de pasteles de arroz. Desgraciadamente, a esa hora ya no estaba en su lugar habitual. Habló con todas las personas del barrio que conocían a Gumnam, pero nadie la había visto, ni siquiera la tarotista.

En cuanto se enteró de la noticia, Shinpung también dejó de lado la venta de sus entradas de teatro para buscar por el barrio. El recuerdo de Gumnam, que le servía *sikhye* mientras le decía que no había nada más noble que seguir sus sueños cada vez que fracasaba en una audición, estaba grabado en su mente. Caminaba más rápido que nadie y se detenía ante cada peatón para preguntar si la había visto. Sin embargo, la respuesta era siempre la misma. Nadie había visto a la anciana.

Jeongi, que ya no podía quedarse quieta, salió al frío invernal con Odeuli en brazos para ir en su busca. Caminó desde Manna Dosirak hasta la estación de metro bordeando el callejón flanqueado de pinos y luego se dirigió al parque Marronnier. Gumnam la había sacado de la oscuridad en varias ocasiones para mostrarle la luz.

—¡Gumnam! ¿Dónde está? He venido a dibujarle flores en los pies. ¿Dónde se ha metido?

Su voz se quebró en un sollozo.

Eunseok también aceleró el paso entre los edificios de ladrillo rojo.

—¡Jeongi! Hace frío. Vuelve a un lugar cálido. Yo seguiré buscándola.

—No tengo nada de frío. Gumnam ha salido sin abrigo. Ni siquiera iba vestida con ropa de invierno. Sé cómo es su vestido. Tiene margaritas bordadas en la tela. Le dije que se parecían a la flor de huevo que tenía en el dedo del pie. No es una prenda nada apta para el invierno. Debe de estar helándose de frío —explicó con la voz temblorosa.

A Eunseok se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Dios mío, ¿dónde puede estar?

Los móviles de Jeongi y Eunseok vibraron.

Era un mensaje urgente para anunciar una desaparición.

Policía de Jung-gu: Jeong Gumnam, mujer de 73 años, ha desaparecido en Hyehwa-dong. Mide 1,63 metros, pesa 45 kg, lleva un vestido blanco, zapatos beis, y tiene el pelo blanco y recogido en un moño.

El SMS se había enviado automáticamente tras cierto tiempo sin encontrarla. Eunseok recuperó la esperanza. Jeongi miró a la gente en el parque, pero nadie se puso a buscar como ellos, ni siquiera después de haber leído el mensaje.

Jeongi oyó a un hombre con los auriculares metidos en las orejas quejarse en voz alta de que un mensaje había interrumpido su música. Corrió hacia él.

—¿Te molesta? ¿Reaccionarías así si tu abuela hubiera desaparecido? ¿También te quejarías si alguien a quien quieres se

perdiera con este frío?

El desconocido, sorprendido, empujó a Jeongi. Visiblemente enfadado, Eunseok lo asesinó con la mirada y la ayudó a levantarse.

Los peatones que habían ignorado el SMS se habían acercado a observar la disputa. Jeongi gritó en dirección a toda esa gente que emitía un barullo incesante.

—Miren mejor a su alrededor y busquen a una anciana con un vestido blanco. Tiene el pelo blanco y recogido en un moño. Presten un poco de atención, por favor.

En sus brazos, Odeuli se puso a llorar al notar su corazón latiendo a toda velocidad.

A la una de la madrugada, la policía anunció que tal vez se trataba de una huida, ya que ningún médico había emitido un diagnóstico de demencia, y que era mejor esperar. Era cierto, así que Munjeong decidió armarse de paciencia.

Munjeong, que se había quedado en el local por si acaso, se sentía culpable. Pensaba que todo era culpa suya, que su enfermedad había empeorado por el susto que le había dado. Rezó por su regreso.

¡Ding, dong!

La puerta se abrió y entraron Saemal y Shinpung, que habían estado todo el día recorriendo el barrio en busca de Gumnam y parecían agotados. Negaron con la cabeza sin decir una palabra. Pronto regresaron todos: Haeyeong, Heungmin, Jeongi y Eunseok, con el mismo miedo reflejado en el rostro.

—¿Podría estar en algún lugar en el que no hayamos pensado? Aunque sea lejos. ¿O quizá en algún sitio del que suele hablar? ¿En algún lugar al que le apetecía ir?

Las miradas se dirigieron hacia Eunseok. Todos reflexionaron.

—Chungcheong del Sur está demasiado lejos. Es imposible que vaya todas las noches. Allí es donde está su pueblo natal —respondió Munjeong, que quería aferrarse al más mínimo rayo de esperanza, aunque su razonamiento no tuviera sentido.

—Una vez, mi madre hizo un viaje de ese estilo y fui a recogerla a la estación de autobuses —recordó Saemal.

—Si ese fuera el caso, la recepción de la estación ya nos habría llamado para denunciar a una clienta sin billete —anunció Haeyeong.

—Pensemos en un lugar al que pudiera ir por la noche, a pie... Quizá sea ahí a donde va todas las noches —dijo Eunseok llevándose las manos a la cabeza.

Jeongi intentaba calmar a Odeuli, pero la bebé percibía la preocupación de su madre y lloraba sin cesar.

—¿Dónde podría estar? Hace frío y las temperaturas no harán más que bajar con el paso de las horas. ¿No han llamado del hospital? —preguntó.

Munjeong respondió de manera negativa.

El tiempo era extremadamente variable. Unos días antes habían alcanzado los veinte grados; sin embargo, entonces estaban a menos diez. Un frío glacial había invadido Seúl. Todos los clientes de Gumnam estaban helados por culpa de la temperatura de aquella casa de comidas, de cuya cocina no emanaba ningún calor.

Heungmin estaba tan triste como aquella vez en que Tree había sido hospitalizada.

—Cuando mi gata estaba en el hospital, repartía periódicos en Seongbuk-dong para pagar los gastos. Me pareció ver a Gumnam por allí, pero me dije que no podía ser ella a esas horas. Ahora que lo pienso, teniendo en cuenta su desaparición, tal vez sí que era ella.

Todo el mundo lo miró con un destello de esperanza en los ojos.

—¿Qué estaría haciendo por allí? —se preguntó Munjeong mientras sacudía la cabeza con incompreensión.

—Vayamos, nunca se sabe. Voy a por el camión —propuso Eunseok subiéndose las mangas de la sudadera, blanco roto.

Al poco tiempo, el camión azul, provisto de un altavoz, estacionó frente a Manna Dosirak. Todo el mundo salió. El frío era intenso. Las bocas desprendían vaho y las pestañas, bañadas en lágrimas, quedaron congeladas por la helada.

Jeongi, su bebé, Munjeong, Saemal, Shinpung y Heungmin subieron a la parte trasera del vehículo. Haeyeong quiso unirse a ellos, pero Munjeong le sugirió que regresara a casa a descansar y añadió que estaba agradecida de que los hubiera ayudado hasta ese momento.

—Gumnam supo reconfortarme. Sin ella... seguiría siendo una imbécil que ni siquiera entiende sus propias emociones y mi hijo nunca habría venido a mí. Quiero acompañaros. Quiero encontrar a Gumnam —respondió ella con determinación antes de extender la mano para que la ayudaran a subir.

Munjeong comprendió el destello en su mirada.

—En ese caso, siéntese delante. Tendría demasiado frío fuera.

—Tranquila, nos sentaremos todos juntos y eso nos mantendrá calientes.

Haeyeong se unió a ellos y se colocó entre Munjeong y Jeongi. Shinpung se quitó el plumífero para colocarlo sobre los hombros de la mujer embarazada y solo se quedó con un suéter de forro polar. Jeongi envolvió bien a Odeuli en la manta que Eunseok le había pasado.

Eunseok arrancó el camión y rezó en silencio. Detrás de sus párpados cerrados, vio a Gumnam, quien le había dado fuerzas cuando tenía la córnea herida. Cada vez que cruzaba la calle, ella le

dirigía palabras amables. En ocasiones se trataba de comentarios mezclados con reproches, pero le resultaban entrañables y permanecían grabados en su memoria. Pisó suavemente el acelerador y giró el volante para ir hacia Seongbuk-dong.

—Por favor, que esté bien —murmuró Munjeong.

Jeongi, Haeyeong, Saemal, Shinpung y Heungmin susurraron oraciones.

Se oyó el chirrido de un altavoz, y a continuación la voz de Eunseok resonó:

—Estamos buscando a Jeong Gumnam, la dueña del pequeño restaurante Manna Dosirak. Tiene setenta y tres años, mide un metro sesenta y tres, pesa cuarenta y cinco kilos y lleva un vestido blanco y zapatos beis. Esta mañana ha salido con el pelo recogido en un moño y suele utilizar palabras en inglés. También tiene unas arrugas preciosas alrededor de la boca y siempre le brillan las pupilas, como a aquellos que nunca dejan de soñar. Estamos buscando a Jeong Gumnam...

Los pasajeros del vehículo lloraron al escuchar la voz de Eunseok, que tenía un nudo en la garganta causado por la emoción. Todo el mundo echaba de menos a la soñadora.

—¿Y si la abuela Gumnam realmente tiene demencia? ¿Y si ya no se acuerda de nosotros? ¿Eso quiere decir que no ocurrirá un milagro? Un día, me dijo que los recuerdos nos permitían seguir adelante en los momentos más difíciles. ¡Los recuerdos! Ellos son el milagro. ¿Qué va a hacer?

Heungmin escondió la cabeza entre los hombros. Su nariz se llenó de una mucosidad espesa y estalló en sollozos. De repente, todos los momentos en los que había protestado diciendo que había demasiadas zanahorias o que el kimchi picaba demasiado le volvieron a la memoria. Echaba de menos a Gumnam.

Todos los letreros de los comercios que bordeaban la carretera estaban encendidos. Al girar a la derecha hacia el palacio Changgyeong, cerca de la entrada de la Universidad de Sungkyunkwan, un traqueteo sacudió el camión. Jeongi atrapó la mano de Haeyeong. Hacía frío, pero sintió rápidamente su calor. Haeyeong esbozó una sonrisa amarga al ver que los ojos de la joven madre estaban hinchados de tanto llorar. Lágrimas calientes caían sobre la cabeza de Odeuli, que dormía en sus brazos.

—Odeuli, ¿dónde puede estar la abuela Gumnam? Fue ella quien nos salvó a las dos —murmuró Jeongi.

Pasada la rotonda de Hyehwa-dong, casi en la escuela primaria de Seongbuk-dong, Shinpung vio a varias personas sentadas en la parte trasera de un coche que circulaba junto al camión. Algunos conductores bajaron las ventanillas para oír mejor el anuncio que se repetía en bucle.

—¡Buscamos a una mujer llamada Jeong Gumnam, de setenta y tres años, con un vestido blanco de flores! —les gritó Shinpung.

El camión azul llegó a Seongbuk-dong, donde los edificios mediocres se perdían de vista. Hasta las luces del polideportivo de la escuela primaria estaban encendidas a esas horas de la noche. Cuando pasaron por delante del templo Kilsang, posado en la ladera de una colina desde donde se veían los montes Gukak, copos de nieve empezaron a flotar en el aire. La nieve se posó sobre la cabeza de los pasajeros de la parte trasera del vehículo.

—Con la nieve, puede hacer aún más frío. Espero que Gumnam no coja una hipotermia —dijo Haeyeong preocupada.

Circulaban por una colina en la que se sucedían las mansiones de lujo. Al cambiar de velocidad, el camión empezó a temblar ruidosamente. Si el subconsciente de Gumnam no la había llevado ni

a su casa ni a su pueblo natal, ¿dónde podía estar? ¿Dónde estaba ese lugar grabado en lo más profundo de su memoria?

—Estamos buscando a Jeong Gumnam, la dueña de la casa de comidas Manna Dosirak.

Todo el mundo se había puesto a repetir el anuncio al unísono, pero nadie respondía. Solo las luces naranjas de las farolas los acompañaban.

Sentado en el asiento del conductor, Eunseok pulsó el botón que encendía el micrófono. Se aclaró la garganta y tragó saliva varias veces para silbar. Tarareó la melodía de *Moon River* sin parar, a pesar de que la falta de aire le provocaba dolor de cabeza.

Los pasajeros lo imitaron para silbar con él con la esperanza de que la septuagenaria los oyera. Tal vez así recuperaría la cordura. Algunos unieron las manos en señal de plegaria. Poco a poco, el barrio, bastante oscuro a esa hora, empezó a cobrar vida.

Algunas luces se encendieron y las ventanas se abrieron, sin duda para comprender qué estaba pasando fuera. Heungmin golpeó de repente el cristal que comunicaba con el asiento del conductor.

—¡Creo que era por aquí!

Eunseok le hizo un gesto con la mano para indicarle que lo había oído.

La temperatura no dejaba de bajar a medida que subían la pequeña montaña. Les castañeaban los dientes, pero nadie apartaba los ojos del paisaje hasta que, de pronto, Jeongi gritó:

—¡Gumnam!

Golpeó el cristal y el camión se detuvo.

Alguien salió de un bosque apartando con un brazo los matorrales espinosos. Un gato de tres colores seguía sus pasos.

—¿Tree? —gritó Heungmin desconcertado.

La sombra negra se acercó a la enorme mansión de lujo que Heungmin había visto mientras repartía periódicos. Una persona delgada apareció bajo la luz. Tenía los cabellos blancos alborotados y una herida visible en la mejilla, seguramente provocada por una rama. Solo llevaba un zapato. Su otro pie, blanco y seco, chocaba con las piedras y estaba cubierto de moratones que parecían dolorosos con solo mirarlos. Había una flor de huevo dibujada en su pequeño meñique. Era Gumnam.

Estaba de pie delante del pórtico negro, con la mirada vacía como alguien que ha perdido una parte de su capacidad cerebral. Unió las manos como para rezar y repitió:

—¡Señora! No le he robado el pincel a su hija. No soy una ladrona. Solo lo he tocado una vez. Era muy suave. Pero no he hecho nada más. Déjeme trabajar, por favor. Si no gano dinero, mis hermanas y hermanos pequeños morirán de hambre. Se lo suplico. Lo siento mucho. No quiero que mueran. Por favor, perdóneme.

Los ojos negros y tristes de Gumnam miraban un pasado de hacía sesenta años. Con su diminuto cuerpo hecho un ovillo, rezaba por que su familia no muriera de hambre.

Nadie se atrevió a moverse ni a hablar. Todos contenían la respiración mientras lágrimas de alivio les recorrían las mejillas. Junto a ella se encontraba Tree, que, agotada, hizo un esfuerzo sobrehumano por ponerse en pie. Lamió la herida de Gumnam.

Munjeong sacudió la cabeza como si quisiera despertar y bajó del camión para poner sobre los hombros de su madre el abrigo de cachemira azul que llevaba. Gumnam no dejó de rezar. Suplicaba que le devolvieran su trabajo para salvar a sus hermanos y hermanas.

Gumnam había hablado en muchas ocasiones con miss Garaetteok, que vendía tentempiés en la puerta del Hospital Universitario de Seúl, pero nunca había entrado. Era la primera vez. Sentada en un incómodo banco de la sala de espera, estaba aferrada a la mano de Munjeong. De hecho, Munjeong no la había soltado ni un solo minuto desde que la había encontrado. Incluso cuando su madre iba al baño, ella esperaba silenciosamente delante de la puerta.

La anciana miró a su alrededor. ¿Qué tipo de personas podrían necesitar consultas de neurología? Observó a los pacientes. Había jóvenes y mujeres de su edad. Una estudiante de secundaria esperaba con sus padres. Cada cinco minutos, la enfermera abría la puerta de la consulta con un expediente médico en la mano y pronunciaba el nombre de una persona que se levantaba para entrar. Luego repetía la operación.

Vestida con una camisa azul claro y su abrigo beis, Gumnam, que tenía los hombros hundidos, se enderezó. Tenía miedo. Temía volver a lastimarse los pies, las manos, el cuerpo e incluso la cara sin darse cuenta siquiera. No, la realidad era que le aterraba la idea de estar realmente senil y olvidar todas las cosas que amaba. Tragó saliva. De repente, Haeyeong apareció por el pasillo. Su chaleco verde ya no cerraba de lo grande que tenía el vientre. Saludó a Munjeong con la mirada.

—¿Todavía no ha pasado, Gumnam?

—No hacía falta que viniera, su servicio está bastante lejos de aquí. Estoy bien. *No problem.*

Haeyeong tomó la mano libre, fría y tensa de la septuagenaria.

—¿No nota que mis manos están calientes? Es porque dos corazones laten dentro de mí. Eso me da calor, y es gracias a usted.

Gumnam miró fijamente a su interlocutora. Recordó el día en que había sido ella quien le había tomado la mano.

—Gracias, es muy amable. Pero debería volver al trabajo.

Haeyeong le apretó con fuerza la mano antes de soltarla. Por fin, la enfermera la llamó.

Sentado detrás de un escritorio, un médico de unos cincuenta años con gafas consultaba su pantalla con semblante serio. Ese día, Gumnam recibiría por fin un diagnóstico. Estaba tensa, como si hubiera asistido a un juicio y el juez se dispusiera a dictar sentencia. Tras haberse sometido a exámenes para evaluar su memoria, sus capacidades lingüísticas, su percepción del tiempo y otras pruebas destinadas a determinar un posible deterioro de su función cognitiva, ese día recibiría los resultados del tac, de la resonancia magnética y de los análisis de sangre. Era un día importante.

No había hecho más que abrir la puerta; sin embargo, el ritmo cardíaco de Gumnam se aceleró. Antes incluso de que tuviera tiempo de sentarse, el médico le anunció con aire apenado que padecía alzhéimer. El corazón le dio un vuelco en el pecho. Fue como si los recuerdos, la pasión y el amor que había acumulado durante más de setenta años acabaran de caer en un profundo abismo.

El médico continuó hablando mientras miraba a la madre y a la hija, que se daban la mano. No tuvieron tiempo de asimilar la noticia. El doctor debía ir deprisa debido a los numerosos pacientes que esperaban. Les explicó que esa grave enfermedad se debía a un fallo en las capacidades cognitivas, pero que, viendo los resultados, aún no se había desarrollado de forma grave en Gumnam, por lo que era una suerte haber actuado tan rápido. Continuó diciendo que el hecho de que se hubiera extraviado y hubiera perdido el conocimiento se debía a un delirio provocado por un fuerte impacto que había agravado su estado de manera temporal, pero que mejoraría con tratamiento. Por lo demás, aconsejó tomar los

medicamentos recomendados para que los síntomas aparecieran lo más lentamente posible.

Gumnam ocultó a duras penas el hecho de que le temblaban las piernas. Cuando se encontraban en el umbral de la puerta, el médico añadió que, si la enfermedad empeoraba, lo mejor para todos sería pensar en una hospitalización para seguir el tratamiento. La anciana se imaginó vestida con una triste bata de enferma que no era nada elegante mirando por la ventana de una habitación de hospital.

Una vez que salieron, se volvieron a sentar en un banco. La gente iba y venía sin cesar. Munjeong se había dirigido a la ventanilla del mostrador para que una enfermera le explicara el procedimiento. Por supuesto, había insistido en que Gumnam no se levantara del banco. Cuando regresó corriendo, el faldón de su abrigo ondeó. Gumnam la miró perpleja, como si hubiera sido el viento que soplaba en las orillas del río Hudson el que lo había levantado.

El viento alborotaba el cabello blanco de Gumnam. Se pasó con suavidad la mano por detrás de la oreja, donde llevaba una de sus perlas. Estaba sentada en el banco de un ferry blanco que navegaba como una hoja de papel que cruzara el Hudson. Ese barco permitía ver toda la ciudad, desde Midtown hasta el puente de Brooklyn, así como la estatua de la Libertad. Gumnam, sentada en uno de los bancos de la cubierta, cerca de la barandilla exterior, tenía una sonrisa en los labios. Levantó los brazos para gritar «¡hurra!» y sintió el viento acariciar su cuerpo. Los rayos del sol y las ráfagas de libertad la envolvían. El puente de Brooklyn, situado en Nueva York y que conectaba Brooklyn con Manhattan, le parecía majestuoso. Era exactamente lo que esperaba de la ciudad. Cuando el ferry aceleró, vio la estatua de la Libertad. Incluso de lejos, era enorme y magnífica. Cuanto más se acercaba, más rápido le latía el corazón. Una emoción intensa la invadió hasta el punto de derramar una

lágrima. Esa estatua simbolizaba el sueño americano. Su existencia representaba todos los sueños y toda la libertad del mundo. Llevaba en la cabeza una corona de siete puntas, así como una antorcha que nunca se apagaba.

—*So wonderful!* —exclamó la anciana.

Cerró los ojos y tomó aire para inflar su cuerpo y liberar toda la tensión de golpe. Había cumplido toda su *bucket list*. Otra lágrima le resbaló por la mejilla.

Ahora, Gumnam se encontraba en un restaurante situado en una planta alta. Nueva York, que se desplegaba de noche ante sus ojos, estaba espléndida. Llevaba un vestido negro que le caía hasta las rodillas, unos tacones altos y un collar de perlas alrededor del cuello. Se sentía feliz de estar hablando únicamente en inglés desde que había entrado y había pedido una mesa cerca de la ventana para disfrutar de las vistas. Luego, una vez sentada, se había pedido un filete de carne al punto. Para beber, pidió un zinfandel del valle de Napa. Se sentía orgullosa de hablar inglés y puso las manos sobre la mesa, donde la llama de una vela desprendía luz, para imitar la elegancia de Audrey Hepburn, a quien había visto en las películas.

La carne, acompañada de espárragos y zanahorias cortadas en forma de flores, llegó poco después en un plato blanco que le llevó un camarero. Otro, vestido de manera igualmente elegante, con un chaleco negro, le sirvió el vino en una copa de cristal transparente. Gumnam bromeó:

—*Cheers to your eyes!*

El camarero se limitó a devolverle la sonrisa. Gumnam levantó la copa e hizo girar la muñeca. Un aroma a roble, intenso y delicado, le rozó la punta de la nariz. Contempló las vistas y vio el Empire State Building, así como la estatua de la Libertad. La atmósfera era cautivadora. La septuagenaria grabó esas imágenes en su mente,

como si sus ojos se hubieran convertido en el objetivo de una cámara.

—*Cheers to my eyes!* —brindó esta vez.

Satisfecha, bebió un sorbo de vino. La vela encendida sobre la mesa se consumió rápidamente. La cera acumulada en el borde se solidificó y la mecha se apagó. Gumnam giró la cabeza. Los edificios de Manhattan comenzaron a apagarse. Todo quedó sumido en la oscuridad. El puente de Brooklyn, el Empire State Building, la estatua de la Libertad... Ya no se veía nada. Ya no veía más que una densa oscuridad.

Cuando se obligó a abrir los ojos, sintió un olor a etanol que emanaba del desinfectante que alguien acababa de usar. Sentada en el banco del hospital, la septuagenaria esbozó una sonrisa amarga.

—*It's very delicious* —susurró.

A pesar de estar debilitada por la noticia, Gumnam se levantó de un salto. Los ojos le brillaban de nuevo. Agarró la mano de su hija, que acababa de coger la receta, y la arrastró hacia el exterior del hospital a pasos apresurados.

—¡Mamá! ¿A dónde vas? Tenemos que pasar por la farmacia.

Gumnam no dijo ni una palabra. Cuando llegaron a la acera, paró un taxi.

—¿A dónde vamos? ¿Ves algo más importante que la farmacia?

—Vaya a los grandes almacenes de Apgujeong-dong, por favor —le pidió al conductor.

—¿Para qué?

Por más que Munjeong la interrogaba, Gumnam no respondía. Era injusto. La septuagenaria no podía aceptar su destino de esa manera. ¿Internarse en un hospital? ¡Ni hablar! Resistir era su

manera de luchar contra la demencia. Furiosa, abrió los ojos de par en par para ver alejarse el hospital. Lo estaba desafiando.

El taxi llegó al lugar deseado. Las dos mujeres bajaron del coche y subieron por las escaleras mecánicas. En lugar de esperar, Gumnam subió los escalones uno a uno, impaciente por llegar a la tienda de marroquinería para comprarse una maleta.

—¡Deme la más grande que tenga! —le ordenó al vendedor.

La mujer, que seguía de cerca a su madre, sonrió. Gumnam temblaba. Su miedo era palpable; sin embargo, había encontrado el valor para actuar como si no pasara nada. Munjeong encontró su actitud impresionante y conmovedora.

—Pienso irme de viaje. Las batas de hospital no quedan bien con mi tono de piel.

—Tienes razón. Vamos a hacer este viaje juntas.

—Nunca seré una carga para ti. Te prometo mantener siempre la mente activa. No te preocupes.

—Ahora es mi turno de hacer de mamá, y tú serás mi hija. Tú me adoptaste, ahora yo te adopto, así estamos en paz.

—No te crie para recibir algo a cambio. ¿Por quién me tomas? Me niego a ser una carga en tu vida.

—Serás mi hija. Si olvidas cómo se escribe, no pasa nada. Te enseñaré las letras una a una. Si no recuerdas cómo cocinar el arroz, te mostraré cómo hacerlo, tal y como tú lo hiciste conmigo. Iremos juntas a Nueva York, y no tienes derecho a negarte.

—Hemos venido a unos grandes almacenes y al parecer ya no tengo miedo —anunció Gumnam.

Munjeong miró a su alrededor y se encogió de hombros.

—No. Tú nunca le has tenido miedo a nada, ¿verdad?

Gumnam y su hija se dieron las manos, y las líneas grabadas en ellas se superpusieron las unas a las otras.

El sol aún no había salido. El aroma a arroz hirviendo se mezcló con el olor azucarado del *sikhye* y salió al exterior por la puerta abierta de par en par de Manna Dosirak. Un día más, *Moon River* resonaba en el aire a través del altavoz Marshall de color crema. Gumnam, con un delantal beis alrededor de las caderas, salió de la cocina con una sonrisa en los labios para colgar en la puerta un mensaje que había redactado cuidadosamente.

MANNA DOSIRAK PERMANECERÁ CERRADO POR VACACIONES A PARTIR DE  
MAÑANA. ¡HOY, TODAS LAS FIAMBRERAS SON *FREE* (GRATIS)!

Para Gumnam, era el último día de apertura antes de su partida a Nueva York. Unos días antes, había tenido el capricho de comprarse una maleta lo suficientemente grande para meter toda su casa, pero se había arrepentido bastante rápido. Tras largas discusiones con Munjeong y mucha investigación, habían tomado una decisión informada: era mejor irse ahora que escapar más adelante de una habitación de hospital. Ese viaje era una confrontación, un ataque frontal contra su enfermedad. Para Gumnam, era una forma de luchar. Continuaría su tratamiento en Nueva York, con su hija, y se tomaría un tiempo para curarse mientras viajaba. El tiempo era demasiado valioso para pasarlo enfadada y guardándole rencor al mundo entero. Debía aceptar la situación para seguir adelante con valentía, como ella sabía.

De pie frente al espejo, dio palmas.

—*Have a nice day*, Gumnam.

Estaba radiante. El amanecer vertía sus colores más hermosos a través de la ventana. La anciana cerró los ojos para disfrutar del

instante. Tal vez tardaría mucho tiempo en reencontrarse con esos momentos exquisitos. Regresó a la cocina, donde la esperaba una cesta llena de verduras. Se masajeó las manos, como un campeón de boxeo calentando antes de subir al cuadrilátero.

—Para el *sikhye*, basta con dejarlo al fuego. Para los *kimbap*, solo tengo que enrollarlos ya sea con atún, kimchi o queso. Para los *tteokbokki*, tengo suficientes ingredientes gracias a miss Garaetteok. Para el *bulgogi*, tengo que cocinar los champiñones con el marinado. También hay que poner a hervir los fideos de batata para el *japchae*. Después, ya solo me faltará la tortilla enrollada y listo. ¡Perfecto! —enumeró en voz alta.

El teléfono sonó. Era Munjeong.

—Ya voy para allá. No debes trabajar demasiado.

—Me ayudarías más sin hacer nada. Hoy quiero encargarme de todo yo misma. Es el último día que alimento a mis nietos.

—¿A tus nietos?

—Compartir una comida con alguien es formar parte de su familia.

—¿Podrás irte a Nueva York y dejar a todos tus nietos en Seúl? Ni siquiera has comprado billete de vuelta. ¿Seguro que no quieres que compre uno?

—Sí. Quiero un *one way*. Bueno, estoy *busy*, luego nos vemos.

—De acuerdo. Llámame si ves que necesitas ayuda.

—*Okay*.

Gumnam no paraba ni un segundo. Le había dicho a todo el mundo que no fuera porque quería cocinar sola. Solo una vez que se hubiera marchado, sus clientes podrían ir a por su fiambarrera. Era una forma elegante de decir adiós. Era su estilo. Detrás de la

palabra *elegante* se escondían sin duda la nostalgia, los lamentos y la tristeza que no admitía sentir.

Empezó a enrollar los *kimbap*. Ponía tanto relleno que algunos se habían roto por los lados. Después de bañarlos en aceite de sésamo, los cortó en rodajas y espolvoreó semillas de sésamo por encima.

Añadió los pasteles de arroz a la salsa roja y picante que estaba cocinando en una gran sartén de acero inoxidable. Cortó los largos rollos de arroz, que cayeron en la salsa. Cuando todo lo demás estaba listo, abrió la arrocera. De ella emanó un vapor caliente. El arroz blanco y glutinoso brillaba con un bonito resplandor. El aroma también era maravilloso. Removió el arroz con cuidado para eliminar la humedad residual.

La septuagenaria había terminado de cocinar, pero no por ello se sentía aliviada. Al contrario, tenía el corazón encogido y se decía a sí misma que debería haber añadido patatas salteadas como acompañamiento. Abrió las alacenas para ver qué le quedaba y se puso a cortar patatas en rodajas para saltearlas en aceite de oliva. Antes de colocar la comida en las fiambreras de plástico, hizo varios viajes de un lado a otro y preparó también pastel de pescado salteado, así como tiras de sepia en salsa picante. Cuanto más levantaba la tapa para ver si el *sikhye* se estaba haciendo bien, más la invadían los lamentos.

Se dirigió hacia el comedor para sacar los papeles blancos y el aluminio que había preparado el día anterior con su hija. ¿Qué mensaje podía escribir en ese día fatídico? Llevaba varios días pensando en ello, pero no había encontrado nada apropiado. A decir verdad, no era consciente de que no podría volver a trabajar y nunca regresaría a Manna Dosirak.

Sentada a una mesa redonda, miró al exterior. El sol se levantaba poco a poco. El cielo lucía sus colores más hermosos. Gumnam cogió

un bolígrafo y se puso a escribir.

*«To» mis nietos de Manna Dosírak.*

«Tal vez utilizar *to* suena demasiado frío. Lo cambio por *dear*», pensó.

*«Dear» nietos de Manna Dosírak:*

*Leed atentamente este mensaje, porque tal vez sea el último que yo, Jeong Gumnam, pueda escribiros.*

*Ahora que me paro a pensarlo, decidí abrir una casa de comidas en lugar de cualquier otro negocio porque, hace mucho tiempo, todos los días pensaba que iba a morir de hambre. Quería que mi cocina fuera generosa y que mis dosíraeks estuvieran a rebosar de comida.*

*Se suele decir que la mano de una madre puede curar y que sus platos son como remedios. Y estoy de acuerdo. Todo lo que he preparado con mis manos os ha hecho sonreír, llorar de emoción u os ha ayudado a levantaros. Esa es mi definición del amor.*

*Hace unos días, me dije que la vida era como una flor. Florece y se marchita. No cabe duda de que cuando se marchita nos damos cuenta, pero ¿cuándo ha florecido? ¿Quizá en cada instante? ¿Y además con mucho esplendor?*

*No lo olvidéis. Vuestra vida está en flor.*

*La mano me empieza a temblar. Este mensaje es demasiado largo. Lo dejo aquí.*

*Sabed simplemente que mi sueño es ver vuestra vida repleta de amor. Eso es todo.*

*Me dispongo a partir para un largo viaje. Ya solo necesito amor en mi vida. Por eso he comprado la maleta más grande en la tienda de marroquinería. La bata de hospital no me sienta nada bien.*

*«Have a nice day!». Sé que algún día nos volveremos a ver.*

*«See you again!». ».*

Gumnam leía en voz alta mientras escribía.

Con el objetivo de evitar que volviera a desaparecer, Munjeong le había comprado un Apple Watch para localizarla. De repente, el reloj que llevaba en la muñeca vibró. Era un recordatorio para que se tomara la medicación. Gumnam sonrió con amargura y le respondió al objeto:

—Para ya, te he entendido, Siri.

Dobló el papel de aluminio para esconder los mensajes debajo de las montañitas de arroz que añadiría después. «Cuando los lean, ¿me echarán de menos aún más?», se preguntó. Sonrió con picardía. Con valentía. Cuando terminó, colocó los dosiraks en la vitrina. Los acarició uno a uno, como si se tratara de la espalda o el cabello de cada uno de sus valiosos clientes.

Primero pensó en Heungmin. ¿Diría que su kimchi estaba demasiado picante? Le habría gustado que Haeyeong eligiera una fiambarrera con un *kimbap* de atún, pero no podía comer picante porque le agravaba las náuseas. Para Shinpung, que se pasaba todo el día caminando por el barrio, una fiambarrera bien llena. A Saemal, que se había convertido en vendedor de periódicos, le gustaba mezclar el *japchae* con el arroz antes de comer. En cuanto a Mister Eggs, solo esperaba que no se saltara ninguna comida, lo cual le ocurría a menudo cuando trabajaba. Jeongi y Odeuli, por su parte, sin duda se deleitarían con el *bulgogi*. Gumnam imaginó con claridad a cada uno de sus nietos, aunque por momentos su visión se volvía borrosa, inundada por las lágrimas. Pasaron ante sus ojos de un negro brillante y, con ellos, recordó todos los momentos preciosos que había vivido en su pequeño restaurante.

La anciana se detuvo ante la puerta de Manna Dosirak. Dirigió una última mirada de una ternura desarmante hacia la vitrina llena hasta los topes, la mesa redonda donde se sentaba para escuchar música y cada rincón de la cocina. La voz de Audrey Hepburn le parecía

especialmente triste ese día. Una escala musical, suave y grave, le atravesó el cuerpo. Todo empezó a ondear.

Finalmente, antes de partir, Gumnam se miró en el espejo. Vio a una anciana de cabello blanco con patas de gallo, una nariz que parecía encogerse y unos labios afinados por el paso del tiempo y rodeados de arrugas. Sin embargo, sus pupilas brillaban, al igual que las perlas incansablemente colgadas de los lóbulos de sus orejas.

Sus ojos aún soñaban. Sonrió ante la idea de que sus deseos no habían desaparecido. Las lágrimas le inundaron los ojos. Se las tragó para sonreír. En lo más profundo de sus iris, todavía veía con claridad a la joven que había sido una vez. Su frente prominente le daba un aire encantador a su rostro. En aquella época, hasta una ráfaga de viento la divertía, y la nieve la maravillaba. Cuando las lágrimas corrieron por sus mejillas, vio de nuevo a esa anciana de cabello blanco y se esforzó por sonreír aún más. Movié los labios:

—A mi juventud, a mis primaveras, a todos mis recuerdos tan resplandecientes y sólidos como un diamante... *See you again.*

## Epílogo

Se encendieron las farolas de la calle bordeada de pinos que llevaba a Manna Dosirak. Entre los postes de electricidad colgaban guirnaldas con pequeñas bombillas amarillas, lo cual reforzaba el ambiente invernal. Visto desde lejos, el pequeño restaurante parecía un lugar sacado de un cuento de hadas. Recordaba a las casitas que hay en el interior de las bolas de nieve que contienen una caja de música. Era un lugar acogedor del que todos los días salía una densa humareda blanca por la chimenea y del que emanaba un delicioso aroma a comida. Desde la partida de Gumnam, se había instalado un pequeño buzón rojo delante. Era una versión en miniatura de Manna Dosirak.

Se abrió la puerta del edificio. Apareció alguien con unos calcetines marrón oscuro en los pies. Caminó por la nieve blanca y se detuvo delante del buzón. Retiró con la mano los copos que se

habían acumulado y lo abrió. Dentro encontró un sobre con el borde azul y rojo. El matasellos del correo estadounidense estaba estampado sobre un timbre de Papá Noel.

Tras soplar las manos para calentarse los dedos entumecidos, abrió el sobre y vio unas cuantas fotos. Sonrió automáticamente al ver a Gumnam y volvió a la casa de comidas, caminando por la nieve recién caída y dejando nuevas huellas. Una vez dentro, colgó las fotos en un hilo suspendido en la pared con pinzas de tender.

Había cuatro.

En la primera, Gumnam estaba delante de la joyería en la que trabajaba Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes*.

En la segunda, miraba un libro de pastelería mientras Munjeong la dibujaba.

En la tercera, Gumnam, con una boina marrón oscuro en la cabeza, estaba sentada delante de un lienzo y sostenía un pincel como una artista.

Finalmente, en la cuarta, sonreía como una niña emocionada delante de la estatua de la Libertad.

También había un papel de aluminio en el fondo del sobre y lo desplegó con las dos manos para no estropearlo. El mensaje de Gumnam brillaba bajo el resplandor de la luna que se colaba por la ventana.

## Nota de la autora

Escribí este libro en primavera, pero todavía hacía un frío que pelaba. Un día, me quedé en la biblioteca hasta tarde para trabajar. El aire helado me rodeó los pies mientras las horas avanzaban. En general, cuando no me encuentro bien, tengo frío o me surge una urgencia, le envío un mensaje a una persona concreta que se me pasa por la cabeza.

Cuando se apagaron las luces, ante la biblioteca iluminada solo por unos neones, ella estaba ahí. Esa persona en la que había pensado me miraba con una sonrisa radiante, a pesar del frío.

Mi madre. Era mi madre. Sostenía el abrigo azul calentito que me permitía resistir el invierno.

Cuando le di las gracias, me dijo que no tenía por qué hacerlo, que no era gran cosa.

Sus palabras se quedaron grabadas en alguna parte de mi cuerpo.

¿Cómo que «no era gran cosa»? Puede que, para ella, el amor, el calor humano, el cariño y todas esas cosas invisibles para los ojos sean fáciles de dar. A mí todavía me queda un largo camino por recorrer para ser como ella, pero espero que mi escritura haya podido transmitir esas preciosas emociones.

Os doy las gracias, amigos lectores, así como a la editorial Clayhouse, por ser casa de libros increíbles con editores que siempre saben cómo animarme.

Ya solo me queda deciros una cosa: *See you again!*

*Kim Jiyun,  
finales de primavera de 2024*

# Notas

## Prólogo

1. Casa tradicional coreana. *(Todas las notas son de las traductoras).*
2. Raza bovina criada en Corea del Sur.

## 1. Querida Jeongi

1. A diferencia de los hoteles, en Corea del Sur los moteles se reservan prácticamente siempre para tener encuentros sexuales.

## 2. Querido Heungmin

1. Apodo utilizado por los fans de Son Heungmin.
2. Esta tarjeta facilita la identificación de las mujeres embarazadas en los espacios públicos para cederles el sitio en el transporte público, entre otras cosas.

## 4. Querida Munjeong

1. Electrodoméstico parecido a un armario. Se utiliza mucho en Corea del Sur para lavar la ropa en seco.

*El misterio de las recetas de la señora Jeong*  
Kim Jiyun

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir o poner a disposición algún fragmento de esta obra ([www.cedro.org](http://www.cedro.org); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: 씨 유 어게인

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño  
© de la ilustración de la portada, Elsa Suárez Girard

© Kim Jiyun, 2024

First published in Korea by Clayhouse Inc. 2024. All rights reserved including the rights of reproduction in whole or in part in any form. Published by arrangement with Eric Yang Agency via Randle Editorial & Literary Consultancy

© por la traducción del francés, Maria Brotons y Alicia Botella (Prisma Media Proyectos, S. L.), 2026

Traducido a partir de la traducción francesa, © *Les petits plats de notre grand-mère* por Marion Gilbert, publicada en Francia por Nami, un sello de Éditions Leduc, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorialplaneta.es](http://www.editorialplaneta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2026

ISBN: 978-84-08-32552-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta